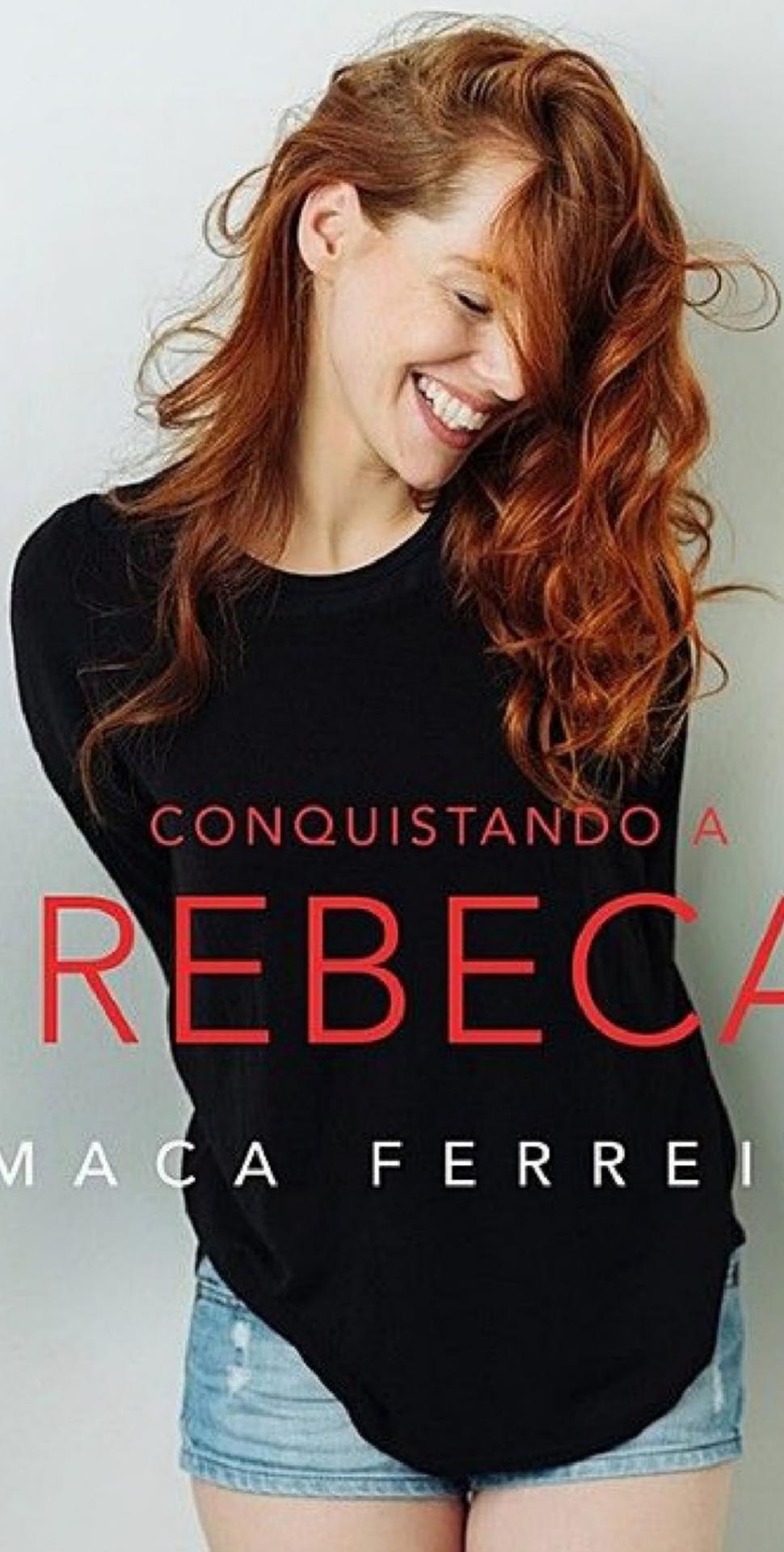


POR LA AUTORA DE "DESCUBRIENDO A VALENTINA"



CONQUISTANDO A

REBECA

M A C A F E R R E I R A

zafiro[♥]

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Prólogo

Capítulo 1. Braveheart

Capítulo 2. Cuando Harry encontró a Sally

Capítulo 3. Moulin Rouge

Capítulo 4. La tentación vive arriba

Capítulo 5. Pretty woman

Capítulo 6. Algo para recordar

Capítulo 7. La fiera de mi niña

Capítulo 8. El otro lado de la cama

Capítulo 9. Orgullo y prejuicio

Capítulo 10. Sólo amigos

Capítulo 11. El lado bueno de las cosas

Capítulo 12. Antes de ti

Capítulo 13. Lo que el viento se llevó

Capítulo 14. Antes del amanecer

Capítulo 15. Un sueño posible

Capítulo 16. Love actually

Capítulo 17. Una cuestión de tiempo

Capítulo 18. Olvídate de mí

Capítulo 19. El amor está en el aire

Capítulo 20. Leyendas de pasión

Capítulo 21. Tres metros sobre el cielo

Capítulo 22. Con derecho a roce

Capítulo 23. Ghost

Capítulo 24. Los puentes de Madison

Capítulo 25. Bajo la misma estrella
Capítulo 26. Recuérdame
Capítulo 27. Diez razones para odiarte
Capítulo 28. Love story
Capítulo 29. Cincuenta primeras citas
Capítulo 30. Sucedió una noche
Capítulo 31. Perdona si te llamo amor
Capítulo 32. Secretos compartidos
Capítulo 33. Dirty dancing
Capítulo 34. Mi chica
Epílogo
Agradecimientos
Biografía
Referencias a las canciones
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Rebeca tiene un deseo; uno inesperado, intenso, con piel morena, sonrisa tentadora y un aura misteriosa a su alrededor.

Está dispuesta a poner todas sus armas de mujer en acción para conseguirlo sin pensar en las consecuencias, aunque la duda ronde su cabeza... ¿Será capaz de dejar su pasado atrás por alguien que apenas muestra un atisbo de interés por ella?

Santi dio su palabra sin pensar en lo duro que le resultaría ser fiel a un compromiso.

Incluso sin estar cerca de Rebeca, el impulso más primitivo se apodera de él y desordena todos sus planes. Está decidido a resistirse con todas sus fuerzas a ese cuerpo hecho a su medida, su melena roja que clama por enredarse entre sus dedos y esa boca descarada que consigue volverlo loco, porque él jamás rompe una promesa... O al menos en su vida lo había hecho, pero nunca antes todo su ser había reaccionado así ante una mujer.

La vida es demasiado corta para caminarla con miedos y no correr riesgos. Para ella se ha convertido en todo un reto. Él siente la tentación cada vez más cerca... Y es que toda conquista comienza con la decisión de tentar.

CONQUISTANDO A REBECA

Maca Ferreira

zafiro 

A ti, abuela.

*Gracias por formar parte de mi vida durante treinta años y enseñarme
que la familia es el mayor pilar en el que uno se puede apoyar para
no caer. Te echo tanto de menos...*

Te quiero, siempre.

Prólogo

Siempre se ha dicho que el lobo es malo y Caperucita, dulce e inocente.

Lo que no sabemos es si la maldad del primero está justificada, así como también ignoramos si la inocencia de la chiquilla es mera fachada.

Ahí radica la necesidad de conocer para juzgar.

El lobo siempre será malo si sólo escuchamos a Caperucita, pero ¿no es ella una niña desobediente e insensata? Por otro lado, ¿no sigue el lobo su instinto más primario buscando su alimento?

En el amor, como en todo en la vida, siempre hay dos versiones de una misma historia. A cada persona le afectan las cosas de un modo diferente y actúa de una determinada forma según la situación que se le presente. Nunca sabemos cómo vamos a reaccionar, pues no somos tan racionales como muchas veces creemos ser, y si nos centramos en los designios del corazón, la emotividad, el sentimiento, la emoción, el amor... seremos y actuaremos de maneras muy distintas los unos de los otros; ni mejor ni peor, sólo diferente.

En esta historia encontraréis el claro ejemplo de cuán diferentes pueden ser dos versiones de unos mismos hechos. Él quizá deba reprimirse; ella, dejarse conquistar y entenderse, y juntos os mostrarán sus vivencias de un mismo suceso, con la firme esperanza de que, antes de juzgar, os preguntéis cómo afectó aquello a la otra parte. Escuchar resulta sencillo, pero para entender hay que ponerse el calzado de la persona que recorre ese viaje; sólo así uno puede llegar a sentirse en su piel... en sus zapatos.

Eso, sencillamente, es empatizar.

Capítulo 1

Braveheart

Rebeca

Hola, muy buenas, ¿qué tal? Qué día más bonito se ha quedado... Acabo de darme cuenta de que nadie empieza los libros con un saludo, ¿verdad? Qué mal educados...

Todas las historias tienen un comienzo y, para llegar al punto en el que me encuentro, antes debo compartir una serie de hechos que no estoy del todo segura de querer desvelar. Sí, es cierto que, para poder ponerlos en situación, tenéis que contar con una información previa, un conjunto de sucesos ocurridos, una composición de fecha y lugar, así como un estudio de la persona a la que estáis tratando; vamos, lo que viene siendo conocerme.

Como soy una buena profesional, os presento mi vida y milagros. Cuando sepáis esto... el resto llegará solo, y ni yo misma soy capaz de predecirlo.

Quién soy

Rebeca Ventura. Veintinueve años, de profesión periodista y, según las personas que me conocen, de carácter, risueña, divertida, extrovertida, perfeccionista, algo maniática y con poco filtro verbal.

Tema

Mi vida hasta hoy. (Se ampliará información en las próximas páginas.)

Lugar en el que se desarrolla

Todos los que he recorrido a lo largo de mi trayectoria personal. (Se ampliará información en las próximas páginas.)

Personas implicadas en los hechos

Se mencionarán a lo largo de la narración. A destacar: mi hermano, Rubén; mi mejor amiga, Valentina; mi obsesión, mi mulato preferido llamado Santi...

Por experiencia sé lo aburrido y pesado que puede llegar a ser que te faciliten una información que ya conoces, pues mi profesión me hace tener siempre diferentes versiones de un mismo asunto. Además, si hay algo que he aprendido, tanto en los años de carrera como desde que trabajo como periodista, es que no hay nada como acudir a la fuente principal, al meollo de la cuestión, para saber realmente qué es lo que ha pasado, sin ninguna deformación o distorsión de terceros... porque sin duda el ser humano es cotilla por naturaleza; nos gusta ser los primeros en enterarnos de algo para luego poder ir a contarlo a los demás (me incluyo, encabezando la lista), llevándonos una palmada mental en la espalda por averiguar algo que el resto desconocía. En mi caso, como puede que ya estéis al corriente de cosas sobre mí, o creáis conocer ya ciertos temas (aunque sin duda no es información que os haya facilitado yo de primera mano), quiero narraros mi historia, y que sepáis todo de mí y por mí.

Ya que os habéis interesado por mi vida —muy atractiva, todo hay que decirlo—, qué menos que contaros cómo he llegado hasta aquí y por qué.

Bien, lo haremos empleando el género de la entrevista, de la cual ya tenemos claro el tema, así que llega la hora de la documentación.

Para que todo esto resulte menos tedioso, y como tengo una amiga que sigue en paro y se aburre en casa cuando su novio no la entretiene desgastando las superficies que les pillen a mano, será ella, Valentina, la encargada de entrevistarme para que los que no me conocéis podáis hacerlo y, los que ya sepáis quién soy, descubráis alguna cosita nueva... Incluso puede que mi interlocutora se entere también ahora de algo, aunque, como es mi mejor amiga, debería conocer todos mis secretos... o puede que no...

¡Ah!, se me olvidaba. Por si no lo he dejado claro hasta este instante, sufro de incontinencia verbal y suelo ser un poco deslenguada, por decirlo finamente, pero ya me iréis conociendo... La gente me suele coger cariño, espero que con vosotros también sea así.

¿Preparados?

Como siempre digo, yo nací preparada.

—Bien, empecemos. Cuéntanos, ¿quién es Rebeca Ventura?

—Rebeca Ventura es una mujer que aún no ha dejado de lado su etapa más descarada, presenta cierta tendencia a decir lo que piensa sin pasar ningún filtro mental y, además, padece algunas manías: es metódica, ordenada, perfeccionista y le gusta tener el control de su vida.

—Oh, vamos... puedes contar más cosas sobre ti. Yo misma podría describir mejor quién eres. Venga, no vayas a cortarte ahora, Rebeca, eso no te pega nada.

—Oye, muchachita, que me estés haciendo la entrevista tú no significa que aquí la periodista haya dejado de ser yo. Estaba haciendo una introducción seria y profesional... pero está bien: quieres que me explaye, ¿no? Tú lo has querido. Luego no te quejes cuando dé más información de la necesaria.

»Rebeca Ventura soy yo y no soy una persona común, porque lo común no me va en absoluto, que para eso ya hay más de siete mil millones de habitantes en el planeta. Si no marcas la diferencia, ¿por qué ibas a ser especial?, ¿por qué van a fijarse en ti?

—¿Por qué eres especial, Rebeca?

—Mi madre siempre me dijo que fui su primer rayo de luz y que exprimiese cada segundo de mi vida. Quiero seguir siendo su luz, aunque ellos ya no estén aquí conmigo.

—Joder, Rebeca, me estás emocionando...

—Es que yo también sé ser sentimental, ¿ves? Aunque luego me pase el día soltando burradas, tengo mi corazoncito.

—Es un corazón enorme, que lo sepas. Te quiero tanto...

—Vale, basta de empalagamientos, que al final acabarás queriendo hacer guarradas conmigo y, con tu suerte, seguro que te gusta. Mi hermano ha creado un monstruo...

—Qué burra eres. Bien, sigamos, ¿quieres contarnos algo sobre tu familia?

—Sí, claro, no tengo problema en hablar de ello... Soy la hija de dos grandes personas que, desgraciadamente, ya no están entre nosotros. No me gusta abusar de este tipo de información, por lo que seré breve. Tuvieron un fatal accidente de coche y nos dejaron a mi hermano y a mí solos demasiado pronto. También soy la hermana mayor de un rubio descarado y con tendencia al exhibicionismo que trae loca a más de una...

—¿A más de una? ¿A quién tengo que dejarle claro que Rubén es mío?

—Mira la leona cómo saca las garras, ¡tranquila, fiera! Rubén y yo tenemos una relación muy especial. A raíz del fallecimiento de nuestros padres, cada uno llevó su marcha de una manera distinta, pues él cargó con todo el peso de la responsabilidad, mientras que yo me dejé influenciar por las peores compañías. Demostró ser un adulto cuando todavía le tocaba ser un joven loco y me demostró de qué pasta estaba hecho. Llevó adelante solo el asunto de la herencia, el papeleo, y todo eso sin dejar de rendir en la facultad. Lo quiero mucho y estoy muy orgullosa de ver en qué clase de hombre se ha convertido.

—Es un gran hombre, dulce, cariñoso, pícaro, extrovertido, sin miedo a decir lo que piensa o siente...

—¡Oye, Valentina, que la entrevista me la haces tú a mí! A ver si ahora vamos a descentrarnos y pierdo todo el protagonismo. Y no, para eso que se lean tu libro.

—Ésa es otra de tus facetas. Te gusta ser el centro de atención. No lo digo como un reproche, pero es algo que te caracteriza, pues, cuando estás, brillas por ti misma.

—¡Ay, qué cosas más bonitas me dices! Bueno, no es algo que haga conscientemente, pero cada experiencia me ha llevado a ser como soy hoy en día. Todos vamos experimentando un cambio constante debido a lo que nos rodea, la gente que se cruza en nuestro camino y todo eso... y yo, en la actualidad, me siento genial conmigo misma.

—¿A qué experiencias te refieres cuando dices que eso te ha llevado a ser como eres?

—Oye, plantéate seriamente hacer algún cursillo de periodismo si no te sale ningún trabajo de lo tuyo, porque vas directa a la espinilla.

—Al grano.

—¿Qué más da? Grano, espinilla... es todo lo mismo. Pues verás: no he tenido una vida demasiado fácil, más bien ha sido una verdadera putada, pero ahora soy una persona adulta, más o menos, y sé que actuaría de otra forma si me encontrase en situaciones parecidas a las que me he enfrentado en el pasado... o eso creo.

»Tras la marcha de mis padres, me pareció que mi vida no tenía sentido. Me encerré en el dolor y dejé de lado mi formación, por la que ellos se habían sacrificado tanto, me volqué en compañías que ningún padre querría para su hija y conocí a una persona que, aún hoy por hoy, sigo lamentando que se cruzase en mi camino.

—¿Quieres explicarnos algo más acerca de esa relación, Rebeca?

—Si te digo la verdad, no, pero no me queda más remedio. Lo que me hizo Austin es algo que forma parte de mi vida pasada y es lo que me ha llevado a actuar de cierta manera con los hombres a partir de entonces, así que lo lógico, si quiero dar a conocer mi historia, es que la gente sepa qué clase de relación mantuvimos y por lo que pasé.

—Si en algún momento quieres parar...

—Tranquila, creo que puedo con ello.

»Cuando Austin apareció en mi vida me dio la impresión de que sería quien me curaría las heridas y el que calmaría mi dolor, pero me equivoqué. Al principio era el perfecto príncipe azul, pero con el tiempo fue cambiando y experimenté tantas cosas que no debería haber descubierto nunca... Quedar reducida a la nada, anulada como mujer y como persona, luciendo las magulladuras que él me hacía cuando intentaba negarme a que abusase de mí... Fue un período espantoso que nunca olvidaré y, aunque la justicia se lo haya hecho pagar, eso jamás quedará saldado para mí... Con todo, hubo una cosa, un sentimiento, que no fue capaz de destruir en mi interior, el amor. Amor por mi hermano y por mi mejor amiga, amor por mis padres, que ya no estaban conmigo... y jamás olvidaré que tú iniciaste que todo acabase. Me salvaste y me ayudaste en el proceso de recuperación, y no puedo estarte más agradecida.

—Vale, no puedo contenerme. Tengo que abrazarte, Rebeca.

—Te quiero, Valentina, y... bueno... ya sabes que el final es feliz... me tienes aquí a tu lado para siempre, pase lo que pase.

—Lo siento, es que no puedo contener las lágrimas. No te merecías nada de eso...

—Vamos, cariño, que me vas a hacer llorar a mí también...

—Te quiero tanto...

—Y yo, ya lo sabes. Eres mi morena preferida. Oye, ahora que lo pienso, estás demasiado sensible. ¿No te habrá hecho un bombo mi hermano, no? Mira que todo el día dándole al mambo horizontal puede derivar en un bebé. ¿Usáis gomita?

—Deja de hacer el tonto, anda. No estoy embarazada, es que sé lo mal que lo has pasado por culpa de ese asqueroso y no me gusta tener que hacer que lo revivas.

—¿Sabes qué pasa? Que he decidido que prefiero no darle más vueltas a lo que ocurrió e intentar sobrellevar todo esto de otra forma. He derramado más lágrimas de las que nadie pueda llegar a imaginar y, si la manera de afrontarlo mejor es

tomándomelo con una filosofía tragicómica, pues que así sea. Lo único que quiero es no sufrir más por ello y sé que tú no me vas a juzgar por cómo decida llevarlo. Todo eso es algo que siempre estará ahí y es el motivo por el que no he estado con ningún hombre desde entonces.

—Nunca te juzgaría, jamás.

—Me daba miedo revivir lo que pasó, pero ahora estoy dispuesta a intentarlo. Sé que soy más fuerte y el tiempo ha cicatrizado algunas heridas... aunque también otras cosas que no deberían haberse cerrado, porque, verás, tampoco es que me haya hecho monja, entiéndeme... he tenido muy buenos momentos con Ale, aunque, en lo que respecta a mí y los hombres, creo se me está reconstruyendo el himen, lo noto.

—Eso será algo que hablaremos en otro momento, porque ponerle Ale a un juguete sexual es inquietante, cuanto menos.

—¿Por qué? Me chifla Alejandro Sanz y, si pudiera, me lo beneficiaría; no entiendo qué tiene de malo que mi consolador morado se llame Ale en su honor. Hoy por hoy, es mi mejor amante: está cuando lo necesitas, nunca hace nada que no quieras, no le huele el aliento mañanero, no te araña con las uñas de los pies, no se cansa, no tienes que esperar para tener más de un asalto... Como ves, todo son ventajas. Además, a algo tendré que echarle mano para saciarme cuando mi hermano y tú os ponéis a pegar berridos como ciervos apareándose.

—Ehhh... uuuf, esto... A ver, tu condición sexual, ¿quizá rechazas el contacto masculino pero no el femenino?

—Uy, Valentina... ¿es que quieres que tengamos algo las dos? Mmm... Ya sabía yo, morena, que tú estabas loca por mis huesos.

»Vale, vale, quita esa cara, es broma... Para poder contestarte te diré que el tema de Austin fue algo que me trastocó, aunque estuve acudiendo a terapia con Diana, mi psicóloga, para poder superarlo. El caso es que se me hacía imposible pensar en acostarme con un hombre sin acordarme de todo lo que había pasado. Y no, no es que haya decidido que ya no me gustan los hombres, pero no estaba preparada ni sentía la necesidad de ello. Le encontraba más problemas que otra cosa...

—Y las chicas...

—Sé que quieres que te hable de Roxi, pesada, así que voy a poner en situación a las personas que no sepan de lo que hablamos. Para celebrar el último cumpleaños de mi hermano, con un grupo de compañeros y amigos de Rubén, fuimos a pasar unos

días a una casa al Montseny todos juntos. Entre ellos estaba Rocío, una chica diferente y que se ha convertido en una gran amiga en la actualidad...

—Me estoy poniendo celosa...

—Anda ya, tonta. ¿Tú también quieres un besito?

—¡Calla y sigue!

—Valentina, te estás convirtiendo en una mandona, ¿eh? El caso es que Rocío, o Roxi, como le gusta que la llamen, y yo congeniamos desde el principio. La lectura principal de lo que pasó es que debo dejar de beber cuando tengo cerca a gente que no me conoce lo suficiente como para no tomarme en serio cuando suelto ciertas locuras. Roxi y yo acabamos enrollándonos. No es que me gusten las mujeres, que no me gustan, pero en ese momento me sentí vulnerable porque le hablé de Austin, tenía más alcohol que sangre en el cuerpo y ella me lo puso en bandeja diciéndome que era bisexual.

—¿Y te gustó?

—Olvidas que la que me contó que me había comido la boca con Roxi fuiste tú, yo no recuerdo nada... aunque la segunda vez sí que la recuerdo.

—Claro, entendi... ¡¿Se-segunda vez?! ¿Hablas en serio? ¿Has vuelto a enrollarte con ella?

—¡¡No te asustes!! ¿No ves que te salen arrugas en la nariz? Hice lo que hice para poder responderme algo a mí misma.

—Joder, no sé de qué me asombro. A ver, ¿qué querías responderte?

—Pues estaba igual de liada que la zapatilla de un romano. ¡Hostia, ya sabes eso que dicen! Los borrachos y los niños siempre dicen la verdad... Y pensé que no lo tenía claro. ¿Y si había besado a Roxi aquella vez, borracha, porque realmente necesitaba hacerlo, porque tal vez escondía un deseo reprimido de comedora de moluscos?

—Me asustas cuando te pones en este plan. No sé adónde vas a ser capaz de llegar.

—¿Prefieres que me calle y no te cuente cómo comprobé que no me gustan las chicas?

—¡Y un cuerno! Ahora me lo explicas; no pretendas dejarme con la incógnita, después de haber soltado el bombazo.

—Vale, pero a mi hermano ni una palabra, que te conozco y se lo cuentas todo cuando te la tiene metida hasta las orejas.

—¡Rebeca, por favor! Eres muy bestia.

—¡Eh!, que yo no soy la que te la mete, es él. Bueno, el caso es que, cuando te enfadaste con Rubén y cogiste carretera y manta hasta Badajoz, yo me quedé aquí más sola que la una y frustrada por todo el tema de Santi...

—Eso es algo de lo que hablaremos ahora, porque habrá gente que no sepa quién es Santi...

—Sabía que no ibas a dejar pasar el temita. El asunto es que estaba sola, aburrida, frustrada... Mi hermano era un alma en pena cuando lo llamaba o lo iba a ver, a cuenta de vuestra discusión; de Santi no quería saber nada por ser tan... tan... tan Santi, y la única persona que me quedaba era Roxi. Ya sabes que hemos conectado.

—*Conectado*... ¿ahora se llama así?

—Chúpame un pie, guapita. Pues eso: quedábamos casi todos los días cuando salía de la redacción. Yo iba a su casa o venía ella aquí, y un día...

—Miedo me das...

—Miedo me dio a mí, te lo aseguro. Acababa de irse, estaba cansadísima y encima habíamos tomado unas cuantas cervezas y me puse a hablar con el espejo de la entrada cuando me quedé sola. El caso es que me acosté, ya te puedes imaginar cómo estaba si te digo que no recogí ni la casa. Justo cuando estaban cayéndoseme los párpados, empecé a pensar en ella.

—¿Y...?

—Por hacerte un resumen... me terminé montando una peli porno entre las dos en mi mente.

—Tuviste una fantasía sexual con ella, vale, pero eso no es que hayas tenido un segundo encuentro con Roxi, ¿no? Creo que las fantasías no cuentan y suele ser normal tenerlas.

—Si se hubiese quedado en eso... A la mañana siguiente hice lo único que podía hacer para salir de dudas.

—Ay, Dios...

—Fui a casa de Roxi y le expuse la situación. Valentina, deja de poner esa cara de alucinada. Sigo siendo yo, aunque casi me haya comido un c...

—¡¡Vale!! ¡Te he entendido! En todo caso, la prueba sí sirvió de algo, ¿no?, ¿descubriste entonces que no te gustaban las mujeres?

—Bueno, no te voy a decir que no fuese morboso, pero no es lo mío. Roxi sabía

todo el lío que tenía en la cabeza y lo que había pasado por mi mente, así que se prestó a ese experimento.

—¡Qué buena amiga! A mí no me pidas algo así. Nunca.

—Vamos, deja de ponerte estúpida, que no es algo que tenga importancia.

—Ya, claro. Que tu mejor amiga te cuente que ha tenido sexo con una chica sólo porque no tenía nada mejor que hacer no tiene la menor importancia, Rebeca. ¡Madre mía!, no sé de qué me asombro contigo a estas alturas. Bien, sigamos con la entrevista. Volvamos al tema de los hombres. Sí que ha habido un hombre durante este tiempo, ¿verdad?

—No sé qué contestarte a eso. Ha habido alguien que ha sacado mis hormonas del letargo, pero todo es muy extraño.

—Hablamos de Santi.

—Sí, de Santi. Él es el mejor amigo de mi hermano desde hace bastantes años. Fueron compañeros de carrera, han vivido juntos hasta que Rubén y tú comenzasteis a salir y se vino aquí, e incluso llegué a pensar que eran pareja. Luego, cuando ocurrió todo lo vuestro, deseché la idea, aunque nunca dejé de pensar que algo pasaba con Santi, pues su forma de ser... ¿Qué quieres que te diga? Sigo pensando que está enamorado de Rubén.

—Suprime esa idea, Rebeca. Sólo son amigos, tu hermano lo ha dejado bastante claro.

—Entonces no tiene sentido que actúe así conmigo. Lo tenté. Fui hasta su casa, hablamos de este mismo tema de conversación, le pregunté directamente y me insinué. Y funcionó, actuó. Me besó y nos magreamos hasta que mi hermano y tú llegasteis a cortarnos el rollo.

—No, si ahora tendremos la culpa nosotros...

—No digo eso, que también, pero él reaccionó y pensé que había estado ciega durante mucho tiempo, sin percatarme realmente de lo que él despertaba en mí. Cuando entré en su casa y lo vi salir de la ducha, con esa toalla en las caderas, esas gotitas de agua por el pecho, esa pose de machote ibérico... Vamos, que en mis bragas se podría haber plantado arroz.

—Con lo bien que ibas y has tenido que cargarte la narración por bruta. Pero ¿nunca antes te habías fijado en él?

—Jamás. Nunca lo había visto con esos ojos, hasta esa tarde. No sé qué cambió,

pero algo me hizo darme cuenta de que me atraía y quería provocarle lo mismo a él.

—¿Y no es así?

—Pues no. En caso contrario, no estaría aquí hablándote de él, sino cabalgándolo cual lindo corcel.

—¿Se lo has confesado? Lo mismo él no sabe lo que despierta en ti y no se atreve a decirte nada. Ya sabes que es un poco retraído.

—Si no lo sabe es porque es cortito de entendederas. No. Hablamos y me dejé claro que lo nuestro no podía ser. No me dio más explicaciones, simplemente dijo que no era algo que pudiese elegir, y que no podía traicionar su propia palabra, por lo que no podíamos tener nada.

—Lo que aún me asombra es que no hayas sacado todo tu repertorio de preguntas e insistencias para conseguir saber el motivo.

—No sé si quiero saberlo. Me parece que, para mi ego, es mejor que me haya dado una explicación como la que me dio a que me hunda en la miseria diciéndome que le doy asco.

—¡No le das asco, Rebeca!

—Eso no lo sabemos, Valentina. Y me parece que seguirá siendo así.

—En Nochebuena tuviste la oportunidad, cuando tu hermano y yo nos fuimos a la habitación.

—Sí, claro, si no me hubiese bebido hasta el agua del gato del vecino, podría haber intentado algo.

—Tú y el alcohol... Bueno, y para ir acabando, ¿en qué situación te encuentras ahora mismo?

—Buena pregunta, a ver si yo misma sé contestarla.

»Sigo trabajando en la redacción del periódico digital, teniendo que aguantar a Héctor, mi jefe, que tiene una clara falta de sexo por parte de su esposa y decide pagarla con nosotros, sobre todo conmigo. De todas formas, aunque me queje, mi trabajo me apasiona.

»También sigo en sequía sexual, pero no por mucho tiempo, porque he decidido darle unas vacaciones a Ale y buscar candidato de carne y hueso, a ver qué tal se me da la caza. Y, bueno, seguir viviendo con el plasta de mi hermano, que se ha mudado a mi casa porque sale con mi mejor amiga, que también vive conmigo... La misma que tengo delante con una sonrisa de boba enamorada ahora mismo y que me acaba de dar

un manotazo en el muslo, ¡auuu! Creo que vosotros habéis sido los que habéis provocado mis ganas de sexo, porque tener que oíros follar todos los días es demasiado para mi salud mental.

—Tenemos una hucha para ahorrar e invertir el dinero en insonorizar las paredes.

—Tú bromea. A este paso tendréis que usar los ahorros para comprar un palé de condones, porque no veas cómo le dais al tema, hija mía.

—Eres una exagerada, ni que estuviésemos todo el día en la cama.

—Si sólo fuese de día y en la cama...

—Tienes razón. Entonces, ¿qué será de Rebeca a partir de ahora?

—Volveré a ponerme introspectiva y evocaré a mi querido Alejandro Sanz. Ahora... será la vida mientras dejo mi alma al aire.

Capítulo 2

Cuando Harry encontró a Sally

Santi

Algunas personas siempre están abiertas a nuevas experiencias y a entablar nuevas relaciones personales; esperan con ansia cualquier oportunidad para relacionarse y suelen ser los primeros en presentarse, encontrando fácilmente un tema de conversación.

Yo no soy así. No soy extrovertido, ni enérgico, ni me considero gracioso.

De adolescente necesitaba hacer verdaderos esfuerzos para conocer a las personas y adaptarme a las situaciones nuevas, yendo siempre un paso por detrás.

Erróneamente, me tachaban de estirado o antipático. No llegaban a comprender que, en realidad, necesitaba más tiempo que ellos para adaptarme y mostrarme afectuoso, que mi punto fuerte es observar y escuchar, y no el ingenio. No todos fueron así, claro está, y hoy en día puedo contar aún con la inestimable amistad de varias personas que entendieron mi forma de ser y me respetaron, sin querer cambiarme.

Con el paso de los años deduje que la sobreprotección que tenía en casa no me había ayudado demasiado, aunque mis padres lo hiciesen con la mejor intención, de eso no me cabe ninguna duda.

También, con el paso de los años, me fui convirtiendo en un hombre y mis necesidades físicas despertaron. Mi cuerpo bullía con el estallido hormonal y encontré en ello mi mayor liberación.

El sexo es mi vía de escape y el momento en el que puedo dejarme llevar.

Contra todo pronóstico, nunca me ha resultado violento ni me ha hecho retraerme. Considero que el sexo puede ser una forma privilegiada de comunicación, con la que, encima, se disfruta y se siente un inmenso placer. Desde que lo descubrí he sido un hombre muy activo sexualmente hablando. He probado técnicas y pautas que harían

sonrojar a esos mismos que se reían de mí en el instituto; algunas me han gustado y otras no tanto, pero jamás he dejado de investigar esa parte de mí que me permite mostrarme sin tapujos y sin restricciones.

Explorar, asumir roles, buscar momentos dolorosamente intensos, pausar los más suaves para alargar el placer... Sin complejos, sin tabúes ni normas, porque la única regla por la que me rijo es darle a mi cuerpo lo que me pide y respetar a las personas que estén conmigo.

Ahora bien, cuando la situación que se presenta pone en contra a las dos partes, queriendo algo con cada célula de tu cuerpo, pero sabiendo que tienes que reprimirlo para respetar a la persona que está contigo, es cuando tienes un verdadero problema.

En mi caso, el mío posee una esbelta figura y una preciosa melena roja.

Sí, estoy bastante jodido... y no del modo en el que termino corriéndome satisfecho.

Capítulo 3

Moulin Rouge

Rebeca

Tengo una duda: ¿sabéis de alguien que esté sano como una lechuga y sólo enferme en Navidad? Pero es que voy incluso un poco más allá, ¿conocéis a alguna persona que, estando sola en casa en Fin de Año, pudiendo hacer lo que le salga de las narices y sin tener que aguantar a una pareja de fornicadores como compañeros de convivencia, se convierta en un puñetero moco verde andante?

Ya. Me lo temía...

Me da a mí que la mala suerte que dice tener mi mejor amiga me la ha dejado aquí en casa mientras ella se ha ido a pasar unas vacaciones románticas con mi hermano a la capital de amor.

París... No hay nada más manido como el viaje por excelencia para todos los tortolitos empalagosos.

París para Valentina y Rubén.

Ya los estoy viendo, haciéndose fotos bajo la torre Eiffel, acurrucados mientras caminan por los jardines de Versalles, paseando por la orilla del Sena agarrados de la mano... Y lo peor de todo es que, cuando vuelvan, esta que está aquí va a tener que tragarse, una a una, como una buena hermana y cuñada, todas y cada una de las fotos que harán de su primer viaje romántico como pareja consolidada.

No sé si hubiese preferido que siguiesen en casa, desconchando la pared con los golpes al cabecero de la cama. ¡Ay, qué cruz!

Os pongo en situación. Después de pasar la Nochebuena todos juntos (entiéndase por *todos* a mi hermano, Valentina, Santi y yo), Rubén, al más puro estilo señor Ventura empachado de algodón de azúcar, le regaló a mi amiga una postal con una imagen preciosa de la torre Eiffel iluminada de noche, en la que por detrás le proponía pasar el Fin de Año más romántico que hubiese soñado, junto a él, en París.

Qué bonito...

Qué romántico...

Qué asco.

En el mismo instante en el que Valentina se abalanzó a los brazos de mi hermano y se fundieron en un beso que parecía más bien una endoscopia de lenguas que otra cosa, giré la cabeza hacia la derecha, donde se encontraba Santi, y no pude evitar poner los ojos en blanco mientras sonreía. Él me devolvió el gesto, sonriendo de medio lado, mostrándome una perfecta y alineada hilera de dientes blancos y relucientes que hacían un contraste perfecto con su color mulato de piel, con unos colmillos prominentes y apetecibles que me hicieron pasarme la lengua por los míos instintivamente.

Sólo hubo una cosa buena de todo aquel momento... en realidad, dos; no, puede que fueran tres.

En primer lugar y como era de esperar, la pareja se fue, al poco de terminar el postre, a la habitación, con la excusa de mostrarle algo que —abro comillas— los renos de Papá Noel —cierro comillas— le habían dejado a Valentina y que estaba escondido en el armario. Creyó que, así, Santi y yo no nos daríamos cuenta de que el mensaje real era que pretendía empotrarla contra el armario como un buen caribú en época de celo.

Ese momento tan romántico trajo como consecuencia que Santi y yo nos quedásemos solos, situación que pensé en aprovechar para mantener una charla succulenta y repleta de preguntas, pero que acabó por convertirse en bebernos los restos de champán de las cinco botellas que habíamos abierto durante la velada, lo que provocó que acabásemos los dos tirados en el sofá viendo la reposición de *Solo en casa*.

Lo segundo bueno que ocurrió aquella noche fue que hablamos sobre el armario misterioso de la casa de Santi. ¿Por qué no me cuenta de una jodida vez qué hay en él? Sólo sabe darme evasivas... Quizá debería indagar con Rubén, a ver si saco algún tipo de dato interesante, o incluso ir a visitarlos de nuevo y hacer averiguaciones por mi cuenta, porque, lo que es con Santi, no consigo nunca ninguna información de valor. Cuando hablamos sobre ello, incluso llegó a bromear acerca de una afición relativa a realizar conservas y que el armario estaba lleno de ellas. Totalmente creíble, claro...

Y en tercer lugar —y creo que esto sólo lo vi bueno en aquel momento—, cuando

finalizó la película, nos fuimos a la calle a hacer un muñeco de nieve. Sí, es lo malo de haber visto *Frozen* un par de veces. Bueno, rectifico: yo quería hacer un muñeco de nieve y Santi no supo negarse a mi insistencia. Puedo ser muy persuasiva cuando me lo propongo... Ya, podría parecer una estampa muy tierna, de no ser porque no había nevado y yo me empeñé en realizar el muñeco con la tierra de las macetas de la entrada. El resultado fue un truño más parecido a una gran mierda de elefante que a un muñeco navideño y tres macetas decorativas destrozadas. Y puede que ese tiempo fuera de casa, sin llegar a abrigarme bien por el calor que tenía por la borrachera, las bajas temperaturas y mi afán por enseñar canalillo cada vez que me agachaba y quedaba a la altura de los ojos de Santi, a ver si así lo hacía reaccionar, hayan ocasionado que me encuentre con destemplanza, malestar físico y mocos para aburrir.

Vuelvo a cambiar de canal en la televisión, buscando algo que me entretenga otro rato más. Después de pasar todo el día aquí, mi espalda empieza a ser absorbida por el sofá, pero el sonido del teléfono móvil me hace escapar de su agarre, obligándome a caminar hasta mi dormitorio para cogerlo.

—¡Voy, voy! —suelto mientras avanzo por el pasillo, oyendo cómo se repite por dos veces la melodía—. ¿Quién narices me llama a las diez de la noche?

Llego hasta la habitación y, en el último segundo, descuelgo y me llevo el teléfono a la oreja, mientras me tumbo en mi cama y me tapo con el nórdico, dejando escapar un gemido.

—¿Diga?

—¡Hola, Rebeca! —La voz de mi amiga me hace sonreír. Qué bonito es el amor—. ¿Qué tal? No hemos podido llamarte antes porque tu hermano perdió el cargador y yo no me traje el mío, y hasta que hemos encontrado una tienda y lo hemos podido comprar... Podríamos haberte llamado por el teléfono del hotel, pero ninguno de los dos nos sabíamos tu número de memoria...

—Vaya, ya veo que has comido lengua estos días —le digo guasona al notar que no ha cogido aire en toda la parrafada.

Me empiezo a reír cuando oigo cómo me dedica unos cuantos improperios y un ataque de tos me tiene durante unos segundos con el móvil apartado de la cara y notando mil espadas punzantes en mi pecho.

El haraquiri debe de ser algo así.

—Rebeca, ¿estás bien? Pareces enferma —pregunta Valentina, preocupada.

—No te pre... —Toso—. No te preocupes: bicho malo, nunca muere. Es sólo que he cogido frío y llevo desde anoche con mal cuerpo y destemplada. Debe de ser un resfriado de nada.

Le resto importancia mientras un antojo me hace rugir las tripas. Sopa. Caliente. Humeante. Sabrosita. Mmmm..

—Rebeca, eso de antes no ha sonado como un resfriado de nada, sino a que estás bien cogida y, conociéndote, seguro que no has ido al médico. —Mi amiga habla durante unos segundos con mi hermano, al que oigo por detrás, y vuelve a dirigirse a mí—. ¿Vas a llamar para que el doctor te eche un vistazo?

—Sí, llamaré —afirmo en tono hastiado y haciendo repaso mental de las provisiones, por si puedo prepararme esa sopa calentita para cenar—. Bueno, cuéntame qué tal os lo estáis pasando.

—Pues está siendo genial. El primer día llegamos por la tarde muy cansados y casi no pudimos ver nada más que el hotel y lo que hay en la misma calle, pero ayer ya nos dedicamos a visitar algunas cosas y estamos haciendo fotos de todo. —¡Lo que me temía!—. Ya verás cuando las veas, te vas a morir de la envidia. Y... ¿a que no sabes dónde vamos a pasar la Nochevieja?

—Ilumíname...

—¡En el Moulin Rouge! —contesta ilusionada, y me llega la risa de mi hermano, sin duda cerca de ella—. Rubén me llevó ayer hasta allí, pidió que nos dejaran pasar unos minutos en exclusiva a nosotros solos y me sentó en una mesa, en primera fila del escenario, y me explicó...

Percibo la voz de mi hermano murmurar algo que no llego a captar.

—¡Rubén! Calla, déjame que lo cuente yo.

Me río y la animo a seguir.

—El caso es que me sentó en la primera fila y me dijo que pasaríamos la última noche del año viendo un precioso espectáculo de las Doris Girls, cenando y recibiendo el año nuevo al más puro estilo cabaretero, juntos.

—Lo que no te contó es lo que pretenderá hacer contigo cuando lleguéis al hotel. Tú quédate bien con los pasos de las muchachas esas, que, conociéndolo, ya verás el baile que te pide que le hagas en privado...

Nos reímos un rato y me comenta algunas de las cosas que han visitado, antes de pasarme con mi hermano.

—Hola, pelma.

—Hola, Rojita. —Mi hermano utiliza el mote que me puso de pequeño por mi pelo, y sonrío—. He oído que estás enferma.

—Bah... nada del otro mundo, ya sabes que estas cosas nos pasan a los que dormimos con el culo al aire.

Rubén se ríe y me doy cuenta de que, aunque siempre me queje cuando andan por aquí, los echo de menos. Mucho.

—Bueno, si te encuentras peor, llama al médico y, por lo que más quieras, mantén la casa libre de virus para cuando lleguemos, no me gustaría que Valentina cayese enferma —comenta despreocupado.

—¡Serás asqueroso! Y a tu hermana que le den, ¿no? —protesto aguantándome la risa—. Anda, ve a mantenerla activa y dale un repaso de los que le das en casa, que dicen que eso va estupendo para las defensas.

—No creo que tenga quejas en ese aspecto —contesta arrogante—. Ya sabes que tengo que llevar todo el peso sexual de la familia Ventura... ¡Para que veas cómo me sacrifico por ti, hermanita!

—Mejor sola que mal acompañada. —Sonrío.

—No lo dudo, no eres la única que tienes oídos en casa, ya me entiendes —comenta sagaz.

—Es para que no disminuya el entusiasmo... Tenemos una reputación con los vecinos y no podemos hacer que decaiga; ya sabes, cuando tienes que reponerte, toma el relevo tu hermana mayor, para echarte un cable en momentos de flacidez.

—Flacidez te voy a dar yo a ti. Anda, cuídate y mañana hablamos. Te quiero.

—Yo también os quiero, pasadlo bien.

Cuelgo el teléfono y me quedo tumbada unos minutos, recordando la conversación. Termino riéndome, consciente de que no todos los hermanos tienen la misma relación que tenemos Rubén y yo; no la cambiaría por nada del mundo. Cuando noto que la sopa pasa a un segundo plano y todo lo que visualizo es el fondo negro de mis párpados, me siento en la cama, tecleo un breve mensaje para Héctor, mi jefe, informándolo de que mañana tampoco podré ir a la redacción, y me vuelvo a acurrucar dentro del edredón.

La mañana siguiente no es que sea mucho mejor. Parece que los virus están decididos a joderme todas las fiestas y hoy, penúltimo día del año, se han atrevido a

organizar una puñetera salida de mi nariz en forma de constante moco goteante, además de estornudos inesperados. En uno de mis viajes de la cama a la cocina, paso por el salón y no puedo remediarlo... La casa necesita un poco de orden y limpieza y sé que no voy a poder dormirme e ignorar que el sofá tiene todos los cojines descolocados, una montaña de pañuelos usados descansa sobre la mesa, tres vasos reposan en la mesita y el mando anda por ahí desperdigado. ¿Para qué existe, entonces, el organizador de mandos? Eso por no hablar de mi dormitorio; a pesar de que, cuando he salido, he querido hacer la vista gorda, hay ropa amontonada en la silla con una forma un tanto espeluznante y las sábanas están demasiado arrugadas. En cuanto a las pelusas, creo que podría cobrarles el alquiler a algunas que he visto en la esquina de la entrada. Deben de estar hasta empadronadas en casa, de lo grandes que son.

Bien. No me queda más remedio que solucionarlo, si quiero dormir. Doy un giro sobre mis pies y, por un momento, la vista se me nubla y pierdo el equilibrio.

—Ay... joder —maldigo una vez agarrada al respaldo del sofá y con el centro de gravedad más estable—. No, si al final voy a tener que llamar al médico para que me recete algo que me quite estos mocos que no me dejan vivir. Menudo recibimiento del año: sola, enferma, sin poder beber...

Mientras continúo hablando conmigo misma, voy a una velocidad ridícula por el salón recogiendo y limpiando, pero, cansada de sonarme constantemente y con los agujerillos de las fosas nasales en carne viva de tanto pasar el pañuelo, mi mente traza un plan infalible.

—¡No me vais a joder más!

Con tres dedos, hago dos pelotillas de papel y me introduzco una en cada orificio nasal, dejando lo suficiente fuera como para poder tirar de ellos cuando me los quiera quitar. ¡Problema resuelto!

Acabo de recogerlo todo en más tiempo del que hubiese querido, pero me doy cuenta de que puedo ser productiva incluso estando enferma. Al entrar en mi cuarto me fijo en que el teléfono, que me había olvidado en la mesilla, tiene la luz de las notificaciones parpadeando. ¿Será la pareja parisina? ¡Oh, Dios! Espero que no sea mi jefe dando la brasa.

Lo desbloqueo y una cantidad ingente de iconos invaden mi pantalla. ¡¿Qué me he perdido?! Voy abriendo cada aplicación y descartando lo que puede esperar. Fotos en

las que mi hermano me ha etiquetado que ha subido a una red social, luego las veré... Un par de correos electrónicos de propaganda, dos llamadas perdidas que pronto identifico: mi jefe y Roxi. Bien, prioricemos lo más importante.

—¡Hola, flaca! ¿Dónde te habías metido? Llevo escribiéndote al WhatsApp un buen rato y no das señales de vida. Voy camino de tu casa.

—Roxi, será mejor que no vengas, esto es zona cero —le digo con voz nasal y abatida, pues sería un gran entretenimiento.

—¿Zona cero? ¿Qué ha ocurrido? ¿Has entrado en el baño y del olor has tenido que llamar a los de salubridad e higiene del ayuntamiento? —Se echa a reír y no puedo evitar poner los ojos en blanco y refunfuñar.

—Ojalá fuera eso. Estoy enferma y, si vienes, te contagiaré.

Me siento en la cama y le doy vueltas al trapo con mi dedo índice mientras hablo por teléfono.

—¿Estabas durmiendo, entonces? Perdona, Beca, no quería despertarte. Pensaba que estabas en la redacción y por eso no contestabas a la llamada.

Roxi es la única persona que me llama así, y la verdad es que me gusta que para ella sea Beca y no Rebeca.

—No, qué va. Desde ayer no voy a trabajar, pero no te preocupes, que no estaba durmiendo, estaba limpiando —le aclaro natural y haciendo un sonido absurdo cada vez que, a duras penas, respiro.

—¿Limpiando? Tú estás mal de verdad. —Oigo cómo alguien llama a la puerta—. Anda, ven a abrirme, que prometo no pisarte lo fregado, ¡loca!

Cuelgo el teléfono y lo dejo de nuevo en la mesilla, olvidando el resto de notificaciones. Me dirijo a la entrada y le abro la puerta a mi amiga, que se me queda mirando con cara de asombro y rompe a reír, doblándose en mitad del porche ante mi cara de palo seco.

—Vas a ir al infierno, mala pécora. De las amigas moribundas no se ríe una —le riño, intentando no contagiarme de sus carcajadas. Resulta bastante complicado, porque no deja de troncharse y acabo tirando de su brazo y metiéndola en casa—. ¿Se puede saber de qué te ríes, mujer cruel?

Se limpia las lágrimas con los dedos índice, arreglándose el maquillaje ahumado de sus ojos, y me señala la cara con una de sus manos.

—¿Tú te has mirado al espejo?

En ese momento caigo en la cuenta de mis tapones de contención antimocos. Un invento infalible que ha sido muy eficaz contra el goteo de mi nariz, pues lo he olvidado por completo. ¡Por esto me costaba tanto hablar!

Esto lo patento yo, como que me llamo Rebeca Ventura.

—¡Hostia! Se me había olvidado.

Me acerco hasta el espejo y, al verme, contengo una mueca de asco. ¡Menuda fatiga de mí misma! Lo raro es que Roxi se haya reído en lugar de vomitar en medio de la entrada al verme. Decidida a adecentarme un poco y no provocar la explosión de las córneas de mi amiga al mirarme, me encamino al baño e intento mejorar mi apariencia.

—Esto no lo arregla ni un milagro, ¡vaya careto que tengo, por Dios! —me quejo, terminando de peinarme y volviendo a anudarme la bata.

—Estás como para buscar ligue. Seguro que triunfas, entre la cara, los pelos y la bata de tu abuela... —se cachondea de mí, la muy zorra—. Vamos, te aseguro que ahora mismo me dices que te bese de nuevo y te doy dinero para no tener que hacerlo.

—Serás cabrona —refunfuño.

—Sólo soy sincera, das penita. Las amigas estamos para lo bueno y lo malo, y tú ahora mismo estás peor que mal.

—Ojalá todos los virus decidan irse contigo... —conspiro mirándola con los ojos entrecerrados—. ¡Vamos, chicos, que ella está sana y tiene carne fresca que enfermar!

—Esto es peor de lo que creía —me dice, sacando una lata de Coca-Cola del frigorífico y sentándose en el sofá, donde permanezco espatarrada—. No te conformas con abrir la puerta de casa hecha un verdadero adefesio, sino que encima te has hecho amiga de los virus de tu cuerpo y les hablas —se cachondea de mí—. Ten cuidado, sé de una en el pueblo de mis padres que empezó así y acabó devorada por los gatos que acumulaba en su casa.

Estornudo de manera inesperada y, cuando me repongo y he despejado mi nariz, contesto a la tontería que acaba de soltarme.

—Espero que lo único que me devore en este nuevo año sea un tío tras otro, pero gracias por la advertencia, amiga. No hay nada como estar sobre aviso.

—De nada, lo hago porque te quiero. —Pone morritos y me tira un beso.

—Si no fuera porque las pocas fuerzas que tenía las he empleado en luchar contra una bola de pelos y pelusas que me ha plantado cara en la cocina, te pegaba una

patada en el culo y me iba a la cama.

Roxi se ríe y enciende la televisión, dispuesta a pasar olímpicamente de mi comentario.

—Ya tendrás tiempo para irte a la cama, ahora tienes visita y no te queda otra que aguantarme. Es la cara menos bonita de la amistad.

—Qué gran verdad...

—¿Cuál? —pregunta ella, desconcertada.

—Que las confianzas dan asco.

—Tú sí que das asco.

—Ten amigas para esto... —me quejo a nadie en particular—. ¿Quieres quedarte a comer? Ya que estás aquí, al menos puedes hacerme compañía durante el almuerzo.

—Está bien, pero que sepas que estas cosas sólo las hago por ti.

Ella teclea algo en su teléfono y lo vuelve a guardar en el bolso, con una sonrisa en los labios.

—¡Oh, qué gran sacrificio! —ironizo—. Quedarse a comer con una amiga agonizante. Vamos, que están pensando en quitarle el Nobel de la Paz a Teresa de Calcuta para dártelo a ti.

Roxi se levanta y tira de mi mano, haciendo que la siga hasta la cocina.

—Cuando veas quién viene a recogerme...

—¿Con quién has quedado, mujer de almeja sociable? —le pregunto al cerrar el frigorífico y dejar un par de cebollas y el pescado en la encimera—. Últimamente estás que lo rompes, cada día con una diferente.

Ahora que me fijo mientras avanza hacia mí, detecto que va más arreglada de lo habitual, aunque no deja de lado su característico color negro y el maquillaje ahumado. El pelo, evidentemente, lo sigue llevando rosa fucsia; discretita, vamos...

—Bueno, es alguien nuevo. No lo conozco, pero me ha mandado un par de fotos a través de una red social de esas de contactos y está como un tren.

—¿Es un tío? —le pregunto alucinada.

—No, es un fox terrier. ¡Pues claro que es un tío! —me contesta, empezando a pelar las cebollas—. ¿Tanto te asombra?

—Pues sí. ¿Le has cogido alergia al marisco? —replico observando cómo realiza la tarea con el cuchillo—. Desde que te conozco, es la primera vez que me dices que tienes una cita con un hombre.

—Éste no es «un hombre», es «el hombre» —enfatisa sus palabras con gestos de ambas cejas.

Joder, ahora estoy intrigada. Habrá que ver el gusto que tiene para el sector masculino... Al pensar en cómo será, me doy cuenta de que antes ha dicho que vendría a recogerla.

—Roxi, ¿ese tío va a venir a recogerte aquí? ¿Tú me has visto? —Me señalo con cara de asco.

—Sí. Habíamos quedado en el parque de la Ciudadela, pero, cuando me has dicho lo de quedarme a comer, he pensado que sería mejor que pasara por aquí a buscarme, y ya luego nos vamos a tomar algo cerca de mi casa... —Me mira y me guiña un ojo—. Ya sabes, por si me apetece postre.

—Sois todos unos cerdos desconsiderados... Podríais dejar de refregarme vuestros polvos en la cara, porque a este paso me entrará alergia a los ácaros —protesto.

Nos reímos y terminamos de preparar el almuerzo entre las dos, aunque no me sabe absolutamente a nada. Menudo desperdicio de comida, bien podría haber comido corcho, que me hubiese sabido igual.

El sonido de su teléfono cuando aún estamos repantingadas en el sofá nos saca del sopor. Se levanta apresurada, mueve los dedos por la pantalla, se le instala una sonrisa en la cara y se marcha al baño. La muy marrana va a bajar todas las calorías ingeridas en la comida con ese chico. Me levanto del sofá y me dispongo a recoger la mesa cuando un claxon suena en la puerta de casa. Me asomo a la ventana, apartando lo justo la cortina para ver a través de la minúscula rendija que he abierto, e indago mirando hacia la calle.

—¡Roxi! —le chillo a mi amiga, que aún no ha salido del baño—. Coche azul metalizado todoterreno y moreno musculoso dentro. ¿Es tu hombre?

—¡¡Sí!! —grita a su vez, sin salir del aseo—. Coge mi teléfono y envíale un mensaje diciéndole que llame a la puerta. Se llama Darío. Entretenlo en el salón un poco.

—¡¿Estás loca?! ¡¿Tú me has visto las pintas?! —Me acerco a la puerta del baño sin bajar el tono de voz—. Olvídate de que le abra así, por mucho que seas tú la que te lo vayas a beneficiar.

—Beca, no puedo entrar al baño para estos menesteres cuando estemos él y yo en mi casa... no quedaría fino.

¿Fino? Pongo cara de asco y me separo instintivamente de la puerta.

—Venga, porfaaa... —interrumpe mis pensamientos, insistiendo—. No te lo pediría si no estuviese realmente interesada. Me queda un ratito aquí. Andaaaaa...

Niego con la cabeza mirándome al espejo en dos ocasiones, a la vez que oigo de fondo cómo sigue insistiendo. Es lo que hay, no puedo hacer nada más por mi aspecto, así que agarro el teléfono de mi amiga.

Darío: Muñeca, estoy en la puerta de la dirección que me has dado.
Ssangyong Actyon azul. (15.32)

Darío: No tardes, tengo ganas de ver si de verdad vas sin bragas...
(15.33)

Darío: ¿Roxi? Tía, espero que no me hayas hecho venir hasta aquí y sea mentira. (15.36)

Darío: En dos minutos, si no has salido o no me has contestado, me voy. (15.37)

¡Mierda! Miro el reloj del teléfono y los dos minutos se acaban de cumplir. Espera, ¿va sin bragas? Rápidamente le escribo, como si fuese a perder la cita yo misma. Ilusa de mí, estoy asegurándole el polvo a otra en vez de buscar alegría navideña para mi pesebre solitario. Lo sé, estoy fatal, pero viene de fábrica, no es cosa de la fiebre. El primer paso para superarlo dicen que es reconocerlo...

RoxiPoxi: Darío, ¿sigues ahí? (15.39)

Darío: Sí. Muñeca, ¿dónde estás? En la dirección que me has dado no parece que haya nadie. ¿Estás segura de que me has dicho el número correcto? (15.39)

RoxiPoxi: Sí, sí, es el número cinco. Mira hacia la ventana de la derecha de la entrada. (15.40)

Abro lo justo para que se vea mi brazo y saludo con la mano. La idea es que lo distraiga hasta que salga Roxi, ¿no? Pues tampoco es necesario que entre en casa, con que se quede ahí entretenido va servido.

Darío: ¿Quieres que te enseñe el rabito por debajo de la puerta?
(15.41)

RoxiPoxi: ¿Rabito? Vaya... pensaba que tenías algo más que un rabito, qué decepción. (15.42)

Darío: Por si no te quedó claro en el vídeo que te mandé el otro día, te

refresco la memoria, nena. (15.42)

Me quedo mirando el teléfono, esperando que continúe con la conversación. Esto se pone interesante. A las 15.45 recibo una foto de Darío.

¡La leche! No, no... Tiene razón, no es un rabito.

Darío: Así es cómo me tienes aquí fuera esperando. (15.46)

RoxiPoxi: ¿Esa foto es de ahora mismo? (15.46)

Darío: Claro, muñeca. ¿Quieres comprobarlo personalmente? Me muero de hambre... Vamos, sólo tienes que salir. (15.46)

RoxiPoxi: O entrar tú... (15.47)

En el instante de darle a «Enviar» me doy cuenta de lo que he hecho. Abro de prisa la ventana y observo por la pequeña rendija que, efectivamente, está bajando del vehículo y tiene toda la pinta de venir a llamar a la puerta.

¡Joder!

Joder, joder, joder...

Mmmm, vaya, vaya con Darío. Roxy tenía razón.

Cuando lo veo abrir la cancela del jardín delantero, salgo corriendo en dirección a la puerta del cuarto de baño y hablo bajito, pegando la cara a la madera.

—Roxi, ¿te queda mucho?

—No, no te preocupes. —Suspiro aliviada—. Con unos minutos más me bastará.

—¡¿Qué?! Joder, tía. ¿Cuánto tiempo llevabas sin ir al baño?, ¿estabas acumulando por si venía la hambruna? La madre que te parió...

—Te debo una, Beca. Déjame que me concentre o no terminaré.

No, si encima de tener que aguantar que me infecte el váter recién limpio, me echará la culpa por tardar tanto y que yo deba entretener al tipo este.

Suenan unos golpes en la puerta principal y el teléfono de Roxi vibra en mi mano. Miro el aparato, miro de nuevo hacia la puerta y salgo corriendo en dirección a mi dormitorio. Mi cara no podré arreglarla, pero no pienso abrir en bata.

—¡Ya va! —contesto saliendo del dormitorio y enfilando por el pasillo, atusándome la melena, que tiene toda la marca de la gomilla y cada pelo ha decidido ir por su propia cuenta y riesgo. Soy la puñetera reencarnación de Medusa.

—Perdón... creo que me he confundido. —El chico me mira al abrirle con cara de póquer y por un segundo me siento tentada a cerrar de nuevo la puerta y tener a Roxi

de compañía en casa el resto de la tarde—. Estoy buscando a alguien, pero... disculpa por haberte molestado.

Se da media vuelta dispuesto a marcharse y me entra cargo de conciencia. Madre mía, tiene los brazos del tamaño de mi muslo.

—Eres Darío, ¿verdad?

Él se vuelve a girar y me mira arqueando una ceja, algo desconcertado.

—Sí, ¿tú eres Roxi? —me pregunta con un tono de voz que me deja clara su decepción.

¡Será imbécil! Ya le gustaría a él tener el gusto de que yo fuese su cita. ¡Capullo!

—No. Soy una amiga de Roxi —le ladro—. Está en el baño acabando de.. arreglarse. Pasa, pasa. No te quedes en la puerta.

Puedo ver cómo el aire sale de sus labios en forma de suspiro y lo conduzco hasta el salón, lo invito a que se siente en el sofá y voy a la cocina a por algo para picar. Como buena anfitriona, si sé que el chico tiene hambre, yo le doy de comer.

—Espero que no te importe esperarla un poco. Es que es muy coqueta y le gusta estar perfecta cuando tiene una cita. Ya ves, manías de chicas. —Pongo un platito con olivas en la mesa y una Coca-Cola—. Espero que te gusten, no tengo mucho más para picar mientras sale.

—Vaya, gracias. Me moría de hambre —me agradece cogiendo rápidamente una aceituna.

—Sí, eso he oído. —No le quito ojo y veo que come una detrás de otra como si no hubiese un mañana—. Ten cuidado, Darío. No te vayas a comer ningún *rabito* sin querer.

Contengo la risa cuando me mira con una aceituna suspendida en el aire de camino a su boca.

—¿Sois muy amigas, Roxi y tú? —me plantea intentando parecer despreocupado mientras le da un sorbo a la bebida.

—Sí, mucho. Y tú, ¿de qué la conoces?

Se vuelve a acomodar en el sofá y pasa su dedo índice por la comisura de sus labios.

—Coincidimos un par de veces en una red social y hemos decidido conocernos en persona.

Su escueta contestación me hace querer tirar de la cuerda. Es lo menos que me

debe Roxi por estar mancillando mi váter.

—Vaya, qué historia tan romántica... —ironizo—. ¿Y no habíais visto nada el uno del otro?

Sonrío y pongo mi mejor cara de angelito que no ha roto un plato. Mis dotes interpretativas me podrían hacer ganar dinero, estoy segura.

—No, no. Sí que nos habíamos visto. Nos enviamos algunas fotos y poco más, pero es una chica muy interesante y los dos somos solteros, así que no había motivo para no llevarlo a otro nivel.

—Al nivel físico, ¿no? —bajo la voz de manera íntima y le guiño un ojo—. Es lógico, hoy en día se pasa mucha hambre para estar perdiendo el tiempo en Internet.

Parece un poco lento de respuesta. Pobre, si es que no debe de ser bueno que toda la sangre le riegue la otra cabeza... Que para levantar y bombear eso, tiene que quedarse lipotímico perdido.

—¿Darío? —La voz de Roxi llega desde la entrada del salón—. ¡Hola! Perdona que te haya hecho esperar.

Mi amiga me guiña un ojo asomando la cara por encima de su hombro cuando le da un breve abrazo al chico y yo le devuelvo el guiño y asiento con la cabeza. ¡Las hay con suerte!

—No te preocupes, tu amiga ha sido encantadora.

Él le sonrío y Roxi hace lo mismo; luego ella le pregunta si quiere que se marchen ya, a lo que el chico le contesta que cuando ella esté preparada. ¿Preparada? Espero que se haya «acicalado» bien.

—Sí, vamos.

—Encantado de conocerte... —Se queda callado al desconocer mi nombre.

—Beca, ella es Beca —contesta mi amiga por mí.

Antes de que se vayan, mientras Roxi abre la puerta, me acerco hasta él y le doy dos besos.

—Encantada, Darío. Cuando quieras, ya sabes por qué puerta puedes asomar tu rabito.

Le guiño un ojo y Roxi tira de su brazo, sacándolo de casa mientras él me mira desconcertado. ¡Vaya!, si al final se me va a dar bien ser una fresca malvada y juguetona.

Capítulo 4

La tentación vive arriba

Santi

Un pitido constante suena a mi izquierda y gruño somnoliento. Alargo la mano y apago el despertador, suspirando y quedándome en la cama unos minutos más, con los ojos cerrados y el cuerpo boca abajo. Parece que me he acostumbrado pronto a lo bueno de haber sustituido a un profesor en el instituto durante estos últimos meses, levantándome casi una hora más tarde de lo que lo he hecho siempre, pero en unos días volveré a mi rutina laboral y debo prepararme.

Aunque me siento tentado de quedarme en la cama y aplazar mi aclimatación de despertarme a las seis de la mañana, a mi derecha, unos minutos después, empieza a sonar la radio, lo que termina de espabilarme.

Vale, está bien, ya me levanto.

Saco mi cuerpo del reconfortante calor de la cama y un escalofrío hace que mis músculos se contraigan. Miro el altavoz por el que sale la voz de una locutora y pulso el botón que, como cada mañana, reproduce la misma música elegida de manera premeditada. El sonido del violín que da comienzo a la canción *Viva la vida*, de Coldplay, me provoca una sonrisa y subo el volumen. Me encamino hacia el baño y, al volver, me preparo para ir al gimnasio. Cada mañana la misma rutina.

—Buenos días —saludo a mi vecina cuando cierro la puerta de casa.

—Buenos días, joven —contesta mientras pasa el trapo por la baranda de la escalera—. Tenga cuidado no se vaya a enfriar, que lleva las piernas muy destapadas y hace demasiado frío.

—No se preocupe, Fina, comenzaré a correr en cuanto cruce el portal. —Paso por su lado para empezar a bajar la escalera—. ¿Dejará alguna vez que la chica de la limpieza se encargue de nuestro descansillo? —le pregunto divertido, pues ella, como yo, es una mujer de rutinas y cada mañana nos cruzamos y conversamos unos minutos.

—El día que no me vea aquí, preocúpese.

Sonrío y me despido de ella, para empezar a trotar mientras bajo las escaleras, usándolo de calentamiento para afrontar el frío que pronto me contrae todos los músculos al abrir el portón del bloque de pisos. Llego hasta el gimnasio a buen ritmo y, al entrar y disponerme a iniciar mi tabla de ejercicios, saludo a un par de personas con las que suelo coincidir.

Tras mi entrenamiento, con las mismas, corro hacia casa y, al subir las escaleras, suspiro y me paro frente a la puerta, recuperando el aliento. El sudor me corre por el cuello y, tras abrir, bebo agua y me doy una ducha que me deja como nuevo.

El teléfono suena cuando estoy leyendo la prensa, sentado en la banqueta de la barra de la cocina tomándome un té. Doy el último sorbo y descuelgo desconcertado.

—¿Valentina?

—Hola, Santi —me saluda susurrando—. ¿Te he despertado?

Mientras niego a su pregunta, miro el reloj. ¿Qué habrá pasado para que me llame a las nueve de la mañana?

—No, tranquila. —Al ver que no continúa, añado—: ¿Ocurre algo?

—No, no, no... —niega sin dejar de hablar bajito y con un temblor en la voz—. Joder, qué frío. —Contraigo la frente, preguntándome a qué viene esta llamada. No es que tengamos mala relación, pero ella y yo no solemos hablar por teléfono y estoy sorprendido.

—Valentina, ¿estás bien?

—Sí, sí, perdona —murmura y prosigue—. Verás, es que estoy en la terraza de la habitación, aprovechando que Rubén se ducha para luego bajar a desayunar.

—Ajá.

Me quedo en silencio.

—Te preguntarás qué hago llamándote, ¿no?

—Me lo pregunto, sí.

Ella ríe nerviosa y puedo visualizarla haciéndolo. Sonrío y me aventuro, al ver que no avanzamos en la conversación.

—¿Te ha pasado algo con Rubén? ¿Es que habéis discutido?

—¡No! Estamos bien. —Alza un poco más la voz—. Estamos más que bien. No es eso, verás, es Rebeca.

Elevo las cejas y me cambio el teléfono de mano. ¿Rebeca?

—Anoche hablamos con ella y estoy preocupada. He estado hablando con Rubén del tema porque la verdad es que su hermana puede llegar a ser demasiado cabezota y no entrar en razones, pero es necesario que en esta ocasión nos haga caso... He pensado que quizá podrías ayudarme con ella, pero, al comentárselo a Rubén, se ha negado en rotundo a molestarte.

—No es molestia.

—¿En serio? Uf, mejor. Pensaba que de verdad iba a serlo, por lo tajante que ha sido Rubén con este asunto.

—Valentina... no estoy entendiendo nada. —Camino hacia el sofá y me siento, poniendo en silencio la televisión—. ¿Qué es lo que le pasa a Rebeca?

—Se ve que está enferma, tiene un buen constipado y, por cómo la oí ayer, debería hacérselo mirar —se lamenta—. No me gusta que esté sola encontrándose así y he pensado que quizá podrías ir a echarle un vistazo y decirme si es grave o no. Ella tiene un pequeño problema con ir al médico...

—¿Un pequeño problema? —pregunto, divertido por ese dato y a la vez preocupado por su estado.

—Les tiene miedo —se limita a contestar.

Reorganizo mis pensamientos y planteo la pregunta que me lleva rondando por la cabeza desde que he empezado a oír cómo susurraba.

—¿Estás pidiéndome que vaya a verla, a escondidas de Rubén? —Valentina afirma—. ¿Por qué?

Aun conociendo la respuesta, pues mi amigo me dejó bastante claro hace unos meses que no quería ningún tipo de acercamiento de mi parte hacia Rebeca, intento averiguar qué es lo que ella sabe.

—Creerás que es una tontería —duda—, pero la verdad es que se ha puesto en un plan, cuando le he dicho que tal vez deberías ir a cuidar de ella, que no me ha dejado otra opción. Me siento mal haciendo esto a sus espaldas, pero mi amiga me necesita y no puedo estar allí, así que me veo obligada a recurrir a los métodos que sean precisos.

Métodos que sean precisos... Sí.

—No te preocupes —la tranquilizo—. Me acercaré a verla hoy y te mandaré un mensaje para decirte qué tal está. —Sé que estoy firmando mi sentencia con Rubén, pero aún así acabo añadiendo—: Luego hablaré con el cabezota de tu novio e

intentaré hacerlo entrar en razón.

—Gracias, Santi —parece algo más calmada—, de verdad.

Me despido de ella y me quedo con el teléfono en la mano, sobre mi pierna, pensando en la conversación que acabamos de mantener.

Rubén no quiere que me acerque a Rebeca porque me conoce demasiado, y comprendo su preocupación por lo poco que sé del pasado de su hermana, pero creo que no llega a entender lo diferente que son las cosas y lo poco acertado de su razonamiento.

Decido esperar un rato para darle tiempo a mi amigo a estar disponible, así que saco la ropa que voy a ponerme para ir a visitar a Rebeca y busco el gorro que me hizo mi hermana pequeña, ese que me regaló hace unos días por Navidad, y después vuelvo a coger el teléfono y marco el número de Rubén.

—Buenos días, Santi —me saluda amigable.

—Hola, Rubén. ¿Tendrías unos minutos?

—Sí, claro. Valentina acaba de subir a la habitación, en cuanto le he dicho que iba a atender tu llamada. Acabamos de desayunar.

Sonrío al oír sus explicaciones, consciente de que su chica ha actuado de cómplice para que podamos hablar a solas. Decido ser claro con mi amigo.

—Esta mañana me ha llamado.

Él duda unos instantes.

—¿Valentina?

—Sí, mientras te duchabas. Me ha dicho que habíais hablado sobre Rebeca y que te habías puesto algo difícil... Voy a ir a verla.

Resopla y decido proseguir.

—Rubén, sé perfectamente lo que opinas de lo que ocurrió entre tu hermana y yo cuando nos viste en casa besándonos, pero puedes estar tranquilo, porque no tengo ninguna intención de que se vuelva a repetir. —Hablo calmado—. Sólo voy a ir para ver cómo está, comprobar si necesita ayuda y descubrir si su estado es o no tan grave como Valentina piensa.

—No quiero que pase nada entre vosotros.

—Ya te he dicho que no va a pasar nada, pero, en todo caso, aquí no tiene mucho que ver lo que tú quieras, sino lo que quiera ella.

Su voz se endurece con las siguientes palabras que pronuncia.

—Santi, mi hermana no está preparada para una relación, y menos para algo complicado... —Se contiene y lo oigo suspirar—. Está bien, sé que puedo confiar en ti cuando me dices que no va a ocurrir nada entre ambos. En cuanto a Valentina...

Niego con la cabeza y me paso la mano por la nuca.

—Creo que lo mejor será que no le comentes nada, Rubén —le pido abiertamente—. Ella ha confiado en mí para pedírmelo y se sentirá traicionada si sabe que te lo he contado. Sólo he decidido decírtelo porque sé lo importante que es tu hermana para ti y quiero que entiendas que únicamente voy a cumplir una misión que me ha encomendado tu chica. Sabes que me aparté de ella tras lo que ocurrió y lo que hablamos, y no he dejado de cumplir con mi palabra.

—Sé lo que te ocurre con mi hermana —afirma.

—No es diferente de lo que cualquier otra mujer atractiva, divertida y espontánea me puede hacer sentir —aclaro, sintiendo la amargura de la afirmación en la boca del estómago.

—Ambos sabemos que eso no es cierto. Llevas meses sin traer a nadie a casa.

Lo malo de vivir con tu mejor amigo es que lleva un control sobre lo que haces o dejas de hacer, y Rubén suele, o solía, saber todo lo que hago.

—Bueno, eso no puedes saberlo: desde que vives con Valentina y Rebeca, no estás en casa para comprobarlo. —Sonrío mientras hablo—. Voy a ir a ver a tu hermana y os mantendré informados, ¿de acuerdo?

Tras unos segundos en silencio, suspira.

—Está bien, ve. Valentina está preocupada por ella y yo también, así que esperamos tus noticias.

Me despido de él y cuelgo el teléfono.

Sí... Lo malo de haber vivido con Rubén y de tener la relación que tenemos desde hace años es que sabe todo lo que he hecho, hago y, posiblemente, haré.

Capítulo 5

Pretty woman

Rebeca

Cambio el móvil de mano y vuelvo a pensar que no es posible todo lo que me ha contado Roxi. El mucolítico que me he tomado esta mañana tras el desayuno no ha debido de sentarme muy bien y se me ha subido a la cabeza.

Flipo.

—Estás de broma.

—Te hablo totalmente en serio, Beca.

Es un chasco lo que le ha ocurrido, pero la verdad es que, dentro del drama, el punto cómico no hay quien se lo quite.

—¿Y qué hiciste? Imagino que te quedarías con cara de alucinada.

No, no me voy a reír.

—¿Tú qué crees? —Resopla—. No pude hacer nada.

No me voy a reír.

—Imagino...

—No sé quién estaba más abochornado, si él o yo.

No me... voy a... reír.

—Ajá.

—Joder, tía. ¿No piensas decir nada? Esto es una crisis y me hace replantearme muchas cosas.

No me puedo contener y me empiezo a carcajear, alejando un poco el teléfono de mi oreja. Percibo en la lejanía de la línea telefónica cómo ella se queja y me echa la bronca.

—Roxi, si es que parece un chiste malo.

—¡A mí no me hace ninguna gracia, te lo puedo asegurar! —gruñe.

Normalizo la respiración, dejando pasar los últimos coletazos de la risa.

—A ver, analicemos la situación —le pido, para organizar en mi mente todos los hechos—. Me estás diciendo que Darío, ese moreno macizo con una bazuca rusa entre las piernas que estuvo en mi casa ayer...

—Tampoco es para tanto. No la tenía tan grande, normalita más bien —me contradice.

—Créeme, lo que vi en la foto supera lo normalito, lo que pasa es que tú llevas fuera de los mercados carniceros demasiado tiempo y todo lo que no tenga botoncito del placer te resulta igual de poco atractivo.

—¿Qué foto, Rebeca? —pregunta recelosa—. ¿Estuviste mirando mi móvil?
¿Yooooo?

—¿Qué? ¡No! —niego solemnemente—. Claro que no miré tu móvil, pero, cuando estuve hablando con él para entretenerlo mientras tú terminabas el enfoscado en mi váter, se creyó, no sé por qué motivo, que yo era tú y me envió una foto. En teoría esa foto es mía, no tuya.

—Ya... —desconfía—. Bueno, a lo que vamos.

—A ver, Darío y su bazuca se fueron para tu casa, os estuvisteis besando y tocando, y... cuando llegó el momento de la verdad y fuiste a metértelo en la boca, se le desinfló. Así, ¿sin más?

—Sí, tal cual.

—Algo debió de ocurrir. Lo mismo lo intimidaste.

—A ver cómo te lo explico para que lo entiendas, Beca. —Suspira—. No es la primera vez que estoy con un tío. Sé lo que hay que hacer para ponerlos cardiacos. Es instinto, olor, carne y hormonas. Estaba bien y al instante... se le bajó.

—¿Y no le llegaste a realizar el boca a boca? Eso a veces consigue reanimar a los muertos.

Me río y ella se contamina de mi risa.

—Eso tenía encefalograma plano, no tenía opción de revivir. Se acabaron los hombres, voy a ir a por lo seguro. Con las chicas no tengo esta clase de disgustos.

—Espera, espera, espera... —pauso su explicación—. Después del momento gatillazo, ¿se marchó?, ¿ahí se quedó todo?

—¡No! Claro que no.

—Ah...

—Luego nos pusimos a hacer punto de cruz y nos intercambiamos patrones.

—¡Qué monos! Mira, pues dicen que ésa es una buena manera de contrarrestar la insatisfacción sexual. —Me río de nuevo. Pobre Roxi—. Entonces, ¿se largó?

—Sí, claro que se marchó. Y yo me quedé en mi casa el tiempo justo para cambiarme e ir en busca de Nuria, para que me solucionase el tema.

Nuria es la chica que ha estado viendo últimamente. La verdad es que ya me la ha mencionado en varias ocasiones.

—Nuria parece que cuaja contigo.

—Es una buena tía. Sabe lo que quiere, cómo lo quiere y cuándo lo quiere. Aunque tiene ciertos gustos un poco raritos en la cama, al menos no me deja a medias.

Termino la llamada con Roxi pasado el mediodía. Una vez que ella se ha desahogado, bromeamos las dos sobre el tema y acabamos muertas de la risa. Al colgar, veo un par de mensajes en mi teléfono. Uno es de Héctor, mi jefe, recordándome la necesidad del parte médico, aunque al final le digo que utilizaré los días de vacaciones que me quedan de este año y no me incorporaré hasta el año que viene. El otro wasap es de mi mejor amiga.

Valentina: Espero que estés mejor. No se te habrá olvidado jugar a los médicos, ¿verdad? Aprovecha y destruye las defensas. ¡¡Arriba la roja!! Tranquila, yo te cubro. (10.45)

Y ésta, ¿qué se ha fumado? Madre mía, qué mal le está sentando el aire parisino... Tecleo mi respuesta.

Rebeca: Mala edad para darte a las drogas. ¿Qué me importa a mí la selección? ¿Arriba la roja...? ¡Si no me gusta el fútbol! Me tienes preocupada, ¿te han dado a esnifar alguna sustancia ilegal con la excusa de las costumbres del país...? (12.20)

Unos golpecitos en la puerta me hacen elevar la cabeza y darle a «Enviar» sin poder terminar de escribir todo lo que hubiese querido. Esta chica está mal de la azotea.

Voy hacia la entrada mientras me abrocho la sudadera.

—Hola, Rebeca.

Si hubiese tenido que apostar mis posesiones más valiosas a que iba a adivinar quién venía a visitarme, estaría en la calle y sin ropa interior.

—Eh, hola, Santi... Rubén no está —me limito a contestar, con voz nasal debido a los mocos. Me llevo la mano a la nariz recordando el momento con Roxi y mis

tapones.

—Lo sé, está en París con Valentina.

Asiento con la cabeza y me quedo mirándolo, aguardando.

—¿Puedo pasar? —Se frota las manos enguantadas—. Hace un poco de frío.

Vuelvo a asentir y me retiro, quedándome en paralelo a la puerta y permitiéndole el paso. Cuando su presencia ha invadido toda la entrada de mi casa, cierro y me quedo unos segundos de espaldas a él.

—Te preguntarás qué hago aquí...

Chico listo.

—Imagino que hay varias opciones para que hayas venido, la verdad.

Él se quita los guantes y los agarra con una de las manos, mientras que con la otra se desprende de un gorro de lana que le tapa toda la cabeza y le hace parecerse a Craig David. Mmm... qué guapo es y qué bueno está.

—¿Me cuentas tus teorías?

—Eh... sí, claro. Has venido a recoger algo de Rubén que te hace falta —afirmo, apostando por mi primera opción.

—Frío.

Mientras vamos hablando, caminamos despacio hasta la cocina, donde él se queda apoyado en la encimera con su abrigo puesto, pero abierto. El gorro y los guantes aún los lleva en la mano y yo me dirijo hasta la nevera.

—Traes algo que se ha dejado Rubén en tu casa tras la mudanza —pruebo un poco menos convencida, pues no he visto que cargue nada consigo.

—Frío.

Asiento con la cabeza cuando alzo un Nestea y se lo ofrezco. Yo me sirvo un poco de agua.

—Se te han acabado las frutas para hacer conservas y vienes a por las mías para reponer los tarros de tu armario —me mofo.

Él suelta una carcajada despreocupada y por un momento me quedo embobada mirando sus dientes.

Qué blancos.

Qué alineados.

Qué polvazo tiene...

—Frío. Estás obsesionada con el armario, ¿eh? —pregunta relajado.

«Estoy obsesionada con todo lo que tenga que ver contigo, moreno calladito y asquerosamente sexy.»

—Qué va. Me da exactamente igual lo que tengas allí.

—Ya, claro. ¿Y por qué me sacas el tema cada vez que nos vemos?

Ahí me ha pillado.

Vale, puede que me vaya la vida en averiguar qué diantres es lo que guarda en el dichoso, jodido e intrigante mueble acorazado.

—¿Me vas a decir para qué has venido o vamos a seguir jugando a frío o caliente?

—Aún no te has acercado ni a templado...

«Templado, ¿eh? Yo ya estoy caliente desde que te vi en la puerta. Grrrr, ven aquí, que saco la fiera que llevas dentro.»

Me acerco a él, que sigue apoyado en la encimera, y dejo el vaso de agua en la parte derecha, apoyando mi mano en la superficie y quedando muy cerca.

Menos mal que me he lavado los dientes.

—¿Quieres jugar? —lo tiento. Como me rechace de nuevo, le meto la lata de refresco por donde amargan los pepinos—. Bien. Subamos a templado...

Me mira y eleva una ceja, interrogando mi actitud. Abro mi sudadera con la otra mano, lentamente, captando el sonido de la cremallera al bajar.

—Rebeca...

—Oh, sí. Te sabes muy bien mi nombre, Santiago. Lo que no sabes es que conmigo no se juega, y tú llevas haciéndolo desde el día que nos besamos en tu casa.

Observo cómo traga un par de veces y sus ojos se desvían de los míos a mi boca. Yo también sé jugar y ya van cobrando más sentido las palabras de mi amiga en su mensaje. ¡Arriba la roja!

—Bien, veamos... —Al acabar de abrir la cremallera, deslizo la prenda por mis hombros, quedándome en una fina camiseta blanca de manga larga, que deja entrever perfectamente mis dos pezones—. Valentina ha tenido algo que ver en el hecho de que estés aquí.

Sus labios se curvan casi imperceptiblemente y se recoloca en su postura, aprovechando para desviar la mirada a mi delantera.

¡Ja!

No se me escapa ni una.

—¿Templado?

—Templado —confirma él, de forma más dificultosa que hace un instante.

—¿Sigo?

Él asiente de manera escueta, se cruza de brazos y me mira. Hay momentos en los que no sé cómo interpretar sus miradas, pero juraría que ahora mismo está dispuesto a continuar con el juego.

—Te ha pedido que vengas... —tanteo—... para ver cómo estoy.

—Sigue así.

Esas palabras van directas a mi entrepierna y me lo imagino diciéndomelas con otro tono y entre jadeos... «Sí, sigue así, Rebeca, no pares...»

¡Uf, qué calor!

—Y... comprobar que no me estoy muriendo.

Sonríe y asiente.

—Vas bien. Caliente...

Me retiro el pelo de la nuca y suspiro. Me tiene cardiaca perdida y no ha hecho nada. «¿Cómo lo haces, maldito?»

—Y mi hermano te ha obligado a comprometerte con que llamarás al médico si no lo he hecho yo —me arriesgo a ir más allá en mi teoría, sin importarme realmente lo que haya venido a hacer a mi casa.

Si le pido que me meta su termómetro en la boca, ¿accederá? Ufff.

—Mmm, no. Vaya, vuelves a bajar a templado —comenta divertido, observando la mueca que compongo.

El único que se debe de estar divirtiéndose es él, porque yo tengo un calentón de tres pares de narices y estoy por saltarle a la yugular.

—Rubén te ha obligado a que hagas de canguro de una moribunda mientras él se beneficia a su novia en otro país.

¡Ahora mismo me da igual lo que le haya dicho mi hermano, mi amiga o el mismísimo papa de Roma!

—Oh... me temo que vuelves a frío.

Mis ganas.

Me mira detenidamente y me pone una mano en la frente de manera paternal. ¡Ni hablar! Si no me vas a tocar con deseo, tampoco lo harás como un enfermero.

Mmmm... Santi vestido de enfermero...

—¿Tienes fiebre? Te veo demasiado sofocada. —Me agarra de la mano y me lleva

hasta el salón, para hacer que me recueste en el sillón—. Quédate aquí, que enseguida vuelvo.

Sin crearme aún el momento que acabo de vivir, en el que hemos pasado de cero a cien y de nuevo a menos cincuenta en escasos minutos, hago lo que me dice y me mantengo en la misma posición hasta que regresa.

—Ten, ponte el termómetro. ¿Has comido? —me pregunta mientras me tiende el aparato, que empieza a parpadear—. No puedes tomar medicamentos con el estómago vacío.

A ver, a ver, a ver. ¡Un momento!

—Santi, ¿qué demonios haces? —le suelto cuando él empieza a acomodarme los cojines en la espalda. Él se queda parado a mitad de camino, en una posición un tanto tosca, y me mira—. No es preciso que me trates como a una inválida ni como si estuviese terminal —le aclaro—. De hecho, no es necesario que pierdas el tiempo cuidándome. Es un simple resfriado y en un par de días estaré mejor.

—No creo que sea un simple resfriado. —Le sonrío, ¡qué monada de hombre!, se preocupa tanto...—. ¿Tú has visto el aspecto que tienes? Eso no lo hace un simple resfriado.

¡¿Qué?!

¡¡Me cago en su puñetero gorro!!

¿Me acaba de decir que estoy hecha un adefesio, en toda mi cara?

—Santi, vete a tu casa, hazme el favor —le ordeno con un creciente cabreo formándose en mi interior. Encima que viene por caridad, me deja la moral por los suelos—. Estoy perfectamente y soy lo bastante mayorcita como para saber cuidarme sola.

—Rebeca, intento...

—No, tú no intentas nada —me levanto mosqueada, cortando su discurso, y lo apunto con el dedo, elevando el tono de voz—, tú lo que haces es conseguir volverme loca cada vez que te cruzas en mi camino, y no siempre en el buen sentido.

Santi hace el amago de contestarme, pero hablo antes de que él lo haga.

—¡Vete a tu casa y deja de marearme de una vez!

Cuando termino, me da un ataque de tos y acabo por tener que salir corriendo al baño sin poder contener la fatiga por los mocos. Vacío el contenido de mi estómago en el retrete y me lavo la cara y los dientes después, olvidándome de lo demás y

centrándome en lo mal que me encuentro ahora mismo.

Me muero.

Quiero acostarme hasta que llegue la cena del día del juicio final.

Cuando abro la puerta del aseo y salgo, me lo encuentro apoyado en la pared del pasillo, mirándome con una cara de corderito degollado que consigue ablandarme. Un poco sólo.

Este resfriado no me permite ser yo misma.

—Santi, en serio —le digo mucho más dócil—: vete a casa. Yo voy a acostarme y, cuando despierte, seguro que me encontraré mucho mejor.

—No pienso marcharme, Rebeca —contesta obstinado—. No estás bien y le dije a Valentina que no te dejaría sola si se trataba de algo más que un resfriado.

—Es un catarro sin importancia.

—Venga, a la cama, anda.

—Común y corriente —sigo detallando mientras él me guía a mi habitación—. En un par de días estaré como nueva...

—Descansa y reponte —continúa diciéndome mientras voy hablando sobre lo normal que es mi resfriado y lo poco grave que es mi estado. Él no me presta atención—. Si necesitas algo, me llamas; estaré en el salón.

Me arropa y, por ridícula que pueda parecer la situación, me siento bien sabiendo que hay alguien en casa para cuidar de mí. Esta sensación es placentera, y nueva.

Y es más placentera sabiendo que mi enfermero es el mismo que se cuela algunas noches en mis sueños y me susurra al oído «mi hembra».

Mi moreno sexy y misterioso.

Cierro los ojos, satisfecha. Voy a dormir muy muy bien.

Capítulo 6

Algo para recordar

Santi

Suelto el marco de fotos en la estantería de nuevo y sonrío. El salón está lleno de recuerdos y elementos personales de Rebeca y Valentina y, después de varias horas a solas, sin ver nada interesante o que capte mi atención en la televisión, he curioseado en las estanterías.

Observo una cajita con numerosos botes de esmalte de uñas, un marco con una foto de Rebeca y Rubén de adolescentes y una torre de Pisa en miniatura, y mientras lo hago, percibo ruido en el pasillo y me vuelvo.

Rebeca aparece en el salón con un aspecto enternecedoramente dulce y con signos de su malestar en la cara, aunque parece algo más descansada. Se coloca el cabello en un lado del cuello, mirándome mientras avanza, y un tirón en mi pantalón me mantiene alerta.

Su mirada parece preguntarme qué hago todavía aquí, y aunque yo mismo me lo pregunto, pues no era lo que había hablado con Rubén sobre venir a ver a su hermana y marcharme, no puedo evitar saber que continúa bien y cuidarla. Además, ya los he informado del estado de Rebeca por mensaje y he cumplido mi misión; el resto, sencillamente, no lo he mencionado.

—¿Cómo te encuentras? —Me acerco solícito a ella.

—Mejor, he dormido muy bien —afirma un poco cohibida—. Ya te dije que no era necesario que te quedases, esto se me pasa en un par de días.

Es igual de cabezota que su hermano.

Me levanta una ceja e imito su gesto, quedándonos frente a frente.

—Y yo ya te dije que no pensaba marcharme —le repito conteniendo la diversión al ver sus ojos en blanco—. Valentina me comentó que eres reacia a ir al médico y...

—Me da igual lo que te hayan dicho esa metomentodo de Valentina y mi hermano

—contesta vehemente, cruzando el salón y dándome la espalda—. Soy lo bastante mayorcita como para cuidar de mí misma.

Voy tras ella. Es importante que entienda que su hermano no debe saber nada.

—Bueno... de hecho, Rubén desconoce que estoy aquí y sería mejor que siguiese siendo así.

Se gira con el bote de zumo en la mano, el mismo que ha estado vertiendo en un vaso, y me mira extrañada.

—¿No quieres que sepa que estás en casa conmigo?

—Exacto.

No lo va a dejar pasar...

—¿Y por qué no?

—Porque es lo mejor.

Qué bueno sería que se conformase con mi respuesta y no ahondase más... pero, de ser así, no sería Rebeca.

—Porque...

Su gesto me invita a que prosiga con la explicación y me acerco a uno de los bancos de la cocina, tirando de la tela del pantalón a la altura de mis muslos para sentarme. Debería haberme traído algo más cómodo para estar con ella, pues ya conozco las reacciones de mi cuerpo al tenerla cerca. Sus ojos se desvían a mi entrepierna y, descarada, se queda observando más tiempo del debidamente formal. Aprovecho para observar su atuendo y admito que, dentro de su estado, sigue resultándome igual de atractiva.

Carraspeo para llamar su atención y eleva su mirada hacia mi cara, algo abstraída. Contengo la sonrisa y retomo la conversación.

—Mejor dejemos que se diviertan en París, ¿no? Ya habrá tiempo de hablar con ellos cuando vengan.

—¿Alguna vez dejarás de ser tan esquivo? —Su pregunta y su acercamiento me alarman.

—¿Cómo?

Se para delante de mí y resopla.

—Mira, Santi..., si de normal estoy cansada de tus jueguecitos de ahora sí y ahora no, estando enferma no me quedan fuerzas —gesticula con las manos mientras habla—, así que, si no te quieres marchar, haz lo que te plazca.

Se da media vuelta y abre de nuevo la nevera en busca de algo, aunque más bien parece que quiera perderme de vista.

Creo que tiene razón. Debería largarme.

Murmuro una escueta despedida y salgo al salón, sintiendo que mis fuerzas ceden cuando paso tanto tiempo con Rebeca a solas. Ella no dice nada y abandono la casa excitado e intranquilo.

El frío de la calle me despeja y cierro los ojos antes de montarme en el coche. Respiro hondo y me paso la mano por la nuca, apretándome con los dedos.

Joder. Parece que mi cuerpo ha vuelto a la adolescencia.

Al llegar frente a mi edificio, mi erección no ha menguado ni un mísero centímetro y empieza a resultar dolorosa incluso la fricción con el pantalón. Una carcajada irónica sale de mi garganta cuando apago el motor del vehículo y luego subo a casa irritado y a la vez atónito. Dejo en el mueble de la entrada mi teléfono móvil y las llaves y voy directo hacia el baño, abro el grifo de la ducha y me quito la ropa decididamente. Necesito descargarme, porque así no voy a poder continuar ni un segundo más.

Cuando dejo que el agua caiga sobre mí, envolviendo mi rigidez, suspiro y me llevo la mano a mi abultado miembro, vencido. Mi cuerpo, al igual que yo, sabemos que esto no es lo que queremos, pero al menos encontraré un alivio momentáneo.

Apoyo la mano izquierda en los azulejos de la pared y dejo caer la cabeza hacia delante, mirando el movimiento de mi mano al subir y bajar por mi tallo endurecido. La corona, morena, brilla hinchada y expectante, y el agua ayuda a que la sensación de fricción sea más placentera.

Dejo que mi mente se recree en los pezones erguidos de Rebeca de esta mañana. Su descarro e insinuación me hacen sonreír un segundo, deteniendo la mueca al escapar un gemido de mi garganta. Gruño y acelero el movimiento de mi brazo, ordeñándome desconsoladamente e imaginándome escenas detalladas de Rebeca, de rodillas frente a mí y con la boca abierta para recibirme. Muerdo mi labio inferior y abro la boca, dejando escapar gemidos incontrolados.

Mi mano izquierda se cierra en un puño cuando se me contraen los testículos y elevo la cabeza, echándola hacia atrás y conteniendo la respiración cuando comienzo a correrme. Dejo escapar un rugido al sentir el chorro caliente que sale de mi interior, llenando los azulejos con la fuerza del orgasmo. Ralentizo el movimiento de mi mano

derecha y vuelvo a abrir los ojos, suspirando... y comprobando que sigo duro como una piedra y en absoluto satisfecho.

Tentado a continuar, niego con la cabeza.

—Oh, vamos...

Con un movimiento brusco, cierro el agua caliente y un helado chorro comienza a caer por mi cabeza, haciendo que un gruñido desbocado resuene en el baño y se me contraigan todos los músculos del cuerpo.

Tras soportar la tortura del agua fría unos minutos, salgo de la ducha y me seco, intentando pensar en otra cosa que no sean las mil maneras diferentes en las que me correría sobre, contra y dentro de Rebeca, y decido recurrir a una conversación con mi madre para conseguirlo.

—Hola, mamá —la saludo, sentándome en el sofá tras haber ido a por el teléfono que dejé en la entrada. La toalla alrededor de mis caderas se abre y automáticamente mi erección salta libre; resoplo y vuelvo a colocarme para que se mantenga en los confines del trozo de tela.

—Hola, cariño. ¿Qué haces? —pregunta al captar mis resoplidos.

Pregunta equivocada, mamá.

—Pues acabo de darme una ducha, ¿y vosotros?

—Nosotros estamos preparando la cena —me dice cariñosa—. ¿Vendrás hoy a casa?

Considero la posibilidad de pasarme a verlos, pero al momento se me ocurre preguntar por algo que sería aún peor que soportar la rigidez de mi entrepierna durante horas.

—¿Está Yaro allí?

—Sí, acaba de llegar con su mujer y les he propuesto que se queden en casa hasta que pasen las fiestas. Ya sabes que siempre he pensado que esa chica está demasiado sola en un país que no es el suyo y me da un poco de pena.

Me enternezco con mi madre y sonrío.

—Me parece bien, seguro que está mejor allí con vosotros.

—Entonces, ¿vendrás? —vuelve a preguntar.

—No, mamá. Tengo algo que hacer.

Mi madre me conoce y sabe que no es cierto, pero mi hermano mayor y yo no nos llevamos demasiado bien últimamente, más concretamente desde que se casó con su

pareja de origen tailandés y decidió que yo no era la compañía que quería tener cerca de su esposa.

—¿Qué puede haber más importante que estar con la familia para que no vengas a vernos?

Noto el tono dolido de mi madre en su voz y tomo una decisión en el mismo instante.

—Tengo que cuidar de la hermana de Rubén.

Ella se mantiene en silencio durante unos segundos.

—Mamá, ¿sigues ahí?

—Sí, sí, hijo —afirma dubitativa—. ¿Qué es eso de cuidar de ella?

—Está enferma y ya sabes que Rubén se ha ido con su chica a pasar el Fin de Año a París —le recuerdo—, así que me ha pedido que vaya a hacerle compañía —miento, sin querer darle más detalles de los necesarios.

—¿Cómo se llama la chica?

—Rebeca.

—¿Y es jovencita? —inquire con una nota de curiosidad en la voz.

Conozco a mi madre y me río.

—Rondará los treinta años, mamá. Es la hermana mayor de Rubén.

—Por cómo me lo estabas planteando, bien parecía que tenías que cuidar de una niña pequeña haciendo de canguro toda la noche.

—Ya ves que no —me limito a decir.

—Está bien. —Oigo voces a su alrededor—. Cuida de ella y sé todo lo caballeroso que tus padres te hemos enseñado a ser.

—Vale, mamá. —Elevo la comisura de la boca en una tierna sonrisa—. Dile a papá que se ponga, por favor.

Hablo con mi padre durante unos minutos, acordando un par de detalles del proyecto que tenemos entre manos, y abordo el tema que quería hablar con él antes de finalizar la llamada.

—Papá, sé que no es tu especialidad, pero me preguntaba si podrías echarle un vistazo a una amiga que está muy acatarrada. —Recibo su afirmación antes de haber terminado de preguntar—. Ya sabes, como cuando nos revisabas a nosotros en casa. Sólo por quedarnos tranquilos.

—Claro, pero salgo en menos de una hora para el hospital. ¿La traerás a mi

consulta?

Estudio las diferentes opciones y finalmente decido qué será lo mejor.

—Sí, mañana te confirmaré a qué hora saldremos de casa para ir para allá, ¿de acuerdo?

—Sin problema, hijo.

Nos despedimos y me pongo en pie, sin querer mirar hacia abajo pero sabiendo que estoy algo más calmado. La llamada ha dado sus frutos y no debo dejar que mi mente vuelva a volar libre.

Veremos lo que tarda en volver a despertarse.

Capítulo 7

La fiera de mi niña

Rebeca

Me dirijo al baño y me encierro en él, habiendo pasado por mi dormitorio antes a coger el teléfono. Valentina me va a oír.

—¿Diga?

—Soy yo, ¿podemos hablar?

Percibo cómo le pide unos minutos a mi hermano, y una puerta se cierra unos segundos después.

—¿Qué pasa? —me pregunta.

—Pues pasa que tengo un cabreo de tres pares de narices, Valentina. ¿Se puede saber para qué has mandado a Santi a casa? Y no me vengas con tonterías sobre que la culpa es mía por no ir al médico, porque no cuela.

Oigo cómo suspira al otro lado de la línea y, tras una breve pausa, habla.

—Mira, Rebeca... quiero que me escuches bien, ¿vale? Tienes que decretar el alto al fuego con Santi. Es un hombre estupendo y lo único que...

Corto su parrafada.

—¿Estupendo? Pero a ver, maja, ¿tú de qué parte estás? Parece que ya te has olvidado de lo que ocurrió entre él y yo o, mejor dicho, de lo que no ocurrió. No puede ser que me estés diciendo esto, vamos.

—Rebeca, ¿quieres escucharme? Santi está ahí porque le importas, ¿vale? Hablé con él incluso siendo consciente de que eso puede ocasionarme una discusión con tu hermano, así que haz el favor de...

Vuelvo a interrumpirla, porque aquí hay algo que se me escapa.

—¿Qué es lo que se supone que pasa con mi hermano? ¿Es que ahora tengo que darle explicaciones sobre lo que hago y dejo de hacer, y ocultarle cosas como si fuese mi padre?

Valentina vuelve a suspirar.

—Rubén se pone demasiado difícil contigo, ya lo sabes. No sé qué pasa, así que por ahora sólo puedo decirte que te tranquilices con Santi. Se ve que le importas y es tu oportunidad para poder avanzar con él. No tengas la munición preparada para lanzársela a la primera de cambio e intenta conocerlo, Rebeca. —Oigo ruido a su alrededor—. Oye, ahora tengo que dejarte, pero te llamo más tarde, ¿vale?

No me da tiempo a contestarle y decirle que su consejo ya no hace falta porque Santi se ha marchado a su casa, cuando ya me ha colgado.

Salgo del baño y vuelvo a la cocina, dispuesta a prepararme algo rápido de cenar y volver a la cama, a terminar de recuperarme para ver si mañana estoy al cien por cien. Cuando estoy llevando el sándwich a la mesa, oigo unos golpecitos sigilosos en la entrada. Miro el reloj y me extraño. ¿Quién puede ser a estas horas?

—Santi, has vuelto...

Él entra en casa al abrirle la puerta, con una mochila de deporte en la mano y el maletín del portátil en la otra.

Un momento, ¿qué...?

—Espero que no te importe que haya traído algo de ropa para estar cómodo y el ordenador para trabajar —comenta, dejando ambas cosas sobre una de las sillas de la entrada—. ¿Ibas a cenar ya?

Espera, algo se me está escapando.

—Pero, a ver, dame un segundo —le pido, intentando comprender—. ¿Es que te vas a quedar aquí?

—Ésa es la idea, sí.

—Pero..., pero si ya te he dicho que estoy bien. No es necesario que lo hagas, de verdad.

Él me mira fijamente.

—¿No quieres que me quede?

¡¿Qué?! Ay, joder. Esto no consiste en lo que yo quiera o no... Si aquí parece que todo el mundo hace lo que le da la real gana.

—Sí. Quiero decir... no. Bueno, a ver, que no me importa que te quedes.

—¿No te importa?

—Me refiero a que, si tú quieres, puedes quedarte. Te lo agradezco, pero no es necesario.

—¿Tú no quieres?

—Yo no he dicho que no quiera, sólo que no es necesario.

Santi pasa por mi lado y se dirige al sofá, luego se sienta en mi sitio y coge el sándwich.

—Eso ya lo has repetido. ¿Algo más?

Bueno, esto es el colmo.

Me acerco a él y me coloco a su lado a la vez que pongo los brazos en jarras y me quedo de pie mientras él olisquea el plato de mi cena.

—¿Esto es pavo y cebolla? —pregunta con desconcierto.

Vale. No sabía que iba a volver a tener compañía y la cebolla descongiona la nariz... ¡¿Y a él qué más le da lo que yo cene?!

—Si no se ha metamorfoseado en otra cosa, sí, eso es lo que le he puesto a mi sándwich. ¿Por? ¿Hay algún problema con mi dieta que también quieras comentar? —contesto borde.

Él vuelve a dejar el plato en la mesa y se acomoda, sentándose y cruzando una pierna en una pose muy varonil.

—Rebeca, ¿podemos hablar?

Pongo los ojos en blanco y me dejo caer en el sofá, resoplando.

—¿Y ahora de qué quieres hablar?

—De ti y de mí.

Asiento desconfiada, a ver por dónde me sale esta vez.

—Sé que no hemos comenzado con muy buen pie —empieza a decir—. No sé qué ha ocurrido últimamente. En el Montseny estuvimos bien, ¿no? —pregunta, con la intención de entenderlo él también. Yo asiento de nuevo y él prosigue—. ¿Sabes? Rubén me importa, Rebeca. Es mi mejor amigo y no quiero perder su amistad. ¿Lo entiendes?

Que se me caiga el clítoris si entiendo algo de lo que está diciéndome.

—¿Qué tiene que ver mi hermano en todo esto? Hasta donde yo sé, has estado pasando de mí hasta ahora, que te has emperrado en venir a hacer de canguro mientras estoy enferma —expongo—. Perdóname si me he perdido por el camino, pero aquí no hay nada que se pueda hacer bien o mal, simplemente es que no hay nada que hacer.

Mis tripas rugen y mi cena sigue en la mesa.

—¿Podemos tener una relación cordial, Rebeca? —Su mirada repasa las

expresiones que van apareciendo solas en mi cara—. No creo que sea cómodo para ninguno de los dos seguir en esta tesitura, ¿verdad?

Asiento sin terminar de entender nada.

La fiebre.

Eso debe de ser, no me estoy enterando porque me ha debido de subir la fiebre y empiezo a delirar.

—¿Tienes hambre? —le pregunto, comiéndome mi plato con la mirada.

—No, gracias —me dice mientras se levanta y sale del salón—. Cena tú tranquila. Será como si yo no estuviese por aquí, ya lo verás.

Sí, ya. Ya lo veré. Segurísimo.

Agarro mi plato y me llevo el sándwich a la boca, masticando y cerrando los ojos, con un gesto de placer. Cuando vuelvo a enfocar la mirada, tengo a Santi frente a mí, con una sonrisa de medio lado en los labios mientras me mira tendiéndome una servilleta.

—Que aproveche. —No deja de sonreír.

—Gracias —consigo contestar, tragando el contenido de mi boca.

Una vez que he acabado mi cena en soledad, recojo el plato y lo llevo al fregadero. Al salir me quedo petrificada en la puerta de la cocina viendo cómo se muerde el labio inferior mientras repasa algo en el ordenador con las gafas puestas, sentado en la mesa. Él no parece reparar en mí hasta unos segundos después, en los que se deshace de las lentes en un gesto rápido y baja la tapa del portátil, justo en el momento en el que me da un ataque de tos repentino que hace que me tenga que agarrar a la encimera con la mano libre, mientras me tapo la boca con la otra, sintiendo que se me sale el pulmón por la boca.

—¿Mejor? —pregunta a mi lado, al cabo de un momento, cuando parece que ya ha pasado el acceso de tos, aunque sigo teniendo la respiración agitada.

—S-sí, gracias. —Me suelto de mi agarre y me yergo, sintiendo uno de sus dedos bajo mi párpado inferior, recogiendo una lágrima que se ha acumulado ahí por el esfuerzo.

—¿Vas a dejar que mañana te lleve al médico, Rebeca?

—No creo que sea necesario; además, seguro que tienes muchas cosas que hacer y estás aquí perdiendo el tiempo y corriendo el riesgo de contagiarte.

Él me sonríe.

Yo pongo cara de lela.

Él sigue sonriendo.

Mira que es perfecto...

—No te preocupes, lo primero es que te recuperes. Mañana, cuando despiertes, iremos a que te vean esa tos.

Suelta su dictamen volviendo a su gesto serio habitual y yo elevo una ceja. Perdona, ¿desde cuándo decides en mi vida? Me vuelve un nuevo arranque de tos, aunque menos fuerte que el anterior.

—Venga, a la cama —dice Santi, cogiéndome de uno de los brazos y llevándome de nuevo al pasillo—. Hasta mañana, Rebeca. Que descanses. Si necesitas algo estaré en el salón, ¿de acuerdo?

Asiento con la cabeza, sintiéndome embotada y teniendo la sensación de que esto ya lo he vivido antes.

Entro en mi habitación y cojo ropa limpia, para dirigirme luego al baño a darme una ducha rápida antes de acostarme. Cuando me meto entre las sábanas, sintiéndome algo más reconfortada pero con mucho cansancio, recuerdo que he dejado el teléfono en el lavabo y me vuelvo a levantar, refunfuñando y acordándome de todos los ancestros de Graham Bell.

Al llegar, la puerta del aseo se abre y sale Santi, con un pantalón de deporte, calcetines y una camiseta que termina de resbalar por su torso en ese mismo instante. Él se queda mirándome. Sí, definitivamente esto lo hemos vivido antes, y parece que por su mente pasa lo mismo. Recuerdo todos los detalles del día que nos besamos en el sofá de su casa, cuando llegué y él pensó que se trataba de mi hermano, por lo que salió del baño en toalla.

Sonreímos los dos.

—¿Necesitas algo?

¿Eh?

—Rebeca... —me hace volver a la realidad—, ¿te pasa algo?

—No, no. Es sólo que he olvidado mi teléfono ahí dentro —aclaro—. Ya estaba metida en la cama cuando lo he recordado.

—Está bien, buenas noches.

—Buenas noches, Santi. —Y cuando ya se está marchando en dirección al salón, mi voz sale sola—. Y gracias.

Él se gira, me sonrío otra vez, enseñándome esa perfecta dentadura blanca por la que le pasaría la lengua lentamente, y me deja sola en el pasillo. A continuación, recupero mi móvil, vuelvo a la cama y me abandono al sueño.

Lo siguiente que recuerdo vagamente es una voz masculina a mi alrededor, mientras no consigo abrir los párpados. Una sensación de desasosiego se apodera de mí, pero el sopor es más fuerte y no logro emitir algo entendible a través de los labios.

—Shhh, tranquila, Rebeca.

La voz suave me calma, hablándome en un susurro cerca del oído, y noto un cosquilleo primero en la frente y luego en el brazo, arriba y abajo, de modo hipnotizante. En mi nebulosa, consigo esbozar una sonrisa y emito un gemido de satisfacción.

Capítulo 8

El otro lado de la cama

Santi

Algo me despierta y muevo el cuello, dolorido por la postura en la que he aparecido, pues me quedé traspuesto en el sofá. Quito de encima de mis piernas el portátil, en el que había estado trabajando, y lo coloco sobre la mesita que hay frente a mí, bajando a continuación la tapa. Con el mando de la televisión, apago el aparato, que emite sin sonido.

Un lamento llega hasta mí y me pongo en alerta, levantándome y mirando hacia el pasillo; me llegan murmullos, gimoteos y quejidos provenientes de ahí. Al acercarme al dormitorio de Rebeca, donde la puerta sigue entornada, puedo oír mejor los sonidos que salen de su interior.

—¿Rebeca? —Llamo con los nudillos de manera sutil y no recibo respuesta, sin cesar en su lloriqueo.

Abro instintivamente al percibir un golpe y observo la estancia en penumbra, sin conseguir verla sobre la cama. ¿Dónde se ha metido? Un nuevo gimoteo doloroso sale del otro lado de la estancia y me acerco; la descubro tendida al lado de la cama, en el suelo, en una postura nada cómoda y sin abrir los ojos.

—Rebeca —la llamo mientras me acerco, y ella solloza huidiza—. Vamos, ven aquí —le digo con esfuerzo al cogerla en brazos y dejarla sobre el colchón.

Me doy cuenta al tocarla de que está ardiendo y no consigue despertar del todo, por lo que no es consciente de lo que ocurre.

—Shhh, tranquila, Rebeca.

La intento calmar cuando veo que se pone más nerviosa y solloza. Le hablo cerca del oído y la sereno haciéndole círculos en la frente con un dedo y luego caricias en el brazo, arriba y abajo, de modo hipnotizante. Ella sonrío en la nebulosa de su sueño y su gemido de satisfacción me hace sonreír a mí también.

Cuando está algo más tranquila, salgo aprisa del dormitorio y voy a por mi teléfono, consciente de que mi padre está de guardia y quizá pueda ayudarme. Hablo con él y me apacigua; me comenta que no es extraño tener delirios en estados febriles, y me da unas indicaciones que decido seguir al pie de la letra, empezando por tomarle la temperatura.

Tras más de hora y media de cuidados, parece que la destemplanza ha remitido un poco. Llevo los paños que he estado utilizando a la cocina, dejándolos en la encimera, y miro el reloj.

Las cuatro de la mañana.

No puedo reprimir un bostezo, pero me reprendo y vuelvo a ir al cuarto de Rebeca, que duerme destapada. La temperatura del dormitorio es menos elevada que la que hacía antes, cuando entré por primera vez, y eso, sumado a las compresas de agua fría en su cabeza y pies, el antipirético que le he hecho tomar y el agua que le he ido dando, parece que han hecho su labor. No obstante, no me quedaré tranquilo hasta ver que su temperatura es la normal y todo está bien.

Me siento en la cama y apoyo la espalda en el cabecero, vigilando su sueño.

Mañana sin falta debemos ir a que la vea mi padre, y quizá sería buena idea hablar de nuevo con Rubén y Valentina para comentarles lo que sea que nos diga... aunque tendré que darle más explicaciones de las que me gustaría a su hermano.

Capítulo 9

Orgullo y prejuicio

Rebeca

Un peso sobre mi vejiga hace que necesite ir con urgencia al baño.

Me meo.

Me meo. Mucho.

Miro hacia abajo y veo que lo que presiona mi barriga no es otra cosa que un brazo moreno y con vello corto. Masculino, sin duda alguna. ¿Qué leches hace Santi en mi cama? Me separo de él y me quedo observándonos durante un instante, procurando recordar algo más allá de la ducha de anoche y lo inmediatamente posterior, que fue quedarme dormida, sola, en mi cama.

¿Cómo ha llegado este hombre aquí y por qué me duele el trasero? Ambos estamos vestidos. Eso puede significarlo todo o no significar nada.

¿Qué ha pasado esta noche?

—Santi... Santi —lo llamo, apoyando mi mano en su hombro y zarandeándolo un poco para ver si así reacciona.

—¡¿Qué?! —Pega un salto en la cama, desorientado, y me mira con los ojos muy abiertos.

Vale, tiene un despertar un poco aprensivo. Se lleva la mano al pecho y respira hondo un par de veces, cambiando la cara al momento y mirándome intensamente.

—Perdona. ¿Cómo te encuentras? —me pregunta, llevando una mano a mi frente durante un segundo y trazando un círculo en ella al final con sus dedos, gesto que evoca algo en mi cabeza.

—Bien, me siento bien... pero ¿qué haces aquí? —pregunto, maravillosamente extrañada.

Santi se sienta en la cama, se pasa la mano por la cara y se levanta, rodeando el colchón y andando hasta mí. No puedo evitar fijarme en su figura mientras lo hace.

Sigue teniendo el pantalón deportivo y la camiseta que se puso ayer, pero el calor de su cuerpo durante toda la noche ha hecho que las prendas estén menos rígidas y se amolden mejor a su cuerpo, marcando su anatomía.

Toda.

—Anoche me diste un buen susto. —Se agacha y coge del suelo una prenda de ropa, poniéndola despreocupadamente encima de la cómoda—. Te pusiste peor de tu «simple resfriado». —Sonríe y hace el gesto de las comillas con ambas manos mientras lo dice.

—¿De veras? El caso es que no recuerdo nada... —Me levanto de la cama y me calzo las zapatillas de andar por casa—. ¿No me echarías nada en la bebida para poder aprovecharte de mí, no? —le pregunto bromeando, mirándolo con los ojos entrecerrados, mientras me recojo el pelo en una coleta.

Él suelta una carcajada que me deja clavada en el sitio. Oh, Señor... Sigue haciendo eso durante toda mi vida, lo necesito para sobrevivir.

—No sé por qué piensas eso —responde divertido.

—Ya...

Me llevo la mano hasta una nalga, esa misma que no me sentía hace un momento y que ahora, cuando paso los dedos por ella, hace que me encoja un poco de dolor. Voy hasta el baño, señalándolo con un dedo, indicándole que lo tengo vigilado, y me encierro en el habitáculo.

Lo primero es lo primero y me siento en el sanitario. Al terminar, me acerco al lavabo para lavarme las manos y luego me pongo de perfil, me bajo un poco los pantalones y dejo al aire mi trasero, por lo que descubro un moratón en uno de los lados.

Bien, está claro que debe haber una explicación. Aún no descarto lo del estupefaciente en mi bebida.

Llego hasta el salón, donde Santi está sentado removiendo su café, mientras otra taza humeante me espera en la mesita frente al sofá. Me acerco hasta él, pasándome la mano por la nalga de manera mecánica y continuada.

—¿Qué le has hecho a mi culo? —le suelto de sopetón.

Santi me mira y observo cómo contiene una sonrisa.

—Me preocupaste.

—¿Qué pasó? —demando, sentándome con cuidado en el sofá mientras me sigue su

mirada penetrante.

—¿Te duele?

—Un poco. Tiene muy mal color. —Cojo la taza y me la llevo a los labios, saboreando al momento un sorbo del delicioso café que me ha preparado.

Él se aclara la garganta y susurra algo casi imperceptiblemente y continúa:.

—Estuve trabajando con el ordenador aquí en el sofá —señala—, y me desperté al oírte llorar. Llamé a la puerta, pero no contestabas, así que entré, pero no te encontré a simple vista.

—¿Cómo que no me encontraste? —inquiero extrañada.

—Te habías caído de la cama, de ahí el golpe. —Desvía la mirada a mi retaguardia y hace una mueca contenida.

—Estás de coña.

Él me mira y afirma con la cabeza, y yo lo imito pero en el gesto contrario, negando.

—¿Me estás diciendo que el golpe que tengo es de haberme caído de la cama? —Él vuelve a afirmar y se le escapa una sonrisa—. ¿Y no me desperté con el topetazo? Vamos... no tiene sentido.

—Me acerqué a ti y, al cogerte para meterte de nuevo en la cama, me di cuenta de que estabas ardiendo. Te había subido la fiebre.

—¿Mucho?

—Lo suficiente. Estuviste desvariando un rato y estabas empapada.

—Yo siempre desvarío, eso no es nada nuevo, y, contigo al lado, lo de la humedad no es raro —admito, poniendo los ojos en blanco.

Me observa incrédulo y me doy cuenta de lo que he dicho. ¡Joder!, debería empezar a pensar antes de hablar.

Se ríe y se pasa la mano por la nuca; tiene aspecto de estar cansado.

—¿Y qué más? —indago.

—Nada más —contesta demasiado rápido.

—¿Y cómo es que has amanecido haciéndome la cucharita?

Da un último sorbo al café y se acerca al fregadero, enjuaga la taza y la mete en el lavaplatos. Se gira y se apoya en la encimera, secándose las manos.

—Me quedé contigo en la cama, vigilando que no te subiera de nuevo la fiebre, y debí de quedarme dormido, no fue para nada intencionado ni buscado.

—¿Tan malo ha resultado dormir conmigo?

Gira un poco la cabeza.

—Yo no he dicho eso, Rebeca.

—Pero lo has dejado caer... —Antes de que vuelva a hablar, lo corto, seca—. No, no te preocupes, lo he entendido.

Por un momento me cabreo conmigo misma. Que Santi no me desee es algo que ya debería tener asumido, no sé de qué me sorprende, pero por un instante podría comportarse como un hombre normal y admitir que meterse en mi cama no le ha dado asco.

Él me mira y traga saliva, parece irritado.

—Vístete, nos vamos —dictamina serio.

Su actitud me deja cortada durante unos segundos, tiempo que él aprovecha para hablar por teléfono.

—Está bien, en un rato estaremos allí... Sí... De acuerdo, hasta luego.

Cuelga la llamada y lo miro interrogante. ¿Adónde cree que voy a ir con él y con quién hablaba?

—Vamos, nos están esperando.

Se acerca a la entrada y empieza a recoger su ropa de abrigo. Yo continúo en pijama, observándolo y decidiendo si lo mando a la mierda o a su puñetera casa de una vez.

—No pienso ir a ninguna parte contigo, Santi.

—¿Cómo? —inquiere desconcertado y perdiendo el ceño fruncido que había mantenido desde antes de hablar por teléfono.

—Verás, es que tengo por norma no acatar órdenes de nadie si no es estrictamente necesario y, como en este caso no lo es y has sido bastante capullo conmigo, simplemente no voy a moverme de casa y menos para acompañarte.

Me siento en el sofá y pongo los pies sobre la mesita. No dejo de observarlo, retándolo con la mirada a que me contradiga. Él cierra los ojos un momento más largo de la cuenta y vuelve a dejar su chaqueta en la percha, encaminándose hacia mí.

—No pretendía ser grosero —se defiende, sentándose a mi lado en el sofá.

—Pero lo has sido.

—Rebeca, haz el favor de entenderme.

Su respuesta me enerva y lo encaro, poniéndome de pie.

—¿Entenderte? No sé cómo leches quieres que pase eso, si llevo intentando conocer tu humor y saber por dónde vas a salir desde hace meses, y no consigo intuir nunca tus respuestas —le hablo enfadada—. Si tan desagradable es estar aquí conmigo y mucho más haber pasado la noche en mi cama, pues vete a tu casa, es tan simple como eso.

—No lo entiendes.

—Quien no lo entiende eres tú, Santi.

El sonido de una honda respiración por su parte llega hasta mis oídos e intento serenarme. Admito que me pone de los nervios su hermetismo y su negativa hacia mí. No puedo remediarlo.

—Mira, tengamos la fiesta en paz, ¿vale? —le pido, echándome el pelo hacia atrás y respirando profundamente—. Achaquémoslo a que me he debido de levantar con el pie izquierdo.

—¿Qué es lo que te ha molestado? —me pregunta, sin levantarse.

—¿Sinceramente? —Asiente—. Tu actitud neandertal.

Él abre los ojos más de lo normal y me mira, manteniéndose callado.

—No me gusta que me den órdenes —admito.

—Entiendo. —Asiente de nuevo—. No estaba dándote ninguna orden. Si así lo he parecido, no era mi intención y lo siento. —Eleva un poco las cejas sin dejar de mirarme—. ¿Querías venir conmigo al médico? Mi prisa simplemente se debe a que nos están esperando.

—Pero si estoy bastante mejor, no es necesario —rehúso—. Creo que es mejor esperar a ver cómo sigo durante el día de hoy... No sé, me encuentro bien, mucho mejor, de hecho... Sí, considero que es lo más indicado: me quedo en casa y así tampoco cojo frío al salir... y si empeoro, pues ya iré... aunque, claro, tampoco es que tenga mucha opción... porque cierto es que yo no conduzco y tú eres quien tendría que llevarme. Por otra parte, podría coger un taxi en el hipotético caso de que me ponga peor...

—Rebeca...

Continúo hablando y buscando excusas.

—Sé que mi hermano y Valentina te han insistido, pero de verdad te digo que no hace falta. Esta gente se alarma con cualquier cosa. Tengo un poco de tos y ya imaginan que tengo tuberculosis.

Noto una presión en la cintura, donde está apoyada la cálida mano de Santi. Lo miro y me habla despacio, en un tono más bajo que el que he estado empleando yo hace un momento.

—Rebeca, tranquila.

Qué fácil es decirlo...

Niego con la cabeza y abro la boca para empezar a hablar de nuevo, pero él me pone un dedo en los labios.

—No estés nerviosa, no voy a dejarte sola en el hospital.

¡¿Hospital?! No, de eso nada.

—Oye —me susurra, agarrando ahora mi mano—. Rebeca, de verdad, confía en mí. No va a pasarte nada, ¿vale?

Asiento reticente y me quedo mirándolo de nuevo. Con todo... un hospital nunca trae nada bueno. Mientras mi mente no para de darle vueltas una y otra vez, me guía hasta mi dormitorio y me cierra la puerta al pasar, para que tenga privacidad al vestirme. A los pocos minutos abro y está apoyado en la pared del pasillo, esperándome. Al verme salir, se acerca.

—¿Estás bien?

Se pone frente a mí y respira hondo. Yo noto cómo mi traicionero cuerpo lo imita en un acto reflejo. El tono de su voz también ayuda.

Vale, sí... Ommm, me puedo calmar. ¡He dicho que puedo calmarme! No es nada del otro mundo. Mucha gente va al hospital y no siempre es para cosas malas. ¡Nacimientos! Eso es. Algo alegre y feliz que ocurre en un hospital. A ver, más cosas... Venga, Rebeca, no seas ridícula.

—¿Vamos? —Me tiende la mano con toda la paciencia del mundo pintada en la cara.

—Sí, es sólo que... —Va a terminar por mandarme a pintar estuco—. Es que no sé si...

Me mira y me sonrío, agarrando mi mano con la suya, que me había tendido y que se había quedado suspendida en el aire. Mientras andamos para ir fuera de casa y hacia el coche, me habla. Parece que esté tirando de mí.

—Tranquila. Mucha gente tiene miedo a los hospitales, pero ya verás que no pasa nada. Tú confía en mí.

—¿Miedo? —Lanzo un sonido con la garganta que pretendía que fuese parecido a

una risa y se ha asemejado más a la exclamación de una hiena famélica—. Yo no tengo miedo, soy una mujer adulta, por el amor de Dios.

—No es nada de lo que avergonzarse. Yo he tenido astrapofobia durante muchos años y no pasa nada. Todo se supera. Yo lo superé.

—Ascratapo... ¿qué?

—Astrapofobia: miedo a los relámpagos y a los truenos —me aclara mientras pone en marcha el motor del coche.

Oh.. ¡Qué mono! Le daban miedo las tormentas. Ya me lo imagino metiéndose en la cama con sus padres. Mi buena obra de este año va a ser ofrecerle la mía.

—¿Lo superaste?

—Sí, estuve yendo a psicoterapia durante un tiempo. —Enciende el equipo reproductor y me mira—. ¿Te gusta esta música?

Asiento con la cabeza cuando, sin prestar mucha atención, oigo los acordes tan conocidos de uno de los éxitos de los Soulsister.

—¿A qué hospital vamos? —le pregunto al poco de empezar a circular, algo más tranquila gracias a su silencio y la música que va sonando.

—Al Clínico.

Giro la cabeza hacia él y lo observo concentrado mientras conduce. ¿Por qué es tan endemoniadamente atractivo, dioses? Parece tan calmado... Vamos, todo lo que yo no soy, y encima está para lamerle hasta por detrás de las orejas, pero debo haber sido muy mala en mi anterior vida para que el cosmos me haya puesto delante semejante hombre y yo no pueda catarlo.

Voy a tener que buscar mi pececillo en otra pecera.

—Dime, ¿está bueno el médico? —le pregunto, mirándome una uña de forma despreocupada.

—¿El médico? —Percibo que contiene la risa—. Imagino que sí, depende de para quién.

¡Toma! Encima me va a tocar un cañón como los de «Anatomía de Grey». ¡Ja! Ya verás, pienso ponerlo en un aprieto cuando estemos en la consulta y empiece a coquetear con el médico. Mira, con la tontería hasta tengo ganas de llegar al hospital. Sí es que no se consuela quien no quiere...

Sus manos en el volante me mantienen entretenida, acaparando mi interés hasta que llegamos al centro médico y noto que el vehículo se detiene; las mías no han dejado

de sudar durante todo el trayecto.

—¿Preparada? —inquire, girando su cuerpo sobre el asiento para quedar de frente a mí.

No.

—Nací preparada.

Caminamos el uno al lado del otro un buen trecho, sorteando pacientes, familiares, personal del hospital y utensilios de tortura de este sitio del demonio. Al cabo de un rato, y viendo que no llegamos a ninguna parte y hemos pasado ya dos zonas a las cuales, supuestamente, sólo podía acceder el personal autorizado, como así ponía en el cartel de turno, no puedo contenerme más y vuelvo a hablar.

—Santi, ¿se puede saber adónde narices vamos? Para hacer una ruta turística, podrías haberme llevado a otro sitio, aquí vete tú a saber los bichos que corren por el aire...

—Shhh, ya estamos llegando —me silencia, poniéndose un dedo en los labios.

La de cosas que haría yo con ese dedo.

—Como no abrevies y lleguemos a alguna parte ya, me siento en el suelo y convoco una huelga. ¡Me duelen hasta los pies!

Mientras hablo, entramos en un nuevo pasillo dedicado a la medicina fetal.

¿Hola? Tengo mocos, no un bombo.

—¿Se puede? —pregunta Santi, tras haber golpeado con los nudillos en una puerta donde reza un nombre, Ricardo Domènech, y una especialidad, cirujano.

Perfecto, ¿es que Santi quiere que me haga unos retoques?

—Adelante —se oye desde el otro lado de la puerta.

Una vez que abre, entramos y nos encontramos una estancia muy insulsa, como todo el resto de este horroroso edificio, con una mesa en el centro y un hombre que podría ser mi padre sentado en ella. ¿De qué me suena su cara?

Miro a Santi al recordar su contestación cuando le pregunté por el médico y elevo una ceja, pero él parece no haberse dado cuenta y saluda afectivamente —quizá demasiado— al doctor.

—Vaya, ya estáis aquí. ¿Qué tal se encuentra, Rebeca? —me pregunta, tendiéndome la mano y poniéndose de pie.

—Bien, gracias. Y tutéeme, por favor —le contesto, mientras ambos me miran.

Así, observándolo de cerca, el médico no tiene desperdicio, aunque es demasiado

mayor para mí... Una lástima, porque es un madurito muy muy interesante.

Confirmado, estoy enferma y necesito un neurólogo para mi atrofiado cerebro.

—Mi hijo me llamó anoche tan preocupado que creí que estarías bastante peor, pero te ves bien —habla mientras me invita con la mano a sentarme en una de las sillas y saca el estetoscopio del bolsillo de su bata—. Me alegro de que ya te encuentres mejor. Ahora vamos a comprobar que todo ande bien por ahí dentro, porque por fuera, a simple vista, parece que tienes mejor aspecto del que esperaba para la noche que has pasado.

Un momento... ¿su hijo? Oh, malditos genes portentosos. Mi mente enferma ya se había montado un trío con los dos mientras yo la reprendía por obscena, pero eso ya sería hasta inmoral.

—Sí, la verdad es que me encuentro mucho mejor. —Presto atención a sus movimientos y le echo un vistazo a Santi, que se ha quedado en un segundo plano, apoyado en una pared lateral y observando su móvil, dándonos algo de privacidad médico-paciente, si es que es posible estando en el mismo espacio—. No sabía que era su padre, Santi no me ha dicho nada mientras veníamos para acá. —Lo miro reprobadora, aunque él no despega la mirada del teléfono. Su padre me sonrío y sigue haciendo comprobaciones en mi cuerpo—. De haberlo sabido, no me habría asustado al ver que me metía en esta parte del hospital.

—Asustado, ¿por? —plantea, tomándose la tensión—. Y tutéame tú también, por favor.

Me pide que me suba la camiseta para poder auscultarme la espalda y miro de reojo a Santi mientras lo hago, encontrándome con su mirada durante unos segundos posada en mi cuerpo. Sonrío con regocijo.

—No me gustan los hospitales —me limito a decir en tono amable, pero dejando claro que no quiero hablar sobre ello—. ¿Qué tal estoy?

Santi carraspea y, cuando lo vuelvo a mirar, está escondiendo una sonrisa. Pero bueno, ¿qué leches le pasa a este tío? A mí no me engaña, seguro que está metido de lleno en nuestra conversación mientras disimula con el teléfono.

—Pues yo diría que aún tienes que recuperarte, capto algo de murmullo al respirar. Debes tomar un antipirético si te sube la fiebre y mucha agua para bajar la densidad de los mocos, pero no te preocupes, no tienes nada que no se cure con unas buenas sesiones de cama.

Alzo una ceja y se me escapa una sonrisa. ¿Me está proponiendo algo?

—No te preocupes, papá, yo me encargo —se adelanta Santi cuando voy a contestarle al médico—. Muchas gracias por hacernos un hueco.

Vale, no me quejaré tampoco. Que su hijo se ocupe de la sesión de cama.

—Sí, gracias. Ha sido un detalle que nos recibas, no siendo tu especialidad—añado yo.

—No es problema —contesta el médico, desabrochándose la bata—. Si vais para el parking, os acompaño, ya he terminado por hoy.

Caminamos los tres hacia el aparcamiento; ambos mantienen una conversación en la que no intervengo, aunque sí que estoy bien atenta a lo que dicen. Deformación profesional sería la excusa perfecta, pero la realidad es que soy cotilla por naturaleza.

—... y me ha preguntado tu madre si vas a venir a cenar esta noche —le dice el padre al hijo—. Ya que te tengo aquí, me ahorro llamarte luego.

—No lo sé, papá. —Santi me mira y contesta a su progenitor sin dejar de observarme—. Ya le dije que posiblemente no iría.

—Yaro ha discutido con tu hermana Kiden porque no va a estar, se va a ir con las amigas a una fiesta en el Eixample. —El gesto tierno del padre me conmueve—. Está como loca dándonos la lata todo el día, que si tiene que ir a comprarse unos zapatos, que si su amiga Mireia va a venir a peinarla antes de salir... Ya sabes cómo son las chicas a esas edades, y éstas son las primeras Navidades en las que hará algo así.

—Yaro debería darse cuenta de que ya no es una niña. —Endurece el gesto y yo carraspeo un poco, mirando hacia otro lado. ¿Quién será Yaro? Ya me cae mal y ni siquiera lo conozco—. Luego la llamaré y hablaré con ella. ¿Nasha ha vuelto ya de Londres?

¿Yaro, Kiden, Nasha? ¿De dónde demonios han sacado esos nombres? ¿Estabar fumados y con Santi fue con el único que no se les fue la cabeza?

—Llegará después de la hora del almuerzo —le responde el padre, cuando llegamos a los coches—. Bueno, chicos, tened cuidado. Y, Rebeca, que te mejores y pases una feliz Nochevieja.

¡Ostras, verdad, que es hoy!

Madre mía, por eso estaban hablando de ir a cenar. Se me ha ido completamente de la cabeza, no me acordaba. Qué buen plan voy a tener...

—Gracias, Ricardo. Igualmente. —Me sonrío y abre la puerta para montarse en su

vehículo, pero me dirijo a él antes de que cierre—. Y dile de mi parte a Kiden que se olvide de todo y disfrute de su noche.

Vale, no he podido remediarlo, si es que me meto hasta en los charcos.

—Se lo diré, gracias.

Arranca el motor sonriendo y se marcha, elevando su mano al pasar por nuestro lado. Es entonces cuando me doy cuenta de que Santi no deja de mirarme desde el otro lado de su vehículo. Le sonrío y subo, imitándome él unos segundos, eternos, más tarde.

A pocos metros de mi casa, me decido a hablar, pues hemos estado escuchando música durante todo el camino en completo silencio.

—Ha sido un detalle por tu parte haber llamado a tu padre anoche y pedirle que me atendiera hoy... aun más al no ser un médico de familia.

Él gira la cabeza unos segundos, lo poco que le permite el tráfico y la conducción, y me sonrío.

—No ha sido nada, es lo menos que podía hacer.

—Bueno, podrías haberme dejado delirando. Incluso podrías no haberte hecho cargo de mi cuidado y, sin embargo, estás aquí, perdiendo tu tiempo en hacer de enfermero y chófer el día de Fin de Año, y yo antes he sido una arpía —le respondo, jugando con el asa de mi bolso—. Me enseñaron que es de bien nacido ser agradecido, así que...

Me quito el cinturón y me acerco a él, desplazando mi torso a la izquierda. Noto que se tensa en el asiento y le doy un beso un poco más largo de la cuenta en la mejilla. Oh, joder, ¡qué bien huele y cómo me gusta el tacto de mis labios en su rasurada barba!

—Rebeca, ponte el cinturón, por favor —me pide, rompiendo el momento.

—Voy —me limito a contestar, volviendo a mi sitio sin poder contener la sonrisa. Sé que le ha gustado, una leve elevación de la comisura de sus labios lo ha delatado, pero haré como que no me he dado cuenta.

Cuando llegamos a casa, pienso que va a quedarse en el coche y va a marcharse a la suya, pero aparca y viene detrás de mí. Milagrosamente, lo pillo mirando de soslayo el movimiento de mi trasero al caminar.

—¿Te gusta lo que ves? —Lo muevo más de la cuenta deliberadamente.

—¿Lo dudas? —me pregunta, dejándome asombrada.

¡Paren las rotativas!

¿Eso que acaba de pasar es que Santi me ha seguido el juego y está tonteando conmigo? Ver para creer...

—Pues, si te apetece, tienes permiso para ver todo lo que quieras —le contesto, cuando ya hemos entrado y me estoy quitando el abrigo—. Es lo menos que puedo hacer —utilizo sus mismas palabras de hace un momento y nos reímos.

Sí, me gusta demasiado Santi, y eso puede llegar a ser un gran problema, al no ser recíproco.

Capítulo 10

Sólo amigos

Santi

Mientras estoy pasando por los distintos pasillos del supermercado, atestado de gente que ultima sus compras navideñas y niños que corretean de aquí para allá, me abstraigo en mis pensamientos. Me siento dividido entre lo que mi deber me llama a hacer, pues he dado mi palabra a mi mejor amigo de mi comportamiento para con su hermana, y lo que de verdad siento y necesito.

La bola crece a cada instante que paso a su lado. Hay situaciones en las que no puedo remediarlo y salen despedidas de mi boca palabras y gestos que no deberían. Lo peor de todo es tener que reprimir mi cuerpo y no dar cabida a las descaradas insinuaciones que en muchas situaciones y conversaciones me hace Rebeca. ¿Se dará cuenta ella de que mantengo una constante lucha interior? No. No parece entender que, por momentos, me pueden más las ganas y la necesidad que la contención, y que tenerla tan cerca, a solas, es demasiado tentador incluso para una persona como yo, con un gran autocontrol.

Ése es el principal motivo de que esté aquí ahora, resguardado de su influjo en un centro comercial. Al mismo tiempo sé que quedarme con ella esta noche va a ser una prueba absoluta para mi autodominio, porque Rebeca no se corta en darme a entender su interés por mí, y cada vez es más duro y difícil parecer indiferente.

¿Quién en su sano juicio podría mostrarse frío ante esas largas piernas que me imagino constantemente rodeando mis caderas, ese pelo como el fuego que me grita que lo agarre en mi puño mientras la embisto o la sonrisa descarada con la que me reta a cada segundo? No hay nada en ella que no esté creado para atraer. Sus perspicaces ojos casi transparentes, sus labios gruesos que he visualizado más de una vez acogiéndome, su cuerpo...

Sí, he intentado ser indiferente durante mucho tiempo a lo que despierta en mí, todo

el que ella parecía no reparar en mi persona, y ha sido medianamente fácil. Esa atracción ha sido llevadera... pero, desde que devoré su boca, más por accidente y por responder a su provocación que por iniciativa propia, no he podido dejar de darle vueltas a la idea de que puede que haya alguna manera de hacerlo funcionar.

Son más las cosas en contra que a favor, pero el ingenio se agudiza cuando se desea algo, y queda más que claro que yo deseo a Rebeca.

¿Qué hay ahora de diferente que no había antes?

Bueno, es sencillo. Lo que lo ha cambiado todo es que ella, ahora, también me desea a mí.

La vibración de mi teléfono hace que mis pensamientos se corten. Cuando saco el dispositivo del bolsillo de la chaqueta, sonrío al ver que es mi madre quien me llama.

—Hola, mamá.

—Hijo, ¿es verdad que no vas a venir a casa esta noche? —me pregunta con un tono preocupado, sin ni siquiera saludarme—. Tu padre me lo ha dicho hace un instante.

—Seguramente me quedaré con Rebeca, mamá.

—¿No es por tu hermano? —duda, sospechando.

—Mamá, lo que le pasa a Yaro conmigo no va a hacer que deje de ir a veros —le vuelvo a repetir, como cada vez que hablamos de mi hermano mayor—. Es él quien tiene un problema y, si no puede solucionarlo, es cosa suya.

—Es demasiado parecido a tu abuelo y muchas veces su testarudez no le deja pensar con claridad —comenta de su primogénito.

—Ya te dije que buscaría el momento para mantener una conversación con él y procurar aclararlo todo de una maldita vez. Va a hacer casi un año desde que se casó y parece que aún no ha entendido nada.

—Para él no resulta fácil —lo excusa—. Hace mucho tiempo que siente celos de ti, ya lo sabes.

—Mamá, tiene treinta y ocho años, creo que es edad más que suficiente para dejarse de gilipolleces y darse cuenta de que yo no soy el enemigo.

—¿Hablarás con él, verdad? —me ruega.

—Ya te dije que sí, lo haré. —Me acerco a la cajera y voy depositando los productos de la cesta en la cinta transportadora—. Y eso no tiene nada que ver en lo de esta noche. Me quedo con Rebeca porque está sola, y nadie debería pasar solo la

última noche del año.

La chica que pasa los artículos por el lector de códigos me sonrío dulcemente.

—Y si es bonita y te la comes con los ojos, menos, ¿no es así? —pregunta divertida—. Tu padre me ha dicho que habéis estado allí esta mañana.

—Papá parece una vieja alcahueta. —Me río—. Es sólo la hermana de mi mejor amigo, mamá. Intento ser tan caballeroso como tú quieres siempre que sea.

Tanto ella como yo sabemos que eso es mentira, pues mi madre es mi confidente y lo sabe todo sobre mí. No me ha juzgado nunca y no va a empezar a hacerlo ahora.

—Tu padre dice que es muy guapa.

—Sí que lo es. Su hermano también y no es algo que comentemos.

—También lo hablamos en su momento, ¿o no lo recuerdas? —rememora—. Siempre te dije que se convertiría en un hombre sumamente atractivo y me pudiste dar la razón con el paso de los años.

—Mamá, ¿qué es exactamente lo que quieres decirme?

—¿Yo? —pregunta inocentemente—. Sólo estamos conversando. Hace tiempo que no vienes a casa a hablar conmigo y lo echo de menos.

Sonrío y pago a la chica del súper, que me roza intencionadamente la mano mientras me mira mordiéndose el labio al coger el dinero. Le sonrío escueto y salgo por la puerta con un par de bolsas agarradas en la mano libre, encaminándome hacia el coche.

—Será porque no tengo nada interesante que contar últimamente, mamá.

—Pamplinas —replica—. Cuando Rebeca se ponga mejor y ya no tengas que ejercer de enfermero voluntario, resérvame una tarde y pásate por casa, ¿de acuerdo? Estoy cansada de hablar contigo por teléfono últimamente. Quiero verte esa hermosa cara que te dimos tu padre y yo.

—Está bien, mamá. —Me siento en el coche y lo pongo en marcha—. Tengo que conducir, pero, por favor, no dejes que Yaro le estropee la noche a Kiden.

Mi madre aspira aire sonoramente y, asegurándome de que estará pendiente de ese asunto, nos despedimos y cuelgo el teléfono.

Vuelvo a casa de Rebeca con las emociones dominadas de nuevo, calmado y relajado, pero, al abrir la puerta entornada y verla tendida en el sofá con el pelo húmedo y viendo la tele despreocupadamente, mi cuerpo reacciona como el de un quinceañero y un tirón en mi entrepierna me dice que volvemos a estar despiertos.

Suspiro y me acerco a la cocina, oyendo los pasos de ella detrás de mí, tras habernos saludado. La maldita calefacción podría estropearse y hacer que se tapase esas piernas descubiertas gracias a unos pantalones cortos más propios de los meses veraniegos. La integridad de mis testículos corre peligro y los tres se lo agradeceríamos.

—Ya pensaba que no volverías —me dice, cogiendo cosas de la bolsa y abriendo el frigorífico—. Me ha dado tiempo a depilarme, ducharme y ver la tele. Estaba planteándome comer algo sola.

La situación no mejora cuando se agacha y su posición deja totalmente expuesto su culo a mis ojos. Exhalo el aire de mis pulmones de forma sonora y me doy la vuelta, cerrando los ojos. ¡Joder! Todo lo que puedo ver son mis caderas embistiendo contra su cuerpo de forma repetida, sus uñas arañando mi espalda y su voz gritando «más». Su mano en mi hombro me hace enfocar de nuevo la visión y, antes de girarme, cuento los azulejos que tengo frente a mí en un intento por calmarme.

—¿Estás bien? —me pregunta ingenua, ajena al tornado que se ha desatado en mi cuerpo—. Tienes mala cara. Anda, ven conmigo, que seguro que te he pegado el catarro y terminas enfermo. —Me guía hasta el sofá y me hace sentarme. Yo me dejo hacer—. Quédate aquí, que yo me encargo del almuerzo.

No estoy en condiciones de rebatirle nada y me quedo donde me ha dejado. Me concentro en el sonido del reloj de pared, marcando el paso del tiempo. La tensión se va haciendo menor con cada vuelta del segundero y, aunque no desaparece, pues sé que la tengo a escasos metros de mí y su tarareo musical llega hasta mis oídos, sí que puedo pensar más lúcidamente y no como un enfermo sexual. ¡Cuánto desearía poder follármela!

Cuando me he sermoneado mentalmente y decido reprimirme, dejando de lado la tensión y la necesidad que siento de Rebeca, me acerco hasta donde está y acabamos juntos de preparar el almuerzo y poner la mesa.

Perfecto caballero, Santi. Perfecto caballero...

Después de llevarse un trozo de carne a la boca y masticarlo, sin dejar de mirarme, me señala con el tenedor y yo sonrío mientras sigo comiendo.

—¿En serio? Eres una caja de sorpresas —exclama al desvelarle mi verdadero nombre.

—En otro momento te explicaré la historia que hay detrás, y serás una de las

únicas personas que lo sepan fuera de mi familia. —Me hago el interesante, elevando una ceja juguetonamente—. ¿Sabrás guardar el secreto?

Ella pone los ojos en blanco y esboza una sonrisa.

—Ni lo dudes. Soy una puñetera tumba egipcia cuando me lo propongo. —Me relamo los labios y ella me imita inconscientemente—. ¿Y puedo llamarte así cuando estemos solos los dos?

Admito que, desde que ha empezado la comida, he dejado salir una parte de mí que conocen muy pocas personas y me siento muy cómodo con ella ahora mismo, pero esa perspectiva de estar solos los dos en más ocasiones me descentra demasiado.

Ella sigue esperando mi respuesta con atención, masticando algo más de su plato.

—¿De verdad quieres hacerlo? —planteo divertido—. Sólo mi madre lo hace... aunque, si es lo que te apetece, adelante...

—Thiago... —pronuncia en voz baja, haciéndose a la idea de mi nombre de nacimiento—. Pues qué quieres que te diga, es bastante más bonito que Santiago. Deberías utilizarlo siempre.

Suelto una carcajada y ella me sonrío dubitativa, con cara de no saber dónde le encuentro tanta gracia a su comentario.

—Le caerías bien a mi madre. —Me limpio la boca con la servilleta, después de haber acabado con mi almuerzo. Ella parece que ha dejado olvidado el suyo en pro de la conversación—. Desde que entré en el instituto, fui Santiago o Santi. Es más común y no me apetecía tener que andar dando explicaciones sobre mi origen o mi familia. Bastante tienen con especular sobre el color de mi piel, demasiado oscuro para ser caucásico.

—¿De dónde es tu madre? —me plantea espontáneamente—. Sé que tu padre es de aquí, así que es ella la que no es de aquí, ¿no? —se explica.

—¿Estoy ante la Rebeca periodista? —Sonrío y prosigo—. Es pretoriana.

—¿Pretoriana? Pues eso me suena más a la Roma clásica que a otra cosa. ¿Servía de guardaespaldas del emperador y se conserva en formol todas las noches o qué?

Su pregunta me hace reír. No he conocido nunca a nadie que tenga estas salidas y diga siempre lo primero que se le pasa por la mente.

—Nació en Petroria, en Sudáfrica. A las personas de allí se las llama Pretorianas. —Suena mi teléfono en el salón y la miro—. Discúlpame un segundo.

Asiente con la cabeza y salgo de la cocina.

Al llegar veo que quien me llama es Rubén. Descuelgo y me aparto para que no pueda oír a su hermana.

—¡Hola, tío! ¿Qué tal? —me pregunta.

—Hola, Rubén. Bien, ¿y tú? ¿Cómo está yendo el viaje?

—Genial. —Su sonrisa traspasa la línea.

—¿Valentina está disfrutando?

—Mucho. No para de darme las gracias por este regalo; está encantada con todo lo que vemos y ya me ha dicho que tenemos que volver a Francia cuando haga buen tiempo para ir a Cap d'Agde.

Sonrío al oír lo que me cuenta y recuerdo la conversación que mantuvimos cuando me comentó que estaba organizando la escapada que quería regalarle a Valentina y las opciones que tenían allí.

Al haber estado hace unos años, le di algunas ideas y hablamos sobre Cap d'Agde, meca del nudismo mundial. Es un complejo turístico de la costa mediterránea francesa donde está permitido ir desnudo por sus calles e instalaciones. Es una comunidad muy abierta sexualmente e incluso se puede practicar sexo en sus playas y locales nocturnos. Resulta una experiencia sumamente interesante.

—Al final se lo comentaste —afirmo.

—¿Cómo no hacerlo? —bromea—. Desde que me lo dijiste, mi imaginación no para y estoy deseando verla pasear desnuda por la calle.

Nos reímos y me pregunta por su hermana.

—Está algo mejor.

—¿Sabes si pasará la noche en casa de Roxi? —añade.

—Pues creo que no, Rubén. ¿Quieres que hable con ella y se lo pregunte?

—Tal vez sería buena idea que te acercaras a su casa y vieras qué planes tiene para esta noche.

—En mi casa sería bien recibida —admito.

—Lo sé, pero quizá no sería lo más recomendable, estando como está. —Se queda pensativo durante unos segundos en los que yo tampoco me pronuncio—. ¿Crees que podrías pasarte a ver qué tal se encuentra y así averiguas sus planes? No me perdonaría que pasase la noche sola.

—No te preocupes. Yo me encargo de ello.

—Gracias, tío —suelta tras un breve silencio—. Es un alivio tenerte allí cerca y

saber que puedo contar contigo y tu amistad por encima de cualquier otra cosa.

Sutilmente, deja caer de forma velada su recordatorio de mi situación y la palabra que le di.

—Sabes que siempre puedes contar conmigo, Rubén —concluyo—. Tu hermana no pasará la última noche del año sola, yo me encargo.

Nos despedimos, mandándole recuerdos para Valentina, y me encamino de nuevo hasta la cocina con el teléfono en la mano.

Yo me encargo...

Capítulo 11

El lado bueno de las cosas

Rebeca

Saco mi teléfono del bolsillo y marco el número de Roxi, aprovechando la ausencia de mi mulato preferido.

—Hola, Beca —me saluda cariñosamente—. ¿Qué te pica?

—Si yo te contara... —Ella se ríe y percibo movimiento de platos al otro lado—. ¿Qué haces?

—Pues estaba terminando de comer y ahora iba a tirarme en el sofá un rato antes de arreglarme para ir a casa de mis padres —me explica—. ¿Ya te has decidido a venir?

Se refiere a la proposición que me hizo hace unos días, cuando se enteró de que pasaría el Fin de Año sola en casa. A ver, opción uno: cenar con Roxi, su hermano el Ken de la Barbie, su abuela y sus padres... Opción dos (y que aún no es del todo segura): cenar con Santi. Sí, creo que hay un claro vencedor y está en mi salón, impregnándolo todo de su fragancia.

—Pues no te lo vas a creer, pero al final creo que no ceno sola.

—¿Y eso? —se extraña—. ¿Ya han regresado de su vuelo del amor tu hermano y Valentina?

Sonrío y me enciendo un cigarrillo, accionando el extractor de la cocina para que se vaya el humo. El picor de garganta es inmediato.

—Qué va, llegarán en unos días. —Toso un par de veces—. Mi compañía es masculina.

Oigo un grito al otro lado de la línea y me separo el teléfono de la oreja, mirando hacia atrás para comprobar que Santi aún sigue en el salón hablando por teléfono.

—¡No me jodas que ya se ha lubricado el acueducto que tienes entre las piernas!

Sí, no me extraña que Valentina se queje de las dos que nos hemos ido a juntar. Me

río con ganas.

—¡Qué va!, todavía hay sequía en la zona, alerta naranja, de hecho. —Me sueno la nariz con la servilleta—. No te vas a creer quién está en mi casa desde ayer.

—Suelta por esa boca, perra sarnosa —me alienta—. Espera, voy a ir al baño.

Mi mente recrea esa imagen tan poco apetecible para después de comer.

—Tienes un problema intestinal cuanto menos. Contigo, los de Fave de Fuca entrarían en quiebra.

—Venga, habla de una vez.

—Santi.

Ella se mantiene en silencio unos segundos.

—Santi, ¿Santi? ¿El amigo de tu hermano? ¿El moreno que te hace empapar la ropa interior?

—El mismo —sentencio, echando luego el humo por la boca lentamente.

—¡Cuéntamelo todo ahora mismo! —me grita—. Ay, qué bien...

Me río y veo entrar por la puerta de la cocina al centro de nuestra conversación, con el teléfono aún en la mano. Cuando me mira y me ve riéndome, se contagia y me sonrío.

—Tengo que colgar —le anuncio sin dejar de mirarlo y percibiendo las quejas de mi amiga a voz en grito por el auricular. Apuesto a que se ha enterado de todos los improperios que ha soltado por su boca antes de darle al botón de finalizar—. Adiós.

Cuelgo el teléfono dejando a Roxi blasfemando. Sé que me va a caer una buena porque la he dejado con la miel en los labios, pero ver a Santi aparecer por el quicio de la puerta de la cocina, con esos pantalones vaqueros desgastados, en calcetines y con un jersey del mismo tono verde que sus ojos, me ha secado la boca y bien merece la futura bronca.

Nos mantenemos unos instantes en la misma posición, pero recuerdo el cigarrillo que reposa entre mis dedos y lo apago antes de que termine de consumirse.

—Lo siento, no he podido contenerme —me excuso.

—No voy a ser yo quien te diga lo que debes hacer, Rebeca. —Empieza a recoger la mesa y me quedo absorta en su retaguardia cuando se agacha frente al lavavajillas para meter las cosas.

¡Bendito Levi Strauss y sus vaqueros ceñiditos!

—De verdad que no me importa quedarme sola a cenar, Santi —le vuelvo a

insistir, más por cortesía que por otra cosa.

—No voy a cambiar de opinión, Rebeca. ¿Quieres echarte un poco antes? —me pregunta, mientras acabamos de recoger los dos la mesa—. Yo iré a casa a recoger un par de cosas y a darme una ducha.

Ducha... agua... desnudo...

«Dúchate... aquí... conmigo...»

—Sí, será mejor que me desnude con el agua y me acueste en la ducha, estoy algo cansada.

Él se ríe y lo miro sin comprender. ¿Qué le hace gracia?

—Qué estarás pensando...

Mi atención está centrada en imaginarlo en remojo. Me concentro en el presente y veo que se encamina hasta la puerta.

—Coge mis llaves, si quieres, y así no tienes que llamar cuando vuelvas.

Él me hace caso y se marcha, despidiéndose de mí hasta dentro de un rato. Parecerá una tontería, pero que tenga las llaves de mi casa en su poder me hace sentir tranquila y excitada a la vez.

Después de pasar un rato delante del armario eligiendo lo que me voy a poner para recibir el año en compañía de mi enfermero masticable particular, me tumbo en la cama y me llevo el teléfono a la oreja. Tengo un par de dudas que aclarar antes de que acabe el año, y sólo una duendecilla morena y fornicadora me las puede aclarar: Valentina. Vamos, lo que viene siendo mi cuñada.

—¡Feliz año, gordita! Te echo de menos. —Oigo la voz de mi amiga nada más descolgar el teléfono—. Te diría que cogieses un vuelo de última hora para venirte con nosotros a recibir el nuevo año, pero no sé yo si tu hermano estaría totalmente de acuerdo con esa idea, por la fiesta que pretende montar para los dos en el dormitorio. —Se ríe.

—Feliz año a ti también, petarda. ¿El aire parisino le ha revuelto aún más las hormonas a ese rubio que tengo por hermano?

—Un poco.

—En una de éstas, te rompe, ¡qué barbaridad! —Me río al oír cómo resopla—.

Escucha, quería comentarte un par de cosas.

—Claro, dime.

—¿Me dirás ahora qué es lo que pretendías exactamente trayéndome a Santi a casa?

Voy directa al grano. Ésa soy yo, Rebeca Ventura... ¿Para qué me voy a andar por las ramas?

—Dame un segundo... —percibo ruido de pasos y el sonido de fondo cambia a un bullicio más elevado—. Ya está, he salido a la calle un momento, así que no me puedo entretener mucho, que tu hermano está dentro esperándome.

—Ésa era otra de las preguntas, tanto secretito de espaldas a Rubén... pero primero, dime, ¿a qué parte de tu mente copuladora le ha parecido buena idea mandarme a Santi para que me haga de enfermero? —Su risa llega hasta mi oído, pero prosigo—. Porque ahora ya entiendo ese mensaje cifrado que me enviaste y, amiga, permíteme decirte que, aunque te agradezco que hayas hecho que no pase sola estas noches, tener esta cara de enferma a su lado me quita todo el glamur que no tengo, pero que aparento siempre estupendamente bien.

—¿Continúa allí? —curioseas sorprendida.

—No se ha marchado desde que llegé, excepto para ir a su casa a recoger ropa y a hacer un par de compras.

Ella se queda callada. Justo cuando voy a preguntarle si sigue ahí, habla.

—Rebeca, mira, este viaje me está encantando. —¿Hola? ¿Me está cambiando de tema?—. Pasar unos días sola con Rubén nos ha hecho mucho bien y sabes que lo necesitábamos, pero, estando tú enferma, no podía estar del todo tranquila, así que hablé con Santi y le pregunté si no le importaba ir a casa a ver cómo te encontrabas. —El sonido de un claxon llega hasta mis oídos. Cuando los pitidos cesan, sigue hablando—. Sólo le pedí que fuese a verte un momento; lo de quedarse contigo más tiempo, más allá de la visita que le había pedido para comprobar tu estado, es cosa única y exclusivamente de él. Eso querrá decir algo, ¿no? Y en cuanto a la otra cuestión: Rubén no sabe nada de esto. Así lo acordamos Santi y yo, y creemos que es lo mejor... ya sabes lo especialmente difícil que se pone con el tema de querer protegerte y todo eso, y parece que, aunque sea su amigo, no está por la labor, así que he preferido mantenerlo al margen.

—No lo entiendo...

—Ni yo, pero en varias ocasiones he intentado hablar con él de la posibilidad de que Santi y tú tuvieseis algo más y no ha entrado en razón.

Pongo los ojos en blanco y resoplo.

—Qué pesado es. Ni que fuese él el hermano mayor. Además, Santi no quiere nada conmigo. Llevo provocándolo desde que apareció por casa y no lo he excitado nada en absoluto. Él sigue como el que oye llover, vamos...

—Seguro que no es así, Rebeca... y en cuanto a lo de Rubén, ya sabes que para él no resulta fácil. Recuerda por lo que tuviste que pasar, estando ajeno a todo en ese momento porque no lo hiciste partícipe de ello, y le da miedo que vuelva a ocurrirte algo así —me dice, más seria.

—No voy a tropezar dos veces con la misma piedra. Además, que ya soy lo bastante mayorcita como para saber lo que tengo que hacer. ¿Qué pretende? ¿Meterme en un convento de clausura, o es que me traerá de suvenir un bonito cinturón de castidad? —Me exaspero, aunque en el fondo lo entiendo—. Si yo voy a pasar página, él debería hacer lo mismo y confiar algo más en mí.

—No seas bruta, Rebeca —me pide con voz distraída—. Bueno, cuéntame, ¿ha servido de algo mi plan a distancia?

Ya está aquí su vena chismosa y yo necesito poder hablarlo con ella, así que no me contengo.

—La verdad es que, al menos, he conseguido que venga a pasar la noche aquí conmigo. Bueno, ayer también durmió en casa. —Suelta un grito de fan alocada—. Hoy ha amanecido en mi cama... —canturreo haciéndome la interesante.

—¡Cuéntamelo todo! —exige excitada—. Al menos un resumen, que tu hermano empieza a impacientarse y me hace señas.

—¿No prefieres estar con tu novio? —le pregunto con retintín—. Además, quiero hablar un poco con él también, que soy su hermana mayor y tengo que saber si se está portando como es debido.

—¡Venga!, no seas así.

—Está bien, pero que sepas que sólo te lo digo para que te mueras de envidia, igual que yo con tu viaje. Ahora te encantaría estar aquí y mirarnos por un agujerito, ¿a que sí?

—Me conoces bien. —Se ríe.

—Está siendo refrescantemente divertido, atrayentemente atractivo y un perfecto

caballero. Joder, Valentina, si no fuese porque sé que no le atraigo... Aunque estoy más que dispuesta a que se deje de tantos remilgos y conseguir, al menos, un buen beso de fin de año.

Comienzo a reírme y ella se contagia, pero, cuando empieza a insistirme para que le dé más detalles, le digo que me pase con Rubén y que ya se lo contaré todo con pelos y señales. Tras unas cuantas maldiciones, nos despedimos cariñosamente y prometo que me llamará en cuanto encuentre un momento a solas para que siga contándole. Al instante oigo la voz de mi hermano y charlamos con él un rato, sintiendo el entusiasmo y el enamoramiento en su voz cuando menciona a Valentina y los momentos que están compartiendo juntos.

Quién lo hubiese dicho... Hace sólo unos meses que Valentina se sentía en una encrucijada, teniendo que escoger entre mi hermano y otro hombre al que nunca había visto, pero que había despertado en ella demasiadas cosas, y cuando parecía que todo se había acabado para ellos debido al doble papel de Rubén en su relación, pues quedó al descubierto que ambos tipos eran la misma persona y escondía su verdadera identidad tras el apodo de Jack, todo se arregló y decidieron darse una nueva oportunidad. Decir que no sufrí por ellos es absurdo, pues los quiero mucho a ambos, pero ahora soy muy feliz de ver que ellos también lo son.

¿Encontraré algún día yo lo que ellos tienen?

Perdida en mis pensamientos, no le presto demasiada atención a mi hermano y, cuando pausa su explicación, aprovecho para despedirme y desearles un feliz año nuevo.

Paso por el salón antes de meterme en la ducha para comenzar a adecentarme un poco, porque una estará algo enferma, pero no pienso pasar la noche en pijama. Un modelito que ayude a dar un pequeño empujón nunca viene mal, que toda mujer necesita una buena sacudida en su vida y yo llevo unos cuantos años de retraso.

Al cruzar la habitación me fijo en el sofá y veo una prenda oscura en él. Me acerco y la cojo, y me doy cuenta de que es el chaleco de Santi. A mi mente acuden un par de perversiones obscenas con la prenda como protagonista, pero miro el reloj y me percató de que ya ha pasado un buen rato desde que se marchó y quiero poder darle a mi mulato preferido otra imagen diferente a la de moribunda leprosa que he tenido durante estos días.

Con todo, antes de soltar la prenda, me la llevo a la cara e inspiro fuerte. Mmm...

ya sé cómo huelen los dioses del Olimpo.

Capítulo 12

Antes de ti

Santi

—¿Qué haces aquí? —pregunto extrañado, pues no esperaba encontrarme a mi hermano mayor apoyado en la pared de entrada a mi piso, esperándome.

—He venido a hablar contigo —contesta brusco.

—Pues me has pillado en casa de milagro, porque no pretendía venir —comento mientras abro la puerta y dejo mis pertenencias en el mueblecito de la entrada.

Él me sigue y se queda parado en el recibidor mientras yo ojeo una carta que he sacado del buzón antes de subir. Sinceramente no tengo ningunas ganas de ponerme a discutir con él y sé que es lo que vamos a hacer.

Esta conversación lleva posponiéndose demasiado tiempo, exactamente veinte meses.

—¿Se puede saber por qué no vas a pasar la noche con la familia, como siempre? —plantea pidiendo explicaciones en muy mal tono—. ¿Hasta ahí va a llegar tu poca sensatez, en hacer que tus padres y tus hermanos paguen por lo que me hiciste?

Respiro hondo y me doy media vuelta, mirándolo. Decido obviar su provocación y el hecho de que está tergiversando lo que ocurrió.

—No sabía que tenía que darte explicaciones sobre lo que hago o dejo de hacer.

—Siempre haces lo mismo —me amonesta—. Hablas como si te diese igual todo, como si nada pudiese hacerte enfadar... pero estoy harto de tu halo de reserva y benevolencia, de que seas siempre Santi el bueno y mártir, que a mí no me engañas.

—No soy yo quien ha venido a buscarte. Si tan harto estás de mí, no sé qué haces aquí pidiéndome explicaciones. —Me encamino hacia mi dormitorio y él me sigue.

—Estoy aquí porque no es justo que mamá no tenga a todos sus hijos alrededor de la mesa en unas fechas tan importantes —vocea—; debería darte vergüenza hacerle pasar por eso.

—Querrás decir que estás aquí porque no quieres que mamá se pase toda la noche mencionándome, estando tú allí —le echo en cara, sabiendo perfectamente que he dado en el clavo—. Yaro, no soy tu enemigo, ¡a ver cuándo te enteras! Soy tu hermano, tengo casi diez años menos que tú, pero eso no te da derecho a comportarte como un gilipollas cuando te viene en gana... porque te calientas pensando en lo que pasó entre Saori y yo —entro en su juego—. Yo no tengo que darte explicaciones ni a ti ni a nadie, porque no he hecho nada malo.

Él se me acerca y se queda a escasos centímetros de mí, señalándome con un dedo y negando con la cabeza.

—Eres... eres... —la furia que veo en sus ojos no le permite encontrar las palabras exactas—... eres repugnante.

Inhalo profundamente y niego con la cabeza, señalando con la mano hacia la puerta.

—Vete.

—¡Todo te da igual! —estalla—. Mamá, la empresa, tu familia...

—Vete de mi casa, Yaro.

Me mira fijamente, retándome.

—No voy a entrar en tus provocaciones. —Lo enfrento—. Te repito que no soy tu enemigo, soy tu hermano y tu familia. No me da igual mamá y ella lo sabe, pero tú hablas desde el desconocimiento total y absoluto de la relación que mantenemos. Tampoco me da igual la empresa, aunque juro que, si llego a saber cuando la fundamos con papá que esto iba a acabar así, no hubiese movido un dedo en tu dirección para asociarnos. Y mi familia, esa que tanto mencionas y por la que te das golpes en el pecho, es la misma que estás intentando destruir desde que te casaste. Tu mujer es parte de mi familia, por si lo has olvidado, y creo que nunca he sido irrespetuoso o he tenido un comportamiento digno de reproche desde que se convirtió en tu esposa, ¿verdad?

Se queda callado y me mira con odio, sin moverse de su posición.

—Si no te importa, me gustaría que te fueses de mi casa, Yaro.

Sigue observándome y respiro hondo de nuevo. Últimamente estoy realizando demasiados ejercicios de autocontrol.

—Sal de mi casa, Yaro. ¡Ahora!

Él se da la vuelta con los ojos llenos de rencor y al momento oigo un sonoro

portazo. Agarro el despertador de la mesilla de noche y estoy tentado a tirarlo contra la pared, pero recapacito en el último segundo y vuelvo a colocarlo en su sitio.

Me tumbo en la cama y cierro los ojos, con un brazo encima de los mismos. Me bastarán sólo unos minutos en silencio, me digo, pero, cuando abro los párpados de nuevo, la luz que entra por la ventana ha disminuido considerablemente.

Me he quedado dormido.

Me doy una ducha rápida y recojo la ropa que me voy a llevar.

—Hola, joven —me saluda mi vecina desde la puerta de al lado del ascensor cuando me doy la vuelta tras cerrar mi casa.

—Buenas noches, Fina —le devuelvo el saludo, pulsando el botón de llamada repetidas veces.

—¿Va a pasar la noche con la familia? —indaga, mientras espera en el descansillo secándose las manos con un trapo. Yo la miro mientras espero y niego con la cabeza.

—Con una amiga. —Sonrío cortésmente.

—Afortunada esa amiga, sin duda. —Me guiña un ojo y suelto una pequeña carcajada—. Si yo hubiese tenido medio siglo menos, seguramente utilizaría mis artimañas de mujer para intentar que la pasase conmigo —bromea pícaramente.

Me cae bien esta mujer.

—Fina, ¿qué pensaría su marido si la oyese decirme esto?

—Ese viejo chocho ya está curado de espantos conmigo. —Hace un ademán con la mano, quitándole importancia—. Y, cuénteme, ¿es guapa?

Su incontinencia verbal me hace recordar a mi capricho de pelo rojo.

—¿Quién?

—No se haga el loco conmigo, jovencito, que sabe bien de quién hablo...

—Lo es —contesto sin poder dejar de sonreír—. Muy guapa.

—Pues si le sirve de ayuda con esa amiga suya, así está más guapete, sonriendo... Cuando ha salido de casa tenía una cara avinagrada que no lo favorecía nada.

Me río de nuevo y percibo la señal de llegada del ascensor. La puerta se abre y sale una chica algo más joven que yo, con una barriga que anuncia su avanzado estado de gestación, y un chico a su lado, los dos cogidos de la mano.

—Lo tendré en cuenta, Fina —le digo, viendo que se acercan hasta ella para saludarla. Ella los hace esperar un momento y echa la cabeza hacia un lado, buscándome cuando estoy a punto de entrar en el ascensor.

—Que todos sus sueños se cumplan esta noche.

Después de darle las gracias y desearle una buena noche a ella también, me meto en el habitáculo y pulso el botón de bajada. Me paso la mano por la cara y hago un par de respiraciones algo más profundas, relajándome e intentando desechar ese nudo que no se me acaba de quitar del estómago.

Mis sueños difícilmente se pueden cumplir.

Se abre la puerta en el vestíbulo, salgo y me encamino hacia mi coche.

Navidades atípicas, sí, pero nadie debería pasar esta noche en soledad, y ese nadie incluye a la pelirroja descarada e impulsiva de Rebeca.

Lo que está por verse es que sea una noche tranquila...

Capítulo 13

Lo que el viento se llevó

Rebeca

Mi plan hace aguas.

Fiasco absoluto.

El bote empieza a hacer agua y amenaza con hundirse, quedándome a la deriva como una náufraga perdida en el océano.

Mis fuerzas desfallecen...

Os quiero.

Empieza a faltarme el oxígeno...

Adiós, mundo cruel.

Ya puedo leer los titulares sensacionalistas de mañana, en los que se cebarán con la pobre chica pelirroja que no pudo sobrevivir a la noche de Fin de Año debido a un trágico ahogamiento con su propia saliva.

Madre mía. ¿Dónde demonios has estado toda mi insulsa existencia, Santiaguito?

—¿Te encuentras bien? —me pregunta, limpiándose la comisura del labio con la servilleta sin dejar de mirarme con sus ojos escrutadores.

Pero bueno, vamos a ver, ¿cuándo me he convertido en semejante mema? Sólo está comiendo. Llevándose a los labios la comida, cerrando los ojos milésimas de segundo al probar el primer bocado, pasándose la lengua por la comisura por la que quería escapar un pequeño trozo de alimento... Joder, si es que parece que he estado retenida en el convento de las Carmelitas descalzas de la Encarnación desde que nací y no he conocido varón en toda mi existencia, por el amor de Dios.

Este aumento exagerado de temperatura no debe de ser bueno.

—Te voy a ser sincera.

Él me mira reflexivo y asiente, paciente, dejando de comer mientras hablo.

—Si algo me caracteriza es que voy directa a la espinilla. Si hay algo que me

molesta, me lo quito de en medio... por el contrario, si quiero algo, no me detengo hasta conseguirlo.

—Ajá —musita, expectante.

Como siempre digo, al toro por el rabo.

«Tú puedes, Rebeca. Ya es tuyo.»

—¿Te atraigo como mujer?

Sus ojos se centran en los míos y me observa en silencio, dejando pasar unos segundos en los que no le aparto la mirada. Ahora le toca a él ser sincero.

—¿A qué viene esa pregunta, Rebeca?

—No sé si sabes que para hacer una pregunta hay que contestar antes a la que te han hecho. Dime, Santi, ¿te gusto?

—¿Te refieres a gustar físicamente? —ataca de nuevo, pasándose por el forro de los calzoncillos lo que le acabo de decir. Asiento—. Sí, eres una mujer muy atractiva.

Bueno, vamos avanzando.

Por algo se empieza.

Tengo que averiguar cuándo es su cumpleaños para regalarle un sacacorchos. ¡Qué trabajo cuesta sonsacarle información!

—Gracias, tú también lo eres.

Se lleva la copa a los labios y bebe, sin dejar de mirarme. Su nuez sube y baja con el movimiento de su tráquea y por un instante pierdo el hilo de la conversación.

Carraspeo y retomo el poder. Eso es, yo llevo las riendas de esta charla.

Mi casa. Mis reglas.

¡¿Qué digo?! Estoy fatal. ¿Qué soy ahora, del Paleolítico? Yo Rebeca, tú gustar.

—Hagamos lo siguiente —le propongo—: recuerdo un juego que hacíamos de adolescentes que quizá sirva... —hablo más para mí misma que para él—. Nos planteamos preguntas el uno al otro, y estamos obligados a contestar con la verdad. Si hay alguna a la que no queremos responder, tenemos que decir «paso» y contar un secreto como pago por la pregunta no contestada. ¿De acuerdo?

Suelta el aire por la nariz de manera un tanto cómica, mirándome y levantando una ceja unos milímetros. Sus gestos siempre son comedidos y milimetrados, pero a veces se le escapan expresiones de manera natural y es cuando más me gusta.

—Está bien, empieza tú. ¿Qué quieres saber?

—Mmm... a ver... —Pienso llevándome la mano a la barbilla, mirándolo fijamente

—. ¿Usas ropa interior?

Él suelta una carcajada sin dejar de mirarme.

—Paso.

Arqueo una ceja, incrédula. ¿Ya va a empezar a pasar? Pues el repertorio de preguntas que tengo va a ir *in crescendo*...

—Tendrás que contarme un secreto si quieres pasar, ya lo sabes —le recuerdo, observando cómo se acerca hacia mí y empieza a subirme la temperatura. Se aproxima por un lado de mi cuerpo y un susurro llega a mi oído, erizándome el vello de los brazos.

—Duermo desnudo.

Cierro los ojos conteniendo el gemido que ha subido por mi garganta al imaginarlo en mi cama como su madre lo trajo al mundo.

Joder... Este tío es bipolar.

—Interesante información... ¿Y has preferido eso a decirme si vas en plan comando por el mundo? —suelto divertida.

—¿Ésa es otra pregunta? —Regresa a su sitio y se acomoda—. Creo que me toca a mí. Veamos...

Me relamo esperando, a ver por dónde sale.

«Que sea caliente. Que sea caliente. Que sea caliente.»

Sonríe.

—Cuando suena música a tu alrededor, ¿qué haces antes, cantar o bailar?

Me entran ganas de levantarme y gritarle que qué clase de pregunta es ésa. ¿Bailar? ¿Cantar? ¿Qué es esto, un *casting* de jóvenes talentos?

«Tranquila, Rebeca. Venga, por una vez vas a ser una mujer coherente y vas a contestar a lo que él ha preguntado. Seguro que puedes sacarle partido a la pregunta y llevarlo a tu terreno.»

—Pues la verdad es que no lo sé, creo que por igual. Depende del momento y de lo que esté haciendo, aunque me gusta mucho bailar. ¿Y a ti?

—Bailar. No me gusta cantar.

No importa, moreno, ya pongo yo la banda sonora con mis gemidos.

—¿Por qué no cantas?

—Digamos que cada uno tiene ciertos dones y el mío no lo tengo en la garganta, precisamente.

Adiós a los buenos propósitos, no puedo contenerme y sonrío, maliciosa.

—¿Dónde lo tienes?

—¿El qué?

—El don, ¿dónde lo tienes, si no es en la garganta?

Una sonrisa casi imperceptible y de medio lado lo delata, sabe por dónde va mi pregunta. Tampoco hay que ser un genio, mi temperatura debe de estar derritiendo los casquetes polares.

Lo siento, cambio climático. Mea culpa.

—Soy bueno con las manos.

—Pon un ejemplo.

Me humedezco los labios.

—Me gusta tocar.

—¿Quieres tocarme un poco?

—No he visto que tengas piano en casa.

¿Piano? ¿Qué cojones...?

Se ríe sagazmente al ver mi expresión.

Ah, con que ésas tenemos, ¿eh? ¿Quieres jugar? Bien. Te vas a enterar.

—Yo es que soy más de flautas, traveseras para ser exactos. Cuanto más largas, mejor. Me encanta llevármelas a la boca y soplar... mojar me los labios y... ¿Has visto *American Pie*?

Se levanta de la mesa y lo imito, sin dejar de mirarnos.

—Mejor nos vamos al sofá —farfulla.

—Como quieras. —Lo sigo, consciente de que empiezo a destruir sus defensas.

—Ya son casi las doce.

—Está bien. —Camino delante de él y me paro, dejándole paso hacia el sofá para poder construir mi ataque una vez que haya tomado posiciones.

Cuando se cruza frente a mí para pasar al salón, llevo mis ojos a su retaguardia tan apetecible y marcadita en esos pantalones. Mmm... ese trasero y yo esta noche vamos a terminar por conocernos algo mejor, ¡a Dios pongo por testigo...!

—¿Te gusta *Lo que el viento se llevó*?

Mierda. Estaba pensando en voz alta.

—Una de mis películas preferidas —le contesto, dejando en la mesa un par de copas mientras él saca de la nevera la botella que ha traído junto con las uvas—. Y a

ti, ¿te gusta?

—Un clásico, aunque prefiero la novela original. —Se sienta en el sofá tras dejar los dos platitos con uvas frente a nosotros, en la mesa.

No sé si me parece atractivo o totalmente moñas que me reconozca esto.

—No la he leído —admito, mientras descorcha la botella con su característico «pop».

Enciendo la tele y vemos la típica imagen de la Puerta del Sol abarrotada de gente y el reloj marcando los últimos minutos de este año.

—Es uno de los libros más vendidos de la historia y tengo una edición antigua que me regaló mi madre hace unos años; puedo prestártela si te apetece, ¿quieres? — comenta algo menos tenso que hace unos segundos en la mesa.

Se acabaron las preguntar absurdas. ¡Al cuerno Tara, Scarlett y su hambre! Necesito avanzar en mi ataque y terminar de demoler sus protecciones.

¡Espartanos! ¡Au, au, au!

—Paso.

Él levanta la cabeza y me mira, sorprendido por mi contestación a su ofrecimiento en forma de pregunta.

Lo siento, nene. Aquí hay que aprovechar cada segundo.

—Mi secreto... —anuncio. Viendo que él esquivo mi mirada y se contiene en su postura, añado—: Santi, mírame.

Me percató de que, por un instante, su mano se aferra a su pantalón. Creo que conoce mis intenciones. Mi tono de voz ha debido de delatarme... Eso, y que prácticamente estoy encima de él en el sofá.

Muy sutil.

—Santi...

—Dime, Rebeca —replica, girando su rostro hacia mí y quedándose a escasos centímetros de mi cara.

—¿No quieres saber mi secreto? —Su respiración choca contra mis labios, pues estamos muy cerca. Veo que cierra los ojos unos segundos más de lo normal. Cuando los abre, lo miro y lo interpreto como un asentimiento—. Me muero porque me beses.

—Rebeca, no es buena idea...

Sus palabras no me detienen y él tampoco se aparta de mí ni impone ningún tipo de distancia entre los dos.

—¿Qué más da que sea buena o mala idea? —insisto—. Aquí sólo estamos tú y yo. Será algo que ocurrió el año pasado... y lo que pasa en el pasado, en el pasado se queda, como en Las Vegas.

Su vista viaja de mi boca a mis ojos. Permanezco quieta, esperándolo.

—¿Qué quieres? —murmura, conociendo la respuesta.

—Ya te lo he dicho, quiero que me beses.

Se acerca un poco más a mí, dejando una ínfima separación entre nosotros pero sin llegar a rozar mis labios. Mi excitación alcanza cotas peligrosas. Elevo una ceja, expectante.

—Coge lo que quieras, Rebeca.

Su frase va directa a mi entrepierna, con ese tono erótico y a la vez de derrota. Para cuando mi mente ha conseguido descifrarla, han pasado unos valiosos segundos. Dispuesta a no perder ni uno más, me lanzo hacia su boca, impactando mis carnosos labios con los suyos, más calientes y jugosos que los míos.

Si existe alguien allá arriba, ¡que detenga el tiempo ahora mismo!

El beso se va haciendo más y más carnal con el paso de los minutos. Mis manos tocan su piel a través de su camisa, ascendiendo; el pelo corto y duro de su nuca impacta con mis dedos al aferrarme a su cuello, notando la fuerza del inicio de sus rizos, esos que mantiene tan a raya y sin dejar crecer. Nuestras lenguas chocan una y otra vez, enredándose. He descubierto que adoro mordisquear su labio inferior, tan rellenito. Además, ha emitido un sonido que me ha puesto como una moto, aunque se ha guardado muy mucho de repetirlo, conteniéndose. Evalúo la situación y me doy cuenta de que sus manos no se han movido en ningún momento y mis labios comienzan a perder fuerza debido a su quietud.

Es de piedra, ¿o qué?

¡Adelante, tienes barra libre de Rebeca hasta hartarte!

—¿Qué ocurre? —pregunto, sin querer separarme de sus labios, aún con los ojos cerrados y mi frente apoyada en la suya.

—Las uvas —contesta, tragando saliva.

El sonido alborotador de la televisión llega hasta mis oídos al mencionarlo él, pero ahora mismo me apetece más tener en la boca a Santi. No hay mejor manera de enfrenar las campanadas.

—Deja las uvas ahora —le suplico—. Joder, bésame ya.

Gruñe rendido y finalmente me besa. Ahora sí lo hace y no sólo se deja llevar por mis labios y mi lengua, porque él es quien lleva el mando de la situación, el que guía los movimientos y el que se aferra a mis caderas, apretando mi piel y consiguiendo que un par de gemidos salgan de mi garganta cuando su boca se afana en la sensible piel de mi cuello.

Matadme ahora mismo, que estoy en el puñetero cielo rodeada de música celestial, y así me ahorro el viaje.

Sus labios vuelven a encontrarse con los míos y nos devoramos durante un buen rato. Cuando una de sus manos se aventura por el interior de mi blusa, al subir la temperatura del momento y necesitar algo más que los roces de nuestras bocas para saciarnos, me deshago de ella de un tirón algo brusco y un fuerte dolor en la oreja me hace pegar un chillido nada erótico, bajándome de golpe la excitación.

—¡Madre mía, cómo duele! —sollozo.

Capítulo 14

Antes del amanecer

Santi

—¿Lo ves? —me pregunta, aferrada al respaldo del sofá.

Un pequeño brillo capta mi atención y acerco la mano, agarrando por fin el pendiente.

—Ya lo tengo.

Me levanto de mi posición de rodillas en el suelo, con el zarcillo en la mano.

—Gracias —se limita a contestar, algo apocada.

—No hay por qué darlas.

Parece cabreada consigo misma por lo que ha ocurrido, aunque debo admitir que para mí ha sido una bendición. No el hecho de que casi se raje la oreja con el tirón, claro está, sino la llamada a la cordura que ha supuesto el tener que parar de manera forzada.

Por más que intenté contenerme, cuando su cuerpo rozó el mío y su tentadora boca me pidió que la besara, creí que habría podido morir en caso de no hacerlo.

Rebeca consigue de mí lo que quiere... y eso es peligroso... mucho.

Tocar su boca y tantear sus labios, jugosos y tibios; sentir las palmas de sus manos deslizarse por mi cuerpo, entrelazándose tras mi cuello, apretando y arañando... Sí, ese pendiente ha sido lo mejor y lo peor que podría habernos pasado.

Se lo coloca en la oreja emitiendo el enésimo resoplido sin dejar de mirar el techo.

—¿Qué haces? —planteo intrigado, al verla murmurar con la cabeza dirigida hacia el cielo.

—Tengo la firme creencia de que el cosmos y el karma se están riendo en mi cara ahora mismo.

Contengo la risa.

—¿Hablas en serio?

—No, es igual —refunfuña—. Vamos a brindar, anda. A ver si así, al menos, me hago un cóctel molotov con la medicina y el alcohol, y acabo la noche viendo elefantes rosas en mi cuarto.

Su irritación me entenece. De pronto caigo en la cuenta de lo que he traído para brindar y elevo la comisura de mis labios pensando en su reacción. Adiós al cóctel que pensaba hacerse.

—Claro, brindemos.

Le tiendo la copa que acabo de servirle, agarrando la botella con la otra mano y poniéndola bien visible para ella. Rebeca coge la copa y pasa la vista por la etiqueta de la bebida, fijándose en lo que tengo agarrado. Su voz destila burla cuando se dirige a mí.

—¿Champín? —se mofa—. ¿De dónde has salido, Santi? ¿Del país de Nunca Jamás?

Se ríe y me arrebató la botella, para oler a continuación su contenido.

—No te conviene beber por si te sube la fiebre y has de medicarte y con agua da mala suerte hacer el brindis... así que champán sin alcohol es la mejor opción —resuelvo, acercando mi copa a la de ella y oyendo el tintineo al chocarlas—. Feliz año, Rebeca. Ojalá todos tus sueños y deseos se cumplan.

Me guiña un ojo.

—Igualmente, y que así sea...

...y un día te das cuenta de que te has hecho demasiado mayor porque una simple frase puede restarte diez años de vida de golpe.

El mensaje de voz que recibo pasadas las dos de la madrugada me preocupa y hago que Rebeca me siga fuera de casa, para coger el coche apresurado. Se ha mantenido en un silencio casi irreal, imagino que debido a mi seriedad y el estado en el que le he hablado. Al llegar al lugar indicado en el mensaje, miro hacia la derecha, al otro lado de la calle, donde un grupo bastante considerable de veinteañeros se agolpan en la entrada de una conocida y concurrida discoteca de la ciudad, dispuestos a todo en esta noche. Saco el teléfono para escribir un breve texto y, al instante, una preciosa chica

rubia con un aspecto demasiado aniñado para el atuendo que viste llama con los nudillos a mi ventanilla.

—Discúlpame un momento, ahora mismo vuelvo —le indico a Rebeca, saliendo del vehículo.

Saludo a Mireia, la amiga de mi hermana, que me señala hacia el lugar donde estaba mirando hace un segundo, y puedo ver a Kiden sentada en un escalón, acompañada por un par de chicos y otra chica. Le pido a su amiga que vaya a por ella, pues no quiero abochornarla acercándome yo al grupito. Ella se marcha solícita y vuelve al cabo de unos minutos con mi hermana pequeña, no sin dificultad, debido a los trapiés que da por culpa de su lamentable estado.

Por el rabillo del ojo veo a Rebeca y compruebo que no pierde detalle de lo que ocurre. Al llegar mi hermana a mi lado, su amiga se retira discretamente. La miro y le doy las gracias con un gesto. Ella se sonroja. Kiden debería ser igual de responsable que esta chica. Junto a mí, farfulla palabras sin mucho sentido y niego con la cabeza. Sigue teniendo el ridículo antifaz de la fiesta en la cara y en un momento dado veo que dirige su mirada hacia dentro del coche.

Rebeca la saluda con la mano.

—Oh, vaya... ¿Te he fastidiado el plan? —me pregunta dificultosamente mi hermana—. No hacía falta que vinieses, estoy bien.

—Kiden, te han saludado —la reprendo—. ¿Dónde están tus modales?, ¿junto a la botella vacía que has debido de beberte enterita?

Ella se sonroja, avergonzada, y le devuelve el saludo a Rebeca.

—Ahora vas a subir al coche y vas a venirte conmigo. —Intenta protestar, pero la corto—. Y da gracias a que haya sido yo el que ha venido a por ti.

Baja la cabeza y asiente. Por Dios, es sólo una cría... Voy a ser incapaz de tener mis propios hijos si esto es lo que me espera cuando lleguen a la adolescencia. ¿Yo era así?

Abro la puerta del vehículo y echo mi asiento hacia delante, permitiéndole el paso a mi hermana, que huele a destilería barata.

—Hola —saluda al entrar y se sienta, bufando, en el asiento central trasero.

—Hola —le devuelve Rebeca el saludo.

Me acomodo en el asiento del conductor y respiro. Pasados unos segundos, agarro el volante con la mano izquierda y me giro hacia atrás, quedando frente a ella.

—Kiden, ella es Rebeca. —Mi tono serio deja claro que no estoy para tonterías por su parte. Rebeca se mantiene en silencio y me mira con una expresión sorprendida. Mi ceño no deja de estar fruncido. Mi hermana gruñe su respuesta sin que pueda llegar a entenderla y noto los ojos de Rebeca puestos en mí mientras no dejo de mirar a Kiden—. Al menos podrías ser un poco más educada, teniendo en cuenta que son las tres de la mañana y hemos salido expresamente a por ti —la reprendo con tono serio.

—Lo siento —bisbisea ella desde atrás, y capto el sonido inconfundible de las lágrimas en su voz.

Trago saliva y miro a mi derecha. No me gusta ser así. Rebeca me hace un gesto con la cabeza, escudándose en el reposacabezas de su asiento para que mi hermana no pueda verla. Me pide con los labios que pare y nos vayamos a casa. ¿Quiere que lleve a mi hermana allí? Le pregunto en silencio y ella asiente, sonriéndome.

—¿Kiden...? —interviene la hermana de mi amigo tras un momento de silencio incómodo en el coche, en el que no hemos dejado de mirarnos. Incluso mientras habla no aparto mis ojos de los suyos—. ¿Te importaría venir a mi casa el resto de la noche? Estábamos viendo una película antes de acercarnos a por ti, pero creo que a tu hermano no le estaba gustando mucho... Ya sabes, comedia romántica y chicos no es una buena combinación. —Al ver que ella sólo sorbe por la nariz, intenta tentarla un poco más—. Además, ha sobrado tarta de muerte por chocolate de postre y...

No le da tiempo a continuar cuando sonrío, sabiendo que ha dado en el clavo. Kiden se pronuncia, aceptando y sin dejarla acabar.

—Me apunto —anuncia desde su posición, animada.

Rebeca muestra sus dientes en una radiante sonrisa y yo me vuelvo hacia el volante, tras articular con mis labios un agradecimiento.

Cuando llevamos medio trayecto con el único acompañamiento sonoro de la tenue música de la radio, unos brazos rodean mi cuello y la cabeza de mi hermana aparece entre medio de nuestros asientos, plantándome un sonoro beso en la mejilla y dándome las gracias por recogerla. Antes de volverse hacia atrás, gira la cabeza y le da las gracias, sonriendo, a Rebeca también.

Me ablando con su gesto y carraspeo.

—Ponte el cinturón, Kiden.

Por el rabillo del ojo veo a Rebeca girar la cabeza hacia la ventanilla, conteniendo

una sonrisa. El resto del trayecto hasta su casa pasa en un agradable y pacífico silencio.

—Gracias por esto —le susurro a su lado en el sofá, cuando bosteza por enésima vez y me doy cuenta de que mi hermana ya ha sido vencida por el sueño después de haber vomitado en el baño en varias ocasiones.

—No tienes que darlas —murmura en respuesta—. ¿Qué tal si la llevamos al cuarto de Valentina y Rubén? En esa postura va a levantarse mañana con un dolor de cuello que no va a poder moverse.

Asiento y le murmuro esa idea a mi hermana, que refunfuña somnolienta y se pone de pie, no sin esfuerzo. Rebeca se adelanta y abre el dormitorio de la pareja, despejando la cama de los cojines y encendiendo la lámpara de la mesilla de noche.

Cuando la adolescente que ha irrumpido en nuestra noche se acuesta, tras quitarse con mi ayuda los zapatos, salimos ambos al pasillo.

—Bueno...

—Sí, bueno... —contesto, pasándome, cansado, la mano por los ojos. Menudos días llevo...

—¿Crees que dormirás bien en el salón? —me pregunta escéptica.

—Claro, estupendamente —afirmo convencido—. Deberíamos hacerlo ya, en un par de horas amanecerá y vamos a estar molidos.

—Duerme conmigo.

La miro atónito durante unos segundos.

—¿Cómo? —pregunto, como si no hubiese oído bien.

—Que duermas conmigo —repito de forma natural—. Ayer ya lo hiciste, ¿no? Y seguro que lo poco que vamos a dormir, lo harás mejor en una cama que en un sofá destartado... —Antes de dejarme replicar, coge mi mano y tira de mí hacia su dormitorio—. Venga, vamos. Todo el tiempo que estamos aquí de cháchara no lo estamos aprovechando en dormir.

Después de dudar durante unos segundos, claudico y voy con ella.

—¿Estás segura? —le planteo, antes de meterme en la cama al salir del baño, con el pijama puesto—. De verdad que puedo dormir en el salón...

—Santi, tranquilo. Sólo vamos a dormir, no voy a afrentar tu honor esta noche —se mofa, acurrucándose con el edredón y dándome la espalda.

Respiro hondo y la observo unos segundos. Quizá sea yo quien lo haga...

Me convenzo de que sólo vamos a dormir y obvio la erección que tengo de forma perenne. Así no va a haber quien pegue ojo.

Me meto en la cama y ella se mueve mientras me acomodo. Cuando todo queda en calma, gira la cabeza hacia atrás y susurra pícaro:

—Creía que dormías desnudo.

—Buenas noches, Rebeca —murmuro divertido—. Y gracias.

—Buenas noches, Santi. Feliz año nuevo.

Un gran estruendo me hace abrir los ojos rápidamente, poniendo en alerta mis sentidos y sentándome en la cama todo a la vez. Tienen que pasar unos segundos para poder decidir si lo que he oído ha sido real o producto de un sueño...

Parece que se va a convertir en una costumbre esto de despertarme despavorido.

—Mmm.. ¿qué ha sido eso? —me llega la voz de Rebeca a mi derecha, afectada por la pastosidad de alguien que aún está en la nebulosa del despertar.

Y si habitualmente es bonita, dormida quita el aliento.

—No ha sido nada, sigue durmiendo —le contesto con suavidad, observándola y admirando su despreocupada postura, con todo el cuerpo boca abajo y la cabeza de lado, abrazada a la almohada.

Sonrío mirándola, pero unos sonidos algo menos escandalosos que antes vuelven a llamar mi atención y me levanto sigilosamente de la cama, para salir en silencio de la habitación donde aún sigue dormida Rebeca.

—¿Kiden? —pregunto al ver unas piernas femeninas, desnudas y morenas, moverse entre los muebles de la cocina.

—¿Sabes si hay algo dulce para desayunar en casa de tu novia? —me pregunta, sin dejar de rebuscar en los armarios—. Me muero de hambre.

Me acerco hasta ella antes de que ponga toda la cocina del revés.

—Kiden, para —le pido sin querer levantar la voz, pero con autoridad—. No creo que papá y mamá te hayan enseñado a husmear en casas ajenas, ¿verdad?

Odio tener que ponerme serio con ella, pero todavía me puede el comportamiento que tuvo anoche. Ella detiene su búsqueda y saca la cabeza del mueble, soltando un resoplido.

—Aún estás enfadado —afirma.

—Lo estoy.

Vuelve a resoplar y su gesto de poner los ojos en blanco me recuerda a la pelirroja que dormita a pocos metros. Contengo la sonrisa y carraspeo.

—Eres una chica lista y responsable, Kiden, pero esta vez... Lo de anoche no me lo esperaba de ti, la verdad.

—Oh, vale ya —se queja, iniciando la escapada de la estancia—. Ya te pedí disculpas ayer.

—Lo sé, pero quiero tener claro que no va a volver a repetirse —le digo, saliendo de la cocina tras ella—. Te aseguro que no me gusta tener que estar así contigo, pero no puedo comportarme como si nada hubiese ocurrido, deberías entenderlo.

Se dirige al centro del salón mientras le hablo y se para en medio de la habitación, dándome la espalda.

—No pasó nada —dice en voz baja, con un tono dubitativo.

—Cierto, y todo gracias a tu amiga —le recuerdo—. Ella fue la única que demostró ser responsable, al avisarme de tu estado.

—Odio a Mireia.

Oh, sí. La adolescencia es así de maravillosa y visceral.

—Lo de ayer no estuvo bien. —Me acerco y me sitúo frente a ella, poniéndole la mano en los hombros y utilizando un tono de voz más cariñoso—. Escúchame, Kiden: no les diré nada a papá y mamá, pero necesito que comprendas que jamás debes emborracharte en mitad de la calle, donde cualquier cosa puede pasarte, y menos aún siendo tan joven e inocente... —Afirma con la cabeza, pero no me mira a los ojos—. Peque, mírame. ¿Eres consciente de que estuvo mal, verdad?

Mi voz se dulcifica y le pongo el dedo bajo la barbilla para que alce la mirada. Ella dirige sus ojos hacia mí y veo que ha empezado a llorar en silencio.

Mierda. No soporto que lllore.

—Eh, vale... tranquila. —La abrazo y ella se aferra a mí con mucha fuerza, dejando que el llanto sea más audible—. Shhh... calma, no pasa nada, sólo necesito que lo entiendas.

Ella sorbe por la nariz, pero sin moverse de la posición, asintiendo con la cabeza repetidas veces. Subo la vista y veo a Rebeca parada en la salida del pasillo, con una expresión conmovida y un aspecto tan dulce, recién levantada, que me hace sonreír. Por gestos me dice que se marcha, pero niego con la cabeza sutilmente.

—¿Mejor? —le pregunto cuando suelta un poco el agarre de mi torso.

Kiden afirma y se seca las lágrimas con los antebrazos.

—Yo sólo quería que Tony me viese como a las demás chicas, y no como una niña.

—Kiden, entiendo que eres joven y tienes que experimentar las cosas. Yo también lo he sido, pero debes entender que ésta no es la manera...

—Ya no soy una niña.

—Kiden, ¿cuántos años tiene Tony? —pregunto intentando hacerla comprender.

—Diecinueve.

—Bien, diecinueve —repito sereno—. ¿Y crees que por beber y emborracharte vas a aparentar tener su edad y no los quince que acabas de cumplir?

Se sonroja y baja la mirada, poniéndose de nuevo a la defensiva.

—¡No! —chilla dándose la vuelta y viendo a Rebeca. Tras unos segundos en los que se queda callada, vuelve a hablar algo menos furiosa—. Yo sólo quería gustarle.

Miro a Rebeca. Resulta que no iba a ser tan fácil como creía. ¿Cuándo ha crecido tanto y por qué odio a ese tal Tony sin conocerlo siquiera?

—Kiden —interviene Rebeca en voz baja, acercándose a ella y palmeando el sofá a su lado, esperando a que mi hermana se siente antes de continuar—. Creo que lo que tu hermano intenta decirte es que no hace falta que bebas para que ese chico se fije en ti. Eres guapa y seguro que muy lista, y créeme cuando te digo que el alcohol sólo nos hace quedar en ridículo... ¡Que me lo digan a mí! —Observo la escena y sonrío—. Ese chico, Tony, ¿lo sabe?, ¿se lo has dicho? —le pregunta, a lo que mi hermana no dice nada.

Kiden levanta la vista y se mantienen la mirada durante un instante. Rebeca le sonrío y le da una palmadita en la mano que ha tenido agarrada.

—¿Sabes? Nadie va a cuidar de ti mejor que tú misma. —Rebeca contiene el gesto y parece más seria de lo normal—. Si un chico te ofrece cualquier cosa que tú no quieras, sea lo que sea, no aceptes. Nunca hagas nada que no quieras para complacer a nadie. El hombre que de verdad quiera estar contigo no te obligará a hacer nada en contra de tu voluntad o para satisfacerlo.

Sus palabras me inquietan.

—No quería que me llamasen *niña pequeña* como hicieron con Mireia —admite después de unos segundos, en un tono apenas audible—. Yo... yo me reí cuando se lo dijeron...

Rebeca abraza a mi hermana y me acerco hasta ellas. Le doy un beso a Kiden en el pelo y me dirijo a la cocina, dándome tiempo para respirar hondo y contener mis impulsos. Marco el teléfono de mi madre para que esté tranquila y sepa que en un rato acercaré a Kiden a casa, pues anoche ya la informé de que estaba conmigo, mientras las oigo cuchichear y reír en el salón.

Rebeca...

Me doy cuenta de que estaba equivocado cuando pensaba que iba a poder sobrellevarlo.

Capítulo 15

Un sueño posible

Rebeca

Lo veo marcharse con los labios apretados después de darle a esta preciosidad que tengo al lado un cariñoso beso en la coronilla. Los ojos de Santi me han transmitido una sensación de agradecimiento y respeto que no le había visto antes, aunque parecía perturbado... Pese a que la situación que tenemos no es la más idónea para mi principal misión de derribar sus defensas, estoy satisfecha por cómo se está desarrollando todo.

Lento, pero seguro.

—¿Crees que me perdonará? —pregunta Kiden en un tono bajo para que su hermano no se entere. Yo asiento mirándola—. Mis padres me van a matar.

Le sonrío.

—Bueno... no creo que sea para tanto —le resto importancia—. Lo máximo que te harán será encerrarte de por vida en tu dormitorio y pasarte lonchas de salami por debajo de la puerta —bromeo, y ella sonrío, sorbiendo por la nariz—. Ya lo has oído, no tienen por qué enterarse... Y por tu hermano, siempre que hayas entendido lo que te hemos explicado, despreocúpate: no creo que vaya a seguir enfadado.

—Me gusta que seas su novia. Me caes bien y eres muy guapa. —Sonríe y yo elevé ambas cejas en un gesto interrogante.

¿Yo? ¿Su novia?

Mis ganas...

—No soy su novia, sólo somos amigos... aunque puede que ni eso. —Este último comentario sólo lo susurro, exponiendo en voz alta mis pensamientos.

—¿Estás segura?

—Créeme, lo estoy. No somos novios. —Me río.

—Entonces, ¿sólo os acostáis juntos...? ¿Sois más de sexo sin sentimientos?

Una carcajada escapa de mi garganta y niego con la cabeza.

—Ay, Kiden, ¡qué más quisiera yo!, pero tu hermano es un hueso duro de roer.

—En el fondo es dulce y cariñoso, pero mi madre dice que hay que escarbar mucho en la superficie para poder disfrutarlo —comenta ella despreocupada—.

Rebeca, ¿me harías un favor?

Su petición me provoca curiosidad.

—¿Qué favor?

—Ven a casa cuando mi hermano me lleve, te lo suplico. No quiero pasar sola por esto y seguro que, si tú vienes, mis padres no se centrarán en mí, sino en ti.

—Ah... pequeña lianta embaucadora. —Me río—. Y yo que pensaba que querías que fuese contigo porque te he caído bien.

Ella se sonroja y asiente.

—Sí, también por eso.

Nos reímos juntas y cómplices, y ella me da un beso en la mejilla, diciéndome a continuación que me ayudará a que sea la novia de su hermano si yo la acompaño a casa. Ay, la juventud... ¡qué fácil ven las cosas! Aunque nunca está de más tener aliados en las batallas, me digo.

Cuando Santi regresa al salón, me marchó con la excusa de recoger el dormitorio, dejándoles privacidad para que terminen de reconciliarse. Al cabo de un rato, cuando estoy acabando de colocar los cojines en la cama, oigo unos golpecitos en la puerta y la voz de Santi preguntando si puede pasar.

—Adelante. —Me giro y lo veo apoyado en el marco de la entrada a mi cuarto, mirándome.

—Me marchó —me anuncia, y yo me desinflo como un globo.

Me he acostumbrado a que esté a mi alrededor durante estas últimas horas y verme sola de nuevo no me hace ni pizca de gracia.

—Está bien —le contesto dándome la vuelta y alisando la sábana.

—Quizá te gustaría venir con nosotros —comenta dubitativo.

—¿Adónde?

—Vamos a comer a casa de mis padres.

Niego con la cabeza sonriendo, aunque no puede verme por estar de espaldas.

—Gracias, Santi, pero creo que ya he abusado demasiado de tu amabilidad y me vendrá bien descansar un poco.

Me vuelvo y veo que él asiente resignado desde su posición.

—Quería darte las gracias por todo lo de anoche, y lo de antes... —murmura a media voz, mirando hacia el pasillo y encajando la puerta a su espalda tras entrar en mi habitación. No pierdo detalle de sus movimientos por el rabillo del ojo, mientras intento hacerme la distraída moviendo cosas de sitio—. Rebeca...

Me giro hacia él y me lo encuentro más cerca de lo que pensaba.

—Dime —inquiero, pasándome de una mano a otra la botella de agua y unos pañuelos usados.

—Pregúntame algo —me pide.

Frunzo el ceño, confusa.

—¿Qué?

—Hazme una pregunta. Lo que sea... —solicita cada vez más cerca de mí.

Sigo sin entender qué es lo que busca, pero nada me hace más feliz que contentar a este moreno que besa tan bien, así que hago trabajar un poco mis neuronas y le lanzo la primera cuestión que viene a mi mente.

—¿Estás circuncidado?

La madre que me parió.

Él aguanta una carcajada, asombrado, pero al momento suelta una respuesta, y entiendo finalmente cuál era el propósito que perseguía.

—Paso.

Sonrío. Mierda, ahora me voy a quedar con la intriga de si lo está o no.

—Pues ya sabes cuál es el pago por pasar de una pregunta —le respondo despreocupada, moviendo mi pelo hacia un lado con la mano libre.

Junta nuestros cuerpos, pone sus manos en mi cintura y acerca su cara a la mía, uniendo nuestras mejillas para hablarme al oído.

—Dormir contigo sin tocarte ha sido una de las cosas más difíciles que he hecho últimamente —admite mientras yo me muerdo el labio inferior, cerrando los ojos y emitiendo un sonido de placer por las cosquillas que me suben por la columna—. Y creo que me merezco una recompensa.

¡Estoy completamente de acuerdo!

Giro mi cabeza hacia la suya y me pongo de frente a él, dejando entre nosotros un espacio ínfimo, suficiente para que la tensión entre nuestros cuerpos crezca.

—Sí, yo también lo creo... —susurro embaucadora.

Acerco mi boca a su cuello y le doy un beso húmedo en la piel expuesta, morena y apetecible. Él se estremece y sonrío, prodigándole un beso más y sabiendo que tengo la baraja a mi favor.

Vaya, vaya, vaya. Pues no era de piedra y parece que finalmente no le doy asco, ¿no?

—Si esta noche vuelves a meterte en mi cama... —subo la boca y le beso el mentón—, tendrás tu recompensa. Saco la lengua y la paso sutilmente por la comisura de su labio, con intención de retirarme y dejarlo con las ganas.

Estoy volviéndome adicta a este juego que nos traemos entre manos.

Su mano se aferra entonces a mi cuello por detrás de manera firme, y lleva mi boca hasta la suya, apresando mis labios e invadiendo mi boca con su lengua, dejando escapar el aire de forma agitada por su nariz mientras me besa de forma ruda y voraz.

Mi ropa interior se humedece y dejo salir un quejido de placer de mi garganta a través del beso, llevando mis manos hasta su nuca e inclinando la cabeza para acoplarme completamente a su postura. Por su respuesta totalmente entusiasmada sé que le está gustando tanto como a mí.

—Anulas mi voluntad, Rebeca.

Llevo una mano hasta su trasero, palpándolo y sintiendo lo prieto que lo tiene, recreándome en el agarre y pellizcando cuando mi cuerpo se estremece ante sus besos y sus caricias. Dejo escapar lo que tenía en la otra mano, percibiendo el sonido sordo que produce la botella de agua, que aún mantenía agarrada como si me fuese la vida en ello, al caer al suelo.

—Ven conmigo —me murmura entre besos.

—No puedo —niego excitada—, pero no pares.

Él sonrío y vuelvo a atraerlo hacia mi boca, degustando el paraíso. Tras unos minutos más que me saben a poco, se retira al oír a su hermana llamarlo desde el salón.

—Me marchó —vuelve a decir, sin moverse.

—Está bien. —Le doy un último beso, éste más casto, en los labios—. Intenta que no riñan mucho a Kiden, todos hemos tenido esa edad tan puñetera —comento, y una nube gris amenaza con acercarse a mí. Para alejarla, vuelvo a colgarme de su cuello y le doy un beso más, introduciendo mi lengua en su boca. Su actitud es cada vez más natural y gime al separarnos y mordisquearle el labio inferior.

—Me marchó —repite.

—Eso ya lo has dicho —comento divertida—. Vete, anda...

Él se gira y me sonrío al cruzar la puerta de mi habitación. Me tiro en la cama y me prometo que más pronto que tarde lo voy a tener dentro de mí. Eso es tan cierto como que me llamo Rebeca Ventura y soy pelirroja natural.

Cuando me acuesto sola, después de haber pasado el día de la misma manera —muy a mi pesar—, me pregunto si de verdad merezco algo así. ¿Es justo quedarme con este subidón de hormonas todo el día? Yo, que soy todo amor y candor, que ayudo al prójimo y siempre intento evitar pisar los insectos que se cruzan en mi camino... No, no lo merezco. Y digo yo que ya hay que tener sangre fría para dejarnos a ambos con el ansia de seguir.

Este chico tiene que echarle al café un poquito de bromuro todos los días o no entiendo nada.

El caso es que a mí también me va la marcha y parece que Santi me conoce mejor de lo que yo pensaba que lo hacía, porque, que haya hecho eso, dejándonos a los dos a las puertas del fornicio, se ha convertido desde ese mismo instante en mi prioridad máxima.

Yo lo sé y parece que él también lo sabe, a tenor de las miradas que me dirigió desde que salí de mi habitación y me los encontré en el salón preparándose para marcharse, con su hermana tecleando en su teléfono y sonriendo conspiradora.

La niña no es tonta y yo me limité a esconder una sonrisa mientras le guiñaba un ojo. El saber que tengo una aliada en mi causa me ha terminado de animar el día.

¡Algún día pienso plantar su bandera en mis agrestes tierras abandonadas!

—¿Es normal que lo eche tanto de menos? —Me giro en la cama y pienso en voz alta—. No me extraña, esta tensión sexual no resuelta nos va a achicharrar de un momento a otro —suspiro—. Porque esto no es otra cosa que atracción, estoy segura. Cuando consiga acostarme con él, indudablemente se me pasará.

Con ese pensamiento doy por terminado el primer día del año, haciendo balance de él y sonriendo, pues es muy inspirador saber que comienzo a conseguir su derrota. Mi objetivo cada vez está más cerca. Mañana será otro día, y lo mejor de todo es que

estará aquí mi mejor amiga para desahogarme, pues los tortolitos acaban su viaje y los tendré aquí conmigo, mancillando de nuevo cada rincón.

Mientras estoy acabando de cargar la lavadora, percibo el sonido de un coche que estaciona en la entrada de casa. Agudizo el oído y una sonrisa se instala en mi cara al oír las voces de Valentina y Rubén. Corro hasta la puerta y la abro entusiasmada.

—¡Hola! —chillo al verlos cogiendo las maletas.

Cuando me fijo en el coche me doy cuenta de que es el de Santi, y mis ojos lo buscan exaltada. Cuando consigo verlo, mi sonrisa se amplía y él encubre la suya, sin dejar de mirarme.

—¡Rebeca! —Valentina deja las maletas en el suelo y viene hacia mí, dando ridículos saltitos en su lenta carrera. Mi hermano refunfuña cogiendo los bártulos y Santi lo ayuda. Cuando llega a mi lado, nos fundimos en un abrazo fraternal.

Cuánto la he echado de menos...

—Tengo tantas cosas que contarte —me dice cómplice—. Y tú también tienes que detallarme cada uno de los minutos que has pasado *sola*. —Dice esta última palabra con retintín, mirando hacia fuera, lugar por el que se acercan los dos.

—¿Me vas a explicar todas las posturas del *Kamasutra* que habéis practicado? —me cachondeo, viendo a mi hermano reírse y darle un cachete en el trasero al pasar por nuestro lado. Yo giro la cabeza hacia Santi y lo veo disimular.

Bien, entendido.

Pretende hacer como si no hubiese pasado nada, y ocultarlo no hace sino incrementar mi excitación. Me encanta este juego.

Los sigo hasta su dormitorio y me apoyo en el marco de la puerta, captando los pasos de Santi por el pasillo y cómo se queda parado a un par de metros de mí. Mi amiga y mi hermano empiezan a dejar sus maletas encima de la cama y en el escritorio.

—Espero que te encuentres mejor, Rojita —interviene Rubén, y yo afirmo indiferente—. La verdad es que hemos estado preocupados por ti. ¿Cómo has pasado estos días tan sola en casa? ¿Te has aburrido mucho?

Valentina se da la vuelta y le da la espalda, colocando un par de bolsas en el

armario. Él se gira también y rebusca en la maleta, momento que aprovecho para volverme hacia Santi y contestarle sin dejar de mirarlo.

—Oh, no. No te preocupes. Sabes que me gusta estar sola, se me agudiza el ingenio y siempre encuentro maneras de entretenerme y pasarlo bien. —Le guiño un ojo a Santi, que me reprende con la mirada—. Me he pasado la mayor parte del tiempo metida en la cama o con la boca ocupada —hago una pausa dramática intencionada—, comiendo para reponerme. —Las ganas de comerle la boca a Santi empiezan a escocerme—. Será mejor que os dejemos un poco de privacidad para que os cambiéis y deshagáis las maletas...

Alzo las cejas mirando a Valentina y gira un poco la cara, censurándome divertida al descubrir mis intenciones mientras cierro la puerta. Al oír el «clic» de la cerradura, agarro de la mano a Santi y me meto en mi dormitorio. Él me sigue callado, pero, al entrar en el cuarto y cerrar mi puerta tras él, me mira reprobador.

—Rebeca, ¿qué estás hac...?

Mi boca impacta contra sus labios haciéndolo callar y, en unos pocos segundos, reacciona y me devuelve el beso de la misma manera hambrienta que yo se lo doy. Cuando agarro con ambas manos su trasero, una de mis debilidades, él resuella y se separa un poco.

—Rebeca, tranquila, por favor —me ruega con los ojos vidriosos, separándose un poco de mí.

—¿No me deseas? —le pregunto cegada por la fogosidad.

—Si tu hermano se entera de que estamos aquí, me corta las pelotas. —Sus palabras me hacen reír y me tapa la boca, silenciándome.

—Mantenerlo en secreto me pone todavía más cachonda —admito con franqueza.

Él hace su gesto tan característico cuando parece que quiere tomarse unos segundos para pensar, cerrando los ojos un momento y respirando hondo. Yo le sonrío de medio lado, esperando que vuelva a mirarme.

—Rebeca... —Elevo las cejas, divertida—. Por favor, no me lo pongas más complicado de lo que ya es...

Mientras ruega, saco la lengua y jugueteo con el lóbulo de su oreja. Su respiración se hace más profunda.

La puerta del cuarto de mi amiga se abre y me quedo inmóvil, escuchando atentamente. Santi también parece haberse percatado de eso y se mantiene expectante,

agarrándome de la cintura con las dos manos y respirando entrecortado.

—¡Qué cansada estoy, Rubén! —chilla Valentina—. Quizá deberíamos echarnos un rato a dormir tras ir a la cocina a tomarnos algo fresco.

Me río contenida al captar el tono de voz de mi amiga, dándome la pista para que podamos saber dónde se encuentran. Me retiro un poco de Santi, que no me suelta de la cintura, y lo miro de frente.

—Vamos, salgamos con cuidado —susurro.

Él niega, cansado, sin dejar de sonreír.

—Por favor, Rebeca —pide preocupado—. Intenta que tu hermano no se entere de lo que ocurre entre nosotros. Es importante.

Alzo un hombro y lo miro jovial.

—¿Quieres decir que esto va a volver a pasar? —indago con placer, y él aprieta los labios de forma sexy—. Está bien, lo intentaré. Ensayaré mis pasos ninja por el pasillo.

Salimos del dormitorio y hago un poco el tonto mientras camino pegada a las paredes del corredor, con él detrás de mí andando sigilosamente.

Antes de alcanzar el final, donde hemos acordado separarnos para llegar cada uno de una estancia y no levantar sospechas, se me acerca por detrás y me da un beso en el cuello, acompañado de una caricia en la parte alta de mi trasero. Mi cuerpo reacciona y me echo hacia atrás, apretándome contra él. Su erección se marca en mi glúteo y sonrío satisfecha.

Esto es pan comido...

Capítulo 16

Love actually

Santi

Lo bueno de mi trabajo es que siempre he podido elegir libremente cómo organizar mi horario y el lugar donde desempeñarlo. Aunque tanto mi padre como mi hermano Yaro, mis dos socios igualitarios en Domon, prefieren utilizar las oficinas que tenemos alquiladas para tal fin y disponer así del laboratorio siempre que quieran, yo me conformo con la tranquilidad de mi casa.

Desde hace un año paso poco por allí, coincidiendo con el último encontronazo que tuve con Yaro y su estupidez supina a la hora de opinar sobre mí. Me vino bien que Rubén mediase en el instituto para que yo cubriese temporalmente un puesto que había quedado vacante, y así poder abstraerme de todos los problemas que surgían en la compañía..., pero esa etapa ya ha concluido y tengo que retomar el cometido que he dejado aparcado, volviendo a utilizar las instalaciones de Domon, porque en casa no dispongo de lo necesario en muchas ocasiones.

Sentado en el despacho de mi padre, en su casa, bajo la tapa del portátil y observo un recorte de periódico que hay en uno de los laterales de la mesa. Lo ojeo y me doy cuenta de que es un reportaje sobre nuestra empresa que ha debido de guardar deliberadamente.

Nunca deja de decir lo orgulloso que está de lo que hemos conseguido como equipo.

El famoso cirujano fetal Ricardo Domènech, del Hospital Clínico de Barcelona, junto con sus dos hijos mayores, revoluciona de nuevo la industria médica al hallar una solución para una dolencia cada vez más extendida como es la urticaria acuagénica.

El equipo de Domon, empresa que gestionan estos tres expertos —a la que aportan cada uno su rama profesional, compenetrándose de manera extraordinaria—, ya cuenta con el reconocimiento del sector tras el éxito de la exposición y creación de la primera unidad funcional hospitalaria del país para el estudio de las picaduras de medusas, la investigación del mecanismo fisiopatológico inducido por el veneno de éstas al ser humano y el desarrollo de protocolos de actuación en caso de picadura, el cual funciona positivamente desde hace ya dos años y está cada vez más cerca de alcanzar un antídoto, como ya existe para otro tipo de venenos.

En esta ocasión aseguran haber dado con una protección para la piel de las personas afectadas con este molesto trastorno que es la alergia al agua. Se trata de un aceite protector que evita que aparezcan erupciones al exponer la piel al contacto con el agua; por el momento se ha obtenido un setenta por ciento de éxito en los estudios realizados en los últimos meses.

Ricardo, Yaro y Santiago. ¿Adónde llegarán el cirujano, el toxicólogo y el oceanógrafo en su labor, casi heroica, de ayudar a la población? Desde nuestro periódico les deseamos que sigan cosechando muchos éxitos y nos continúen haciendo la vida un poco más fácil a todos.

La satisfacción se me refleja en la cara y me echo hacia atrás en mi asiento. Mi madre llama a la puerta con los nudillos y asoma la cabeza. Le sonrío cariñoso al verla aparecer.

—Estás aquí. Llevo un rato buscándote. —Se acerca a la silla donde permanezco sentado y me besa la cabeza, como ha hecho siempre—. He preparado té, ¿te apetece?

—Por supuesto. —Me levanto y la sigo hasta la cocina.

Se sienta y sirve un par de tazas mientras reviso mi móvil. Veo el icono de un mensaje en la barra de notificaciones y sonrío al ver que es de Rebeca... Mi madre no pierde la ocasión de preguntarme.

—¿Una mujer?

—Rebeca —le contesto, leyendo el texto.

—La hermana de Rubén, ¿verdad? —me pregunta, sabiendo que la respuesta es afirmativa. Asiento con la cabeza mientras tecleo una rápida respuesta indicándole que luego la llamaré—. ¿Quieres contarme qué te pasa? Esa cara...

Dejo el teléfono boca abajo encima de la mesa, agarro mi taza y remuevo el contenido mientras sonrío desganadamente.

—La que me disteis, ¿no?

—Tu padre y yo hicimos un gran trabajo. —Sonríe—. ¿Qué te ocurre? ¿Te gusta esa chica?

—Es algo complicado —musito antes de beber.

—Podemos intentar simplificarlo entre los dos —me alienta, poniéndome una mano en el brazo—. ¿Qué tal si me resumes un poco lo que os ha unido a esa chica y a ti, y así puedo intentar ayudarte?

Suspiro y decido hacerle un resumen que contenga la información más relevante. Cuando voy a empezar a contárselo, tengo que contener una sonrisa al recordarla y me confieso a mí mismo que la echo de menos desde que la vi por última vez hace un par de días.

—No sé por dónde empezar —admito.

—Te ayudaré resumiéndote lo que ya sé, ¿de acuerdo? —Asiento turbado—. Viendo tus reacciones y lo poco que hemos hablado del asunto, creo que es una mujer para nada convencional, que te ha tocado más hondo de lo que quieres reconocerte incluso a ti mismo, y hay algo que te hace querer mantener las distancias, aunque aún no sé qué puede ser. —La miro atento, procesando sus palabras—. Sin olvidar mencionar lo guapa que tu padre me dijo que es; aunque se trata de algo superficial y de la guapura no se come, sin duda se suma a lo que ya sientes por ella.

—Hay varias trabas entre nosotros, pero su descaro y la forma de ser que tiene me anula la razón y tira por tierra todo lo que sé que debería hacer y lo que no.

—¿Qué sabe de ti? —me pregunta comprensiva.

—No mucho.

—¿Y tú de ella?

—Más de lo que debería en muchos sentidos. Rebeca no lo ha pasado demasiado bien y su hermano la sobreprotege. Lo entiendo totalmente —aseguro— y, si yo estuviera en su situación, también actuaría así con Kiden o Nasha, pero no puedo evitarlo. Consigue anular mi voluntad.

Mi madre sonrío afectuosa y me mira.

—Yo sé que eres una buena persona, Thiago. Eres un hombre cariñoso y atento, aunque siempre tengas esa coraza que no deja ver a todo el mundo tu bonito interior. —Me acaricia una mano—. No debes de tener miedo, no vas a dañarla.

Ella parece más convencida que yo con esa afirmación.

—No es mi intención, pero me ahoga intentar contenerme y tener que escondernos de Rubén como dos niños que estuviesen haciendo algo malo. Es mi amigo y siento que le estoy fallando.

—Quizá deberías intentar hablar con él.

—Quizá —digo poco convencido.

—O puede que lo mejor sea olvidarte de Rebeca... —deja caer, observándome. Esa posibilidad me afecta. No quiero olvidarme de ella.

El ruido de la puerta de la entrada y las voces de mi hermano pequeño, Essien, hacen que demos por terminada la conversación. Cuando entra por la puerta de la cocina viene hacia mí y me da un golpe en el hombro a modo de saludo. Se acerca a mi madre y le da un cariñoso beso en la mejilla. Ella ha continuado escrutándome con los ojos hasta entonces.

—¿Qué tal en la facultad, cielo? —le pregunta al desplomarse a su lado en el banco donde ella se encuentra.

—Agotador. Hemos tenido que hacer una presentación a última hora que me ha dejado exhausto —protesta exagerando—. Y encima estoy famélico, ¿qué hay de almuerzo? Espero que hayas preparado alguna de tus delicias culinarias —pelotea.

Mi madre y él siguen conversando, así que murmuro una disculpa, levantándome y dejándolos solos. Antes de salir, ella me dirige una mirada y me guiña un ojo con complicidad. Le sonrío apático y salgo, llevándome el teléfono a la oreja tras marcar el número de Rebeca.

—Hola, ¿puedes hablar? —le pregunto cuando descuelga y contesta en susurros.

—Dame un segundo.

Espero paciente y subo las escaleras para meterme en mi antiguo dormitorio y sentarme en la cama. Oigo el sonido de sus tacones por el suelo y una puerta cerrarse.

—Ya estoy —exhala—. Me he metido en el baño, porque hoy mi jefe necesita un cargamento de All Bran con extra de fibra para que se le cambie el ánimo.

Su comentario me hace reír y mejora algo mi funesto estado anímico.

—¿Cómo conseguiste mi número de teléfono? —le planteo la duda que lleva rondando en mi cabeza desde ayer, momento en el que me mandó el primer mensaje.

—Le robé el móvil a Rubén mientras empotraba a Valentina contra el cabecero de su cama; no corrí ningún riesgo, porque los gemidos de ella me avisaron en todo momento de que seguían ocupados —admite de forma natural—. No sé cómo no nos lo habíamos dado antes.

Me entran ganas de decirle que hace tiempo no me prestaba la más mínima atención, creyéndome la pareja de su hermano, y más tarde yo no me permitía darle pie a nada más. Finalmente me contengo.

—Entiendo.

—No te molesta, ¿verdad?

—No, claro que no.

Me quedo callado unos segundos, planteándome cómo hacerle la pregunta, pero ella se me adelanta.

—Tengo ganas de verte.

Sonrío.

—¿Te apetece que cenemos juntos esta noche? —le propongo, habiéndome dado el

pie necesario para lo que tenía en mente.

—¡Claro! —responde con entusiasmo—. Pero me tienes que dejar pronto en casa, que esta noche vienen los Reyes Magos. —Se ríe y resuena el eco del habitáculo donde debe encontrarse.

—Paso a buscarte sobre las ocho —propongo.

—No, no. Mejor voy yo hasta tu casa. Ya me pillo un taxi, no te preocupes.

Muevo la cabeza, confundido, pero al momento caigo en la cuenta de que Rubén podría vernos si voy hasta allí. Mis labios se curvan satisfechos al ver que sigue mi petición de intentar que su hermano no se entere de lo nuestro.

—De acuerdo. Entonces te esperaré en casa a esa hora, así tendré más tiempo para llegar y ducharme —explico.

—¿Dónde estás? —curiosa.

—En casa de mis padres.

—Oh, pues dale muchos besos a Kiden de mi parte —me pide divertida—, y dile que pronto se cumplirán sus deseos.

Me extraño por su comentario, pero decido no investigar en esa dirección. No quiero colgar el teléfono, pero debo hacerlo.

—De acuerdo, nos vemos luego.

—¿Estás bien? —indaga.

—Sí, ¿por qué?

—Te noto raro... —aclara confusa.

Respiro hondo.

—Será que yo también tengo ganas de verte.

Ella se mantiene en silencio durante un instante. ¿Tan raro es que le diga algo así?

—¿Rebeca?

—Sí, perdona. Es que no me esperaba tu comentario, la verdad. Parecía que venías de un velatorio y me has descolocado.

—¿Nos vemos luego, entonces?

—Sí, vale. Un beso. —Cuando me voy a apartar el teléfono de la oreja, su voz me llama—. Y, Santi, esta noche no llevaré ropa interior.

Tras decirlo, cuelga y yo me quedo escuchando el pitido intermitente de la línea, procesando la información a la par que noto el salto en mis pantalones debido a su frase cargada de significado.

Joder... Voy a tener que echar mano de todas las técnicas de relajación que conozco para ir despacio, como me he prometido a mí mismo, haciendo que primero confíe en mí. Aunque quizá me haga falta utilizar la mano para otra cosa, porque las respiraciones no parecen funcionar cuando se trata de decirle a mi polla que se tranquilice.

Bufo, deseando que llegue el momento de volver a casa y encontrarme solo para buscar algo del placer que necesito para dominarme con ella.

Ni en mi época adolescente me he masturbado tanto como ahora.

—¿Qué le has pedido a los Reyes? —le pregunto divertido, cuando menciona por segunda vez el día en el que estamos, ilusionada.

—A ti.

Me guiña un ojo desde el otro lado de la mesa y su pie busca mi pantorrilla. La miro fijamente y meto la mano bajo la mesa, agarrando su talón y separándolo de su camino hacia el centro de mis piernas.

Negar la evidencia que delata mi estado es un imposible, pero sigo firme en mi decisión con ella. Todo a su debido tiempo.

—Pues parece que te has portado bien, porque, fíjate, aquí estoy —replico bromista.

—He sido más específica con ese trío de vejestorios, no te preocupes. Te he pedido bien desnudito y en mi cama, ¿crees que me lo concederán? No sé si habré sido lo suficientemente buena como para eso, ¿tú qué crees? —pregunta haciéndose la inocente, volviendo a poner su pie descalzo en mi entrepierna, moviéndose por debajo de la mesa y sonriendo maliciosa.

Dejo escapar el aire por mi nariz al contener la risa. No. No me lo va a poner nada fácil. Ya debería habérmelo imaginado cuando me ha devorado la boca al bajar de casa y encontrarla esperándome con esos tacones de vértigo y sus largas piernas asomando bajo el abrigo. Llevo toda la noche conteniendo las imágenes que cruzan por mi mente en las que sólo estamos ella y yo, desnudos, y los tacones.

—No sé yo... —simulo dudar.

Finalmente se retira y deja de atormentar mi erección con la presión de su pie.

Suspiro aliviado y molesto a partes iguales.

Me quedo absorto mirándola, repasando el contorno de su mandíbula, la nariz algo respingona rematada por unas pecas que parece intentar ocultar con maquillaje, sus largas pestañas curvadas... ¿Es posible que me guste todo de ella y no le encuentre ningún defecto? Hasta sus manos me parecen las más fascinantes que haya visto nunca.

—¿Sabes? Ayer estuve con Roxi un rato tomando café. Me estuvo hablando de su pareja, Nuria, y de su relación, que parece que va consolidándose. Y también hablamos sobre ti —reconoce sin atisbo de pudor, llenando el silencio que habíamos establecido—. Pero realmente no supe determinar qué somos tú y yo. No somos pareja, tampoco nos hemos acostado, por lo que no podemos ser *follamigos*, pero tampoco somos amigos, porque apenas sabemos nada el uno del otro y no tenemos esa complicidad y confianza. —Se lleva un trozo de salmón a la boca y me mira resuelta mientras yo no le quito ojo, maravillado por su franqueza—. Dime, ¿cómo podemos definirnos, si sólo nos hemos magreado un poco y nos hemos dado unos cuantos besos subiditos de tono? Porque llevo todo el día dándole vueltas y no consigo darle nombre.

Yo me quedo callado sin dejar de observarla.

—Me lo temía —resuelve—. Vamos a tener que follar para podernos poner una etiqueta adecuada.

Su resolución me hace soltar una carcajada y ella me mira divertida, con una expresión amena y expectante en la cara.

Ay, Rebeca...

—Pues vamos a ver si los Reyes Magos te conceden tus peticiones o no —contestas ocurrente—, así sabremos si has sido buena o, por el contrario, te mereces un buen trozo de carbón.

—Yo te voy a decir de qué merezco un buen trozo —murmura mientras se limpia la boca con la servilleta, pensando que no la he oído.

El resto de la cena transcurre de forma distendida, sin contener las risas y contando anécdotas que intercambiamos sobre nuestra infancia y juventud, e irremediabilmente acabamos hablando de nuestros respectivos amigos: Valentina y Rubén. Conforme Rebeca va hablando de ellos y de sí misma, va captando más mi interés. Detrás de su imagen de mujer despreocupada e impetuosa se esconde una persona generosa, cariñosa y afable, que adora a su hermano y que aún tiene heridas por curar de su

pasado. Es tan sumamente expresiva que no puedo evitar compararnos y ver lo diferentes que somos los dos.

Yo también le hablo de mi familia y se interesa por saber un poco más de mis hermanos y sus personalidades. Le hablo de todos ellos y se da cuenta de que algo no marcha bien con Yaro cuando lo menciono de pasada, pero, en contra de lo que pensaba que haría, decide obviar el tema y hace otras preguntas.

Conocer a Rebeca está resultando ser intensamente interesante y muy esclarecedor, pero hay algo que me mantiene expectante. Me resulta extraño cuando, en esta ocasión, el tirón que me hace sentir es en el estómago, bien dentro.

Rebeca, ¿qué estás haciendo conmigo?

Capítulo 17

Una cuestión de tiempo

Rebeca

Observando su tentador perfil en la penumbra del coche me sorprende pensando en la cena que hemos compartido. La atracción que siento hacia él por su aspecto es evidente. Por más que lo observo, no soy capaz de encontrarle ningún defecto que salte a la vista. Creo que ni él mismo se da cuenta de lo atractivos que son sus rasgos. Esos labios perfectamente perfilados y rellenos, el tono tostado de su piel, la sombra oscura de su cabello rasurado, al igual que su barba. ¿Sueno muy ridícula? De verdad, es que no os podéis imaginar lo que es mirarlo de frente. Tiene unos rasgados ojos verdes casi traslúcidos, increíbles, y sus dientes blancos y alineados, rematados con unos colmillos más prominentes de lo normal... Hasta las orejas me gustan, algo puntiagudas y del tamaño perfecto para su cara.

Sí, sueno demasiado ridícula.

Dejando a un lado su aspecto exterior y su cuerpo, fibroso y prieto, descubrir el lado despreocupado y humano de Santi ha sido deliciosamente atractivo. Ver con el cariño que hablaba de su familia, de Rubén o hechos de su pasado, me han enternecido y divertido, y el tiempo se me ha pasado en un abrir y cerrar de ojos.

Aunque mi juego de seducción ha seguido estando presente, lo cual admito que cada vez está dando más sus frutos, el ambiente ha sido diferente a todas las veces que hemos estado solos o juntos... Hemos compartido algo más que palabras; no sabría explicar el qué, pero podía notarlo en el aire. Confieso que eso me inquieta un poco, porque, aunque mantengo a raya mis demonios, éstos siguen planeando por encima de mi cabeza y se intentan abrir paso cada vez que flaqueo, y sé que mostrarme vulnerable en mis sentimientos me puede hacer ceder.

No hemos tocado ningún tema delicado, aunque para acostarme con él no es necesario contarle nada de lo que me ocurrió. No haré nada que no me nazca y,

sinceramente, no quiero abrirme a él de esa manera. Sólo es sexo.

Confieso que saber que él es quien se está haciendo de rogar y tener que luchar por sus atenciones ayuda a que mi seguridad vaya en aumento. No me siento cohibida, ni presionada y mucho menos obligada a que ocurra algo entre nosotros; es más, deseo muy mucho que pase algo ya. Por el amor de todos los dioses, no podía estar más empalmado que en la cena, y parecía que no le importaba.

Lo que os dije, bromuro en el café, seguro.

El coche reduce la marcha y miro por la ventanilla, reconociendo las casas de mis vecinos del principio de la calle. Sonríe sintiéndome una jovencita escondiéndose de la furia de sus padres y me giro hacia él.

—Te avisaré si sus majestades de Oriente me traen finalmente lo que he pedido —le tomo el pelo—. Aunque puede que no te apetezca saber las posturas en las que me pienso beneficiar a mi regalo de Reyes.

Se ríe y se acerca a mí desde su asiento.

—Estaré encantado de escuchar todas esas posturas —me desafía divertido—, aunque no sé yo si has sido tan buena como para que te merezcas que te concedan tus deseos... Recuerda que ellos lo saben todo, incluso ven debajo de las mesas —farfulla siguiéndome el juego.

—Ah, eso... No te preocupes, dejan hacer un par de travesuras a lo largo del año. —Acorto la poca distancia que hay entre los dos y llevo mis brazos a su pecho—. ¿Por qué no esperas a que entre y, cuando vea que es seguro, te aviso para que te cueles en mi cama? —le pido deseosa.

Ahí sí que no iba a portarme nada bien.

—No es buena idea, Rebeca —murmura, succionando luego mis labios con los suyos y jugueteando con su lengua.

Comienzo a sentir el cosquilleo de la excitación y muevo mi cuerpo más hacia él, volcando mi peso en su pecho cuando se apoya en el asiento.

—¿No me deseas? —le pregunto.

—Creo que es más que obvio —admite, sonriendo.

—Pues espérame y te aviso —le exijo—. Necesitamos poderle poner nombre a esto que tenemos —le recuerdo jovial, y su sonrisa no decae. Muerdo su irresistible labio inferior y percibo su gemido contenido, sin llegar a profundizar el contacto de nuestras bocas—. Vamos, Santi, ven esta noche... Tengo un beso aquí —señalo mis

labios—, y sé cómo usarlo.

Su risa se mezcla con un gruñido al deslizar su mano por mi cintura. Noto presión en su agarre y sé que se está conteniendo.

Vamos, moreno... No te coartes y déjalo salir.

—No voy a acostarme contigo a hurtadillas y teniendo que reprimirnos, Rebeca —masculla excitado.

—Uff... —me quejo—. Está bien —claudico, colocándome de nuevo en mi asiento sin llegar a darle el beso que llevamos necesitando desde hace tanto—. Santi, una cosa más: aunque me parezca estimulante andar con este misterio y escondiéndome de él, quiero dejar claro que, cuando pase —nos señalo, dando por hecho que va a ocurrir en algún momento—, se lo voy a decir.

Él me mira en silencio y respira hondo.

—¿Te importaría que fuese yo quien se lo comentara? —me pide serio.

Sonrío triunfante.

Acaba de admitir que va a pasar. Lo da por hecho y sólo está prolongando el juego.

—No, no me importa, puedes decírselo tú. Que duermas bien —me despido.

—Hasta mañana, Rebeca —oigo cuando salgo del coche.

Me encamino hacia mi casa y hasta que no he llegado a la entrada no arranca el motor y acelera. Cuando abro la puerta, me llega el sonido de la televisión y escruto en la penumbra del salón, para descubrir a mi hermano tirado en el sofá, con Valentina echada en su regazo.

—Hola —saludo con una sonrisa de oreja a oreja.

Valentina se incorpora y acciona el interruptor de la luz junto al sofá, cerrando los ojos durante unos segundos tanto ella como mi hermano por el cambio de iluminación. Soy incapaz de dejar de sonreír y debo de parecer tonta.

—Vaya, qué guapa —elogia Rubén—. ¿De dónde vienes?

La curiosidad de mi hermano puede ser peligrosa. Paso la mirada por Valentina, que tiene un conato de sonrisa en su cara.

—He salido a cenar —contesto escueta—. Y vosotros, ¿qué hacéis levantados todavía? ¿No sabéis que hay que irse pronto a la cama esta noche para que los tres Magos de Oriente no os pillen en pleno polvo de buenas noches? —me cachondeo—. Ya veréis, como lleguen y os oigan, no me lo quiero ni imaginar. Además —miro el

reloj—, ¡¡felicidades!! Ya son más de las doce.

Me acerco a Valentina y le doy un abrazo y un beso cariñoso.

—¿Qué se siente siendo una treintañera? —le suelto con pitorreo.

—Pues en menos de tres meses lo sabrás —se burla—. Ya nos íbamos a acostar, estábamos terminando de ver la película —aclara divertida.

—Pues ahí os quedáis, chicos, que yo no quiero quedarme sin mis regalos. —Me escabullo de la mirada escrutadora de mi hermano, evitando que me pregunte algo más sobre mi salida y tener que mentirle. Lo hago fatal y se me pillan al vuelo siempre, así que lo mejor es esquivar momentos comprometidos como éste.

Cuando me quito la ropa y me pongo la camiseta con la que dormiré esta noche, junto con las braguitas, me tumbo en la cama y agarro mi móvil.

Rebeca: ¿Ya estás en casa? ¿Sigues despierto? (00.52)

Santi: Acabo de entrar por la puerta y, sí, sigo despierto. ¿Y tú?
(00.59)

Rebeca: No, te estoy escribiendo dormida. :P (00.59)

Santi: ¿Qué tal con Rubén? (00.59)

Rebeca: Bien. Estaban viendo la tele cuando he llegado y se ha asombrado al verme tan arreglada, pero he tirado balones fuera y, al final, no ha preguntado más de lo debido. (01.00)

Pasan varios minutos y veo que me ha leído, pero no contesta.

Rebeca: ¿Te has quedado dormido? (01.11)

Santi: Perdona, ya estoy aquí. Estaba desnudándome. (01.13)

Rebeca: Buen dato. ¿Estás en la cama? (01.13)

Santi: Sí, ¿y tú? (01.13)

Rebeca: También. Creo que voy a intentar dormir ya, aunque tengo un problema al que seguramente deba meterle mano antes de cerrar los ojos. Ha habido una humedad excesiva esta noche, ¿no crees? (01.14)

Me imagino su cara mientras lee mi mensaje y sonrío maliciosa. A ver por dónde me sale esta vez... Puede que, al no tenerme delante, dé rienda suelta a su boquita.

Santi: Sí que lo creo. Por aquí también parece que hay trabajo. (01.15)

Rebeca: ¿Grande? (01.15)

Santi: Duro al menos. (01.16)

Rebeca: Mmmm... ¿Crees que los Reyes me traerán mi regalo si me porto mal y lo hago pensando en tí? (01.16)

Santi: Dejan hacer dos travesuras a lo largo del año. ;) (01.17)

Rebeca: Me parece absurdo que no lo hayamos solucionado juntos. (01.17)

Santi: Rebeca... (01.18)

Rebeca: Santi... (01.19)

Rebeca: ¿Por qué no quieres que nos acostemos? (01.20)

Pasan los minutos y veo que el mensaje de «escribiendo» sale en diferentes momentos, tardando más de la cuenta.

Santi: Nunca he dicho que no quisiera acostarme contigo, Rebeca. No pretendo darte una negativa constante, pero ocurrirá cuando tenga que ocurrir, ni antes ni después. Sólo quiero que tengas claro que sí me atraes, que sí quiero estar contigo y que, si depende de mí, pasará. Pero, como te he dicho, no quiero nada forzado ni tampoco esconderme, ni tener que reprimir nada que salga de nosotros cuando estemos juntos. (01.26)

Leo sus palabras dos veces y decido que es demasiado tarde para mantener una conversación y rebatirle la idea de ese momento en el que, según él, debe ocurrir. Me molesta sobremanera que sea él quien decida cómo y cuándo tiene que pasar. ¿Es que aquí no somos dos, o mi opinión no cuenta?

Rebeca: Está bien. Voy a dormir ya. Buenas noches. (01.29)

Santi: Eh... ¿te has enfadado? (01.29)

Rebeca: No, sólo tengo sueño. (01.30)

Santi: De acuerdo. (01.30)

Rebeca: Buenas noches, Santi. (01.30)

Santi: Buenas noches, Rebeca. Que duermas bien. (01.31)

Capítulo 18

Olvídate de mí

Santi

La noche ha sido demasiado movidita. La presión en mis testículos no me dejaba dormir y tuve que levantarme de la cama un par de horas después de haberme acostado para darme una ducha fría que consiguiese calmar mi cuerpo.

Sentado en el sofá, tomándome un vaso de agua en penumbra y sin lograr apaciguarme, comencé a pensar en Rebeca y, evocando su imagen, terminé por correrme en el suelo tras unas cuantas sacudidas inapetentes.

En esos momentos de necesidad le doy la razón. Necesito hacerla disfrutar con mi cuerpo de una buena vez y hacer todas las cosas que llevo meses pensando llevar a cabo con ella, pero me puede más el sentimiento de necesidad por hacer las cosas bien, por ayudarla a que todo sea menos doloroso, pues seguro que los recuerdos volverán y pretendo que nada se interponga entre nosotros.

Evidentemente no puedo decirle algo así, porque ella no me ha contado nada sobre su pasado y, lo que sé, lo sé por las veces que Rubén se ha desahogado conmigo. Sería demasiado ruin utilizar esa información en mi favor.

Rebeca necesita confiar en sí misma. Yo necesito que confíe en mí. Y eso no va a suceder a menos que me conozca y sepa que conmigo nada malo le puede pasar, y que sólo ocurrirá cuando esté preparada, ni antes ni después. Con un pasado como el que ella carga, no sería raro que tuviese una negación total al contacto y a entablar una nueva relación, pero ahora que con el transcurso del tiempo vuelve a creer en sí misma y parece ser que en mí, no voy a usarla y desecharla como si fuera una servilleta. Es obvio que su mayor miedo no es el contacto físico, pues parece que ha orientado todas sus carencias en dirección al sexo, pero resulta más que evidente que no quiere ceder el poder de decisión en su vida, algo que no es en absoluto negativo, pues cada persona debería tener siempre la libertad de elegir lo que quiere y en el

momento en el que le apetece, pero que puede llegar a resultar un problema cuando no se diferencia el consenso con el abuso de poder. Lo primero establece lo que ambos queremos o buscamos; en cambio, lo segundo, lo único que trae consigo es una experiencia negativa de dolor y falta de respeto, y provocar un sentimiento de culpa en la otra persona que deja una huella casi imborrable.

Nunca abusaría de Rebeca, de ninguna de las maneras.

Cierro las dos puertas batientes del armario que tanta curiosidad le provoca, negando sutilmente con la cabeza un par de veces.

No. Primero debe confiar en mí, el resto puede esperar.

—Paciencia —me digo en un susurro.

Llego al salón y cojo los regalos que anoche me entretuve en envolver gracias a mi desvelo nocturno y me encamino hacia la entrada, asegurándome de que lo llevo todo.

Mientras bajo en el ascensor, decido que voy a pasar por su casa con el pretexto de felicitar a Valentina, ya que hoy es su cumpleaños. Una buena excusa que utilizo conmigo mismo para no darle más importancia de la cuenta al hecho de que necesite ver a Rebeca de forma asidua.

Nunca antes una tensión sexual no resuelta me había provocado esta necesidad. El porqué con ella es así empiezo a tenerlo algo más claro con el paso de los días. Ya no es sólo necesidad física.

Necesito conquistar a Rebeca.

Con la firme determinación de saber que, para ello, debo ser consecuente con mis actos, me dirijo hacia su casa y llamo a la puerta. No voy a esconder lo que siento por ella ni a encubrirnos por más tiempo. Rubén debe saber lo que ocurre.

—Ey, tío —me saluda mi amigo—. Dichosos los ojos, parece que últimamente me andas esquivando todo el día —me reprocha cediéndome el paso y de buen humor.

—Podría parecer, sí —admito—. ¿Qué tal?

—Bien, acabamos de desayunar. Se nos han pegado un poco las sábanas a todos. —Ríe y entramos en el salón, donde las chicas hablan en el sofá, todavía en pijama.

Sonrío y mis ojos permanecen más tiempo del adecuado anclados en Rebeca. Está preciosa.

—Hola —saludo cuando Valentina carraspea—. Espero no molestar, sólo pasaba para felicitarte, Valentina. —Se pone de pie, nos acercamos y le doy un beso en la mejilla. Ella me sonrío, afable.

—Gracias, Santi. Es todo un detalle. —Se acerca a Rubén tras besarnos y lo agarra por la cintura, elevando la cabeza y sonriéndole desde su escasa estatura. Él le da un beso en la punta de la nariz.

—Hola, Rebeca. —Contemplo su postura, aún permanece sentada, y le sonrío.

—¿Qué tal, Santi? —pregunta despreocupada fijando su atención en recoger las migas de pan de la mesa.

—¿No te quieres quedar a comer? —me propone Rubén, a la vez que Rebeca se levanta y se marcha a la cocina con un par de platos usados.

—No puedo. Voy a casa de mis padres —aclaro—, pero antes quería daros algo.

Elevo la bolsa que he mantenido en mi mano derecha y saco un par de paquetes, ambos del mismo tamaño. Valentina y Rubén los cogen cuando se los ofrezco.

—¡Oh, un regalo! Muchas gracias, Santi. No era necesario. ¡Qué bonito! —exclama al abrirlo—. ¡Bonitos! —rectifica al fijarse en el de Rubén, que es la otra mitad del suyo—. ¡Me encantan!

—Gracias, tío. Una *cucada* —se burla Rubén cuando su chica une los dos llaveros en forma de piezas de puzle, exclamando de nuevo con entusiasmo.

Veo volver a entrar a Rebeca en la estancia y me disculpo, acercándome a ella.

—Hola —la vuelvo a saludar en un tono de voz más bajo—. Estás muy guapa.

Ella me sonrío forzada, sin acercarse demasiado a mí, manteniendo las distancias no sólo físicas. Quiero achacarlo a la presencia de su hermano.

—No creo —rebate escueta.

Se pone en movimiento para esquivarme y le pido que espere.

—Debemos hablar con Rubén ya —le explico en un susurro, aprovechando la cercanía que han creado sus pasos. Ella abre los ojos excesivamente—. No estamos haciéndolo bien.

—¿Y qué ha cambiado para que de pronto decidas contárselo? —me pregunta recelosa—. ¿La almohada te lo ha aconsejado o ha sido sólo decisión tuya?

Su fría actitud me descoloca.

—No.

—¿Entonces?

—No te entiendo, Rebeca. —expreso serio.

—Bienvenido al club.

—¿De qué habláis? —se acerca despreocupado Rubén, ajeno a las miradas que me

lanza su hermana.

—De nada, ya me marchaba —le aclaro, consciente de que, antes de dar un paso más, debo aclarar las cosas con ella.

—Sí, de nada —reafirma Rebeca, reprochándome con la mirada.

Valentina rompe el momento de tensión cuando se acerca y le enseña a su amiga el regalo. Se lo agradezco con una sonrisa y ella me guiña un ojo. Rebeca mantiene su actitud hostil, aunque Rubén parece ajeno a todo. Antes de irme aprovecho un instante de distracción y agarro la mano de Rebeca. Ella gira su cabeza hacia mí de manera brusca y, seria, observa cómo deposito un pequeño paquete envuelto en su mano.

—Ábrelo cuando estés más calmada, por favor.

Después de mi ruego en son de paz, me despido de todos y no me pasa desapercibido que ella no me ha contestado, sumida en un mutismo que no me hace sentir cómodo. El desasosiego por su actitud no me abandona en todo el día y no lo mejora el hecho de que no haya contestado a ninguno de mis mensajes.

Capítulo 19

El amor está en el aire

Rebeca

—¿Qué te pasa? —pregunta Valentina dejando claro que mi mal humor no le ha pasado desapercibido, cuando nos quedamos a solas en el dormitorio.

Hace un par de horas han llegado sus padres para darle la sorpresa, alegrándole el día de cumpleaños. Rubén ya me lo había comentado cuando esta mañana nos hemos encontrado en la cocina los dos y me ha parecido una idea fantástica. Se quedarán varios días y así aprovecharán para pasar más tiempo con su única hija y conocer la ciudad.

Admito que me duele sentir que nunca nadie podrá darme una sorpresa así.

—Nada, no te preocupes. —Fuerzo una sonrisa y ella me mira arqueando una ceja, incrédula—. Vamos, olvídate de mis tonterías, que hoy es tu cumple.

—No me lo recuerdes —se lamenta.

—¿Eres tonta? Si los mejores años de la infancia son los primeros cuarenta; aún te quedan diez para soltar el pañal —bromeo.

—Me hago vieja. Esta mañana me he notado los párpados más caídos y encima sigo sin encontrar trabajo... —lloriquea.

—Definitivamente eres tonta —afirmo abrazándola y tirándome hacia atrás con ella en la cama—. Estás en la flor de la vida y te lo dice una que va por tu mismo camino... —Se ríe al ver mi cara—. Además, tú me llevas ventaja. Te has casado, divorciado, vuelto a emparejar... y eso sin contar con que vas a tener que plantearte un cambio de nombre, porque no paras de darle alegría a tu cuerpo. —Le hago cosquillas para animarla—. El trabajo ya vendrá; aún te quedan algunos ahorros, ¿no? Ya sabes que, si ves que necesitas una ayuda, aquí me tienes. —Resopla—. En cuanto llegue el empleo de tu vida, ya lo único que te faltará será emanciparte con tu novio y luego un enano correteando por tu nueva casa. —Le guiño un ojo.

—Déjate de niños por ahora —me pide—. Todavía es pronto para Rubén y para mí.

—Bueno, siempre puedes comprarte un perrito que te haga compañía. —Niego con la cabeza al ver su cara de espanto—. No, mejor no... Pobre animal, si sólo con mencionarlo ya muestras ese entusiasmo... —Ella suspira y miro el techo de la habitación.

Pasa un rato en el que ambas nos mantenemos en un silencio reconfortante. No sé en qué estará pensando ella, que sigue tan pesimista como siempre, pero yo no puedo dejar de darle vueltas a lo difícil que me está resultando comprender a Santi y su manera de actuar. ¿Es que acaso no hay más tíos en el mundo, que me he ido a fijar en el más rarito? Debo tener una parte masoquista o no lo entiendo, porque encima echo demasiado de menos todas sus rarezas.

Pagar con él cierta parte de la frustración que tengo conmigo misma y con la situación ha sido un daño colateral en parte merecido por su forma de ser y sus cambios constantes, ¿no?

—¿Crees que podremos tener un día de chicas pronto? —le pregunto, necesitando más que nunca hablar sin tapujos y cuanto precise.

—Claro que sí. —Se anima—. Tan pronto como se marchen mis padres, organizamos un día enterito para nosotras. Incluso puedes hablar con Roxi para que se apunte, ¿qué te parece? —Me da un beso en la mejilla.

Asiento y trago saliva. De repente he sentido unas inmensas ganas de llorar.

Repaso la lista de correos electrónicos en negrita, dándole prioridad a los más importantes. Ésta es la parte negativa de haber tenido que coger unos días libres de forma obligada por caer enferma: ahora me paso dos jornadas enteras intentando ponerme al día, montada en un cohete para poder llegar a todas partes.

—Rebeca, Héctor quiere verte en su despacho —me informa Sandra, una reportera de la redacción, compadeciéndose de mí mientras se apoya en mi mesa.

—Lo que me faltaba —me quejo, poniendo los ojos en blanco y reclinándome en la silla hacia atrás—. ¿No le podríais mandar un virus estomacal que lo mantuviese en casa unos díitas? —imploro al techo.

—Tranquila, hoy parece que viene de buen humor. A mí me ha sonreído y todo en la máquina de café.

La miro arqueando una ceja. Mi jefe, ¿sonriendo? Ella eleva un hombro divertida.

—Ahora voy, gracias por avisar —me resigno—. A ver qué día lo pillo de buenas y tiene en cuenta la petición de personal que hice hace cuatro meses, porque a este ritmo no llegamos a nada.

—¡Suerte! —me desea, dirigiéndose jovial a su silla.

Mando un par de *e-mails* de contestación y me aprieto la coleta, suspirando. Bien, allá voy... A ver si a mí también me sonrío.

Llamo a la puerta con los nudillos y asomo la cabeza.

—¿Se puede? —pregunto educada, viendo que mi jefe está acompañado por un hombre que me da la espalda. ¡Y qué espalda!

—Pasa, Ventura —manda, con su habitual tono metálico tan desagradable.

Al entrar, su acompañante se gira y, cuando voy a saludarlo, su nombre escapa de mis labios.

—¿Darío? —pregunto incrédula.

Mi jefe me mira confundido.

—¿Os conocéis?

La pregunta va dirigida a los dos, aunque mi jefe la formula mirándolo a él, que me escruta de arriba abajo. No parece haberme reconocido y eso me provoca un subidón de autoestima. Debía de estar *bonita* el día que vino a mi casa a por Roxi.

—¿Nos conocemos? —demanda él.

—Tenemos una amiga en común —le aclaro a mi jefe, resolviendo aclararle quién soy a Darío cuando no esté él delante—. ¿Querías algo, Héctor? Tengo mucho trabajo atrasado y...

—Siéntate —me ordena sin dejarme terminar de hablar. Cuando tomo asiento al lado de nuestro desconcertado acompañante, prosigue—: El señor Bonet va a ser vuestro nuevo compañero de sección. Tendrás que enseñarle la manera de trabajar que tenemos aquí y así podrás descargarte de trabajo, ya que siempre te andas quejando... Puedes considerarlo como mi regalo de Navidad —se jacta orgulloso, con un hilillo blanco de saliva bailando entre sus labios.

Dios, ¡qué asco!

Le sonrío conteniendo las ganas de vomitar, porque en el fondo necesito este par

de manos extra conectadas a un cerebro ágil. Espero que Darío resulte tenerlo.

—Gracias, pero no protesto por gusto —aclaro, sin querer dejar pasar ese comentario—. Nos cuesta sacar adelante la sección, con más ayuda podríamos ir más desahogados.

—Pues aquí la tienes —se limita a contestar mi jefe, sin rebatirme. Vaya, sí, parece que hoy está de buen humor; en otro momento me habría pegado un par de berridos por el derroche de dinero que le supondría ampliar la plantilla debido a mis (según él) caprichos—. Señor Bonet, bienvenido. Espero que tenga claras sus tareas en poco tiempo y así ayude a que mi cabeza no tenga que soportar las incesantes quejas de su compañera.

Pongo los ojos en blanco al levantarme, encaminándome a la salida cuando nos despedimos. Darío avanza detrás de mí. Al salir, cierra la puerta del despacho de mi jefe y se ríe.

—Menudo elemento —menciona más relajado.

—No lo sabes bien —le garantizo, dirigiéndome a mi mesa con él pegado a mis talones—. Tendrás que ir captando las cosas según vayan ocurriendo hasta que pueda sentarme tranquilamente contigo; el caso es que he faltado unos días y no puedo pararme a explicarte nada con calma ahora mismo —le aclaro, sentándome a mi mesa y comenzando a rebuscar entre la pila de folios de mi derecha, donde mis compañeros han ido depositando sus artículos—. Mira, primera lección del día —resoplo cuando se acerca con una silla y se sienta a mi lado—: los papeles NO se dejan encima de mi mesa... para algo hay una bandeja en la que pone claramente «Pendiente de revisar» —señalo exasperada. ¿Cuándo lo entenderán en esta maldita redacción?

—Anotando —contesta jovial, agarrando un par de folios de la bandeja de material de oficina.

—Así es mucho más fácil encontrarlo todo, y el mundo sería un lugar un poquito mejor si la gente me hiciese caso. —Suenan mi teléfono y lo atiendo; cuando cuelgo, lo vuelvo a mirar—. Primer recado del día. Acércate a recepción y recoge un paquete que acaba de llegar, por favor. Como levante el culo de la silla, vamos a tener que acabar publicando los artículos de emergencia y créeme cuando te digo que es mejor que eso no suceda... Leti todavía presentaba el telediario sin pensar que formaría parte de la Corona Española en un futuro no muy lejano cuando se redactaron.

Él se ríe y se marcha diligente. Niego con la cabeza y me sumerjo en la vorágine

que suponen mis tareas pendientes. Al rato vuelve a aparecer a mi lado, con una caja envuelta con un lazo de medianas dimensiones.

—Es para ti —comenta sentándose y poniéndolo sobre la mesa.

—Vale, gracias.

—¿No vas a abrirlo?

—Encárgate tú —respondo sin apartar la vista del documento que tengo entre manos, corrigiendo algunas erratas. El sonido que provoca al abrirla me desconcentra y miro hacia la izquierda, molesta.

—La leche... —profiere junto a un silbido—. Asomo la cabeza, ya que ha despertado mi curiosidad, y mis ojos se abren observando un conjunto de lencería negra y un picardías de lo más sugerente en su interior. Le arrebato la caja.

—¿Qué cojones...? —exclamo, cogiendo una nota que se escondía bajo la ropa interior.

Espero que esto capte tu atención y te decidas a hablarme de nuevo. Puede que necesite hacer unas comprobaciones para corroborar si te queda igual de bien que en mi imaginación, ¿qué me dices?

THIAGO

Sonrío mientras la leo y niego con la cabeza. «¿Qué me dices?» Pues te digo que, si te pillo, te dejo seco, Santiaguito... Observo mi muñeca, donde reposa el regalo que me hizo la mañana de Reyes, hace ya cuatro días. El aro rígido de plata con una cuenta en forma de copo de nieve retiene mi atención y le doy vueltas con el dedo.

—Deberías probártelo —me anima Darío con voz sugerente—, así sabrías si es de tu talla.

Me río, hago a un lado la caja y guardo la nota en el cajón, dejando para más tarde mi contestación. Lo miro y contengo la sonrisa.

—¿Me ayudarías a comprobarlo? —lo reto—. Nunca viene mal tener una opinión extra.

—Por supuesto —afirma, siguiéndome la corriente.

—Y para nada entraría en juego tu propio placer al verme, ¿verdad?

—Para nada.

—Qué buen compañero.

Él me sonrío seductor, sin dejar de bromear.

—Eso dicen todas al principio. Ya te regalaré un par de cositas para que me

pongas esa cara de «he mojado las bragas» a mí también.

Mi carcajada se suma al sonido escandaloso de la redacción y él se reclina en su asiento, despreocupado.

—¿Y luego me enseñarás el rabito por debajo de la puerta? —Se queda mirándome unos segundos y al final rompe en una carcajada al caer en la cuenta de quién soy—. Rebeca Ventura, coordinadora de la sección, aunque creo que te sonaré más por Beca. Encantada —me presento formalmente sin dejar de sonreír socarrona.

—Darío Bonet —me imita, estrechándome la mano—. Espero que tu amiga no me haya puesto demasiado verde.

—Ah, eso... No te preocupes, apenas lo mencionamos un par de veces cada día.

Volvemos a romper a reír y continuamos la jornada en un ambiente mucho más relajado y cordial, aunque no así menos frenético.

Al montarme en el metro de vuelta a casa rebusco en mi bolso y saco de nuevo la nota de Santi. La releo y pienso mi contestación, para luego desbloquear el teléfono y marcar su número.

—Tienes toda mi atención —le digo nada más saludarme.

—Me alegro, empezaba a pensar que todo había sido producto de mi imaginación.

—Pues vaya imaginación aburrida que tienes, ¿no? —resoplo divertida—. Mejor no te cuento qué hacemos en la mía, porque te escandalizaría.

—¿Podríamos vernos? —pregunta, con cautela.

Trago saliva y contesto solemne.

—Podríamos.

—¿El sábado?

—¿Qué propones?

—¿Qué tal paseo y una cena informal?

—Suena bien. —Observo a una pareja que se sienta delante de mí muy acaramelada. Una punzada me atraviesa el estómago—. ¿A las siete en tu casa?

—No. Esta vez te recojo yo.

Niego con la cabeza y vuelvo la cara hacia la ventanilla.

—Quédate mejor en el coche cuando llegues a la calle y avísame con un mensaje.

—Está bien —responde.

—Nos vemos en dos días, entonces. Un beso.

—Hasta el sábado.

Cuelgo el teléfono y suspiro, cruzando las piernas. Mañana podré soltar todo lo que llevo dentro con las chicas, pues hemos quedado que, nada más salir de la redacción, pasarán a buscarme y tendremos toda la tarde para estar juntas.

Me hace mucha falta.

—Qué larga se me está haciendo la maldita mañana —bufó a nadie en particular, cerrando el archivo que hemos estado revisando Darío y yo desde hace un rato.

—Serán las ganas de fin de semana que tienes.

—Puedes estar seguro —afirmo, levantándome—. ¿Quieres algo de la cafetería?

—No. Gracias, jefa.

Él se queda en la mesa, anotando un par de cosas en su libreta, y me encamino hacia lo que llamamos *cafetería* en esta redacción: dos mesas altas con un único taburete que amenaza con tirar a quien se atreva a sentarse en él y un par de máquinas expendedoras con bebidas, café y aperitivos.

Vuelvo con un refresco y me apoyo en la mesa de Óscar, el corrector.

—Ya tengo listos los archivos de los creativos para que les eches un vistazo —comento antes de darle un sorbo a mi bebida—. Te he marcado un corte porque creo que podrías darle una vuelta a la composición. No me acaba de encajar.

—Sin problema —me responde, servicial.

—¿Qué opinas del querubín? —Señalo con la cabeza a Darío, que sigue en mi mesa repasando algo en sus papeles.

—Es pronto para saberlo, ¿no?

—He decidido que, si no sirve para el trabajo, lo utilizaremos como hombre objeto. Alegra la penumbra de esta redacción con su aspecto.

Él se ríe y se recoloca las gafas en su larga nariz, mirándolo.

—Al menos le pone empeño. —Sonríe—. Aunque no sé yo si a Héctor le va a hacer mucha gracia que se pase el día coqueteando con su jefa de sección.

—No coqueteamos —desmiento divertida—. A los dos nos gusta seguirnos el juego, pero no va más allá. Aparte de que tenemos una amiga en común y tengo información privilegiada sobre sus devaneos que puedo utilizar en su contra.

—Qué peligro tienes.

—¿Yo? —suelto inocente—. Para nada.

Le guiño un ojo y él niega, alegre, mientras vuelvo a mi mesa, rezando porque las agujas del reloj decidan correr hasta marcar las tres de la tarde. Cuando por fin llega la hora de salir, me despido de mis compañeros y me cuelgo el bolso, para salir a toda prisa del edificio. En la puerta esperan Valentina, Roxi y una chica menudita, rubia y muy mona.

—¡Hola! —las saludo con entusiasmo—. Qué día más interminable.

—Hola, Beca. Te presento a Nuria —me dice Roxi sonriente.

—Encantada. ¡Qué guapa! —la alabo tras darnos dos besos, y ella me sonrío agradeciéndomelo—. Valentina, ¿cómo te sientes sin tu siamés? Tranquila, estaremos contigo para pasar el trance, sabemos lo duro que puede ser el proceso de adaptación —me cachondeo haciendo referencia a mi hermano, que últimamente no la deja sola ni a sol ni a sombra.

—Qué graciosa...

—¿Adónde habéis pensado ir a comer? Estoy famélica —hablo aún cerca del edificio, viendo salir a mi nuevo compañero—. Por cierto, Roxi, mira disimuladamente hacia allí.

La seña de mi cabeza indicándole la dirección hace que todas se giren y observen descaradamente. Pongo los ojos en blanco y le sonrío a Darío, que nos hace un gesto con la mano un tanto cohibido y prosigue su camino sin detenerse.

Decisión acertada, musculitos.

—¿Ése no es...?

La corto.

—Sí, Mister Gatillazo es el nuevo redactor creativo júnior de mi sección —aclarar—. Es su segundo día, estoy formándolo.

—¿Y cómo no me has dicho nada?!

—Pues porque nos íbamos a ver hoy.

—¿Y? Joder... ¡qué culo tiene el cabrito! —comenta, y las demás nos reímos—. Qué pena...

—Además, pensé que así tendríamos tema interesante que tratar. —Las observo dándole un buen repaso a mi subordinado (barra) hombre objeto—. ¡Oye! Dejad de gastarlo con los ojos, que el lunes necesito que esté al cien por cien, aunque lo mismo, con su historial, me decepciona.

Roxi y yo nos reímos. Valentina y Nuria nos observan con los ojos entrecerrados.

—Si pretendes hacernos olvidar el interrogatorio que traemos preparado con respecto a Santi, no va a colar, Rojita —sentencia con retintín—. A Nuria ya la hemos puesto un poco al día viniendo hacia aquí —añade al ver que la miro creyéndola perdida.

Tras resoplar, nos encaminamos a un restaurante que hay no muy lejos de mi trabajo. Durante el trayecto le comento lo poco que he podido conocer de Darío y todas insisten, tras aclarar Roxi lo que pasó entre ellos, en que debo enterarme del motivo de su pequeño gran problema. Estas chicas parece que no me conocen... ¡desafíos a mí!

Al entrar, nos sientan en una mesa junto a la ventana y pedimos una primera ronda de bebidas con un aperitivo. Nada más marcharse el camarero, todas me miran y Valentina hace de portavoz.

—¿Te has acostado con Santi?

—Uou... Qué fuerte empezamos la comida. —Me río—. He decidido que hoy no voy a hablar de sexo, ya que siempre te andas quejando de que parezco obsesionada con el tema. —Contengo la risa al mirarle la cara y disimulo—. ¿Qué vais a pedir?

—Rebeca, no intentes distraernos —me amonesta Roxi a mi derecha.

—Nooo... —niego cansada—. No me he acostado con Santi. —Todas me observan, incrédulas—. No me miréis así: no ha sido por falta de ganas, pero me está costando más trabajo meterlo en mi cama que una victoria de España en Eurovisión.

—¿Él no quiere? —se asombra Valentina—. No tiene sentido. He visto cómo te mira y resulta más que evidente que se siente atraído por ti. ¿Santi sabe que quieres...?, ya sabes.

—Puedes decir la palabra, Valentina. —Ella chasquea la lengua—. Sí, él sabe que quiero follármelo.

—Qué bruta eres.

—Ésa soy yo —admito sincera—. A ver, si me prometéis que vais a dejar que os cuente lo poco que ha ocurrido entre nosotros sin interrumpirme para decir lo burra que soy hablando o hacerme preguntas absurdas, allá voy.

Todas asienten y les hago un resumen de lo acontecido los días que estuve enferma. Sus caras son para hacerles un par de poemas y un soneto enterito.

Al terminar, todas se quedan calladas.

—Confieso que me saca de mis casillas esa actitud tan reservada. Tiene su punto morboso, pero a la larga creo que puede resultar agotador... —Las observo tras un momento de silencio—. ¿No decís nada?

Roxi mira a Valentina y ésta asiente.

—Beca, voy a hablar conociendo sólo tu versión de lo que ha pasado, pero pienso igual que Valentina. Santi se siente más que encantado contigo. Esos mensajes, las cosas que han pasado y el paquete que te mandó ayer lo dejan más que claro. —Nos mantenemos en silencio—. Tenemos varias teorías...

Asiento con la cabeza.

—Decídmelas, lo mismo conseguís que me aclare.

—¿Podemos hablar con libertad sobre ti? —me pregunta prudente, dándome a entender de qué quieren que hablemos.

Vuelvo a asentir y miro a Nuria.

—Tuve una relación tóxica hace unos años —explico concisa.

—Podéis hablar tranquilamente —contesta amable—. No te preocupes por mí, Rebeca.

Su comentario da pie a que Valentina hable.

—Yo diría que fue algo más que tóxica. En fin, creemos que Santi ya debe de saber al menos algo de lo que te ocurrió —me explica, callándose unos segundos mientras el camarero pone en la mesa el pedido—. Ten en cuenta que Rubén y él son muy amigos y tu hermano seguro que se desahogó con alguien cuando pasó todo aquello y se enteró. Ese alguien puede ser Santi, sería totalmente lógico.

Roxi retoma su narración y continúa. Parece que lo tengan más que ensayado.

—Por eso puede que se muestre un poco más contenido contigo, porque sabe lo que te hizo tu ex y cree que no estás preparada.

—Puede ser —acepto dubitativa—, pero le he dejado más que claro que lo estoy. Joder, si sólo me ha faltado ponerme un cartel luminoso apuntando en dirección a mi cueva de Alí Babá con el mensaje de que entre sin llamar junto con los cuarenta ladrones.

Ellas se ríen y suspiro cansada.

—¿Qué más teorías tenéis?

—La que más nos cuadra es ésa —admite Valentina—, pero también puede ser que, debido a su timidez, necesite algo más de tiempo para dar ese paso.

—O que sea homosexual —añade Roxi, empeorando la situación.

No, eso no me ayuda nada.

—No es homosexual. Se le ha puesto dura conmigo, ¿lo olvidáis? —decido sincerarme—. Sea lo que sea, puede que mañana salga de dudas. Lo de ayer tiene una única lectura; si no, ¿por qué le regalas lencería a una mujer a la que sabes que tienes a punto de caramelo? —Continúo sin esperar respuesta—: La cuestión es que admito que, dejando de lado todo el tema del sexo, estoy un poco acojonada.

—¿Por tu hermano? —pregunta Valentina.

—No. Rubén tendrá que entender en algún momento que soy adulta. No se puede obcecar de esa manera conmigo. Ahora es Santi, pero mañana puede ser otro hombre, y ¿qué pasará? ¿Va a ponerse a espantarlos como un padre protector con un escobón en la puerta de casa? —Niego con la cabeza—. No. No estoy asustada por él. Tampoco me da miedo acostarme con Santi. Estoy preparada para ello y hacerlo no me supone hoy por hoy algo negativo.

—¿Entonces? —indaga Roxi.

—Tengo miedo a que se pueda convertir en algo más que sexo —confieso—. Empiezo a sentirme atraída por lo poco que me muestra de su interior y no quiero exponerme de esa manera. Ya lo hice una vez y mirad lo que conseguí.

—¡Santi no es Austin! —Valentina alza la voz más de la cuenta. Cuando es consciente de ello, se recompone—. Perdón. Santi no es tu ex, Rebeca. Además, ya has pasado por ello y la única lectura positiva de todo esto es que te servirá para no volver a caer en algo parecido.

—Claro —secunda Roxi, y Nuria asiente—. Sabrás reconocer cualquier signo que antes te pasaba desapercibido porque no lo esperabas. Debes estar tranquila con eso.

Valentina, a mi izquierda, agarra mi mano y me mira con cariño.

—Cielo, no tienes que preocuparte, de verdad —me tranquiliza—. Sé que es fácil decirlo, pero nos vas a tener a tu lado siempre; además, piensa que, si Santi fuese alguien con una forma de ser parecida en lo más mínimo a Austin, tu hermano no sería su amigo.

Asiento con la cabeza.

—No quiero enamorarme —confieso—. Después del tiempo que ha pasado, la ayuda de la psicóloga al principio y el día a día después de haber cambiado completamente mi vida, traslado de ciudad incluido, he logrado salir de ello... o al

menos no tener pesadillas cada noche... y me ha costado recuperar mi autoestima, ¿eh? No sé, me siento fuerte y con mucha más confianza en mí misma, pero el amor nos hace débiles y yo no quiero volver a serlo.

—Bueno, tienes ante ti a tres mujeres enamoradas —admite Roxi, mirando con una sonrisa a Nuria, que le corresponde con un ligero sonrojo y un guiño—, y no creo que seamos débiles en ninguno de los aspectos de nuestra vida. Sólo el amor dañino es el que te hace tener una exposición emocional de dependencia absoluta.

—Algunas veces me gustaría ser un tío —reconozco—, y no sólo por la parte en la que todas querríamos probar. —Me río quitándole hierro al asunto y haciendo un gesto elocuente con la mano. Ellas se ríen y prosigo—: Me refiero a la parte emocional. Ellos no son como nosotras. Podríamos tomarlos como ejemplo para amar y no ser tan débiles.

—Déjate de pamplinas —me riñe Valentina—. No es una cuestión de géneros. También hay relaciones en las que los hombres lo pasan mal. Puede haber de todo. Tener o no tener pene no te hace ser más o menos fuerte.

—Estoy totalmente de acuerdo con Valentina —secunda Nuria.

—Pues sí, aunque yo hubiese utilizado otra palabra más grosera que pene —admite Roxi—. Mira, Beca, tómate esto como un experimento..., como una relación de transición en tu vida, y no dejes que nada te haga decir que no, si lo que quieres es decir sí. Ya eres una mujer y sabes qué es lo que quieres y lo que no.

—Además —prosigue Valentina—, cuando ocurrió lo de Austin tú estabas muy tocada emocionalmente por lo de tus padres. Ese asqueroso hizo contigo lo que le dio la gana porque estabas perdida sin ellos y de eso se alimentó.

—Puede que tengáis razón.

—¿Crees que ahora se te posaría una mosca encima? —pregunta divertida—. Tú, que la espantarías sólo con mirarla... No. No tienes que tener miedo, gordi. No eres una mujer insegura en la actualidad, con treinta años.

—Casi —puntualizo señalándola.

Ella sonríe y me da un apretón cariñoso en el brazo.

—¿Mejor? —me pregunta, sabiendo lo que necesitaba desahogarme.

—Sí. —Asiento con la cabeza contundentemente—. Me hacía mucha falta esto. —Las señalo.

—Pues vas a tener de nosotras hasta hartarte, porque no pensamos quedarnos sin

saber cómo continúa la novela —me contesta Roxi, dándome luego un beso en la mejilla.

—¿Qué dices de novela? Es toda una telenovela de sobremesa —se ríe Valentina.

—Como os deje hablar más, le buscáis hasta el título —me quejo divertida.

—Eso déjame a mí, de algo me tiene que servir ser publicista —pide Nuria—. ¿Qué os parece «Conquistando a Rebeca»?

—Demasiado europeo. Mejor algo más dramático, como «La rendición final de Rebeca de todos los Santos Aguirre».

—Qué horrerada...

Las voces de las tres se funden mientras discuten entre risas y sonrío observándolas. Tengo suerte de tenerlas a mi lado y la verdad es que no les falta razón, no volverá a pasarme dos veces algo similar, así que parece que la clave está en dejarme llevar...

Cuando llegamos a casa, por la noche, mi hermano se está duchando. Valentina aprovecha y se mete en mi dormitorio detrás de mí.

—¿Qué pasa? —le pregunto, quitándome la camiseta y desabrochándome el sujetador. Suspiro liberada.

—Tengo otra teoría, pero quería que la hablásemos a solas —me dice susurrante.

—A ver —me siento en la cama poniéndome la camiseta de tirantes de dormir—, cuéntame antes de que salga el semental del baño.

Contiene la sonrisa y mira hacia la puerta entornada, escuchando el sonido de la ducha.

—¿Recuerdas cuando descubrí lo de tu hermano y Jack? Él me dijo que todo lo que sabía de dominación y demás era por un amigo... ¿Y si Santi es ese amigo que mencionó? —apunta conspiradora.

—¿Te refieres a que sea amo? —planteo repasando la teoría—. No le pega mucho, la verdad.

—Ya, por eso no he querido darle muchas más vueltas, pero no podía dejar de decírtelo, por si tú le encontrabas más sentido que yo.

—¿Tú crees? —pregunto incrédula, elevando ambas cejas.

—No tengo ni idea, Rebeca. Todo lo que sé de ese tema es lo que he leído en las novelas y tiene toda la pinta de que no es muy fiel a la realidad —reconoce—. Pero podría tener sentido que no quisiera acostarse contigo porque sabe que no va a poder someterte por tu propia voluntad debido a que has sido maltratada por tu ex —trama haciendo conjeturas—. Y puede que por eso no sea capaz de llegar a tener sexo contigo, porque él sólo disfrute provocando dolor. ¡No es tan descabellado! —suelta excitada—. ¡Por eso tu hermano no quiere que estés con él! Podrías vivir tus propias cincuenta sombras...

Me río y ella asiente, entusiasmada con la hipótesis.

—Pues, aunque hayas leído demasiadas novelas y parezca que podrías escribir la tuya propia con esa cabeza que tienes, debo admitir que podría tener sentido —concedo dándole vueltas en la cabeza a lo difícil que podría resultar de ser cierta su suposición.

¿Provocarme dolor? ¿Humillarme? ¿Ceder todo el poder a otra persona y estar a su merced?

Un escalofrío me pone el vello de punta.

—Bueno, de momento vamos a dejarlo estar, a ver qué va ocurriendo —resuelvo sintiéndome nerviosa y metiéndome en la cama.

Ella se levanta y me sonrío cariñosa.

—Está bien.

—Sí... Es lo mejor. ¿Para qué adelantarnos? —titubeo.

—Rebeca.

—Dime...

—Te quiero, no lo olvides. Y estoy muy orgullosa de ti.

—Yo también te quiero, conejita mía.

Sale de mi dormitorio y oigo cómo abre y cierra la puerta del baño, sonriendo al saber que en breve tendré hilo musical en la casa.

Me tapo con el edredón y, con el móvil entre las manos, medito si darle a «Enviar» o no al mensaje que acabo de escribir. Finalmente me decido, ¿cuándo he pensado tanto algo antes de hacerlo?

Rebeca: Anteayer no me disculpé contigo cuando hablamos por teléfono... Siento haber sido tan idiota estos días. Achaquémoslo a la rotura del grifo de mi riego sanguíneo. (21.59)

Rebeca: ¿Me perdonas? 😊 (22.00)

Santi: Hola, Rebeca. Imagino que tendrías tus motivos para actuar así.
¿Cómo estás? (22.05)

Rebeca: Algo más cabal, y cansada. En el trabajo están siendo unos días agotadores. Quizá me plantee buscar un curro nuevo... ¿Hay alguna vacante por la zona de tu cama o alrededores? (22.05)

Santi: Tendré que mirar. Si me entero de algo, serás la primera en saberlo. ¿Sigues queriendo que nos veamos mañana? Ya sabes que no hay ninguna obligación; si no te apetece, podemos dejarlo. (22.05)

Rebeca: Sí, quiero. (22.06)

Rebeca: Tranquilo, ese «sí, quiero» no es mi aceptación a que nos casemos. Aún es pronto. :P (22.09)

Santi: (cara de risa) Nunca te pediría algo así por mensaje. (22.09)

Me río y observo que sigue escribiendo.

Santi: Te echo de menos. (22:10)

Mi sonrisa se congela durante unos segundos, teniendo que mantener a raya la alarma de peligro que ha saltado en mi interior junto con el pellizco de emoción.

«Tranquila, Rebeca. Sigue el consejo de las chicas y deja que fluya.»

Santi: Ahora eres tú la que ha salido huyendo... (22.14)

Rebeca: Sigo aquí. Podría decirte que me has dejado tan pasmada por tu comentario que me hubiese esperado ver pasar por mi dormitorio un desfile de majorettes con cuernos antes que algo así, pero, apelando a mi lado más serio, te diré que yo también te echo de menos. (22.15)

Santi: ¿Majorettes con cuernos? Tu imaginación no conoce límites.
(22.17)

Rebeca: No lo sabes bien... (22.17)

Santi: Me están esperando para cenar. Nos vemos mañana a las siete en tu casa, ¿vale? (22.17)

Rebeca: ¿Intentas ponerme celosa con eso de que te esperan? Sí, tranquilo, que no voy a echarme atrás. Hasta mañana, Santi. (22.18)

Santi: Hasta mañana, pelirroja. (22.18)

La apacible sacudida de mi estómago me hace llevar las manos a mi vientre y sonreír como una idiota... La nube en la que estoy ahora mismo consigue que casi no

oiga los gemidos del baño.

Casi.

Capítulo 20

Leyendas de pasión

Santi

Han pasado dos semanas desde esa cita en la que los dos volcamos todas nuestras ganas... desde ese sábado que supuso un punto de partida para una rutina en la que nos hemos visto casi cada día con alguna buena excusa y, cuando no hemos podido quedar por trabajo o cualquier otra circunstancia, hemos hablado por teléfono.

Ésa ha sido la clave y el hilo conductor de estos días. Hablar.

He encontrado en ella una buena oyente, con unas salidas hilarantes pero con una gran profundidad de análisis. Rebeca es más madura de lo que quiere aparentar ser y, ahora, conociéndola como empiezo a hacerlo, sé que muchas veces esconde sus vulnerabilidades tras un humor ácido y sardónico que rara vez no consigue que abandone mi seriedad.

Y sí. También tiene carácter y un temperamento explosivo cuando algo le molesta... Lo he podido comprobar en un par de ocasiones conmigo como objeto del enfado. ¿Lo malo de eso? Pues que a mí no me gusta discutir, pero ella es tan insistente que me busca hasta que logra hacerme perder los nervios.

Imagino que es algo que tendremos que trabajar los dos.

Decidí que era preciso que, para que empezara a abrirse a mí, también yo tenía que mostrar mis debilidades y le hablé de mi etapa más dura, cuando cualquier comentario conseguía que la poca fortaleza que tenía en mi carácter se viera amenazada. Pero también le enseñé la otra cara, pues, cuando uno quiere cambiar y desea algo, puede conseguirlo si toma las decisiones acertadas, como fue en mi caso, pero sin perder su propia esencia.

El contacto entre ambos se está volviendo cada vez más una necesidad que nuestros cuerpos adoptan por voluntad propia, sin pedir permiso. Es algo que no podemos evitar y no es raro terminar el encuentro con un gemido en la garganta y

reteniendo el impulso que me hace querer volverla, apoyarla en cualquier superficie y satisfacerme por entero, llenándola de mí.

Mantenerme firme en mi decisión de no tener sexo con ella hasta saberla preparada se convierte cada día más en una tarea hercúlea.

No obstante, su contención en ese aspecto hace que mi admiración por ella crezca, pues está soportando estoicamente la censura autoimpuesta en la que nos he sumido. Pero he llegado a una conclusión que pienso llevar a cabo en breve.

Siempre he sido alguien que observa y analiza todas las opciones de un mismo asunto y, en este caso, creo que no pasar de nivel puede que sea algo que, forzado, nos perjudique como pareja. Porque, aunque no hayamos llegado a ponerle ese nombre o etiqueta que ella buscaba, nuestra relación ha cambiado y ya no es algo meramente carnal —irónico cuando apenas ha sucedido algo entre nosotros—, y sí un acercamiento más sentimental y profundo.

No tengo reparos en reconocer que me estoy enamorando de Rebeca... de sus risas, sus ojos en blanco, su excesivo orden maniático, sus espontáneas carcajadas... incluso de las partes menos luminosas de su interior o esos pequeños defectos que, con el tiempo, comienzan a salir a la luz... ese temperamento explosivo y guerrillero.

El que ella lo llegue a estar de mí es algo que sólo puedo conseguir conquistándola.

Aprovechando que Rubén tiene un día complicado en el instituto y Valentina una entrevista de trabajo, me ha pedido que pase por su casa esta tarde...

Mientras aparco, recuerdo que, cuando me lo ha dicho, he soltado una carcajada, porque bien parecía que íbamos a retroceder en el tiempo hasta la edad en la que todo adolescente aprovecha la salida de sus padres de casa para cualquier cosa que suela tener prohibida.

Reconozco que esta clandestinidad tiene un punto de morbo bastante interesante, pero, por otra parte, me siento mal ocultándole a Rubén lo que ocurre. Aunque al principio era yo quien dudaba sobre contarle lo nuestro, ahora parece que ella lo ha pensado mejor. Su reticencia a decírselo puede que sea un aplazamiento que nos afecte negativamente más tarde, pero no voy a hacer nada que ella no quiera, así que, de momento, seguimos escondiéndonos de él, aunque no del mundo.

Cuando me abre la puerta, tengo que tragar saliva.

—Hola —dice escueta, moviendo una de sus manos y acercándose a ella—. Si

viene usted a venderme una biblia, lo siento, está hablando con la competencia directa, soy la mujer del diablo.

Sonrío y le devuelvo el beso húmedo, pero no demasiado profundo, que me da. Repaso con los ojos su anatomía. Su mirada, pagada de sí misma, me hace soltar una carcajada honda y corta.

—¿No te importa que te vean los vecinos? —le pregunto excitado y con voz grave, cerrando la puerta tras de mí.

—Acabo de descubrir que tengo una vena exhibicionista. —Se da media vuelta y me da la espalda, por lo que puedo admirar en silencio su silueta bajo el conjunto de ropa interior que le regalé.

El comienzo de sus nalgas perfectamente redondas y llenas, y sus largas piernas al aire, me retienen en el sitio. Me duele el cuerpo de la anticipación y las ganas de tenerla, más concretamente el tercio medio. Ella me mira de reojo, maliciosa, levantando un poco la prenda mientras anda hacia delante.

—¿Vienes? —me invita, apoyándose en la pared.

Necesito comérmela entera.

Abre la puerta de su dormitorio y avanzo hacia ella decidido. Al llegar a su altura, agarro su nuca y la atraigo hacia mi boca con firmeza.

—¿Recuerdas la noche que dormimos juntos tras ir a buscar a Kiden? —le digo pausando el beso, conteniéndome, con la respiración agitada, al igual que ella. Asiente con la cabeza sin dejar de mirarme los labios—. Pues acabo de recordar que me debes mi recompensa.

Ella sonrío estimulada y con su lengua repasa mi cuello. Los sonidos de sus labios al succionar acompañan su mano, que llega a mi entrepierna y la agarra firme. Su movimiento me hace gruñir y la beso de nuevo, introduciendo la lengua en su boca y exigiendo su respuesta.

Apelo a la parte sensata de mi cerebro, exigiéndole en resuellos no perder totalmente el control.

Una de mis manos viaja hasta su pecho y lo amaso, sintiendo el tacto caliente de su piel bajo la tela traslúcida del conjunto. Llevo la mano a su espalda cuando los sonidos de placer de ella me dicen que todo marcha bien y desabrocho el cierre del sujetador. Metiendo mi palma entre el trozo de tela que no opone resistencia y su piel, siento que la llena y paso mi dedo pulgar por su pezón endurecido. Al ver su

respuesta, arqueándose y abriendo la boca, pidiendo más, lo apreso con los dos dedos y aprieto lo justo para conseguir que se retuerza frente a mí.

—Más —me ruega.

Sonrío y agacho la cabeza, notando su mano en mi coronilla al llevarme el pezón a la boca y succionar ávidamente.

—No va a haber nada de tu cuerpo que no termine por llevarme a la boca.

Ella gruñe algo ininteligible y me empuja hacia el tocador, apoyando el bajo de mis muslos en él. Su mano se acerca hasta mi pantalón y me desabrocha el botón, peleándose un poco con la cremallera. El ritmo frenético que han tomado sus movimientos desde que mi boca impactó con la suya nos mantiene fuera de control y sé que, con sólo una pasada de su lengua en mi polla, podría correrme abundantemente.

Dejo que lleve la iniciativa del momento. Cuando consigue liberar la presión que constreñía mi erección, cubre con una mano el bulto caliente que se marca en mis calzoncillos. Dejo salir un suspiro ronco cuando aprieta y desliza la tela, creando una fricción casi dolorosa.

Dios...

Se pone de rodillas delante de mí.

—Me encanta —murmura golosa cuando la saca de su confinamiento y salta ante sus ojos, hinchada y expectante. Se pasa la lengua por el labio inferior y la mira glotona.

Joder.

Contengo el impulso que siento de llevar la mano hacia su nuca y hacer que me engulla muy dentro. Mis palmas hormiguan. Su lengua comienza a lamer tímidamente la brillante corona y me agarro la base con una mano, echando mi torso hacia atrás para poder verla bien cuando se la meta en la boca.

Se lleva una mano al pelo para apartarlo a un lado. La quiero encima de mí en esa misma posición, de cuclillas y con las piernas abiertas a cada lado de las mías.

Dejo que marque el ritmo y, cuando su boca se afana en succionar y se traga repetidas veces mi polla, siento que voy a estallar. La fricción de sus carnosos labios provoca que gruñe en varias ocasiones. Observarla y escuchar la succión a la que estoy siendo sometido me tiene al borde del final.

—Si no quieres que me corra, detente —la aviso cuando sé que no puedo

contenerme por más tiempo.

Ella mira hacia arriba sin dejar de mover la cabeza hacia delante y hacia atrás, rozando con su lengua mi miembro en el interior de su cavidad. Mi capullo entra y sale cada vez más rápido y me guiña un ojo. Agarro su pelo y le aparto la cabeza, conteniendo la brusquedad de mi movimiento.

—Si vas a hacerlo, no quiero que dejes ni una sola gota —le exijo.

Miro hacia el techo cuando vuelve a introducir mi glande en su boca, dejando claras sus intenciones, y aprieta los labios a mi alrededor. Noto mis testículos contraerse y me agarro a su cabeza con ambas manos, con las palmas abiertas y abarcando su cráneo, acompañándola en el vaivén. Me mantengo en silencio al inicio del orgasmo. Al sentir los primeros espasmos de la corrida, suelto un gemido corto y grave, acompañándolo de algunos más que se acompañan con las contracciones de mi polla al expulsar los chorros de semen hacia su garganta.

Mientras siento la fuerza concentrada en mi vientre en esos segundos de locura, su garganta traga y su lengua se demora en un punto del frenillo que me provoca un intenso placer muy localizado que se irradia hasta la base y me hace estirar los dedos de los pies con fuerza.

Con el último espasmo, se me relaja el vientre y Rebeca ralentiza su succión, dándome una tregua. Suspiro relajado y satisfecho.

Le paso la mano por el perfil de su cara y le alzo la cabeza, haciendo que me mire.

—Ven aquí —le pido, ayudándola a levantarse con mi mano.

Al estar a mi altura, reclamo su boca y percibo mi sabor en ella. Mi instinto más primario me hace sonreír por marcarla. Su lengua se enreda en un beso húmedo y caliente, y restriega su cuerpo con el mío, buscando la protuberancia de mi rodilla con su entrepierna, rogando por su propio placer.

—¿Quieres continuar? —le pregunto, y sonrío al ver sus ojos en blanco.

—¿La mamada te ha fundido el cerebro y ahora haces preguntas absurdas? —me reta.

Sonrío malicioso y agarro su cintura con mi brazo. La elevo y ella se deja hacer con una mueca triunfante en la cara.

—Que tengas la boca sucia no me importa —le aclaro caminando hacia la cama—, pero puede que tengamos que trabajar algo más tu cortesía.

La echo sobre el colchón y ella suelta un grito encantada, pasándose una mano por

un pecho y pellizcándose el pezón a la vez que me mira lascivamente. La atraigo hacia el borde y dejo sus piernas colgando. Relamo mis labios al dejar su trasero en el borde de la cama y me agacho sonriéndole a la vez que le abro las piernas y la dejo expuesta. Ella se apoya en sus antebrazos, observándome desvergonzada.

Con lentitud, aparto la tela del tanga que la cubre y acaricio la humedad que impregna sus labios externos. Ella se agita y coloco mi mano en su vientre, manteniéndola anclada a esa postura. Mis ojos se pasean entre su expresión rendida y excitada y su cuerpo. Mi polla vuelve a sacudirse en mis pantalones y gruño obviándola.

Llevo mi lengua hacia sus labios, calientes y húmedos, dándole una lenta pasada y llevándome conmigo sus fluidos, haciendo que se oigan sus jadeos.

—Joder —masculla, dejando caer su cuerpo sobre el colchón.

Sonrío y utilizo las dos manos para abrir sus pliegues. Su clítoris, hinchado, sale a mi encuentro y me acerco a él, soplando y succionando una sola vez. El cuerpo de Rebeca se estremece y gime, pero se eleva de nuevo para mirarme. Parece que no quiere perderse ni uno de mis movimientos, y su entrega sin ningún atisbo de vergüenza me la pone aún más dura.

—¿Crees que puedes gritar un poquito para mí? —le pregunto ladino, y al segundo introduzco dos dedos en su interior, curvándolos y moviéndolos sin sacarlos.

Ella abre los ojos y hace lo que le he pedido, echando su cabeza hacia atrás mientras la observo. Vuelvo a utilizar la lengua y los labios para lamer su clítoris, que se pone más y más duro con cada sacudida de su cuerpo. Succiono y suelto sonoramente en repetidas ocasiones y noto su mano en mi cabeza.

Mi brazo se mueve veloz al entrar y salir de ella.

Sus caderas se contonean friccionando mi barba con su piel y mi boca se mancha por sus fluidos. Gime entrecortadamente antes de decirme algo que su cuerpo ya se ha encargado de avisarme, apresando mis dedos entre sus paredes.

—Me voy a correr.

—Dámelo.

Succiono repetidamente y mis dedos resbalan en su interior por sus fluidos.

—Santi... —lloriquea.

—Vamos, dámelo —ordeno exigente.

Contiene la respiración y un grito sale de su garganta, que se encadena con otro

más largo y ronco mientras siento los espasmos de su interior apresar mi mano. Su cuerpo se arquea. No ceso en el movimiento de mi lengua, teniendo que acompasar la cabeza a la oscilación errática de sus caderas. Cuando el orgasmo ha rebajado la intensidad y, finalmente, su cuerpo se queda laxo sobre el colchón, saco los dos dedos de su interior y me los llevo a la boca, relamiéndolos y sonriendo al oír su suspiro y fijarme en su expresión derrotada tirada en la cama.

—Oh, joder... Lo sabía —murmura agotada.

—¿El qué sabías? —pregunto dándole un beso en el pubis e incorporándome, observándola desde arriba.

—Que ibas a resultar un puto dios del sexo.

Mi carcajada inunda la habitación y su sonrisa satisfecha se me clava muy dentro.

He perdido totalmente la cabeza por esta mujer.

Capítulo 21

Tres metros sobre el cielo

Rebeca

Admito que no tenía muchas esperanzas de que mi plan fuese a dar sus frutos. He jugado con todo lo que tenía y he intentado hacer que su instinto prevaleciera sobre su sentido común.

Puedo decir que lo he logrado.

Ponerme el conjunto que me regaló y que aún no había estrenado ha resultado ser la decisión acertada y, ahora, sentada en el sofá, con las piernas apoyadas encima de las de él y mirándonos como dos niños empachados de azúcar mientras escuchamos el ruido que hace Valentina en la cocina, reconozco que no podía imaginarme ni remotamente lo jodidamente bueno que iba a ser... y eso que he fantaseado con ese momento en demasiadas ocasiones.

Me he vuelto loca y disfrutar de cada detalle como lo he hecho no entraba en mis planes iniciales de sólo sexo.

En absoluto.

—Debería marcharme —me dice, acariciando mi pantorrilla.

—Deberías quedarte a dormir.

Él suelta el aire, divertido, y se pasa la mano por la nuca, dirigiendo su mirada hacia atrás.

—Creo que lo mejor será que me vaya, Rebeca. Tu hermano no tardará en llegar y me parece que resultaría más que obvio que pasa algo entre los dos.

—No sé por qué lo dices... —me mofó, haciéndole ojitos.

—Además, Valentina lleva encerrada en la cocina desde que ha llegado. Puede que necesite salir y me parece que la vergüenza no le deja cruzar el umbral de la puerta —añade divertido.

—Tiene el increíble don de la oportunidad —me quejo, retirando mis piernas y

levantándonos del sofá.

Se acerca a mí y me pone la mano en la cintura, atrayéndome contra su cuerpo. Paso mis manos por su cuello y me acerco a su boca.

—Necesitamos un día entero a solas para terminar lo que hemos empezado... —refunfuño.

—No me llegaría con un solo día —contesta succionando mi labio inferior, y yo sonrío embobada—. ¿Crees que hay alguna posibilidad de que el próximo fin de semana lo empieces el jueves a mediodía?

—Podría intentarlo. Te refieres al 1 de febrero, ¿verdad?

Él asiente y oigo un carraspeo femenino a mi espalda cuando voy a preguntarle para qué.

—Siento interrumpir... de nuevo —murmura cohibida mi cuñada—. Rubén me ha escrito, llega en diez minutos y he creído que lo mejor era avisaros...

—Gracias, Valentina —le dice Santi, sonriéndole—. ¿Me dices algo mañana? —me pregunta dándome un nuevo beso, omitiendo la presencia de ella.

—Sí. En cuanto hable con mi jefe, te cuento.

—De acuerdo. Me marcho.

—Está bien.

Vuelvo a introducirme en su boca y a los pocos segundos se aparta consternado.

—He de irme...

—Eso ya lo has dicho. —Me río—. Sólo tienes que dejar de besarme y podrás conseguirlo.

Él se ríe y me da un último beso escueto y casi casto en los labios. Se despide tras ponerse el abrigo y se va, dejándome a mí mirando la puerta como una imbécil.

Siento la presencia de Valentina a mi lado, pero no giro la cabeza. Ambas nos quedamos contemplando el trozo de madera blanca que tenemos delante y por el que ha salido mi moreno preferido.

—¿Todo bien?

—Más que bien —suspiro rendida.

—¿Quieres contármelo? —tantea dominada por la curiosidad.

—Sí, pero primero deja que se me pasen los miniorgasmos que siento al recordar cómo me ha comido entera encima de mi cama y ya si eso luego hablamos.

Ella da un salto dando palmas y profiriendo un gritito sumamente ridículo.

—¡Se acabó la sequía! —Se ríe.

—Y tanto... Ahora más bien hay riesgo de que se rebosen las compuertas —admito dándome la vuelta y encaminándome hacia mi dormitorio.

—Eh, ¿y no me vas a contar nada más? —plantea insistente, siguiéndome por el pasillo—. Necesitamos convocar un comité de emergencia para hablarlo y saber todos los detalles. Tenemos que escribir a Roxi y preguntarle cuándo puede quedar para...

Me vuelvo cuando llego a mi puerta y la miro divertida, cortándola en su parloteo.

—Tú ve organizándolo todo, que yo mejor voy a seguir recopilando datos para poder llegar al comité con más material que contar... Ahora, si me lo permites, voy a tirarme en la cama a fantasear con lo que he tenido en la boca hace menos de una hora y que promete hacerme chillar mucho cuando se decida a meterse dentro de mí.

—¡¡¡Pero...!!!

Le cierro la puerta mostrando una sonrisa maliciosa y se me escapa una carcajada oyéndola hablar al otro lado.

El sexo puede ser algo tan increíble cuando se hace con la persona adecuada...

Es asombroso darme cuenta de que la complicidad que hemos empezado a tener Santi y yo con el paso del tiempo se ha duplicado, o puede que más, con el rato que hemos compartido en esta misma habitación que aún huele a nosotros.

Oler a nosotros.

Lo curioso es que ya no concibo mis días si no es con ese término en mi vida y darme cuenta de que, aunque necesito hacerlo mío y disfrutar de su cuerpo, también me hace falta él a mi lado como persona, cada vez me da menos miedo... No me provoca debilidad, como creía que sucedería, y todo lo que lo rodea ocupa tanto espacio dentro de mí que no hay cabida para que mis temores reaparezcan.

Santi y yo...

¿Sería posible que hubiese un nosotros?

Capítulo 22

Con derecho a roce

Santi

—¿Puedo hacer algo para convencerte? —me pregunta desde el asiento del copiloto, acercándose a mí lo que le permite el cinturón de seguridad, a la vez que lleva su mano a mi muslo y la sube sibilinamente—. Quizá si toco las teclas adecuadas, cantes como un pajarillo...

—Rebeca —la amonesto sin demasiada convicción—, haz el favor de dejar las manos quietas.

Ella elude mi petición y agarra despreocupada mis testículos, presionando entre su palma con los dedos y consiguiendo un gemido refrenado por mi parte.

Tras más de cuarenta minutos de trayecto, su paciencia parece haberse agotado y ha echado a volar el ingenio y la imaginación... Que me hiciera una paja en mi coche no entraba dentro de mis planes de fin de semana.

—No deberías desconcentrar al conductor —contengo un gemido cuando mueve la mano con certeza—, podrías hacerme perder el control.

—Confío en ti, sé que no eres un hombre al uso y puedes hacer varias cosas a la vez —afirma segura de sí misma—. Seguro que sabes cuándo puedes perder el control y de qué manera.

Sonrío y trago saliva costosamente, centrando toda mi atención en la carretera desierta que tengo ante mí. Ella apoya su cabeza en mi hombro y continúa con su tarea.

—Vamos al Montseny —claudico cuando el movimiento de su mano me tiene al borde de hacer que me corra dentro de mis pantalones.

Mi voz es grave y densa.

Dejo escapar un gruñido con la boca cerrada y la noto sonreír.

—¿A tu casita? —pregunta divertida.

Yo asiento torpemente.

Me voy a correr.

—Rebeca, para.

—No sé de qué me hablas... Parar, ¿el qué?

Acerca su boca a mi oreja y me lame el lóbulo, succionando con sus labios. Siento mis piernas temblar, pero las mantengo firmes con los pies en los pedales.

Con una simple mano está consiguiendo tirar a la basura los planes que había preparado, en los que la que iba a gemir la mayoría del tiempo iba a ser ella con mis atenciones, no al contrario.

—Rebeca...

—Deja de hablar y déjalo ir, moreno —me dice, cortándome—. Córrete.

Aprieto la mandíbula y rebufo al oírla. Al borde de perder la cordura, aminoro la marcha y me hago a un lado de la calzada, para poner luego los intermitentes de emergencia.

—No tienes remedio —la riño agarrando su cuello y devorándole la boca.

Ella gime dentro de mis labios y le pellizco un pezón por encima de la ropa. Su mano izquierda es sustituida por la diestra, mucho más ágil en sus movimientos ahora que el coche está parado.

Intenta abrir la cremallera para meter la mano dentro del pantalón, pero le agarro la muñeca con firmeza.

—Acaba como has empezado —ordeno conteniéndome—. Querías que me corriese y, cuando lo haga, tú vas a ser la que limpie mis pantalones...

Ella me mira con una ceja arqueada.

—Con la lengua —le aclaro.

Su mano ralentiza los movimientos mientras procesa mi tono de voz. Llevo mi palma sobre la suya, a la vez que vuelvo a poseerle la boca, imprimiendo más velocidad a su fricción por encima de mi ropa.

Tiene que empezar a captar que, conmigo, todo acto tiene su consecuencia.

—Esta casa es la leche —exclama al llegar y abrir la puerta—. En verano me pareció una pasada, pero es que ahora, en invierno, es aún más estupenda.

Se gira hacia mí, que mantengo las dos bolsas que hemos traído con nosotros, una en cada mano. Me sonrío y le correspondo. En un acto espontáneo, se cuelga de mi cuello y entrelaza sus piernas en mi cintura, haciendo que por un momento peligre nuestro equilibrio.

—¡Gracias! —Me besa repetidas veces en los labios—. Después de haberme aguantado todo el camino dándote la brasa, deberías tirarme a la chimenea a arder con esos troncos de la puerta.

Sonrío y suelto las bolsas en el suelo, llevando luego mis manos a su trasero para agarrarla y poderme recrear mientras la manoseo.

—Admito que me has sorprendido siendo tan servicial, así que, después de encargarte de mis pantalones, estoy más que convencido de que cumplirás con lo que se me ocurra como pago de tus quejas. —Me río al ver su mueca y termina riendo conmigo.

—Me parece justo —reconoce entre risas—, pero no esperes que siempre sea tan obediente, me gusta demasiado llevar el control.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

Sonrío enigmático.

—¿Qué? —me pregunta al observar mi sonrisa.

—Nada.

—Déjate de misterios conmigo. ¿De qué te ríes?

—De lo que has dicho.

—No le encuentro la gracia.

—Yo sí.

—¿Qué tal si me la cuentas y así entiendo el chiste? —propone hostil.

—¿Te gusta llevar el control conmigo? —planteo despreocupado.

—¿A ti no?

—¿Me estás preguntando si me gusta que lleves el control conmigo o si me gusta llevarlo yo contigo?

—Santi, deja de enredarme. Me estás mareando y ya no sé ni lo que quería decir...

Suelto una risotada y le muerdo eróticamente el cuello.

—Ya me he dado cuenta... —añado, abarcando con mis palmas su culo y apretándola contra mí—. ¿Qué te parece si subes al dormitorio en el que estuviste con

Valentina el verano pasado y te das esa ducha de la que tantas ganas tenías? Yo voy a encargarme de un par de cosas aquí abajo y, en cuanto acabe, subo a buscarte. Las toallas estarán preparadas y el cuarto de baño calentito, pues he pedido que una persona de confianza viniera a acondicionar la casa antes de nuestra llegada.

—¡Genial!

Me da un beso escueto y salta de mis brazos, olvidándose por completo de lo que nos traíamos entre manos hace un segundo. Corretea hasta las escaleras y las sube al trote, haciéndome reír.

Cuando percibo el sonido de la puerta cerrarse al final del pasillo, me acerco hasta la cocina y, tras encender la luz, que parpadea un par de veces, me saco el móvil del bolsillo y busco en el listado de llamadas el número que necesito. Da tono un par de veces antes de oír la voz masculina al otro lado.

—Hola, ¿lo tienes todo preparado?... Sí, ya estamos aquí... Vale... ¿Estás convencido de que es totalmente seguro hacerlo ahí?

Paso la mano por la encimera y cojo una pieza de fruta de un bol, jugando con ella en mi mano a la vez que escucho su explicación.

—Está bien, Marco. Confío en ti, ya lo hemos hecho más veces juntos, pero que sepas que, si me fallas a mí, le fallarás a ella y, si es así, peligran ciertas partes de tu anatomía que imagino que querrás seguir conservando... —Me río por su respuesta—. De acuerdo... Sí. Nos vemos el sábado. Adiós.

Cierro los ojos un segundo y aprieto los labios con expectación.

Si Rebeca acepta hacerlo, depositando toda su confianza en mí como creo que hará, sabré que está lista para abrirme a ella y poner todas las cartas sobre la mesa... La posibilidad contraria no quiero ni planteármela.

Subo las escaleras percibiendo el sonido del agua amortiguado por las paredes y contengo la sonrisa al oírla cantar. Abro la puerta, y me encuentro con el contorno de su silueta tras la mampara de cristal mojada; está moviendo su trasero y sus caderas al son de la música que suena en su cabeza y que canturrea despreocupada. La condensación del agua mantiene el habitáculo lleno de vaho, produciendo una visión casi onírica de su cuerpo.

Me apoyo en el lavabo y cruzo los brazos sobre mi pecho, sonriendo al tiempo que no dejo de mirarla. Tras unos minutos, el grifo se cierra y ella escurre su pelo en pleno furor del concierto que está dando. Me mantengo en silencio y sin moverme,

esperando a que sea ella quien repare en mí cuando termine de abrir la mampara.

—... y tu cuerpo quiere de eso, arreglaaaaamos... ¡Joder! —chilla, cortando abruptamente la canción—. ¡Qué susto me has dado, coño!

Se lleva una mano al pecho, aplacando su respiración. Me acerco a ella sonriendo y con la toalla en la mano.

—No quería interrumpirte.

—¿Cuánto rato llevas ahí mirándome? —Se coloca la toalla enrollada bajo las axilas y resigo con mi dedo una gota de agua que baja por su mandíbula.

—Unos minutos. Cantas bien —admito, y me conmueve ver un sonrojo en su cara debido a mi comentario—. ¿Te ruborizas porque te da vergüenza? —Contengo la sonrisa.

Ella pone los ojos en blanco y me da la espalda, secándose.

—¿Yo? Qué tonterías dices... Es el calor y el vapor, no te hagas ilusiones... Estás saliendo con una desvergonzada, por si no te habías dado cuenta.

—Puede que no me haya quedado del todo claro.

Cuelo la mano bajo la toalla al apoyar ella un pie en el borde del bidé para secarse. La llevo más allá del final de su muslo, pero evitando las zonas más sensibles. Rebeca se mantiene expectante y aprovecho para, con mi otra mano, abarcar su contorno y agarrar su pecho, pegándome a ella.

—Es una pena que estés tan limpia cuando lo que quiero hacer contigo te va a ensuciar tanto.

—Bah... —suelta un quejido erótico cuando vuelvo a pasar la mano, esquiva, por su pubis—. Estar limpio está sobrevalorado...

Me río y la elevo hasta el lavabo, dejándola sentada y despojándola de la toalla. Sin dejar de mirarla, me voy quitando la ropa y observo la transparencia de sus reacciones reflejadas en su cara. La humedad y la tenue luz del baño me evocan un recuerdo que descarto, centrándome en Rebeca.

Cuando me quedo totalmente desnudo, ella hace el intento de bajar de su improvisado asiento.

—Quieta, estás espectacular. —Se recoloca y pone ambas manos a cada lado de sus muslos, apoyadas en la superficie—. Abre las piernas.

—¿Así? —pregunta sugerente, exponiéndose totalmente a mi vista.

—Así, perfecta —añado—. Ahora tócate.

Ella me mira elevando una ceja. La imito y sonrío de medio lado, llevando mi mano a la base de mi erección y comenzando a meneármela muy despacio. Rebeca desvía su atención a mis movimientos y se relame, observando cómo constriño la corona y una gota de líquido preseminal resbala por ella.

Llevo duro desde que entramos por la puerta de la casa.

—No quiero tocarme —se queja.

—¿Te gusta mirarme?

—Sí —contesta sin dejar de observar mis movimientos.

—A mí también me gustaría verte a ti. —Retengo un gemido y ralentizo mis movimientos—. Tócate, Rebeca.

Su mano derecha se acerca a su vagina y acaricia suavemente sus pliegues. El espacio que nos separa no es impedimento para ver brillar sus fluidos en la entrada de su cuerpo. Mi mano izquierda viaja sola hasta mis testículos y los acuno, oprimiéndolos.

—¿Seguimos? —le pregunto al ver que centra el movimiento en el clítoris, dándole lentas pasadas en círculos. Ella asiente—. Quiero que me digas qué es lo que te gusta. Déjame conocerte y enséñame.

Traga saliva y tose nerviosa.

—Me gusta empezar a frotar de arriba hacia abajo el clítoris con un dedo, poco a poco, y jugar a hacer círculos encima de él, sólo rozando con la yema de los dedos. —Acompaña sus palabras con los movimientos que va describiendo.

—Sigue.

Contiene la respiración unos segundos y continúa, con la voz cada vez más turbada y su mano jugando con su cuerpo.

—También me gusta... deslizar uno o dos dedos por el centro de mi vagina y el clítoris, pasándolo de arriba abajo, a veces más rápido... —frota en varias ocasiones y mueve sus caderas—, y otras más lento.

—Para controlarte y controlarlo. —Asiente e incrementa la presión, gimiendo—. Sigue hablando, Rebeca.

Ella rebufa crispada, pero a la vez entregada, y sube uno de los pies al lavabo, flexionando la rodilla y dejando a la vista sus dos orificios.

Trago saliva cuando mi polla se sacude impaciente.

—Suelo llevar un par de dedos... Oh, joder... Un par de dedos para impregnarlos y

los meto una o dos falanges dentro de mí. —Me lo muestra y echa la cabeza hacia atrás, metiendo y sacando los dedos índice y corazón cada vez más lubricados—. Santi, no puedo hacer esto... —protesta.

—¿No puedes o no quieres? —pregunto con voz grave, sintiendo las gotas de sudor correr por mis sienes. Ella no habla y la animo a continuar y dejar de lado el pudor que siente por probar algo diferente—. Lo estás haciendo muy bien. Continúa, por favor.

Con sus dedos índice y pulgar presiona el clítoris y mueve repetidamente los nudillos alrededor de éste, pasándolo de un lado para el otro, explicándomelo.

—¿Dónde te sueles tocar? —le pregunto, apretándome la base y conteniendo un segundo la respiración—. ¿En la cama?

—En la cama, en el baño, en el sofá... —enumera—. Encima de un lavabo con un mulato empalmado a un metro de mí mientras estoy desesperada porque me la clave muy hondo.

Sonrío.

—¿Quieres que te folle, Rebeca?

Asiente solemne.

—Mucho.

—Córrete.

Me mira confundida con la mano lánguida sobre sus labios vaginales.

—¿Ahora?

—Me parece un buen momento, sí. —Tuerzo la cabeza y hago un ademán, invitándola—. A no ser que quieras dejarlo aquí...

Su mueca me provoca una sonrisa y se queja murmurando.

—Me las vas a pagar, Santiaguito.

—Estaré deseando ver eso, Rebeca. —Me acerco hasta el lavabo y apoyo mis manos a cada lado de su cuerpo, sin rozarla—. Ahora tócate hasta el final.

Cierra los ojos y los aprieta fuerte, volviendo a mover sus dedos y a repartir sus fluidos por la piel sonrosada y húmeda de su sexo. Siento la boca seca y mi erección va a reventar, pero me mantengo concentrado en sus movimientos y expresiones, atento al instante en el que empiece a correrse. Cuando sus gemidos amenazan con dejarme deliciosamente sordo y su cuerpo convulsiona sobre el mármol, agarro su cuello y la atraigo hacia mí, devorando su boca y sintiendo la rapidez del movimiento

de su brazo irradiar por mi cuerpo.

El momento se desvanece tan rápido como ha llegado y ella suspira, abriendo de nuevo los ojos que ha mantenido cerrados.

—Qué desperdicio de orgasmo teniéndote aquí —protesta cuando está más calmada.

—¿Desperdicio? En absoluto —la contradigo—. Me lo has regalado a mí.

—Yo ya he cumplido, moreno... ¿Ahora es cuando damos un paso más? —Sonríe sugerente.

Me río con ella y la agarro de los muslos, atrayéndola hacia mí y sintiendo su calidez encima de mi pene. La cargo a peso con ambos brazos y me dirijo a la habitación, decidido a cumplir sus deseos de clavarme muy profundo dentro de ella.

—Ahora es cuando damos un paso más.

Capítulo 23

Ghost

Rebeca

—¿Estás bien? —pregunta preocupado al oír mi quejido contenido—. Rebeca... Eh, escúchame, ¿estás bien?

Olvido por un segundo dónde me encuentro y con quién, reviviendo el pasado. Cierro fuerte los ojos y respiro de forma agitada, sintiendo una opresión encima de mi cuerpo que me mantiene encerrada y sin poder moverme.

—Shhh, tranquila... —susurra calmándome y sintiéndome libre del peso que antes me oprimía—. Rebeca, mírame. Mírame, cariño.

Abro los ojos y me doy cuenta de que están húmedos y mis manos aferradas en sendos puños a la sábana que hay bajo mi cuerpo. Suelto el agarre cuando los ojos de Santi me escrutan.

—¿Ya estás aquí? —vuelve a preguntar, preocupado.

—Por un momento me ha faltado el aire —admito ahogada, y él me mira inquieto.

—Ten, bebe.

Me tiende un vaso con agua que había en la mesilla y obedezco, notando el líquido bajar por mi reseca garganta.

—Ven aquí.

Se tumba en la cama y me lleva con él, tapándonos con la manta y apoyándome en su pecho, sintiendo el latido de su corazón retumbar en mi oído, alterado. Su respiración profunda y pausada, muy controlada, va ralentizando su ritmo cardíaco y me doy cuenta de que, concentrada en ello, el mío también normaliza sus latidos y me encuentro bastante más tranquila.

—Lo siento.

—No te disculpes.

—Imagino que ya sabes el motivo de lo que me ha pasado.

—Me gustaría que fueses tú la que lo compartiese conmigo, pero sí, me imagino lo que te ha pasado. Siento no haber estado más pendiente de tus reacciones y haber parado a tiempo para haberlo evitado.

Niego con la cabeza y me apoyo en mi brazo, observando su seria cara.

—Tú no tienes la culpa de lo que yo arrastro.

—No, pero me he precipitado —musita culpable.

—¿Precipitado? —Me río—. Pero si hemos tenido más cortejo que mis abuelos, sólo nos ha faltado la carabina... Santi, por todos los dioses, no te condenes por algo que no puedes controlar... Conseguiré dejarlo a un lado como hasta ahora.

Él se pellizca el puente de la nariz y respira hondo. Sin haberlo pensado, mi boca comienza a hablar, abriéndome de par en par a él.

—Sufrí abusos por parte de mi pareja.... a veces incluso de mi pareja y sus amigos. —Se mantiene en silencio—. Austin era un tío con una personalidad muy inestable ya de natural, pero además de eso consumía y podía ser aún peor. Había días en los que todo era genial y me preguntaba cómo había pasado por mi cabeza siquiera la posibilidad de dejarlo, pero en un momento dado y sin ninguna gran razón para ello, cambiaba radicalmente y me convertía en una puta que sólo le daba problemas y a la que había que educar a base de golpes.

Él pasa su brazo por detrás de mi cuello y su mano acaricia la parte superior del mío, reconfortándome. Continúo relatando los hechos que, aunque me duelen, hoy veo lejanos y un poco ajenos.

—Hubo instantes en los que deseé desaparecer... Yo también consumí en los peores días. Necesitaba evadirme de todo... Me hundía en la miseria con sus palabras y se regodeaba cuando me utilizaba, diciéndome que era una zorra que calentaba a todos los hombres con los que me cruzaba y que por eso él me los traía a casa, para que se saciasen de mí.

Aparto de un manotazo una lágrima de rabia que ha escapado mientras hablo y me sorbo la nariz. Santi besa mi cabeza.

—Llegaba un punto en el que perdía la consciencia y no sentía ni lo que me hacían. —Dejo escapar una amarga carcajada—. Es gracioso que pensase eso sobre mí, cuando apenas salía de casa por temor a que me pegase por ello.

—¿Cuántos años estuviste así? —inquire delicado.

—Casi tres, aunque conforme iba pasando el tiempo fue empeorando. La peor

etapa fueron los últimos seis o siete meses.

—¿Por qué no se lo contaste a tu hermano en alguna de las conversaciones que mantuvisteis? Ésa es una de las cosas que más impotencia le crearon a Rubén, saber que había estado hablando contigo cuando todas esas cosas ocurrían y no haberse dado cuenta de nada. En parte se siente culpable.

—Él no podía saberlo cuando sólo manteníamos contacto telefónico, Santi... Que mi hermano se viniese a Barcelona creyendo que mi vida estaba en Badajoz con Austin y que todo iba bien, era lo que yo le había dejado creer. No podía tirar por tierra su futuro haciendo que se quedase conmigo. Rubén tenía que volar.

—Estoy seguro de que hubiese encontrado la manera de ayudarte.

—Podrían haber pasado muchas cosas, pero la verdad es que fue como fue y ya es pasado... En aquel momento no creí que tuviese que pedirle ayuda ni hacerle partícipe de mis problemas de pareja. Valentina fue la única a la que sí dejé que se acercase a mí y fue porque entendí que, si no salía de esa casa, acabaría muerta. Que ella también necesitase mi ayuda con su matrimonio y me la pidiese fue lo que me mantuvo anclada a la tierra, sabiendo que aún le hacía falta a alguien.

—¿Cómo puedo ayudarte a que estés mejor? —Se gira en la cama y se apoya en su costado, mirándome y repasando mi cara con un dedo—. Me siento impotente.

—Ya lo haces. Me ayudas más de lo que imaginas.

—Antes...

Lo corto.

—Siempre voy a ser una mujer que ha sufrido malos tratos. Por desgracia eso no va a cambiar; aunque pasen veinte años, va a estar siempre ahí. Ya sabes que eres el primer hombre con el que estoy desde que pasó y necesito aprender a mantenerlo alejado de nosotros, en su jaula dentro de mi cabeza. Sólo necesito conseguir apartarlo.

—Me tienes aquí, Rebeca. Todo lo que necesites, no tienes más que decírmelo.

—Lo sé, Santi. No me abriría así a ti si supiese que sólo vamos a tener un par de encuentros sexuales. Sé que, esto —nos señalo—, se nos ha ido un poquito de las manos.

—A mí se me fue del todo hace ya un tiempo. —Sonríe tierno.

Me acerco a él y lo beso, metiendo la mano bajo la manta y acariciando su abdomen.

—Es que soy irresistible —bromeo.

—Lo eres. —Me besa de nuevo, introduciendo su lengua en mi boca de forma dulce y acariciando un lado de mi cuello—. Eres una mujer increíble.

—Gracias... ¿Podemos intentarlo de nuevo?

Él me mira enternecido y sonrío asintiendo.

—Podemos intentarlo todas las veces que necesites, cariño.

Sólo hizo falta un nuevo enfoque para conseguir cuadrar nuestros cuerpos en uno solo. Sentirlo en mi interior, debajo de mí, observando su cara contraerse de placer al llegar al orgasmo, así como comprobar su preocupación en todo momento, esperando que estuviese cómoda para continuar... admito que fue una de esas experiencias que sabes que no vas a olvidar en la vida.

Nuestra primera vez juntos.

Vendrán veces mejores, más fluidas y donde nos conoceremos más, pero este recuerdo no necesitaré retenerlo en ninguna jaula dentro de mi cerebro, pues, cuando lo rememore, sonreiré y, seguro, querré más.

Sus movimientos expertos delatan que es un buen amante, muy complaciente y que sabe lo que hace. Mi lado más perverso sale a la luz cuando me mira con esos ojos verdes, devorándome con cada pestañeo.

Me ha dejado a mí marcar el paso, ser la que tuviese el control en todo momento. Sentirme tan segura con él es la clave de que exista esta conexión tan bestial entre nosotros.

¿Es posible sentir sus orgasmos como si fuesen míos?

Ahora, tras llevar veinticuatro horas con él en esta casa tan inmensa y espectacular, habiendo compartido tanto, sé que mis temores eran en vano.

Esto no es sólo sexo...

Rebeca, amiga mía, te has enamorado hasta las trancas.

—¿Por qué me miras así? —me pregunta apoyado en la chimenea después de acercarse a añadir un tronco más.

—¿Cómo te miro? —coqueteo.

—Saciada y satisfecha. ¿Es así?

Me recuesto en el sofá y enrosco un mechón de pelo en un dedo.

—Intentas que te regale el oído, Santi. No cuela. Ya sabes que sí.

Él se ríe y se acerca a mí, mirándome de soslayo.

—Sólo quiero saber si estás bien.

—Claro. ¿Quién no lo estaría después de llevar casi veinticuatro horas metida en la cama con un descendiente directo de Eros, el dios del sexo?

—Ya será para menos —replica sonriendo.

—Como poco tienes que ser pariente lejano suyo... Eso o tienes una rutina de entrenamiento sexual diaria.

Se sienta a mi lado y pone mis pies en su regazo, masajeándolos con sus largos y ágiles dedos. Suelto un gemidito, satisfecha, y cierro los ojos.

—Te gusta que te toquen los pies —afirma encantado.

—Mmm... —murmuro en éxtasis.

Se reacomoda en el asiento y continúa con el masaje, mientras yo escucho su voz junto al crepitar de la chimenea.

Qué delicia...

—Ya hemos hablado otras veces de los gustos de cada uno, pero ¿qué tal si esta vez hablamos de los que tienen que ver con el sexo?

—¿Gustos sexuales? —pregunto reflexivamente—. Bueno, soy heterosexual...

—¿Y ese tono de duda?

—Digamos que he hecho mis pinitos en el mundo lésbico —contesto con los ojos cerrados y conteniendo una mueca divertida al imaginar su cara—. Me entraron ciertas dudas que no tuve más remedio que disipar... Y tener una amiga bisexual a mano con una vena caritativa me vino de perlas.

—¿Roxi?

—La misma. No imaginas lo entregada que estuvo a la causa...

—¿Me cuentas esas dudas?

Le relato lo que ocurrió con Roxi tanto en el cumpleaños de mi hermano, cuando nos besamos a petición mía, como más tarde en su casa a modo de experimento. Abro los ojos en un par de ocasiones y lo observo concentrado en el movimiento de sus manos sobre mis pies, sonriendo en algunos momentos.

—¿No te asombras? —le pregunto.

—En absoluto. Me parece perfecto, y no todo el mundo haría lo que tú has hecho

—apunta cuando acabo mi narración.

—Imagino que ya te habrás dado cuenta de que yo no soy como todo el mundo...

—No, no lo eres.

—¿Y eso te gusta? —indago melosa. Él me mira y arquea una ceja—. Ya... Imagino que no le estarías sobando los pies a alguien que no te gustara.

Sonríe jovial y sube su mano por mi pantorrilla, apresando mi gemelo y destensándolo.

—Me refiero a que es normal tener cierta curiosidad sobre lo que no conocemos o nos llama la atención; apostaría a que todos la tenemos en un momento dado de nuestra vida, pero nadie suele pasar de ahí.

—¿Y tú has pasado? —Asiente—. ¿Con mi hermano? —pregunto interesada, encontrándole sentido a mi teoría inicial, cuando lo conocí.

Su risa contenida acicatea mi curiosidad.

—¿Qué te pasa conmigo y con Rubén, que no paras de querer emparejarnos?

—Actuáis raro.

Él se ríe de nuevo y se gira en su asiento, quedándose frente a mí, que continúo tumbada.

—No sé si quiero saber a qué te refieres exactamente con eso. Quiero a tu hermano porque es un buen amigo, pero no me siento atraído por él en ningún aspecto.

—Mejor, sólo de imaginarlo me da repelús... —Imito una arcada—. Es mi hermano pequeño.

—Exactamente, ¿qué te da repelús: imaginarme con otro hombre o concretamente con tu hermano?

—Vale, creo que la he cagado, ¿no? —Sonríe—. ¿Te has acostado con otro tío?

—El sexo es algo natural y nos mueve el instinto, Rebeca. En mi caso, la época de la universidad fue un tanto estresante y experimenté con varias cosas, entre ellas la curiosidad por probar con alguien de mi mismo sexo, como tú con Roxi.

—Vale, cuéntamelo. Hazlo rápido, como la depilación, así dolerá menos... Eres una puñetera caja de sorpresas, aunque no sé de qué me asombro, si yo he hecho lo mismo.

—No tuvo demasiada importancia. Tengo muy clara mi orientación sexual, pero tenía curiosidad y simplemente vi hasta dónde era capaz de llegar.

—No sé si tiene sentido, pero te lo compro —admito.

Nos sonreímos y me escruta, divertido.

—Desde que tuve conciencia de mi cuerpo y de las necesidades que se iban despertando en mí, he buscado numerosas formas de ver y entender el sexo. No me escandalizo fácilmente, porque yo mismo he probado todo lo que me ha apetecido.

—Explícate.

Me mira y me sonrío.

—¿Estamos fuera del horario infantil?

—Más bien es la hora de las brujas... ¿Quieres un té?

Me levanto del sofá y me encamino hacia la cocina tras su respuesta afirmativa. Al volver, le tiendo su taza, me siento sobre mis piernas y me tapo con la manta que compartimos, soplando mi infusión—. Vamos, soy toda oídos.

—Intenta dejar tus prejuicios a un lado por un momento, ¿de acuerdo?

—Prejuicios a un lado, hecho.

—Te lo pido porque vivimos en una sociedad que se mueve mucho por el convencionalismo y los tabúes. Si te paras a pensarlo, es de lo más hipócrita... Por ejemplo, no aceptamos que una mujer enseñe sus pechos en público al darle de mamar a su bebé, pero, por el contrario, elevamos el cine porno a una de las empresas más rentables.

—Tienes razón, pero no sé si entiendo la conexión entre eso y lo que has hecho con Santiaguito... —Señalo su entrepierna con la cabeza y él se ríe.

—Lo entenderás con un ejemplo práctico. —Sorbe de su taza—. ¿Qué pensarías si te dijese que tu hermano y tu mejor amiga han practicado sexo en lugares públicos mientras otras personas los observaban?

El té que acabo de beber se me va por otro lado y toso escandalosamente.

—¿Estás de broma? —pregunto con la voz aún afectada por el ahogo momentáneo.

Él se ríe y niega con la cabeza.

—Era sólo un ejemplo, no sé lo que hace Rubén con su novia —aclara—, pero imagina que sí hubiese pasado... Como no es algo muy común ni está aceptado por la mayoría de la gente, lo habitual sería escandalizarse y señalarlos.

—Entiendo...

—Yo sí lo he hecho.

Lo miro y alzo ambas cejas, arrugando la frente.

—¿Has... has follado delante de personas?

Asiente con media sonrisa.

—Sí.

—¿En serio?

—En serio. Se llama *cancaneo* o *dogging*.

—Gracias por contribuir a que sea un hecho eso de que nunca te acostarás sin saber algo más... —suelto sin darle tiempo a hablar—. ¿Cómo es? ¿Qué hacen esas personas mientras tú estás ahí en plena faena?

—Básicamente consiste en practicar sexo en lugares públicos acordados previamente. Es anónimo y hay ciertas reglas para saber si quieres que participen, que sólo miren, etc.

—¿Y has hecho más cosas, aparte de eso, o es lo único? —indago curiosa, con toda mi atención puesta en él.

—Dime la verdad, ¿qué piensas de mí ahora?

—Que me resultas todavía más interesante y follable que antes, además de una atractiva fuente de sabiduría.

Su espontánea carcajada ameniza un poco el ambiente.

—No es lo único que he hecho. ¿Quieres saber más?

—Haces preguntas absurdas.

Pongo los ojos en blanco.

—Morbosa curiosidad...

Deja la taza encima de la mesa y se acerca a mí, para depositar luego la mía al lado de la suya. Abre la manta y me recuesta hacia atrás, quedando tumbada en el sofá con el reposabrazos en mi cabeza. Él se apoya en uno de sus costados, manteniendo medio cuerpo encima de mí y nos tapa de nuevo, jugueteando con mi sudadera y metiendo la mano debajo de ésta, acariciando mi piel.

—He ido a locales de intercambio que me han recomendado algunos conocidos que están más metidos que yo en el mundo liberal con sus parejas. Ellos suelen avisarme cuando hay algo interesante.

—¿Te dicen dónde ir a follar? ¡Qué suerte! Yo no tengo amigas así...

—Bueno, digamos que saben cuáles son los mejores sitios bien porque han estado o porque los conocen de oídas. —Sonríe divertido al ver mi cara—. Y, una vez allí, dejo que mis instintos me dominen. Nunca he pagado por tener sexo, así como tampoco he dicho que no a nada que me haya apetecido. Hago lo que quiero,

respetando siempre a las otras partes implicadas y sus límites.

—Y aprendes...

—Siempre se descubre algo nuevo, sí.

—¿Como qué?

—Ya te enseñaré algunas de las cosas que he aprendido...

—Dime unas cuantas —insisto, empezando a calentarme.

—Está bien. A ver... ¿sabes lo que es el *tickling*? —Niego con la cabeza—. Es una práctica en la que el orgasmo se alcanza a través de las cosquillas.

—Descartada —asevero—. Las odio.

Él se ríe y continúa con sus caricias, hablándome cerca del cuello.

—¿Y qué tal el beso de Singapur? —me pregunta mordéndome el hombro. Yo me revuelvo y elevo la pelvis, rozándome con su pierna—. Si te lo hacen bien, puede ser una verdadera delicia

—¿Qué es? —murmuro interesada.

—¿Te suena más Pompoir? —Vuelvo a negar—. Es una técnica milenaria en la que la única estimulación que recibe el pene es con la contracción de los músculos de la vagina. El efecto es similar al sexo oral para nosotros; en vuestro caso, ayuda a que lleguéis antes al orgasmo y sea más duradero e intenso por el aumento del riego sanguíneo al ejercitar ese músculo. En Tailandia las madres enseñan esta técnica a las hijas para que la dote de éstas sea mayor debido a las habilidades sexuales de la futura esposa.

—Y aquí nos enseñan a coser... ¡qué equilibrado! —ironizo—. ¿Cómo se hace?

—Suele requerir cierto entrenamiento, aunque depende de la mujer. Fundamentalmente consiste en que yo me introduzco dentro de ti y tú eres la que lo estimulas con la contracción de tus músculos vaginales. No hay embestidas ni movimientos externos.

—No le veo la gracia... —gimo cuando su mano derecha se centra en mi pezón—, pero si tú lo has probado...

—En la variedad está la virtud, Rebeca. Es una técnica más y puede ser muy intensa, aunque los hombres debemos mantenernos totalmente pasivos y a vuestra merced para que tenga éxito.

—Mmm... eso me gusta. —Se ríe al oírme—. ¿Algo más?

—Sí, algo más hay por ahí. —Tuerce la sonrisa de un modo seductor—. Sexo

tántrico, ser un mero espectador, jugar con la línea que separa el dolor y el placer...

—Otra cosa que descartamos. ¿Dolor? No, gracias. ¿Hay algo que no hayas hecho? —bromeo—. Madre mía, comparada contigo, aún estoy saliendo del cascarón.

Él me besa, acallándome. Su mano desciende y se cuela por mi pantalón, acomodándose en mi húmedo sexo.

—No lo he probado todo y seguro que encontramos algo nuevo que hacer —susurra—. Por ejemplo, tener sexo a todas horas con mi pareja cómo y dónde se nos ocurra. Eso no lo he practicado nunca y este fin de semana vamos por buen camino.

Gimo cuando introduce su dedo corazón en mi cuerpo y lo curva hacia arriba. Su movimiento me produce una descarga al centrarse en un punto de mi interior.

—Creo que al final sí me... —respiro agitada—, me he portado bien.

Me mira interrogante y con la boca entreabierta por la excitación.

—Los Reyes me han traído a alguien capaz de cumplir todas las fantasías sexuales que tengo.

—¿Muchas?

—Innumerables... —murmuro agitada—. Sigue tocándome así y te las contaré dentro de un ratito...

Su sonrisa se pierde dentro de la manta y pongo los ojos en blanco de placer al sentir la humedad de su lengua unirse al movimiento de sus dedos.

Capítulo 24

Los puentes de Madison

Santi

—¿Me lo prometes?

—Que sí, Santi —bufa exasperada, saliendo del baño—. Te prometo que, si en algún momento quiero parar, te lo haré saber. ¿Ya estás más tranquilo? Porque vaya mañanita de sábado llevas...

La observo colocarse la ropa interior con la cara deliciosamente hinchada por el sueño. Su indomable pelo rojo vuela de un lado para otro con sus movimientos.

—No estaré tranquilo hasta que pase —murmuro imperceptiblemente—. Ven —le pido, alargando mi mano hacia ella.

—Estás demasiado rarito esta mañana, Santi. —Me escruta con sus curiosos ojos—. ¿Qué tramas?

—Pronto lo sabrás. —Mi móvil vibra en mi bolsillo—. Escúchame: vamos a hacer algo que quizá te sorprenda, pero debes confiar en mí, ¿de acuerdo?

—¿No me lo vas a contar?

Su mente seguro que está elucubrando ahora mismo, pero dudo que lo pueda llegar a imaginar.

—Tendrás que esperar a llegar para saberlo —le contesto, agarrando su cara con ambas manos—. Sé que confías en mí. Dímelo.

—Confío en ti, Santi. —Frunce la boca—. ¿Qué me ocultas? Si te crees que me he olvidado de tus misterios sin resolver y éste es otro más...

—¿Misterios sin resolver?

Elevo una ceja, divertido.

—No te hagas el tonto, anda. Te encanta ir dejando miguitas a tu alrededor, como ese armario tan indescifrable —suelta mientras me mira y arquea una ceja.

Aprieto la boca y me alejo un paso de ella. Una nueva vibración retumba en mi

pierna.

—Se nos hace tarde. Ponte ropa cómoda, por favor.

Ella asiente y no añade nada más, para mi suerte y la de la persona que nos está esperando desde hace más de diez minutos. Ya me he disculpado con él, pero la debilidad de verla dormir tan plácidamente en la cama ha podido conmigo.

Arranco el coche y lo saco del garaje. Me quedo sentado en su interior y la veo salir a los pocos minutos, frotándose las manos debido al frío. Se sube el abrigo hasta la boca y entra en el vehículo tiritando.

—Madre mía, se me han congelado hasta las ideas. Brrrr... ¿Necesitas renovar la decoración del baño? Porque con mis pezones se podrían cortar azulejos ahora mismo —se queja, llevando las manos al salpicadero para recibir el calor que sale por la rejilla—. Llevar desde el jueves por la tarde metidos en casa me ha hecho olvidarme de la temperatura del exterior. Espero que haya una buena razón para salir...

Sonrío enigmático.

—La hay.

—Y que sea en un lugar caliente.

Mi sonrisa se ensancha.

—Entrarás en calor rápidamente.

Ella asiente, satisfecha, y se apoya en el asiento, recolocándose el pelo.

—¿Nos vamos? —me pregunta, volviéndose hacia mí y dándose cuenta de cómo la estoy mirando—. ¿Qué? ¿Qué pasa?

Me acerco y le doy un beso, observando sus ojos cerrarse entregada. Paso mis manos por su cabeza y deslizo un trozo de tela por su cabello, colocándoselo encima de los ojos.

—¿Confías en mí? —vuelvo a preguntar al ver su sorpresa.

—Sí... —titubea—. ¿Es necesario esto?

—Sí.

Se mantiene unos segundos en silencio, finalmente respira hondo y se vuelve a acomodar.

—Estoy lista.

—Ya veremos... —susurro, arrancando el vehículo.

Mi cabeza es un hervidero de posibilidades que me tienen en el más absoluto nerviosismo.

Después de unos quince minutos de recorrido en los que Rebeca se ha mantenido en un silencio desacostumbrado, apago el motor y ella se paraliza.

—Hemos llegado —anuncio.

—Ajá.

Bajo del coche y saludo a Marco con la mano mientras me acerco a la puerta del copiloto, para ayudarla a descender. Él se mantiene a unos metros de nosotros, esperando y observando nuestros movimientos.

—Ten cuidado, el terreno es un poco inestable hasta donde debemos llegar.

—No me sueltes —musita temerosa.

—Nunca.

Le pido a nuestro nuevo acompañante que mantenga el silencio con un dedo en mis labios cuando llegamos hasta él y me coloco detrás de Rebeca al frenar nuestro recorrido.

—¿Estás bien? —le pregunto al ver su respiración superficial y rápida.

Ella asiente.

—Voy a prepararte, ¿de acuerdo?

—Sí.

Su inquietud se transmite a su voz.

Hago un gesto a Marco, que se coloca delante de ella y se agacha.

—Levanta la pierna derecha. —Lo hace y él pasa por ella la correa, ajustándola—. Ahora la izquierda —le indico y obedece, recibiendo el mismo trato que la anterior, subiendo la tira hasta su ingle. Ella se envara y le beso el cuello al oír el «clic» del arnés.

—¿Estás cómoda?

Asiente.

—Ya sabes que, si en algún momento quieres parar...

No me deja terminar la frase y me corta.

—Quiero continuar.

Frunzo el ceño al oír su petición.

¿Qué cree que vamos a hacer para estar tan segura?

—Está bien. Ya estás preparada.

—¿No me desnudas antes?

Su pregunta hace que Marco abra mucho los ojos y me mire, recibiendo una mirada

de advertencia por mi parte.

—No es necesario.

—¿Me pongo de rodillas?

—Quédate como estás.

—¿Abro la boca, entonces?

—Mejor mantenla cerrada, Rebeca.

—Ya te aviso que por las orejas no me cabe...

Sonrío.

—Rebeca...

—Ah, sí. Perdón. Ya me callo.

Marco contiene la risa y niego con la cabeza, divertido. Esta mujer no tiene remedio alguno.

Él me da unas instrucciones previas y ayudo a Rebeca a colocarse. Su mano fría se aferra a mí y la mantengo en un lugar seguro.

Para terminar de prepararnos, me acerco más y le hablo a escasos centímetros de su boca, con las manos de Marco entre nosotros.

—Voy a quitarte esto, pero, cuando lo haga, quiero que me prestes atención antes de nada, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Rebeca, puedes hablar. No tienes que contestarme con monosílabos.

—Lo siento. Sí, de acuerdo.

Arqueo una ceja al oír su tono dócil y respiro hondo mientras dejo libre su visión. Ella parpadea un par de veces y se da cuenta de dónde estamos, abriendo mucho los ojos, alarmada.

—Escúchame —le ruego, y vuelve su atención a mí, agitada—. Quiero que sepas que no haría nada que te hiciese daño ni te perjudicase.

—Madre mía...

—Necesito que entiendas que, aunque no soy un hombre demasiado normal o común, si me dejas voy a intentar hacerte feliz cada día que estemos juntos.

—Santi...

—Permíteme acabar, por favor —le pido con un nudo en la garganta—. Desde que te conocí supe que me volverías loco y no estaba equivocado: lo has hecho de todas las maneras posibles. Rebeca, quiero que sepas que conmigo estarás siempre a salvo,

porque me importas, porque te has convertido en una parte fundamental de mi vida y ya no concibo mi día a día sin ti.

Ella me mira enternecida y sonrío, manteniéndose en silencio unos segundos que se me antojan eternos.

—¿No dices nada? —le pregunto expectante.

—No sé qué decir —admite nerviosa y sorbe su nariz—. No me esperaba esto para nada. A decir verdad, esperaba algo totalmente diferente e incluso estaba mentalizada para ello... Sumamente diferente, sí, nada que ver... Pero tú te acabas de declarar. —Se ríe inquieta—. Y ha sido lo más bonito que me han dicho nunca... Conociéndote, has debido de pasar un rato un poco difícil. —Asiento sonriendo cuando ella saluda con la mano a nuestro espectador, que contiene una sonrisa al inclinar la cabeza a modo de saludo.

—Aún lo es.

Se vuelve hacia mí y me mira intensamente.

—Yo también siento algo aquí, Santi —concede llevándose su mano al pecho, sobre el corazón, y mis ojos se entrecierran al curvarse mis labios—. Has conseguido de mí más de lo que creía que sería capaz de volver a dar alguna vez. Confieso que ha habido días en los que te hubiese ahogado en el fregadero por tu negativa a acercarte a mí, aunque ahora entiendo el motivo. Y también reconozco que, si pienso mucho en esto, me da algo de miedo... Siento que a tu lado puedo ser tal y como soy sin tener que reprimirme, que mis miedos y mis fantasmas los puedo compartir contigo y podemos intentar superarlos juntos... Y por eso, porque me importas, voy a acceder a cometer este disparate.

—Espero que no sea el único.

—Puedes apostar a que no. —Me agarra de la mano y la aprieto contra mí en mi abrazo—. Te has ido a encaprichar de una chiflada, así que no esperes otra cosa conmigo que una locura tras otra.

—Aunque ésta la haya organizado yo...

—Sí. Y sólo a ti se te ocurriría declararte trayendo a tu chica a un desfiladero antes de hacer el primer salto de su vida en puenting —apunta divertida—. Pero tranquilo, tus excentricidades están a salvo conmigo.

—Gracias.

—No hay de qué... —Mira hacia abajo y resopla inquieta—. ¿Vamos?

Echo la vista atrás y levanto el dedo pulgar hacia arriba mirando a Marco, que me hace una seña.

—Juntos. ¿Preparada?

—Nací preparada.

Me río a carcajadas cuando la oigo gritar, desgañitándose, con su cuerpo pegado al mío y cayendo al vacío. Lo que siento en el estómago no es sólo el vértigo del salto, pues ya lo he hecho otras veces y poco tiene que ver con eso. Esta intensidad debe de ser ese escozor dulce y picante que produce el estar enamorado.

—¡¡Qué pasada!! —chilla eufórica—. ¡¿Podemos volver a hacerlo?!

Respiro hondo, feliz, sintiendo toda la sangre en la cabeza y viendo sus pelos hacia abajo debido a la fuerza de la gravedad cuando llevamos unos minutos ralentizando el vaivén de nuestros cuerpos en el vacío.

—Lo haremos más veces, pero ahora tengo otros planes más interesantes para ti.

Ella me mira arqueando una ceja y sus labios se unen, seductores.

—¿Esos planes incluyen ropa?

—No necesariamente...

Sonríe y me besa, mordiéndome los labios y gruñendo.

—Apuesto a que decir guarradas y comerte la boca con una mujer estando colgados por los pies en el aire no lo habías hecho antes.

—¿Ves? —Suelto mis manos de las tuyas y las llevo a su trasero, comprimido por el arnés—. No es tan difícil encontrar primeras veces...

Se ríe y niega con la cabeza, jovial.

—¡Qué va! —ironiza—. Es de lo más sencillito.

Tras despedirnos de Marco y agradecerle su trabajo para llevar a cabo mi petición, montamos en el coche, aún con el subidón de adrenalina producido por el salto. Rebeca parlotea durante todo el trayecto, explicando lo que ha sentido antes, durante y después de hacerlo. Yo la escucho entretenido, soltando alguna carcajada espontánea por sus comentarios y contento porque todos los planes hayan salido bien... Confío en que mantenga la misma mentalidad abierta que ha manifestado hace un rato para todo lo que queda por pasar entre nosotros.

Estaciono el vehículo fuera del garaje con la idea de subir a ducharnos y marcharnos de nuevo, pues tenemos una mesa reservada en un lugar con unas vistas increíbles al Montseny.

—Rebeca —la llamo cuando sale del coche con la intención de avanzar hacia la casa.

Ella se vuelve y me espera mientras me acerco y me pego a ella. Me sonrío y pasa sus manos por dentro de mi abrigo, abrazándose a mi espalda.

—Gracias —murmura a escasos centímetros de mi boca—. Después de todo no eres tan insulso como creía.

—¿Insulso? —Llevo mis manos a su cintura y comienzo a hacerle cosquillas, riéndola divertido por su comentario—. Te parecerá bonito...

—¡Basta! ¡Para, Santi! —me regaña a voces y entre risas—. Odio las cosquillas.

Detengo mis dedos y llevo mis manos a su cara, acercándola a mí y dándole un beso profundo y que se torna lascivo en pocos segundos. Su cuerpo se une al mío, acortando los escasos centímetros que nos separan, y mis manos abarcan sus nalgas de forma posesiva, atrayéndola hacia mí con el agarre.

Un quejido erótico sale de mi garganta e invade su boca con la lengua. Sus caderas se mueven haciendo que su pelvis se restriegue con mi entrepierna, que se encuentra más que dispuesta a salir al frío del entorno para buscar el calor de su interior.

Sin perder el contacto, la agarro por los muslos. Ella suelta un pequeño grito placentero y se cuelga de mí, enroscando sus piernas a mis caderas. Mis manos acaparan su culo y ando despacio hacia la puerta, intentando no caer.

Me llevo una mano al bolsillo y saco la llave, no sin dificultad, pues mi atención está bastante dividida entre la deliciosa tortura que siento en la ingle, debido a la presión y el movimiento poco sutil de Rebeca, y sus labios en mi cuello y oreja.

La ducha va a tener que ser más rápida de lo que esperaba para poder llegar a tiempo, pues necesito follármela antes. Ahora.

—Vamos... —mascullo intentando abrir la puerta, consiguiéndolo al tercer intento.

Empujo con la mano la madera y un sonoro golpe llega a mis oídos al impactar ésta con el mundo.

—Bruto —critica excitada y vuelve a buscar mis labios, succionándolos.

Contra la pared me parece ahora mismo el lugar más perfecto para embestirla hasta el fondo.

Con un gruñido, la apoyo en la superficie vertical, apretando mi trasero para volcar mi cuerpo sobre el suyo. Sus manos se prenden del cuello del jersey y me besa enardecida. Cuando voy a llevar la mía a su entrepierna y meterla dentro de su pantalón, un carraspeo masculino llega hasta mis oídos, deteniéndome completamente y provocando lo mismo en Rebeca.

Ella asoma la cabeza por encima de mi hombro.

—Joder... —susurra abochornada, intentando soltarse de mi agarre.

Me doy la vuelta dejándola en el suelo y miro hacia atrás, donde una buena parte de mi familia nos observa con una mezcla de rubor y diversión.

—Hola, hijo —saluda mi madre con una fuente de ensalada en las manos.

—Hola, mamá —le devuelvo el saludo tras carraspear, escudando a Rebeca con mi cuerpo.

La agarro de la mano y la pongo a mi lado, a la vez que veo sus mejillas de un intenso color rojo. Mi entrepierna aún siente los estragos de lo que ha sucedido hace unos segundos y me pide que me la cargue sobre un hombro y la lleve a nuestra habitación para acabar lo que hemos empezado, olvidando esta inesperada sorpresa.

Decido no hacerle caso y ser civilizado.

—Tú debes de ser Rebeca —rompe el silencio mi madre, utilizando un tono cordial y amable.

Ella asiente y sonrío cohibida.

—Mi madre, Mandisa —señalo—; mi hermano, Essien. A mi padre y a mi hermana pequeña ya los conoces —le indico, y ella los saluda conforme los voy nombrando.

—Totalmente recuperada, por lo que veo —comenta mi padre, socarrón.

—Oh, sí —se ríe Rebeca—. Tuve un buen enfermero.

Me mira y me guiña un ojo, descarada.

—¡Hola, Rebeca! —Kiden se acerca y le da un beso cariñoso—. Ya lo has conseguido —cuchichea y me mira, riéndose al contestarle Rebeca en voz baja, sólo para ellas.

—Me he enamorado. Que alguien llame a Victoria Secret's, porque se le ha escapado un ángel... —suspira mi hermano Essien, acercándose a mi pareja con cara de bobo.

Rebeca le sonrío y me mira divertida arqueando una ceja.

—Essien, haz el favor de dejar a Rebeca tranquila. —Mi madre lo reprende

abstraída, guiñándole un ojo a mi acompañante—. No es nada personal, es de flechazo rápido...

Rebeca suelta una carcajada y le agarro el abrigo, colocándolo en el armario de la entrada.

—Lo siento, hijo —oigo a mi padre a mi lado, viendo que Rebeca continúa con los demás, distraída—. Tu madre te llamó ayer por la mañana en un par de ocasiones para comentarte que veníamos y preguntarte si te querías unir a nosotros, pero tú móvil le salía constantemente apagado.

—Ya sabes que aquí hay muy poca cobertura y menos aún con este tiempo —le contesto, afable—. No te preocupes, yo tampoco os avisé de que iba a venir.

—No tienes que avisar, es tu casa.

—Es de todos —rebato—. No pasa nada, hago un cambio de planes y nos marchamos en un rato.

—¿Adónde vais a ir? —pregunta mi madre, que se ha acercado a ambos sigilosamente.

Kiden tira del brazo de Rebeca hablándole entusiasmada y mi hermano de veintiún años, pero actitud adolescente, las sigue fascinado. Suspiro resignado y ella vuelve su cabeza pelirroja encogiendo un hombro, jovial.

—Volveremos a Barcelona, mamá.

—¡De ninguna manera! —exclama—. Esta casa es lo suficientemente grande como para que estemos todos juntos. Además, ¿adónde vais a ir ahora con este frío y sin haber comido?

—Y aunque tu madre no lo mencione, tampoco te va a dejar que te marches teniendo aquí a tu chica a su alcance para diseccionarla con su buen ojo.

Ella se ríe y le da un manotazo cariñoso en el brazo.

—Mamá, por favor... —murmuro agotado.

—Thiago, entra en razón. Ya teníais vuestros planes hechos y, porque hayamos llegado nosotros, no vais a cambiarlos.

La miro arqueando una ceja, divertido e incrédulo.

—Cielo, querrán intimidad —tercia mi padre.

Ella me mira astuta.

—Pues para eso tienen un dormitorio estupendo en la planta de arriba con una cama bien grande y, eso seguro, más cómoda que la pared —resuelve guiñándome un

ojo—. Es una suerte que esta casa tenga los tabiques tan gruesos y tu padre ronque como un oso cavernario.

—¡Oye...! —protesta el aludido.

Sonrío al verla abrazarlo y consolarlo melosa. Me doy la vuelta para marcharme a buscar a Rebeca y librarla de los suspiros de mi hermano, así como de la charla incesante de Kiden, pero me detengo al oír a mi madre.

—Hijo, entonces, ¿os quedáis?

Asiento y su sonrisa se ensancha, mientras permanece agarrada a la cintura de mi padre.

—Es muy guapa... —Señala con la cabeza a Rebeca—. Y se ve que os compenetráis muy bien, por lo poco que hemos podido comprobar hace un momento.

Mi padre se ríe y ella aprieta los labios, conteniéndose.

—Ya te vale, mamá —contesto cariñoso.

—Estoy deseando conocerla.

—Te gustará —le contesto, encaminándome hacia donde se encuentra el objeto de todas las miradas, quien curiosease de reojo la escena.

Capítulo 25

Bajo la misma estrella

Rebeca

Reconozco que las ganas de querer que me tragase la tierra se me han pasado bastante rápido con la acogida que me ha dado la familia de Santi, aunque... menudo polvo se preveía en vertical. ¡Qué pena!

Él se ha disculpado conmigo ya en dos ocasiones, pero la verdad es que, aparte del calentón de tres pares de narices con el que me he quedado, estoy cómoda con ellos.

—¿Qué hacéis ahí fuera? —nos pregunta su madre.

Estamos sentados en el porche trasero; ambos necesitamos refrescar las ideas.

¿He mencionado ya lo genial que le sientan a este hombre los gorros? ¡Por todos los dioses!

—Huyendo de Essien —contesta bromeando.

—La comida está lista. Venid cuando queráis.

Él me mira y me agarra una mano enguantada cuando su madre se marcha y volvemos a quedarnos solos.

—Había reservado una mesa para comer fuera de casa —murmura resignado, mirando el reloj—, pero ya no llegamos.

—No te preocupes, Santi. Almorzar aquí con ellos está bien.

—No era lo que había planeado.

—Eso ya lo has dicho antes —comento, comprensiva—, pero podemos pasarlo también estupendamente aunque estén ellos. Ya buscaremos la manera de estar solos.

Se acerca a mí y me besa el cuello, hablándome al oído y, con ello, haciendo que note el calor de su aliento en él.

—Pero no voy a poder follarte delante de la chimenea —susurra carnal.

—No dudo de que se te ocurrirá algo para subsanar ese problema —replico encendida—. Apuesto a que tu familia acostumbra a dormir por las noches, y todos lo

hacen en sus habitaciones. —Me mira arqueando una ceja—. Así seguro que será más emocionante, pues tendremos que estar calladitos para que nadie nos oiga y nos pille...

—Me gusta que seas tan gamberra.

—Y a mí tu lado caliente.

Lo beso escuetamente y me levanto, instándolo a hacer lo mismo y a entrar en la casa, pues, aunque me muero de ganas de que me empuje contra la isla de la cocina y me devore entera para almorzar, no creo que a su madre le hiciera especial ilusión que cambiásemos el menú que tanto tiempo le ha llevado preparar y acabásemos comiéndonos el uno al otro sin ningún aderezo.

Aprovecho para mandarles un mensaje a las chicas, que no han parado de bombardearme en el grupo desde que ha empezado el fin de semana.

Rebeca: Hola, petardas. Sigo viva. Tengo muchas cosas que contaros.
(14.24)

RoxiPoxi: ¡Resumen! (14.25)

Rebeca: Pff... Es complicado hacer uno. (14.26)

RoxiPoxi: Eres periodista, no me jodas. (14.26)

Rebeca: Venga, va. Nos hemos acostado, ha habido tiempo para algún momento tierno, hemos ido a hacer puenting y su familia ha aparecido de la nada. ¡¡Casi nos pillan follando contra la puerta!! (14.27)

Valentina: Ya estoy aquí. ¡Hola, Rebeca! ¿¿¿Puenting??? Madre mía, qué pasada. (14.28)

Rebeca: No te lo plantees; con tu suerte, seguro que saltarías al vacío y estaría lleno. (14.28)

RoxiPoxi: Ja, ja, ja, qué mala. Y menuda manera de conocer a los suegros, ¿no? Ja, ja, ja. (14.29)

Valentina: No te preocupes, Roxi... Me debe de estar echando de menos, allí no tiene a nadie con quien meterse. (14.29)

Rebeca: No me da tiempo a echarte de menos, estoy practicando para quitarte el puesto de coneja de Duracell. (14.30)

Valentina: Entonces, ¿todo bien? (14.30)

Rebeca: Sí. Tengo que dejaros, que me espera la familia para comer... Parecen los de «La tribu de los Brady», pero en versión chocolate con leche. (14.30)

RoxiPoxi: Pásalo bien. (14.31)

Valentina: Vale, te quiero. (14.31)

Rebeca: Y yo. Petons, chicas. (14.31)

—Mi marido me dijo que eras muy guapa —comenta Mandisa cuando me pasa una fuente para que me sirva por segunda vez, sentados todos a la mesa—, pero no te había hecho justicia, eres una preciosidad. Mi hijo tiene buen gusto.

—Sus hijos —añade Essien, guiñándome un ojo sentado frente a mí, en actitud seductora.

Me río y Santi, a mi lado, le tira un trozo de pan.

—Gracias, Mandisa. Tú también eres muy guapa —le contesto a su madre, tuteándola como me ha pedido que hiciera hace un rato, y ella me sonrío, dulce.

Aunque ya debe de rondar los sesenta, se ve que ha sido una gran belleza, sumamente atractiva. Tiene un cuerpo extraordinario para haber tenido cinco hijos. Su piel oscura, pero con un tono dorado precioso, hace juego con sus ojos gatunos y negros. No me extraña que sus hijos sean tan guapos —aún me falta por conocer a dos, aunque ya me han adelantado que lo haré mañana, ya que ambos se unirán a nosotros para pasar aquí el día—, pues tanto Kiden como el descarado Essien y, por supuesto, mi moreno preferido lo son, mucho.

—Te va a encantar Nasha —me comenta Kiden, a mi derecha—. Ella y yo somos las únicas chicas y, como yo soy más pequeña, ella siempre ha sido la guerrera que nos ha mantenido a salvo de ellos.

—Tendrás queja, peque... Siempre has sido la mimada de todos.

Oigo a Santi a mi izquierda y mantengo la vista en su hermana pequeña. Ella me guiña un ojo y le contesta distraída, mientras unta un panecillo con paté.

—Eso es porque soy irresistible.

Me río y miro a Santi, que me sonrío cómplice.

—Ahora ya sois más mujeres para hacerles frente —comenta su padre divertido, y yo intento obviar lo que esa frase lleva implícito, en cuanto a la relación que mantengo con su hijo—. Y no te olvides de Saori, pues, aunque es callada y el idioma

a veces supone una barrera, seguro que es un buen activo para vuestra causa.

La mirada de Santi se ensombrece y le pregunto con un gesto.

—Saori es la mujer de mi hermano mayor, Yaro.

Ah, sí... Espero que él no sea como en mi imaginación, porque tiene todas las papeletas para ganarse la banda de capullo del año, con coronita y todo.

—Es un poco rara... —me susurra Kiden al oído.

Frunzo el ceño, curiosa, pero Essien nos interrumpe.

—Rebeca, ¿te gusta esta casa? —Mira a Santi malicioso antes de continuar—. Aunque puede que no hayas visto mucho de ella, teniendo en cuenta cómo habéis llegado... ¿Estás segura de que te has fijado en el hermano adecuado?

Como no me conoce, debe de pensar que me voy a quedar callada...

—Me encanta la casa, Essien. Y no te preocupes, tu hermano se ha encargado de ser un perfecto anfitrión. Me lo ha enseñado todo.

Le sonrío y elevo el brazo, llevándome el vaso a los labios y bebiendo sin dejar de mirarlo.

—Essien, para ya —le pide Santi en tono serio.

—No te preocupes —intervengo—. La casa es preciosa y no lo habíamos mencionado. No dudo de que tu hermano lo haya dicho por eso.

El aludido me mira jovial y me guiña un ojo.

—Desde luego... aunque a mí me da un poco igual, la casa es de él. —Señala con el tenedor a Santi y me vuelvo a mirarlo.

—No me jodas que esta casa es tuya —suelto de forma espontánea.

Mierda... Con lo bien que me estaba conteniendo.

—Es de la familia —desmiente.

—Técnicamente es tuya, hijo —interviene su madre—, así que no seas modesto.

—Técnicamente es del banco hasta dentro de catorce años —rebate Santi a mi lado, sin atisbo de diversión—, así que no es modestia.

Su padre cambia de tema y me quedo pensativa el resto del almuerzo. ¿Cómo es posible que él sea el dueño y no quiera reconocerlo?

Este fin de semana está siendo el de las sorpresas, sin duda alguna...

—Tu madre es preciosa —le digo sincera y sonriente cuando cierra la puerta del dormitorio tras de sí.

Él se vuelve y me mira.

—Gracias. Oye, ¿estás bien? —me pregunta amable pero manteniendo las distancias—. Si te sientes incómoda y prefieres que nos marchemos, sólo tienes que decírmelo.

—Estoy perfectamente, tranquilo. —Le pongo una mano en el antebrazo y aprieto sutilmente—. Por mi parte todo está perfecto, aunque creo que tú eres el que está incómodo desde que casi nos pillan en pleno fornicio en la entrada.

Se ríe escueto y pasa las manos por mi cintura.

—¿Hay algo que quieras saber?

Lo observo y pongo los morros pequeños.

—Muchas cosas —admito interesante—. ¿Vas a contestarlas todas?

—Lo puedo intentar.

—Veamos... Así, a bote pronto, se me ocurre... mmmm, no sé. ¿Por qué parece que no quieres admitir que esta casa es tuya? O, quizá, ¿qué alarma se ha activado en tu cerebro cuando han mencionado a la mujer de tu hermano y has puesto esa cara de oler caca de perro? Todavía tengo alguna más, como ¿qué tiene el armario de tu piso? o ¿cuándo vas a besarme? Y ¿te voy a tener que rogar mucho para que bajemos esta noche al salón y me eches un polvo frente a la chimenea?

Él suelta el aire con una sonrisa incómoda.

—No es que no quiera admitir que esta casa sea o no mía —contesta separándose de mí y sentándose en la cama—. Es que la compré cuando mis tíos la pusieron a la venta, ya que había sido la casa familiar donde siempre habíamos pasado los veranos con mis abuelos. Fue un regalo para mis padres, aunque ellos no acaban de aceptarlo.

—¿Les has regalado este chalet? —inquiero asombrada—. Pues no sé qué harás en los siguientes festejos, has puesto el listón un pelín alto y me temo que no vas a estar a la altura nunca más.

Él se ríe y palmea el colchón, animándome a sentarme entre sus piernas.

—Me has preguntado por Saori, la mujer de mi hermano... —Hace una pausa y suspira—. Y te contestaré, pero déjame que sea más tarde, esta noche, después de hundirme en ti delante del fuego de la chimenea. —Me guiña un ojo.

—De acuerdo, creo que podré esperar.

—El armario de mi piso es otro tema, y tendrás que tener un poco más de paciencia.

Resoplo y me siento.

—¿Cuándo volvamos?

—Seguramente. —Fija sus manos en mis pechos desde atrás, amasándolos entre sus manos—. Me vuelven loco. No son demasiado grandes, pero son tan redondas y bien puestas...

—No me distraigas...

—Ya te he contestado a todo.

—No.

—Ah, ¿no?

—Aún te queda decirme cuándo vas a besarme...

—Mejor te lo muestro, ¿qué te parece?

Gimoteo una respuesta afirmativa cuando sus dientes se clavan en mi cuello y tuerzo la cabeza para darle mejor acceso.

—¿Te da igual que puedan oírnos? —pregunto llevando mis manos atrás, agarrando su nuca.

—Son prácticas para esta noche —contesta en mi cuello—. Así sabremos si consigues ser silenciosa.

—Tú tampoco es que seas demasiado calladito.

Mi contraataque verbal es interrumpido por sus manos. Me pone en pie y, aún de espaldas a él, me baja los pantalones y me muerde el cachete izquierdo.

—Este culo también es perfecto.

—Gracias —contesto divertida—. Mis tetas, mi trasero y yo te lo agradecemos.

Sus dedos agarran la tela del tanga que llevo puesto y lo baja lentamente, repasando con los labios el camino que recorre.

Cierro los ojos y dejo los brazos caer a cada lado de mi cuerpo, dejándome hacer.

—Termina de desnudarte —exige encendido, notando el movimiento de su cuerpo entre mis piernas.

Después de despojarse de su ropa, bajándose los pantalones con algo de dificultad y sacándose el jersey en un gesto masculino, dejando al aire su torso y sus brazos fuertes, lleva las manos a mis caderas y me sienta sobre él, haciendo que note en mi trasero su disposición.

—¿Qué me dirías... —su voz, agitada, se alterna con sus besos por mi columna—... si te pido que te des la vuelta y abras la boca para mí hasta que me tengas a punto de derramarme en ella?

—Te contestaría que mi boca, así como otros orificios, están a tu entera disposición.

Su mano derecha avanza por mi cadera y se cuela entre mis muslos, humedeciéndose en su paseo por mis labios vaginales e introduciéndose un par de veces, impregnándose de mí.

—Abre la boca.

Su petición, con voz erótica, contrae el bajo de mi estómago y hago lo que me dice, así que introduce en ella parte de la mano que unos segundos antes ha estado refregando por mis pliegues y me da a probar mi sabor.

—Chupa —me pide con voz grave.

Su erección se clava en mi culo y da pequeños saltitos por los espasmos que siente. Me froto sutilmente encima de él y gruñe encendido mientras lamo sus dedos.

—Enséñame lo dispuesta que estás para mí.

—A tus órdenes —me mofo, moviéndome sobre él con toda la intención de ponerlo todavía más caliente.

Al levantarme y antes de girarme para ponerme de cara a su cuerpo, una mano en mi cintura me retiene y, desde atrás, pasa la otra entre mis piernas entreabiertas.

Un dedo se cuela dentro de mi vagina y otro presiona en mi trasero, sin llegar a entrar, de forma exquisita. Tras unos segundos de atenciones, contengo los gemidos y contoneo mis piernas, echando el culo hacia atrás para que haya mayor contacto en ambos orificios.

—Te gusta —afirma encantado.

—Mucho —susurro excitada.

El dedo húmedo que entra y sale de mis labios cambia de recorrido y se acerca a mi ano, impregnándolo e introduciéndose sólo unos centímetros.

—Y esto, ¿te gusta? —pregunta sabiendo de antemano la respuesta por el estremecimiento de mi cuerpo.

—Sí.

—Date la vuelta.

Al hacerlo, me pongo de rodillas y él, sentado en la cama, agarra su erección y da

lentas pasadas arriba y abajo con su mano, masturbándose y apretando en la punta.

—¿Quieres?

—Haces preguntas absurdas.

Él sonríe malicioso.

—Gánatela.

Lo miro confundida.

—¿Ganármela? No sabía que estuviese en una tómbola.

—Vamos... juega un poco, Rebeca.

—¿Cómo?

—Dime qué quieres que haga contigo y será toda tuya.

Contengo una mueca astuta y acerco mi cara a su entrepierna, mimosa. Saco la punta de la lengua y lo rozo, antes de empezar a hablar.

—Quiero que me pongas a cuatro patas y me la claves muy adentro —murmuro en voz baja, mirándolo a los ojos mientras él continúa moviendo la mano sobre su tallo endurecido—. Y que me aprietes los pezones cada vez que quieras gritar y no puedas porque tu hermana pequeña nos puede oír o porque tus padres pueden enterarse de que estás follándote a tu novia como si fueses el protagonista de una peli porno muy guarra.

Él me mira torciendo una sonrisa canalla y un hoyuelo se marca en su mejilla. Sus ojos están vidriosos.

—Ahora puedes comer todo lo que quieras...

Saco la lengua y me acerco a él, pasándola por su capullo, hinchado y brillante. Su mano se retira y la apoya sobre la cama, a su lado, manteniéndose expectante.

Fijo mis ojos en los de él, hacia arriba, y saco la lengua para darle un par de pasadas suaves. Su estómago se contrae cuando la introduzco en mi cavidad y comienzo a succionar, generando un estallido húmedo cada vez que la saco de mi boca y la vuelvo a meter, llenando el silencio del dormitorio.

Aprieto los labios a su alrededor y me centro en la parte superior, palpando con ellos la entrada y salida de su glande. Con la lengua, acoso la tensa membrana que lo recorre y él gruñe, posando su mano en mi cabeza y agarrando mi cabello de forma firme y erótica.

Embiste con sus caderas en cada aspiración, notando la palpitación en torno a mi boca. Apreso con la mano derecha sus testículos y aplico un poco de presión, la justa

para que su mano se crispe entre mi pelo y su estómago vibre con un quejido contenido.

—Rebeca... para.

Sus manos me apartan de él y el sonido al soltar su miembro me hace sonreír. Le dedico una mirada pérfida y continúo de rodillas, observando cómo se pone de pie.

Al hacerlo, su polla salta a la altura perfecta y la aprisiono entre mis manos, oscilando arriba y abajo por toda su longitud de manera lánguida.

—¿No quieres que siga para que no te oigan gemir al correrte?

—No quiero que sigas porque, cuando me corra, lo voy a hacer encima de ti después de haber cumplido tus deseos.

Lo miro arqueando una ceja y deposito un beso casto en la punta de su pene.

—Qué generoso —contesto mordaz.

—Rebeca...

—Santi...

Sus manos me agarran y me ayuda a levantarme, pasando un brazo por mi cintura y pegándome a él.

—Entonces, ¿quieres que recreemos una película?

Sonrío maliciosa.

—Oh, sí... quiero ser la inocente chica que va a darse un masaje y su fisioterapeuta se la acaba beneficiando encima de la camilla mientras sus cuerpos resbalan debido al aceite aromático. En mi fantasía suele haber alguna caída de la camilla por la fricción y el deslizamiento... espero que me agarres bien.

El contiene una carcajada y murmura.

—¿Es una fantasía real o has dejado volar tu imaginación ahora mismo?

—Digamos que mi fisio y yo tenemos una broma común y, cada vez que voy a darme un masaje, acabamos riéndonos con el tema. No pasa de ahí... —aclaro conteniendo la risa.

—Me encantaría conocerlo.

Llevo mi mano derecha entre nuestros cuerpos y agarro su polla, dirigiéndola hacia mi entrepierna y acomodándomela en el punto justo mientras seguimos de pie.

—Luego te paso el teléfono, pero ahora haz el favor de olvidarte de él y atender a tu necesitada novia.

—No me das ninguna pena. —Se ríe.

—¿No? —lloriqueo—. Mi coñito y yo lloramos por ti.

Mi comentario le hace soltar una escandalosa carcajada y le tapo la boca con la mano.

—Shhh... Al final nos separarán en dos habitaciones, ya verás —comento divertida.

—Ven aquí.

Me sube a la cama y con una mano me señala su deseo de que me gire y me ponga a cuatro patas.

—Y recuerda —murmura pasando un par de dedos por mi hendidura, esparciendo mi humedad—, mantén esa boquita tan sucia cerrada, hay que ser silenciosos.

Me guiña un ojo y, antes de poder responderlo, agarra su polla y me embiste de un fuerte empujón, notándola muy dentro de mí.

Un gemido de sorpresa se me escapa de los labios y me reprende a la vez que continúa con sus arremetidas secas y profundas. Sus caderas chocan con mi trasero en cada una, generando un chasquido en cada colisión que no es nada sigiloso.

Mis manos se cierran en puños, agarrando la sábana, y aprieto la mandíbula. Contengo las ganas de gritar y dejo salir el aire con fuerza, pero en silencio. Alzo la cabeza y echo el cuello hacia atrás, para mirarlo.

Su cara, concentrada y perlada en sudor, retiene mi atención, observando ensimismada su erótica boca entreabierta mientras se hunde en mí. Tras un par de arremetidas más, me mira y tuerce una sonrisa encendida.

—Podría... —empellón—... pasarme... —empellón—... el día entero... —empellón—... follándote.

—Hazlo —le ruego desesperada.

Sonríe y vuelvo la cabeza hacia mi hombro, mordiéndome a mí misma al sentir sus dedos rozar mi clítoris de forma insistente.

—Shhh —me riñe cuando gimoteo.

—No puedo.

Continúa atormentando mi cuerpo y hundo la cabeza en la cama, para amortiguar mis gemidos.

—No puedo... —murmuro con la cara enterrada en la sábana.

—Puedes —afirma, agilizando los círculos de sus dedos en mí—. Hazlo, Rebeca.

Llevo mi mano hacia la suya y presiono su palma contra mi cuerpo, pidiéndole más

fricción. Sin dejar de asaltarme, capta mi mensaje y cambia el ritmo de su mano, por lo que siento que mi orgasmo crece y, finalmente, estalla, haciéndome mil pedazos y rompiéndome la garganta al aguantarme los gritos que no puedo dejar salir, mientras él sigue embistiéndome de un modo casi brutal, buscando despiadadamente el suyo.

Mi agitada respiración se torna descontrolada al sentir que me da la vuelta y apoya mi espalda en la cama, para dejarme de cara a él.

Con un ritmo bastante acelerado, se masturba y dirige su erección a mi estómago, corriéndose encima de mí a los pocos segundos y gruñendo en voz baja al hacerlo.

Llevo mi mano a su semen y dibujo círculos con mis dedos en mi vientre, sonriendo al ver que se apoya en mi rodilla flexionada mientras recupera la normalidad en su respiración.

Me mira y sus labios se curvan hacia arriba.

—¿Qué tal? —pregunto alegre—. ¿Habrá chimenea? ¿Hemos superado la prueba?

—Creo que vamos a tener que practicar un par de veces más durante la tarde para saber si estamos preparados para pasar inadvertidos en el salón.

Nos reímos en voz alta, soltando parte de la intensidad que tanta falta nos hacía liberar hace un momento. Se tumba a mi lado y gira la cabeza para besar mi coronilla.

—Eres increíble.

—Eso se lo dirás a todas.

Me pellizca un pezón, de buen humor, y me levanto y me dirijo al baño para limpiarme.

Suerte que las prácticas han tenido lugar mientras estábamos solos en casa, pues los demás han bajado al pueblo a hacer un par de recados, porque de otra forma habríamos sido la atracción acústica de la tarde y aún no estoy tan metida en este núcleo familiar como para que me oigan gemir mientras su hijo y hermano me embiste contra el colchón como un buen semental.

Al salir del lavabo, lo observo tumbado y desganado en la cama, gloriosamente desnudo. Me siento sobre él a horcajadas y beso su cuello.

—Te vas a quedar dormido —canturreo.

—Mmm... —murmura.

—Santi...

Abre un ojo y me mira, sonriéndome somnoliento.

—Me dejas exhausto.

—¿Yo? —pregunto fingiendo asombro—. Pues menudo experto sexual... ¿Quieres que te cante una nana y te duermes una siestecita, corazón?

Se ríe y me abraza, atrayéndome hacia él y apoyando su cara en mi cuello.

—Hueles muy bien.

—Huelo a sexo.

—Pues eso. Muy bien.

—Qué calladito te lo tenías...

—¿El qué? —contesta precavido.

—Lo obseso que eres. Cuando le cuente esto al comité de salidas que tengo por amigas, no se lo van a creer.

—Mejor —murmura adormecido—. Soy muy tímido e insulso, así que te tomarán por loca. Tengo una reputación...

—Anda, «Santi sorpresitas», vayamos a la cocina y te preparo un café bien cargadito, que son las siete de la tarde y ya mismo está aquí todo tu clan. —Tiro de su brazo para incorporarlo, volviendo a caerle encima con su tirón, riendo divertida—. Venga, va. ¿Con ellos no tienes reputación que mantener?

—Mi madre me conoce perfectamente, ¿o acaso piensas que tenían que ir al pueblo de verdad?

—¿Me estás diciendo que nos han dejado solos en la casa para que echásemos un casquete?

Se ríe y me suelta, por lo que me incorporo de nuevo.

—Nos han dejado solos para que pudiésemos tener un poco de intimidad después de habernos llevado la sorpresa de encontrarlos aquí y no poder acabar lo que habíamos empezado en la puerta de entrada de la casa.

—Si fuera otra, seguramente te diría que me voy a morir de la vergüenza cuando lleguen y sepan que hemos estado mancillando la cama de tus abuelos —me coloco un jersey holgado que deja al descubierto un hombro, sin sujetador—, pero la verdad es que tus padres me caen muy bien y me voy a limitar a darle las gracias por el ratito tan bueno que hemos disfrutado a su salud.

Él besa la piel al aire de mi hombro y me da un pequeño cachete en el trasero.

—A mi hermano le va a dar una apoplejía mañana contigo.

—¿A Mister Capullo?

Me mira arqueando una ceja.

—¿Llamas a Yaro Míster Capullo?

—Mañana te diré si se merece el título o lo descalifico.

Niega divertido, se viste y salimos del dormitorio, bajando las escaleras cogidos de la mano. Después de tomar algo para refrescar nuestras gargantas resentidas, Santi llama a su padre y éste le comenta que aún tardarán unos cuarenta minutos en volver.

Cuando me lo dice, mis labios se estiran, sonriendo malvada.

—Aunque te guste mucho el olor que desprendemos, me parece que deberíamos darnos una ducha.

—Está bien. ¿Tú primera? —me pregunta guardando los vasos en el lavaplatos, totalmente ajeno a mis intenciones.

Me acerco a él por detrás y le agarro con las dos manos su trasero tan bien puesto. Cuando se pone recto, paso mis manos por su cintura y apoyo la cabeza en su espalda.

—¿Qué tal si ahorramos tiempo haciéndolo juntos?

El movimiento de su pecho al contener la risa hace que me mueva. Sonrío.

—Estoy seguro de que tardaremos más.

—Fíjate, en eso estamos de acuerdo. —Bajo las manos hacia su paquete y lo manoseo.

—¿Qué buscas?

—Estoy palpando el género. Y quiero probar la acústica del baño antes de que la casa se vuelva a llenar de gente. —Se gira hacia mí y me sonrío, apoyado en la encimera—. ¿Quieres, o ya estás empachado de mí y tiras la toalla conmigo, por insaciable?

—Hace falta más para empacharme. Y no te preocupes, no tiraré la toalla contigo a menos que sea para ducharnos juntos. ¿Vamos?

Le doy un beso rápido y salgo corriendo de la cocina.

—Deprisa, que en nada estarán aquí.

Su risa resuena tras de mí y subo los escalones a la carrera, para disfrutar luego de un buen rato en la ducha juntos... Con todo, no estoy del todo segura de haber salido más limpia que antes, aunque cansada doy fe de que sí. Casi no puedo poner un pie delante del otro de lo afectadas que tengo las piernas por la postura que he mantenido.

Esto es ejercitarse y lo demás son tonterías.

Santi nos excusa al poco de llegar su familia, diciendo que estamos agotados y queremos irnos pronto a la cama, contándoles la experiencia del puenting de esta

mañana y achacando al subidón de adrenalina el cansancio que tenemos.

Nadie se lo ha creído, estoy convencida de ello.

Cuando sale de la cocina, trae consigo algo de picoteo para cenar juntos en el dormitorio y nos despedimos de ellos hasta el día siguiente. La verdad es que se lo agradezco, porque no tenía ningunas ganas de lidiar con las dotes de seducción de su hermano o la incesante charla de la benjamina de la familia... Aunque les estoy cogiendo mucho cariño, prefiero el que me puede proporcionar mi moreno en la intimidad, pero debía de ser cierto lo que les ha dicho a sus padres, pues, al salir del baño después de haberme lavado los dientes y quitarme el poco maquillaje que he usado durante el día, me lo encuentro dormido, tirado de una forma poco cómoda en la cama.

Al final va a ser verdad eso de que lo dejo exhausto.

Sonrío enternecida y me siento a su lado, acariciando su cara y depositando un beso casi casto en su boca.

Bostezo a la vez que busco con la mirada el agua, pero veo que la hemos terminado durante la cena improvisada sobre la alfombra, donde hemos comido y pasado casi dos horas charlando, así que agarro la botella y abro con sigilo la puerta, saliendo al pasillo a oscuras.

Tanteo con las manos la pared y voy despacio hasta toparme con las escaleras. Cuando empiezo a bajar, descubro que una pequeña luz sale de la rendija de la puerta de la cocina y rezo para que se haya quedado encendida y no me encuentre a nadie con estas pintas que llevo.

Abro silenciosa y la espalda de la matriarca de la familia toma forma en mi campo de visión.

—Hola —susurro entrando.

—Hola, Rebeca. —Se gira extrañada con una taza de té en las manos—. Pensaba que estaríais ya dormidos.

—Tu hijo ya lo está, pero nos hemos quedado sin agua y he bajado a por más.

Ella me sonrío mientras relleno la botella.

—No he tenido momento para disculparme contigo a solas por haberos fastidiado el fin de semana —me dice en voz baja.

—No es necesario, Mandisa. No hay ningún problema. —Sonrío.

—Espero que al menos mi hijo sepa compensarte por tener que aguantar a su

familia aquí cuando veníais a pasar un fin de semana romántico.

Su mirada llena de intención me hace reír.

—Tranquila. No tengo ninguna queja y, no te preocupes, eso del romanticismo no va conmigo.

—Me dejas más tranquila. —Se ríe.

—Admito que me sorprende que Santi y tú tengáis una relación tan abierta en cuanto a esto —señalo a nada en particular.

—Nunca he querido que mis hijos se sientan cohibidos para contarme sus problemas o curiosidades —aclara, acomodándose en la banqueta de la cocina e invitándome con un gesto—. Cuando yo era joven no tuve esa libertad y me hubiese gustado que fuera así, por lo que siempre me dije que, si alguna vez tenía hijos, estaría ahí para lo que quisieran.

—Tiene sentido —admito, y sin pensar demasiado decido preguntarle lo que lleva días rondando por mi cabeza—. Mandisa... ¿te puedo hacer una pregunta?

—Claro que sí.

—¿Crees que alguien puede reprimir sus necesidades por otra persona?

Ella me mira astuta y se mantiene en silencio unos segundos sin dejar de observarme. Sus ojos son sumamente amables.

—¿Puedo saber por qué me planteas eso?

—Simple curiosidad.

—Está bien. Creo que las necesidades pueden variar, pero hay que ser sinceros y consecuentes con nuestras propias carencias.

—Mmm... esa respuesta no sé si me ayuda o me crea más confusión. —Decido hablar abiertamente con ella—. No sé si estoy preparada para lo que Santi quiere o necesita de mí como mujer. El pasado a veces juega malas pasadas... ¿No podrías utilizar esa información privilegiada que tienes como madre para ayudarme un poquito?

Ella se ríe contenida y niega con la cabeza.

—Rebeca, mi hijo no deja de ser un hombre. Si tienes alguna duda, pregúntale directamente, porque no creo que te niegue una respuesta. —Da un trago a su taza—. Pero si lo que quieres saber está relacionado con lo que estabais a punto de hacer cuando nos hemos encontrado esta mañana, mi respuesta es sí, funcionará siempre que seas consecuente con lo que tú quieres y estás dispuesta a dar.

Sus ojos, sabios, me escrutan y dudo.

—¿Y si queremos cosas diferentes?

—Entonces tendréis que hallar un punto común en el que estéis cómodos los dos, si es que queréis seguir probando juntos. La vida no es blanca o negra, aunque a veces nos lo quieran hacer creer, Rebeca.

—Supongo que sí... Debería volver a la cama. Muchas gracias por la charla, Mandisa.

—No hay de qué.

—Ah, y tienes unos hijos estupendos.

—Gracias, Rebeca. Se hace lo mejor que se puede.

Cojo el agua y subo las escaleras procesando la conversación, dándole cada vez más credibilidad a la teoría de Valentina, que no para de volar por mi cabeza durante todos estos días.

—¿Me estaré volviendo paranoica? —me pregunto en un susurro cuando abro la puerta del dormitorio y lo veo en el mismo lugar que lo dejé, durmiendo como un inocente bebé.

Sea como sea, quiero vivir el momento, pero un cambio en su hermética actitud no me vendría nada mal para facilitarme las cosas...

Me meto en la cama y me acurruco a su lado, tapándonos con la manta. Suspiro pasando mi pierna por encima de las suyas y abrazando su pecho calentito.

No sé en qué momento me duermo, pero, mientras lo hago, siento su cuerpo moverse y un beso depositarse en mi boca antes de envolverme con sus brazos.

Capítulo 26

Recuérdame

Santi

—Buenos días, bello durmiente. Anoche, al final, te quedaste frito y no tuve más remedio que aceptar la propuesta de tu hermano Essien e irme con él a la chimenea.

Sonríe e imito su gesto, tragando saliva y sintiendo los ojos aún medio cerrados.

—Buenos días —mascullo—. Lo siento.

—No te preocupes —contesta despreocupada mirándome, tumbados aún en la cama—. Aunque no fue lo mismo que hacerlo contigo, no estuvo mal. El chaval le pone ganas.

—Seguro que sí.

La diversión en su voz me hace sonreír somnoliento y llevo mi mano a su trasero, dándome cuenta de que está en ropa interior dentro de la cama. Termino de despertarme cuando profundizo en su boca. Al separarnos, me mira entregada.

—Ahora sí, buenos días —repito—. Te compensaré por haberme quedado dormido, no te preocupes.

—Ah, no. No lo hago, tranquilo.

—¿Todo bien?

—Perfecto —afirma sonriente—. Y tú, ¿has descansado?

—He dormido de maravilla —admito.

—Me alegro. Creo que el resto de tu familia ha llegado hace un rato —me informa, y se me esfuman las pocas ganas que tenía de por sí de salir de la cama—. He oído jaleo y me he asomado a la puerta sin que me vieses. ¿Tu hermana Nasha tiene el pelo afro?

Asiento enterrando la cara en su cuello.

—Pues entonces están aquí, porque la he visto de perfil —me dice, y siento vibrar su garganta—. ¿No piensas levantarte?

Su tono es jovial, pero yo gruño la respuesta. Cuánto desearía estar solo con ella y no tener la obligación de bajar a ver a nadie.

—¿Qué hora es?

—Las once menos veinte, Bella Aurora —se cachondea, separándose y sentándose en la cama tras darme un pellizco en el pezón—. Vamos, arriba. No me hagas llamar a Flora, Fauna y Primavera para que te saquen a rastras, que no quiero pasarme el día en la cama.

—El viernes no decías eso.

Ella me tira la camiseta que tenía puesta a la cara, a la par que se viste.

—Ya sabes a lo que me refiero, gracioso... —Cuela la cabeza dentro de un jersey de cuello vuelto—. Tengo curiosidad por conocer a la parte chungueta de la familia.

Me río resignado.

—Por cierto —añade—, ¿qué pasa con la mujer de tu hermano? Al final no me contaste nada que no fuesen tus balbuceos en sueños.

—Yo no hablo dormido —replico divertido.

—Eso es lo que tú te crees —añade graciosa—. ¿Qué pasa con Sariro?

—Saori.

—Bueno, eso. ¿Qué pasa con ella?

Hago un gesto con la mano mientras bufo y me levanto de la cama. Me meto en el baño, dejando la puerta entreabierta. Ella se asoma y señalo el sanitario, dándole a entender lo que voy a hacer. Entra y se apoya en el lavabo despreocupada, expresando así su implicación en mis necesidades matutinas. Me encojo de hombros y hablo a la par.

—Digamos que su mujer y yo nos conocimos antes que ellos, pero la forma de hacerlo no fue la más idónea si luego el destino tenía planeado que mi hermano se fijase en ella al cruzársela casualmente y terminasen casándose.

Rebeca me mira callada.

—¿La más idónea? No te entiendo.

—Tuvimos un encuentro en la fiesta de unos amigos.

—¿Te has tirado a tu cuñada?

Cierro los ojos, frustrado, vacío la cisterna y voy hacia su posición para lavarme las manos.

—No era mi cuñada cuando estuvimos juntos —aclaro a su lado, abriendo el grifo

—. De hecho, ellos ni siquiera se conocían en ese momento.

—¿Y tu hermano lo sabe? —Asiento—. ¿Y cómo se lo tomó?

—Mal —admito—. Desde que se lo dije, me lo echa en cara y no es capaz de asumirlo.

—Y si tan importante es para él, ¿por qué se casó con ella?

Salimos del baño y rebusco en la maleta unos pantalones y una camiseta que ponerme.

—La lectura romántica de ello es que está enamorado y por eso no la dejó al enterarse, pero, por el contrario, descarga en mí toda la rabia que le crea el pensar en nosotros juntos.

—Tu hermano, permíteme que te lo diga, es gilipollas. Se ha ganado la banda de capullo del año.

—Aún no lo has conocido.

—Ni falta que me hace.

—Hay una versión diferente a ésta —informo enfundándome los pantalones.

—¿Sí? —Asiento—. A ver...

—Yaro siempre ha tenido celos de mí. Cuando nació, se vio destronado, y siempre ha intentado conseguir todo lo que yo he tenido... Por eso se casó con ella, no porque Saori le importe lo más mínimo, y lo utiliza como excusa para volcar su frustración en mí.

—Joder, pues son dos versiones totalmente opuestas.

Asiento.

—Lo son.

—Y tú, ¿qué piensas?, ¿qué sientes?

—Que jamás me ha merecido menos la pena tener un encuentro con una mujer. Yaro y yo nunca hemos sido los mejores amigos, pero esto ha sido la gota que ha colmado el vaso. Ya te conté que tenemos juntos un negocio y su rabia lo dificulta todo.

—¿Y Saori no hace nada? —pregunta vehemente—. No sé... si yo estuviese en esa situación, te haría entrar en razón. Joder, imagino que no te la has follado a la fuerza. Ella también formó parte de eso y está viendo cómo te trata su marido. Eso no la convierte en mejor persona que él.

—Saori es especial.

—¿Y eso qué quiere decir? —recela.

La abrazo y le doy un beso en la sien.

—Ya la conocerás.

—Voy a serte sincera. —Me mira seria—. Me molesta que seas tan hermético y me cueste tanto conseguir información de ti. Ayer lograste sorprenderme cuando me dijiste lo que sentías, pero juro que a veces parece que te falte sangre en las venas...

—¡Vaya!, sí que has sido sincera, sí.

—Puedo comprender que seas una persona reservada y todo eso, pero... ¡joder!, se supone que nosotros tenemos algo, ¿no? Yo quiero que la persona que esté conmigo me cuente qué le pasa, qué le gusta y cómo. No te estoy pidiendo que cambies por mí, faltaría más... pero, oye, sería gratificante no tener que someterte a un tercer grado cada vez que quiero ahondar en algo.

—Entiendo.

—¡¿Ves?! —Se separa de mí y gesticula con las manos—. Me dices que me entiendes, pero no lo haces, porque me contestas con una puñetera y escasa palabra. ¿Te cobran por hablar o qué?

—Rebeca, comprendo lo que dices e intentaré ser más abierto contigo —concedo serio y sin perder las formas—, pero ya te aviso de que, para discutir, hacen falta dos personas y yo no estoy dispuesto a hacerlo ahora mismo, como sí parece que lo estés tú.

—¡Ughh! —gruñe enervada—. Me desesperas... Vámonos.

Se da media vuelta, airada, y abre la puerta para salir a continuación al pasillo. Cojo aire profundamente y voy tras ella, agarrando el jersey y metiéndomelo por la cabeza cuando la voz de mi hermana mayor me hace girar.

—¡Ey! Aquí estás... —Se lanza hacia mí y me da un abrazo.

Le correspondo sonriendo y Rebeca se detiene a unos pasos de nosotros.

—Hola, Nasha. ¿Qué tal el viaje?

—Bien, algunas turbulencias, pero todo bajo control. ¿Y vosotros? —Mira a mi acompañante sonriendo.

—Te presento a Rebeca. Rebeca, ella es mi hermana mayor, Nasha. —La señalo, se acerca y se saludan con dos besos.

—Es un placer. —Mi hermana le sonrío—. Ahora entiendo la tontería que tiene encima Essien. Pelirroja y de piel clara...

—Sí, es un encanto.

—Es un plasta —rebate Nasha, riéndose—, puedes reconocerlo.

—Vaya, pretendía ser más diplomática.

Se ríen juntas y bajamos al salón. Mi madre se acerca a nosotros y, tras saludarnos, hace las presentaciones. Mi hermano y yo nos ignoramos y su mujer agacha la cabeza al verme. Rebeca observa a Yaro con desconfianza y él demuestra un falso interés en ella.

Después de un rato, mi madre mira a Rebeca y le acaricia el brazo, sonriéndole maternal.

—Estás muy callada hoy, ¿pasa algo?

—Oh, qué va. Suelo hablar por los codos, pero no tengo nada interesante que decir. —Se ríe algo forzada—. *Callada* es el adjetivo que peor me describe de todos los que existen, pero de vez en cuando hay que hacer voto de silencio por el bien de la humanidad.

Todos se ríen, ajenos a su verdadero estado.

—Espero que Santi te cuide como mereces y nos veamos más veces.

—Seguro, tu hijo es muy atento.

—Así es mi chico, siempre ha sido especial.

Rebeca ríe sarcástica y niega con la cabeza. La miro amonestando su tono, pero ella esquiva mis miradas.

—Sí. Es especial, de eso no hay ninguna duda. También es más cosas, como cabezota, enigmático, reservado, circunspecto, esquivo, por mencionarte sólo algunas de las cualidades que he podido conocer de él.

Ella la mira frunciendo el ceño y dirige sus ojos hacia mí. Le hago un gesto con la cabeza restándole importancia.

—¿Sabes cuál es su nombre real?

—Habláis como si no estuviese aquí.

Rebeca contesta sin hacer caso a mi comentario.

—Sí, Thiago. Me lo contó estas Navidades y le dije que debería usarlo con todo el mundo. Es más bonito que Santi.

—Opinas entonces igual que yo —contesta mi madre—, pero él se empeña en ocultarlo.

—Mamá, deja que haga lo que quiera —le replica Nasha—. Tendrá sus razones

para hacerlo.

—Oh, sí, como tú la tuya, ¿verdad? —la regaña y ella resopla—. Os puse vuestros nombres por un motivo, hija, por lo que no deberíais ir cambiándolos así como así.

—¿Tú también tienes otro nombre? —le pregunta Rebeca, intrigada.

—Sí, se hace llamar Sara, pero su nombre real es Nasha, que significa «nacida en época de lluvia».

—Mamá —refunfuña Essien a su lado—. No lo vuelvas a contar, por favor...

Ella le da un tirón de una de sus orejas y él se ríe mientras se queja.

—Jovencito, si no quieres escuchar a tu madre, ya sabes que puedes marcharte. —Pasa uno de sus brazos por sus hombros, acoplándolo a su costado—. Todos los nombres tienen un sentido lógico. Creo que en cierto modo marcan a la persona y determinan su vida. En mi familia así ha sido.

—¿Ah, sí? —inquire Rebeca, curiosa.

—Sí. Yaro fue nuestro primer hijo. Como para cualquier familia, ser padres supuso un gran cambio de vida, pero para Ricardo y para mí tener a nuestro hijo fue algo más. Él fue el motivo por el que mi padre permitió a mi marido que me trajese a España con él —comenta con nostalgia en la voz—. Yaro significa «hijo», es decir, nuestra carta blanca para vivir una vida plena juntos.

—Vuestra historia debe de ser digna de oírse.

—Alguna vez te la contaré, si continúas teniendo curiosidad; se podría escribir un libro de ella...

—Es periodista, mamá —apunto intentando un acercamiento con ella—. La curiosidad le viene de serie.

—No lo descartes —le sonrío Rebeca haciendo caso omiso a mis palabras—. Seguro que es una buena manera de dejarles a tus hijos y futuros nietos la historia de su familia.

Kiden se acerca a mi madre y le pregunta algo. Aprovecho para aproximarme a Rebeca y hablarle en voz baja.

—¿Podrías dejar de ignorarme?

—Podría.

—Bien.

—Pero no quiero —añade seca, y le pide a mi madre que continúe con su explicación.

Hincho las fosas nasales al inspirar profundamente.

—Después vino Nasha, que, como te dije antes, significa «nacida en época de lluvias».

—¡Y qué lluvias! —interviene mi padre, divertido—. No pudimos llegar al hospital por la fuerte tormenta que caía y tuve que asistirle en el coche... así que imagina.

—Madre mía —exclama Rebeca—. Menos mal que eres médico y pudiste atender el parto. Uf, no tendré hijos en época de tormentas. Me lo anoto... Eso se lo dejamos a Pocahontas y a tu mujer.

Todos se ríen por su comentario. Yo no. Tengo un cabreo que no me lo creo ni yo.

Ella le pide que siga con su explicación.

—Thiago llegó sólo un año después que su hermana y en mi cultura significa «el cambiante». En cada ecografía me dijeron un sexo diferente, por lo que no supe qué iba a parir hasta el último mes, en el que lo pudimos ver con claridad.

—Oh... qué mono. Ya tímido desde bien pequeñito —suelta Rebeca, insidiosa.

La miro y Essien suelta una carcajada.

—¿Te haces el tímido con este pibón, hermano? Si quieres, te puedo enseñar algunas cosas yo, Rebeca... —dice, por lo que vuelve a recibir una colleja de mi madre—. ¡Pero bueno! ¿Es que uno no puede hablar en esta casa o qué?

—Una vez, tiene gracia; veinte, cansa —desapruebo.

—Eres una hormona andante, Essien. Deberías mostrar un poco más de respeto por tu hermano y su pareja —le dice mi padre, amable, al darse cuenta de mi estado.

—Este señorito, que va a disculparse antes de que te marches por sus salidas de tono continuadas durante el fin de semana, llegó ocho años después, tras tres embarazos no llegados a término. No pudimos saber qué sexo eran, pero yo sé que eran chicos. Así lo sentí —explica, bebiendo de su taza—, por lo que él fue el sexto varón y justo eso es lo que significa su nombre.

Mi padre retoma el discurso, acabándolo por ella.

—Y por último, Kiden, nuestro pequeño tesoro que llegó sin esperarlo y es la alegría de todos en la casa. Su nombre significa «nacida tras tres varones».

—Vaya... qué interesante. Nunca me había parado a pensar en que, detrás de un simple nombre, puede haber una historia así...

Pasamos un rato más en el salón y Rebeca sigue esquivando mi contacto y mis

miradas. Comprendo que esté enfadada, es temperamental... pero yo no. ¿Acaso es tan difícil de entender para ella?

Cuando pasa por mi lado e ignora mi petición de que venga conmigo un momento, por segunda vez, me muerdo el labio inferior exasperado y me marcho a la cocina.

—¿Problemas en el paraíso? —me dice Yaro al entrar—. Permíteme que te diga que tu novia es demasiado para ti.

—Métete en tus asuntos.

Fuerza una carcajada.

—Yo he de meterme en mis asuntos, pero tú, sin embargo, tienes carta blanca para hacerlo en los de los demás, más concretamente dentro de sus mujeres. No es equitativo, ¿no te parece?

—Yaro, no.

Lo miro fuera de mí y él sonrío jactanciosamente.

—¿Te gustaría que me follase a tu novia?

—¿Y a ti comprobar por primera vez cómo pierdo los papeles contigo? —me acerco a él, amenazante.

—Eres un hipócrita.

—Para de una vez, Yaro.

—Según tú, ¿qué tengo que parar? —plantea irónico—. ¿Paro de imaginarme a mi mujer postrada ante ti? ¿O quizá quieres que deje de decírtelo para que así puedas sentirte bien, como el hijo pródigo que finges ser? A mí no me engañas.

—¡Para de una jodida vez!

—Vaya... Vas a honrarme con tu temperamento... ¡Me siento afortunado! Pensaba que eso sólo se lo concedías a las mujeres a las que te follabas. ¿Ya le has zurrado a ella?

Señala hacia la puerta cerrada y respiro hondo.

Hoy no es el día... hoy no.

—Basta ya, Yaro. Deja de meter a Rebeca en esto. Te repito por enésima vez que Saori y yo estuvimos juntos antes de que ella te conociese. ¿Por qué no te entra en la cabeza que de otro modo no hubiese pasado nada entre nosotros?

—¿Y sólo por eso tengo que dejarlo correr?

—Es que no tienes nada que dejar correr, joder. Ella es una mujer adulta que hace lo que quiere. No sé dónde ves el problema más allá de querer encontrarle uno que no

existe.

—El problema está en que no me gusta la gente que no es sincera. Odio las dobles morales... Y tú, perfecto hermano mío, te delatas a ti mismo cuando pones a una mujer de rodillas y la maltratas.

Me río incrédulo.

—¿Eso te ha dicho tu mujer? —Eleva las cejas, asintiendo muy pagado de sí mismo—. Pues plantéate qué motivo tiene para mentirte, porque yo nunca le he pegado a nadie. Estás diciendo cosas muy serias, Yaro, y no te lo voy a consentir.

—¿Y esperas que te crea, cuando todos en casa sabemos tus gustos? —escupe dañino—. Aunque sólo te la hubieses follado, eso ya sería motivo más que suficiente.

—Lo que tú sabes sobre mí deja mucho que desear. —Respiro hondo—. Somos hermanos y te juro que ése es el único lazo que nos une y nos unirá, pero no por ti o por mí, no porque te necesite en mi vida. —Me río cansado—. Nunca me has hecho falta y es triste decirle eso a un hermano mayor que tendría que ser un referente durante toda tu existencia... No es por nosotros, Yaro, sino por nuestros padres. Haznos un favor a todos y entierra la puta hacha de guerra que levantaste contra mí cuando nací.

—¿Quieres cordialidad cuando estemos con ellos? Mira, estás de suerte y hoy estoy generoso... la tendrás, pero no esperes que lo olvide —me señala amenazante—, porque me avergüenzo de tener un hermano como tú.

Sale de la estancia destilando un odio en su voz que se graba en el ambiente. Aprieto el puño contra la encimera, bajando la cabeza, frustrado y furioso con la situación. Cierro los ojos e intento calmarme, dispuesto a salir y decirle a Rebeca que nos marchamos.

No aguanto ni un segundo más aquí.

Cuando me doy la vuelta, me encuentro precisamente con ella, mirándome fijamente y con los ojos vidriosos.

—Dime que no es verdad.

—Rebeca...

Me acerco a ella, pero rechaza mi contacto.

—No me toques —murmura seria—. Dime que lo que he oído no es cierto.

—No lo es.

—Sus palabras...

—Escúchame —le pido vehemente—: nada de lo que él dice es así. Tienes que creerme, Rebeca.

—Cuéntame la verdad.

—Lo haré.

—Ahora.

—No puedo explicarte algo así ahora mismo.

—Sigues dándome evasivas. Sigues esquivando mis preguntas. Sigues haciendo lo mismo y no vas a cambiar ni siquiera en un momento como éste —me recrimina.

—Rebeca, por favor...

—¡Explícamelo!

—¡No es algo que pueda hablar aquí con toda mi familia al otro lado de la pared!
¡¿Es que no lo entiendes?!

Me arrepiento al instante del tono de mi voz y ella me mira, manteniéndose en silencio.

—Quiero irme a mi casa —me anuncia pasados unos segundos.

—Bien.

Salgo de la cocina agobiado. ¿Cuándo se ha convertido este fin de semana que empezó tan bien en una puñetera pesadilla?

Mientras recojo las maletas, soy consciente de lo que va a suponer esta discusión y mi actitud con ella para nuestra relación.

—¡Joder!

Gruño exasperado y me paso la mano por la nuca.

Salgo de la habitación y los encuentro a todos en el salón. Nos despedimos de mi familia escuetamente y, aunque Rebeca se muestra cordial, sus ojos la delatan.

Cuando me acerco a mi madre, ella me mira condescendiente y me murmura al abrazarla.

—Tranquilo, cariño. Todo se arreglará.

—Ahora no, mamá. —Niego con la cabeza—. Ahora no, por favor.

—Te quiero.

Salimos de la casa y Rebeca sube al coche mientras yo guardo el equipaje en el maletero. Respiro hondo antes de subir al vehículo y, tras hacerlo, pongo la llave en el contacto.

Antes de arrancar el motor, la miro.

—Rebeca...

—No quiero hablar, Santi.

Gira la cabeza y mira hacia su ventanilla.

—Está bien. Acepta aunque sea mis disculpas por haberte gritado en la cocina.

Espero unos instantes su reacción, que no llega. Vuelvo a llevar la mano al contacto y arranco, sabiendo que tenemos por delante un trayecto lo suficientemente largo como para hacer que su silencio me quemara hasta consumirme por completo.

Capítulo 27

Diez razones para odiarte

Rebeca

Vuelvo a cambiar el canal de la televisión, hastiada. Miro el reloj y desearía que la hora avanzase hasta llegar el momento de volver al trabajo. Lástima, sólo son las seis menos veinte de la tarde... Las mañanas son el único momento en el que dejo aparcadas en mi cabeza todas las mierdas que me rodean y me centro en desempeñar mi tarea en la redacción... aunque no debo de estar disimulando demasiado bien la tormenta mental que tengo, porque durante todos estos días los compañeros me han preguntado si he vuelto a enfermarme.

Tormenta... si tan sólo fuera eso.

El timbre suena y mi estómago se encoge. No debe de ser sana esta tensión en la que vivo desde que regresamos del fatídico fin de semana cada vez que suena el teléfono o la puerta de casa.

No quiero ver a Santi. No estoy dispuesta a revivir situaciones que me hicieran daño. No ha sido una buena idea dejar que fluyese. Si quería un polvo, tendría que haber buscado en otra parte donde, desde el principio, no hubiese sido tan complejo todo.

¿Quién mierda me ha mandado a mí complicarme así la vida? La banda de estúpida del año la tengo más que merecida.

—Hola, Beca.

Levanto la cabeza y observo a Roxi entrando en el salón, seguida de la menuda figura de Valentina.

—Hola —le devuelvo el saludo, poniendo la cara cuando se acerca a besarme.

—Qué buen plan tienes, ¿no? —pregunta irónica.

—Ya ves...

—¿Quieres un café, Roxi? —interrumpe Valentina.

—Sí, gracias. —Cuando ella se marcha y nos quedamos solas, se sienta a mi lado y me mira fijamente—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—No tengo ganas de hablar de ello —respondo desganada.

—Pues sin ganas.

—Roxi, de verdad, no estoy de humor.

—Estamos preocupadas por ti, Beca. —Me mira dulcemente—. Hasta Nuria lo está desde que ha leído tus respuestas tan serias en el grupo. Llevas demasiados días en este plan...

—¿Qué tal os va? —indago.

—Bien, se va a venir a vivir a mi piso, pero no me cambies de tema.

Resoplo viendo a Valentina acercarse con una bandeja y el café preparado. Nos servimos y remuevo el contenido de mi taza con la cucharilla.

—Vas a marearlo, Rebeca. Para, cariño... ¿Por qué no nos cuentas qué te sucede? Incluso Rubén me ha preguntado si te ocurre algo.

—No debería haberos hecho caso.

—¿Podrías empezar por el principio? —me pide Roxi—. Lo que sea ha debido de pasar de improvisto, porque, cuando hablaste con nosotras, nos dijiste que todo iba bien.

—En realidad, no —respondo abstraída en un dibujo de la cortina.

—Vale, a ver... de aquí no nos vamos a mover hasta que nos enteremos de qué ha pasado o al menos de por qué estás así —sentencia Roxi—. Así que habla claro de una vez.

—Rebeca, cariño... —Valentina me acaricia el brazo.

Respiro hondo y las miro hecha polvo.

—Querer tener algo con Santi ha sido un error. Yo sólo buscaba algo de sexo sin compromiso, pero he sido gilipollas y me he fijado en un tío al que, para conocerlo profundamente, hay que abrirlo con bisturí para extraerle algo de información.

Roxi mira a Valentina y ella se encoge de hombros.

—Pero tú ya sabías cómo era...

—¡Exacto! Por eso mi gilipollez es aún mayor —exclamo consternada—. Somos tan diferentes... Habiéndolo tratado muy poco ya sabía que era así, ¿en qué cojones estaba pensando?

—Creo que precisamente pensabas en los de él.

—No tiene gracia.

—Sí que la tiene, pero estás cabreada —apunta Valentina—. En otro momento habrías soltado alguna de tus insensateces, yo te habría reñido y luego nos habríamos reído.

Suspiro y echo la cabeza hacia atrás en actitud derrotista. Les cuento lo que ocurrió en la casa con todos los detalles que soy capaz de recordar, teniendo que parar un par de veces para tragar el nudo que se instala en mi garganta y respirar hondo... Ellas hacen alguna pregunta, deteniendo la narración unos minutos.

—Si no crees lo que dijo su hermano, ¿todo se resume en que te molesta que no sea una persona abierta con respecto a sus sentimientos o sus inquietudes?

Asiento dubitativa.

—Sé que lo que dijo Yaro no es verdad —vuelvo a repetir—. A pesar de lo poco que me ha dejado conocer de él, sé que no sería capaz de ponerme una mano encima.

—Yo tampoco lo creo.

—Ni yo.

Suspiro y Valentina hace un gesto resignado.

—Yo qué sé... Estoy harta de darle vueltas y acabar en el mismo sitio. Mi mente parece una eterna rotonda... ¿Es normal que, desde que me dejó aquí el domingo, no me haya escrito ni llamado una sola vez? —Chasqueo la lengua—. En fin, si es que tampoco debería importarme eso... No sé qué mierdas me pasa.

Ellas se quedan en silencio y Valentina suelta la bomba un momento después.

—Déjalo.

La miro con los ojos abiertos, asombrada.

—¿Perdona?

—Déjalo. Está claro que no quieres complicarte, sólo quieres sexo y su personalidad no termina de encajar contigo, ¿no? —Alza un hombro—. Pues olvídate de él.

Roxi la mira unos segundos y asiente.

—Valentina tiene razón. Quizá deberías pasar página y buscar a otra persona más afín a ti.

—Sí, hay muchos hombres... —añade de nuevo mi cuñada.

—Y mujeres —agrega Roxi.

—Bueno, claro... y mujeres. Así tiene más dónde elegir.

Las miro alucinada y me siento en el sofá.

—Pero, vamos a ver, ¿habéis esnifado chocolate a la taza o qué? ¿Estáis hablando en serio?

—Sí.

—Claro.

Niego con la cabeza sin creerme la situación.

—Pensaba que estabais aquí para ayudarme, no para hundirme más en la miseria.

—¿Y cómo crees que te ayudaríamos, entonces? —pregunta Roxi, suspicaz.

—¡Pues no lo sé, pero no así! —Me levanto y las miro—. ¿Dejarlo? Como si fuese tan fácil olvidarse de alguien como él...

Valentina sonrío.

—Pues no lo hagas.

—¡Claro que no lo voy a olvidar! Es de locos... No estáis bien de la azotea. No me voy a buscar a otro. Bien podría hacerlo, no será por falta de tíos, pero no lo haré, aunque sea por el orgullo personal de conseguir entrar en su puñetera cabeza y desentrañarla.

—No creo que quieras entrar sólo ahí.

Miro a Roxi interrogante.

—Te has colgado de él, Beca.

—No digas tonterías.

—Si no lo quieres reconocer, no lo hagas, pero en el fondo sabes que es así. Estás enamorada de Santi y eso te da un miedo que te cagas, entre otras cosas porque no lo conoces del todo y te asusta encontrarte con algo que no te guste y te pueda hacer perder la seguridad que sientes habiéndole puesto la etiqueta de un simple rollo.

Miro a Valentina en silencio.

—¿Quieres saber mi opinión? —Asiento—. Creo que las cosas no hay que forzarlas. Te vendría bien intentar escuchar más tu interior. Sabes que has actuado así cuando te he dicho que lo dejases porque te importa; que reconozcas tus sentimientos o no, no va a cambiarlos. Ya están ahí, aunque no les quieras prestar atención.

—No me gusta tu opinión.

Ella me sonrío y se encoge de hombros.

—No creo que deba decirte sólo las cosas que te gustaría escuchar, Rebeca. No sería buena amiga si lo hiciese.

—Ya...

—¿Por qué no pruebas a exponerle tus miedos y tu punto de vista? —propone en forma de pregunta—. La base de una relación es la comunicación, bien lo he aprendido yo... —se ríe—, así que mi consejo es que te armes de valor, que de eso no te ha faltado nunca, y vayas a hablar con él.

—¿Yo?

—Creo que no existe una pregunta más corta y machista que ésa. —Roxi se levanta al hablarme, quedándose a mi altura—. ¿Es que acaso hay alguna norma en la que diga que es él quien debe venir a buscarte?

—No, pero...

Me interrumpe.

—Te quejabas antes de que no te había escrito ni llamado, pero ¿lo has hecho tú?

Niego lentamente con la cabeza.

—¿Y no podría él estar pasándolo mal también, esperando que tú fueses la que hablastes con él? —pregunta expresiva—. Vamos, no me jodas, Beca. Es un tío de puta madre. Raro, sí... pero tú tampoco es que seas muy normal.

—Gracias —contesto sarcástica.

—Roxi tiene razón. Si no quieres olvidarte de él, tienes que intentar poner todo tu empeño en conocerlo. Te has fijado en él por algo...

—Está muy bueno.

Se ríen y Valentina prosigue.

—Eso también, pero te has sentido atraída igualmente por su interior. Te supone un reto y a ti nunca te han gustado las cosas fáciles, ¿no?

—Es verdad —admito esperanzada.

—¿Creéis que puedo poner estos comités de emergencia como experiencia profesional y prácticas de mi curso de *coaching* y terapias personales? —bromea Roxi.

Contengo una carcajada y le contesto sonriendo.

—Deberías empezar tratándote a ti misma, bonita.

—Yo ya no tengo cura.

—Por cierto... —sonríe enigmática y con más ánimo que hace un rato—... tengo la primicia de Darío explicando su versión de los hechos... ¿alguien quiere saberla? —pregunto fingiendo distracción.

—¿Qué hechos? —pregunta Valentina, perdida.

—Lo del gatillazo.

—¡¡Ah!! Claro.

—Habla —secunda Roxi, interesada—. Ya es un asunto personal entre su nardo y mi amor propio.

—Tranquila, no tuviste mucho que ver... —Ella alza una ceja—. Vamos, me refiero a que la caída del imperio pollano no fue por tu culpa.

—¿Imperio pollano? Rebeca, de verdad... —Valentina niega con la cabeza, divertida.

—A ver, ilumínanos —pide Roxi antes de beber agua.

—Digamos que su anterior conquista le resultó demasiado picante, en el sentido literal de la palabra. —Me río recordando sus expresiones al contármelo en un descanso de la redacción y ellas me observan expectantes—. Les dio un arrebató pasional mientras cenaban y se fueron al baño a follar como conejos, pero la lumbreras de la amiguita se puso de rodillas y se la chupó... después de haber regado su cena con una salsa de pimientos habaneros... Os podéis imaginar el resultado, ¿no?

Roxi rompe a reír y Valentina se tapa la boca con las manos, abriendo mucho los ojos.

—Palabras textuales: «sentía el rabo como si lo hubiese rebozado por las brasas de San Juan.» —Contengo la carcajada—. Se pasó todo el día siguiente con la polla en carne viva, embadurnada en crema y sin poder ponerse ni un pantalón...

Nos tronchamos las tres y acabo llorando de la risa.

—Angelito... así normal que, cuando abrí la boca, se *chuchurriese*. ¡Qué dolor!

Dioses... Cuánta falta me hacía reír.

Al rato llega mi hermano a casa y se une a la conversación. Pasada una hora aproximadamente, Roxi se marcha y nosotros organizamos la cena. Me siento tentada a contarle lo que me ocurre con su amigo, ahora que empiezo a entender que no sólo es un capricho pasajero, pero finalmente cambio de opinión.

Las soluciones de conflictos mejor de una en una...

Capítulo 28

Love story

Santi

Cierro la tapa del portátil cuando oigo un par de golpes escuetos en la puerta. Me levanto extrañado y camino hasta allí, acercándome a la mirilla.

El giro que da mi estómago me hace tragar saliva.

—Hola, Santi —me saluda, apocada, cuando abro—. Espero no haberte interrumpido. Sé que es jueves por la tarde y no solemos vernos entre semana por nuestros trabajos y todo eso, pero no podía esperar más —suelta aturrullada—. ¿Puedo pasar? Creo que tu vecina está mirando por la puerta —murmura.

Sonrío y abro de par en par la mía, permitiéndole el paso.

—Entra, estás en tu casa.

—Gracias.

Camina hacia dentro y cierro, respirando hondo antes de girarme de nuevo hacia ella.

—¿Vamos al sofá?

—Te quedan bien las gafas. —Me sonrío—. Te dan un aire muy interesante. Y la barba también.

Me llevo las manos a la cara y me las quito.

—Estaba trabajando, sólo las utilizo para fijar la vista —me excuso—. Llevo un par de días algo difíciles y no me he afeitado. No ha sido intencionado.

—Pues te queda bien.

—Gracias. ¿Nos sentamos?

—Sí, claro. —Lo hace y la imito, a su lado—. ¿Cómo estás?

—He estado mejor, la verdad —admito—. ¿Y tú?

—Arrepentida.

Aprieto los labios y respiro hondo.

—Ambos perdimos un poco los papeles. Yo también lo siento mucho, Rebeca.

Ella agarra su pelo y se lo echa a un lado de la cabeza, dejando al aire su cuello. Me fijo unos segundos en él, embelesado.

—No debería haberme puesto así —reconoce—. Confieso que la situación me sobrepasó un poco. Fue un fin de semana bastante intenso y no supe gestionarlo.

—Tienes razón, pero entonces también la tenías.

Ella me mira interrogante y le aclaro mi opinión.

—Rebeca, no soy una persona fácil de conocer, lo admito. Nunca he tenido demasiada habilidad para abrirme a los demás... Incluso con mi familia me sigue costando a veces.

—Forma parte de ti. —Me pone la mano en la rodilla—. Que seas así no quiere decir que sea peor tu forma de ser que la mía, pero en ocasiones mi carácter juega en mi contra... y hay veces que me pones de los nervios.

—Lo sé.

—Y sé que seguirá pasando.

—También lo sé.

—Y ¿qué hacemos?

—¿Qué quieres hacer tú, Rebeca?

Ella me mira y toma aire.

—Quiero intentarlo.

—Me encanta oír eso. —Le sonrío—. Yo también quiero, no pienses lo contrario por mi actitud de estos días. He querido darte espacio y no molestarte, pero necesitaba esto. Gracias por venir.

—No tienes que darlas. Te doy mi palabra de que pondré de mi parte para refrenar un poco mi temperamento de ahora en adelante, aunque no prometo nada... —Sonríe y le correspondo.

—Como ya te dije, yo intentaré ser más comunicativo contigo. Ambos debemos trabajar un poco nuestro carácter, ¿de acuerdo?

Asiente.

—Me parece perfecto. Sé que cuando me enciendo soy difícil de tratar... En cuanto a ti, no me gusta no saber qué pasa por tu mente. Me desagrada sentirme excluida de lo que sientes. Quiero saber qué es lo que te gusta, lo que te motiva y lo que no, sin tener que sonsacártelo a la fuerza..., pero de momento me conformo con que intentes

ser abierto y sincero conmigo.

Me muerdo el labio inferior y miro hacia el techo, consciente de que mi carácter introvertido no es lo único que se interpone entre nosotros.

Debería explicarle cuáles son mis preferencias. Tiene derecho a saber qué es lo que me ha motivado o movido desde hace un tiempo para acá, porque, aunque yo mismo intente hacerme creer que, por estar con ella, puedo dejarlo a un lado, sé que no es así.

Estos días sin tener contacto con Rebeca me han servido para analizar todo lo que ha pasado entre nosotros. Mi esencia sale a flote cuando estamos juntos, sólo hay que echar la vista atrás y darse cuenta de los detalles, leer entre líneas, mirarlo desde otra perspectiva... Y no es justo que ella sea ajena a ello, no cuando estamos dándonos una oportunidad.

—¿Estamos bien, entonces? —me pregunta.

—Sólo si tú lo estás.

Le acaricio el cuello y ella cierra los ojos con gusto. Observo sus rasgos tan perfectos y mi cobardía me hace reprimir las palabras que deberían salir...

Soy un puñetero cobarde y ella no se lo merece.

Rebeca niega con la cabeza, sorprendida, y me mira.

—Aunque ni yo misma me creo lo que te voy a decir, me parece que lo mejor será que me marche a casa.

—¿Segura?

—Segura.

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

Sonríe.

—Lo sé, pero no creo que debamos acostarnos ahora mismo. —Niega con la cabeza, cuestionándose sus propias palabras—. Es increíble que yo diga esto, ¿verdad?

La beso en la mejilla, sonriendo.

—Me parece bien. Nada de sexo por ahora, tú mandas.

«Bien, Santi... Menudo comentario final, te estás cubriendo de gloria, macho.»

—Tampoco te pases, ese beso en la cara se lo das a tu hermana pequeña... a mí no.

Me río por su expresión y me acerco hasta su boca, saboreando sus labios durante unos breves minutos.

—No trabajes mucho —me dice al despedirse ya en la puerta—, y piensa en mí...

—Siempre.

Me guiña un ojo y se monta en el ascensor, saludando con la mano y mirando a unos metros de mí. Asomo la cabeza y dirijo la vista hacia donde ella la tenía puesta antes de que se cerraran las puertas automáticas, y mi vecina me saluda, sonriendo socarrona.

—Bien guapa que es la chica...

—Ya se lo dije. —Le devuelvo la sonrisa.

—Buenas noches, joven.

—Buenas noches, Fina. Recuerdos a su marido.

Cierro la puerta y me apoyo en ella esbozando una sonrisa... No me pasa desapercibido el regusto amargo que me sube por el estómago.

Tengo que hablar con ella y decírselo. Se lo debo.

Capítulo 29

Cincuenta primeras citas

Rebeca

—Hola.

—Hola, bombón. —Me asomo a la ventanilla del copiloto imitando una pose provocativa al más puro estilo prostituta de esquina—. ¿Buscas algo?

—A ti.

—¡Vaya! Qué suerte, hoy estoy de oferta y me vendo barata...

Me monto en el coche y le doy un beso intenso que me provoca unas ganas locas de devorarlo directamente en su asiento. Llevo demasiado mal esto de sólo vernos los fines de semana y fiestas de guardar...

—Te he echado de menos.

—Y yo —admite—. ¿Ése es todo tu equipaje?

Señala el bolso no demasiado grande que he traído conmigo y me encojo de hombros.

—No me va a hacer falta mucho más. Pienso estar todo el puente metida en tu cama; después de haberme pasado toda la semana trabajando y sin poder verte, creo que nos van a faltar horas cuando tenga que volver al nido de amor de los tortolitos.

Muerdo su labio inferior y tumbo medio cuerpo encima de él, clavándome el volante en la espalda.

—Si sigues sin querer que le digamos a tu hermano lo nuestro, quizá deberías contenerte un poco hasta que llegemos a mi casa —me dice mirándome desde arriba y acariciando mi mejilla—, y no te olvides de que tengo a Kiden estos días.

Resoplo poniendo los ojos en blanco cuando recuerdo lo que me dijo hace un par de noches mientras hablábamos por teléfono, pues sus padres se iban a marchar aprovechando los días festivos de Semana Santa y él debía encargarse de su hermana pequeña.

Las otras opciones eran mandarla con el capullo de Yaro y la geisha chalada de su mujer, o dejarla con Essien y rezar mucho.

Sin duda él era la opción más sensata.

—¿Hoy es la fiesta de pijamas?

—Esta noche, sí —murmura resignado.

—Puede ser divertido, no seas muermo... —Lo beso sonriendo—. ¿Qué podría pasar, teniendo a una pandilla de adolescentes en el salón de tu casa?

Se ríe y besa mi nariz.

—Lo comprobaremos. —Dirige su mirada hacia mi ventanilla y agarra mi cabeza, bajándomela hasta su regazo de forma inesperada.

Me repongo al momento de la sorpresa y abro la boca, mordiendo su entrepierna.

—¿Qué ímpetu...! Este trabajito son veinte euros, guapo —me cachondeo con la cara a escasos centímetros de la cremallera de su pantalón.

Cuando me intento levantar al no recibir respuesta por su parte, vuelve a bajarme a la misma posición.

—Estate quietecita. Rubén está saliendo de casa.

Cierro los ojos y resoplo.

Voy a tener que hacerle caso a Santi y hablarle claro de una vez a mi hermano sobre nuestra relación. «Rubén. Me estoy follando a tu mejor amigo... mucho y con ganas...» No suena difícil, ¿verdad?

Dejo de sentir presión en la cabeza y me incorporo despacio.

—¿Ya?

—Sí, se han marchado los dos andando.

—Valentina me ha dicho que iban a salir a dar una vuelta, pero debe de habersele fundido la neurona sana que le queda, porque le he explicado claramente que esperase un poco después de irme.

Él me sonrío y se coloca el cinturón mientras vuelvo a mi asiento.

—Has llegado hace quince minutos, seguro que ha pensado que ya nos habíamos marchado.

—¿Quince minutos? —pregunto asombrada—. Joder, se me pasa el tiempo volando cuando estoy contigo.

—A mí me ocurre igual —admite, y acerca su cara a la mía, para besarme escueto y luego arrancar el coche—. Nunca tengo suficiente de ti.

En el trayecto hasta su casa charlamos de cómo ha ido nuestra semana. Él me explica cosas sobre su empresa y su trabajo, pero la mayor parte del camino lo pasamos hablando de mi nuevo compañero de redacción. Le cuento toda la historia de Darío y se muestra divertido.

—¿Intentas ponerme celoso?

—¿Yo? —Me señalo el pecho inocentemente—. ¿Funciona?

Se ríe y niega con la cabeza.

—Confío en que, si alguna vez te interesa algo fuera de nuestra relación, tendrás la suficiente confianza en mí como para decírmelo.

—No estaría mal que te mostrases un poquito posesivo conmigo —protesto enfurruñada.

—¿Te sienta mal que no me moleste, que no sea celoso?

—No... Sí. No lo sé.

—Rebeca, no eres de mi propiedad. —Estaciona el vehículo y se gira para mirarme cuando apaga el motor—. Estás conmigo porque quieres, igual que yo lo estoy contigo. Si en algún momento alguien llama tu atención o sientes que te falta algo que yo no te doy, eres libre de ir a por ello, aunque agradecería que antes hablases conmigo por si podemos solucionarlo juntos.

—¿Has vuelto a ir a algún sitio de esos desde que estás conmigo?

—¿Sitio de esos?

Bufo mirándolo.

—Ya sabes, los lugares donde —imito su voz— «doy rienda suelta a mi instinto».

Él se ríe y niega con la cabeza sin dejar de mirarme.

—No. Claro que no. ¿Por qué? ¿Quieres que vaya?

—¿Cómo voy a querer que vayas?! —me exaspero, y se ríe—. Cada vez que hablo contigo consigues volverme loca.

Él se acerca a mí y se queda a muy pocos centímetros de mi cara.

—A mí no me hace falta que hables para volverme loco. Creo que sales ganando.

Sonrío rendida y le robo un beso, mordiendo su labio inferior con más fuerza de la cuenta.

—Oye, ¿quieres arrancarme el trozo o qué? —me pregunta en un tono jovial tocándose el lugar enrojecido.

—Otra cosa te voy a arrancar...

Bajo del coche al son de su carcajada y sonrío de espaldas a él, encantada con nuestro juego verbal. Al subir, oigo música desde el rellano. Las notas monótonas de la canción de reguetón que está sonando por los altavoces dispersados por el salón me hacen fruncir el ceño y componer una mueca cuando entramos.

Santi se acerca al equipo y lo detiene.

—Menos mal —agradezco suspirando—. Mis tímpanos amenazaban con inmolarsse.

—¿Quién ha qui...?

La pregunta de Kiden se queda en el aire al ver la cara de su hermano en el salón. Me mira y compone su mejor mueca de jovencita inocente, saludándonos.

—¿Necesitas que llame a papá?

—No... —duda ella.

—Lo digo porque lo mismo tienes problemas de audición y necesitas una revisión. —Su comentario me hace reír y me mira elevando las cejas.

—Perdón —me excuso, conteniendo la sonrisa al verlo tan serio.

—Tengo vecinos, Kiden.

—Desde la habitación no parecía que estuviese tan fuerte —se explica—. Lo siento —se disculpa.

Él niega con la cabeza cuando su hermana pequeña va hacia él y lo abraza. Esta cría hace con él lo que quiere. Voy a tener que pedirle un par de consejos prácticos.

—¿A qué hora vienen tus amigas? —le pregunta tras besarle la cabeza.

—Sobre las ocho estarán aquí.

—Está bien. Pide lo que quieras para los tres de almorzar, en la nevera tienes varios folletos de publicidad para elegir —le indica, y ella da unos saltitos, entusiasmada—. En la entrada está mi cartera con el dinero. Tengo que solucionar un tema importante con Rebeca, así que, hasta que llegue el repartidor, estás al mando de la casa.

—Entendido —dice conteniendo la sonrisa.

—¿Necesitas algo?

—No. Todo bien.

Él se encamina hasta el pasillo y lo sigo. Cuando paso por el lado de Kiden, ella me mira y me guiña un ojo.

—Suerte con el tema importante —cuchichea mofándose—. Tengo quince años y

sé lo que va a pasar ahí dentro... ¿Quieres que ponga otra vez la música?

Sonrío y le doy un cachetazo en el culo, divertida.

—Intenta que no sea reguetón... El ritmo no ayudaría a concentrarnos para buscar soluciones.

Ella se ríe y asiente con la cabeza. Encamino mis pasos hacia el dormitorio de Santi.

—¿Crees que nuestros ejercicios del mes pasado en tu casa de campo sobre cómo tener un orgasmo silencioso nos ayudarán estos días? —Continúo caminando hacia él y paso por su lado, entrando en su habitación—. ¿En serio no se te ha ocurrido una explicación mejor que «tratar un tema importante con Rebeca» en tu dormitorio? —imito su voz, sentándome en la cama y desabrochándome las botas, para descalzarme y continuar desnudándome—. Tiene quince años, Santi, y aunque creas que aún es una niña, yo a esa edad ya llevaba tres años masturbándome.

—¿Qué hac...?

Lo corto.

—Sí, ya lo sé. Fui muy precoz, blablablá... pero prometo que fue de casualidad. —Me saco la camisa y me vuelvo, llevándome las manos al sujetador para desabrochármelo de cara a él—. Un día viendo la televisión me... ¿Qué haces aún vestido?

Él entra y cierra la puerta.

—¿Por qué te estás desnudando?

Lo miro arqueando una ceja.

—Es obvio. ¿Te ha entrado la timidez y ahora quieres que lo hagamos con la ropa puesta y la luz apagada o qué?

—¿Hacer qué, exactamente?

—Ganchillo, no te jode... —Pongo los ojos en blanco y me acerco hasta él, que aguarda mi respuesta. Paso las manos por su cuello y me acerco hasta su boca—. ¿Es que no me has traído a tu habitación para deshacer la cama, semental?

Echa la cabeza hacia atrás cuando me acerco para besarlo.

—¿Me acabas de hacer la cobra?

—Quería hablar contigo —contesta jovial al ver mi cara.

—Te has apartado...

—No quería rechazarte, es que es cierto que quería tratar un tema importante

contigo.

—Me acabas de hacer un Bisbal... Ya sé cómo se sintió la pobre Chenoa. Qué mal... —me quejo, intentando separarme de él y siendo agarrada por sus manos en mi cintura.

Él contiene una sonrisa y lo miro iracunda, entrecerrando los ojos.

—Vamos, suéltame... Deja que me vista para que podamos charlar.

—No te enfades.

—Vale.

—Estás enfadada.

—Y tú eres mulato y estás muy bueno, pero no veo la necesidad de decirlo cuando ambas cosas son tan obvias.

Se acerca a mí y echo el cuello hacia atrás, recibiendo el agarre de su mano en la parte posterior de mi cabeza para mantenerme en el sitio.

—No te enfades —murmura, antes de besarme.

Exploto unos minutos más el papel de amante despechada y él se esmera en hacerme claudicar, poniendo todo su empeño con sus labios y su lengua, que se mueven lascivas contra mi boca.

Un resuello lastimero me delata y sus labios se curvan, sonriendo, antes de volver a besarme y agarrar mi cadera para pegarme a él y a su evidente erección.

—¿No querías hablar conmigo? —le pregunto cuando deja mi boca y se centra en mi hombro.

—Ahora puede esperar.

Sonrí maliciosa y llevo mis manos a su cabeza.

—¿Nunca has pensado en dejarte el pelo algo más largo?

Él duda unos segundos y alza la cabeza de su descenso hacia mi pecho.

—Lo tengo muy rizado.

—Me gustaría meter los dedos entre él mientras me lo haces.

Sonríe y vuelve a asaltar mi cuello, haciendo que eche la cabeza hacia atrás con un gemido al sentir un escalofrío recorrer mi espalda con el cosquilleo de su barba.

—Lo pensaré.

Su mano desciende y se cuela entre la tela de mi tanga y mi piel, acariciando mis pliegues, ya húmedos. Se desliza hacia delante y hacia atrás repetidas veces y muevo las caderas, yéndole al encuentro en sus movimientos.

—Estás demasiado vestido.

Mi protesta le hace chasquear la lengua.

—Para lo que tengo pensado, no hace falta que me desnude.

—Eso no... ¡Ay!

Un grito de sorpresa escapa de mis labios al notar que me coge a peso y me deja en la cama con ímpetu, colocándose a mi lado y besándome con medio cuerpo echado sobre el mío.

—Desnúdate.

—Shhh...

—Santi.

—Haz el favor de mantener la boquita cerrada, Rebeca —me pide, llevando su mano a mi entrepierna—. Y si la abres, que sea sólo para gemir, ¿de acuerdo?

El movimiento de sus dedos en mi cuerpo provoca que asienta repetidas veces y me tome al pie de la letra su petición. La música en el salón absorbe el grito que doy tras unos minutos al alcanzar el orgasmo, pero él no cesa en su movimiento y su boca devora la mía, tragándose mis quejidos.

—Para. Para... —le pido— Estoy sensible.

Él me manda callar de nuevo con un siseo. El timbre de la puerta resuena por encima de la música y me mira sin dejar de hacer círculos menos intensos por mis pliegues.

—¿Tienes hambre?

—Sí.

—Córrete y saldremos a comer.

—Ya lo he hecho.

—Otra vez.

—No puedo... —me quejo—, necesito cierto tiempo para que... Santi... Para... Oh joder.

—Eres demasiado negativa —refunfuña divertido—. Todo está en tu cabeza. Tu cuerpo responde, así que déjate llevar.

—No voy a poder.

—¿Segura?

Resoplo y él sonrío, metiendo un par de dedos dentro de mí y utilizando el pulgar para rozar mi clítoris, hinchado y sensible.

—¿Santi? —Suenan la voz de Kiden en el exterior—. Ha llegado la comida.

Sus dedos en mi vagina se curvan y arqueo la espalda, conteniendo un quejido lascivo apoyando la boca en su hombro.

—Di que ahora salimos —me exige.

—¿Q... qué?

—Di: ahora salimos, Kiden.

—Ahora... —murmuro y él me insta a hacerlo más alto—. ¡Ahora salimos, Kiden!
—gimoteo al redoblar la velocidad de sus dedos en mi clítoris y centrar toda la atención en él.

Mi cuerpo traidor y cachondo se enciende de nuevo.

—¡Vale! —contesta su hermana—. ¡No tardéis, que se enfría!

—La madre que te parió —me quejo a Santi, y él aprieta la boca conteniendo la risa.

Bufo al sentir la yema de sus dedos moverse con agilidad, concentrando la velocidad y la presión adecuada para mantenerme al filo del orgasmo.

—¿Qué te pasa? —pregunta guasón.

—Más rápido.

—¿Así? —Acelera y elevo las caderas expectante, conteniendo la respiración—. ¿O mejor paro? —Se detiene y lo miro furibunda—. No querría hacerte daño al estar sensible.

Agarro su mano y la llevo a donde estaba hace unos segundos, exigiendo:

—Mueve esos dedos, si no quieres que te los corte.

Él me besa y sonrío, entregándose del todo a la tarea.

—Córrete.

—Sí —gimo—. Sí, sí, sí... Sigue... Sigue... ¡Oh, joder!

Me derrumbo en la cama y recupero el ritmo de mi respiración, poniéndome una mano en el pecho de forma lánguida.

—Me las vas a pagar —murmuro derrotada—, pero antes vas a tener que llamar a la grúa para que me levante de la cama, no puedo con mi alma.

Él se ríe y se levanta con un buen bulto en los pantalones, metiéndose en el baño.

—Joder, qué barbaridad... —hablo sola.

—¡Chicos! —vuelve a chillar Kiden al otro lado de la puerta, dando un par de golpecitos—. Tengo hambre y se enfría.

—Ya vamos —alzo la voz mientras me siento y busco la ropa, desperdigada por el suelo, para empezar a vestirme.

Almorzamos en el sofá y vemos una película que hemos pillado empezada pero que ha conseguido engancharnos a los tres. Cuando acaba, me levanto y recojo de la mesa los restos de la comida, ya que Santi me ha reñido por dos veces al intentar hacerlo durante los anuncios.

Algo antes de las ocho de la tarde suena el móvil de Kiden y, al colgar, nos dice que ya han llegado dos de sus amigas y están en el portal. Va a abrirles la puerta y sus grititos eufóricos al saludarse entusiasmadas por la noche que les espera me hacen sonreír.

—Cris me ha escrito para decirme que la trae el padre de Lara. Podéis dejar las cosas ahí, chicas.

—Hola —saludo a las dos amigas cuando se acercan y dejan sus mochilas en un lateral del sofá.

—Es Rebeca, la novia de mi hermano. Ellas son Mireia y Sofía —nos presenta y me voy a la cocina, dándoles intimidad.

Cuando estoy entrando, las oigo cuchichear.

—¿Dónde está tu hermano?

—No empieces, Mireia... —refunfuña Kiden.

—¡Baja la voz! Se va a enterar su novia...

Aprieto los labios y entro conteniendo la risa. Santi se mueve preparando cosas y recogiendo cacharros. Me acerco hasta él y me pego a su pecho, abrazándolo divertida.

—¿De qué te ríes?

—Tienes una admiradora quinceañera... —canturreo—. Me ha parecido tan tierna preguntándole a tu hermana por ti... ¡Qué lástima!

Él me sonríe y abraza a su vez.

—Yo estuve enamorada de mi profesor de ciencias y sé lo que se siente cuando tu cuerpo hace chiribitas por un tío bastante mayor que tú. Aún recuerdo las fantasías que tenía... Qué bien me lo pasaba escondida en el baño mientras pensaba en él. —Meto mi mano dentro de su pantalón y le palpo el culo piel con piel—. ¿No llevas calzoncillos?

—¿Estamos jugando otra vez al juego de los secretos? Si es así, paso.

Me río y amaso con ambas manos su piel prieta.

—Ya sabes, paga.

—Mi secreto... Veamos... —Imita mi gesto y me soba por dentro de mis *leggings* sorteando mis braguitas—. He pillado a mi novia rebuscando en mis cajones mientras se creía que estaba en el baño hace un rato.

Me quedo callada, mirándolo.

—Lo que estaba buscando todavía es un misterio para mí. ¿Tienes alguna idea?

—Puede que me la haya cruzado por el pasillo... Iba murmurando algo de una llave.

—¿Una llave? —pregunta sorprendido de verdad.

—Refunfuñaba mucho y maldecía por una puerta cerrada.

—No sé a qué podría referirse.

—Al armario, ¿quizá?

—¿Tú crees? —plantea algo más reservado.

—No sé, sólo te ayudo a resolver la incógnita.

—Perdón. —Una voz aturrullada nos hace girar las cabezas hacia la puerta.

—Pasa, Mireia —le dice Santi, sacando las manos de su escondite mientras yo hago lo mismo—. ¿Necesitas algo?

—Kiden me ha dicho que viniese a por unos refrescos —contesta cohibida y sin mirarlo a la cara—. Pensábamos que estabais en la habitación.

—No te preocupes. Entra —la invita con un gesto a ir hacia el refrigerador—. Coge lo que necesites.

—Vale, gracias.

Se acerca cortada y coge varias latas de forma apresurada, saliendo luego y disculpándose de nuevo.

—Es ella.

—¿Cómo?

—Tu admiradora. ¿No te has fijado? No te miraba a la cara, se ha puesto como un tomate maduro al entrar y vernos tan juntos y le ha faltado tiempo para salir corriendo en cuanto ha cogido las bebidas.

—Es una buena chica. Es amiga de mi hermana desde la guardería.

—Bueno, creo que deberíamos portarnos mejor esta noche. Nada de magreos. Debes ejercer de hermano mayor buenorro y dar ejemplo.

—Qué responsable.

—Estoy madurando.

—Ya veo.

Le doy un beso recatado en los labios.

—¿Te apetece comida china? —me pregunta.

Gimo al imaginarla.

—Has dado con otra forma de complacerme sin tocarme. Sí, me pirra la comida china.

Sonríe y enseña sus manos de forma inocente.

—Voy a preguntarle a mi hermana si necesitan algo y bajo a por ella. ¿Te quedas aquí para controlar un poco todo?

—Por supuesto. —Me subo a la encimera y picoteo de una bolsa de ganchitos abierta—. Vete tranquilo. No te olvides de pedir pollo agridulce. ¡Ah!, y tallarines estilo chino. ¡Y wantón frito! —le chillo cuando sale negando y riéndose.

Deduzco que Cris ha llegado, porque se oye el timbre de la puerta y decido hacer un poco de tiempo en la cocina, invirtiéndolo en hablar por teléfono con Roxi. Cuando acabo hago una visita al salón, donde no paran de oírse risas juveniles y una conversación un tanto subida de tono.

—... ¿Es porque la tiene pequeña?

—¡Cris!

—¿Qué? Podría ser. Mi hermano la tiene pequeña.

—¿Se la has visto a tu hermano? ¡Qué asco!

—A ti todo te da asco, Lara —se queja otra.

—Yo también se la he visto a mi hermano —suelta Kiden.

—¿A cuál?

—A Essien. Deja la puerta abierta cuando va al baño.

—¿Es una costumbre familiar? Lo mismo Mireia tiene suerte esta noche y se la ve a tu otro hermano.

Todas se ríen por el comentario de esa chica, pero la aludida le palmotea la pierna.

—Sofía, no tiene gracia.

Decido entrar en el salón y dejar de curiosear la conversación, pues veo la incomodidad de la amiga de Kiden.

—¡Hola, chicas! —saludo amistosa.

—Hola, Rebeca. Ven, siéntate con nosotras.

—¿Seguro? No quiero molestar. —Asienten—. ¿De qué habláis?

Abren el círculo que han hecho sobre los cojines en el suelo y me uno a ellas. No me pasan desapercibidas las miradas socarronas hacia la admiradora de mi moreno cuando lo hago.

—Debatíamos sobre el chico con el que sale Sofia.

—Ajá. —Cojo una patata del bol que me pasa la chica de mi derecha.

—No quiere... ya sabes... —Eleva ambas cejas—. Dar un pasito más.

—¡Cris! —protesta la tal Sofia.

—Tranquilas, no voy a decir nada. Yo también he tenido vuestra edad.

—Yo creo que es porque la tiene pequeña y le da vergüenza.

—Es negro.

—¿Y?

—Los negros la tienen grande.

—No todos.

—La mayoría de ellos.

—¿Se la has visto a todos los negros?

—¿Y tú?

Alzo las cejas y miro a Kiden, que encoge los hombros mientras oye discutir a sus amigas.

—No sé... —Agarra una bolsa de las que hay en el centro del círculo y la mira—. Los conguitos son negros y pequeños, pero aun así nos gustan a todas, ¿no?

Mi risa estalla por el comentario de mi pequeña cuñada y sus amigas se unen a mí.

—Bien dicho, Kiden —la felicito cuando he dejado de reír—. Ya tendréis tiempo de dar ese pasito más. No tengas prisa, Sofía.

—¿Tú te acuestas con su hermano, Rebeca?

La pregunta me hace mirarla sorprendida.

—Claro que se acuestan, tonta. Son adultos.

—Mi prima es mayor y no lo hace con su novio, quieren esperar a estar casados.

—Eso es lo que le dicen a su madre, pero seguro que se ponen finos cuando están solos.

Contengo la risa. Vaya tela con las adolescentes... Yo a esta edad hablaba de otras

cosas.

—Hola —nos llega la voz de Santi al entrar en el piso.

Todas se callan en el acto y lo miro sonriendo como una más, integrada en el grupo. Él arquea una ceja, interrogante.

—Charla de chicas.

—Ya veo.

Alza la mano y me enseña la bolsa de comida que trae. Me levanto como impulsada por un resorte y voy hacia él dando saltitos. Reina el silencio en el salón y siento sobre mi espalda cinco pares de ojos observando la escena.

—¿Pollo agridulce? —Asiente—. ¿Wantón y tallarines?

—Y arroz, ternera y unas cuantas cosas más...

—Te voy a comer.

Me acerco y le doy un beso, agradecida. Su mano libre me agarra la cintura y abre la boca, invitándolo a entrar.

—No mires, Mireia —oigo cuchichear una voz a mi espalda.

—Yo quiero que me besen así.

—Y que me traigan mi comida preferida.

—Pues yo me conformo con que no la tenga pequeña.

—Shhh...

Todas se ríen y sonrío, retirándome de Santi y dándole un pequeño beso al separarnos.

—No preguntes.

Él las mira y agarro su mano, andando juntos.

—Kiden, si necesitáis algo estaremos en la cocina —le dice Santi al pasar por su lado.

—Vale.

Cuando cierro la puerta a mi espalda, deja las bolsas en la encimera y se vuelve al hablarle.

—Recuerda que, cuando tengamos hijos, les demos la charla a los ocho, porque, con lo que acabo de oír esta noche, creo que ya vienen enterados de todo desde bien pequeños —suelto divertida, sacando los envases de la bolsa y chupándome los dedos manchados de salsa.

—¿Quieres tener hijos?

—Si son niñas, mejor.

—¿Cuántos?

—Dos, tres... Los suficientes como para formar un equipo de fútbol en casa y que nos saquen de pobres... No sé, me gustan los críos.

—¿Hablas en serio?

Dejo de mirar el contenido de los recipientes y lo miro distraída.

—¿Qué?

—Que si lo dices en serio.

—Obviamente estaba bromeando, Santi.

—¿No quieres tener hijos conmigo, entonces? —me pregunta serio.

Alzo las cejas y abro los ojos.

—Uou... Creo que nos hemos saltado un par de puntos en el plan de cómo abordar una nueva relación. Todavía estoy haciéndome a la idea de que me presentes como tu novia...

—Yo quiero tener hijos pronto. ¿Quieres que los tengamos en los próximos... no sé... nueve meses?

—¿Estás hablándome en serio?

—Obviamente estaba bromeando, Rebeca.

—Muy gracioso.

—Todo lo malo se pega —me responde antes de darle un mordisco al rollito de primavera de mi plato, divertido.

Capítulo 30

Sucedió una noche

Santi

Recojo mi mesa de trabajo y me dirijo al laboratorio, donde mi padre lleva un par de horas entretenido. Abro la puerta y su perfil concentrado capta la luz del pasillo, iluminándolo en la estancia casi a oscuras

—Hola, papá. ¿Te pillo en mal momento?

—No. Ya estaba acabando. —Se quita las gafas y apaga el flexo de la mesa—. La espalda me está empezando a dar la lata.

—Llevas aquí demasiado tiempo, se ha ido todo el mundo.

—Necesitaba comprobar un par de cosas antes de marcharme a casa.

Se lava las manos en la pila que hay en una esquina y se las seca con un trozo de papel mientras le hablo.

—Leire me ha dicho que querías verme. ¿Qué te pasa?

—Tenemos que hablar de un par de cosas importantes.

—¿Ha ocurrido algo?

—Podría decirse que sí. ¿Tienes prisa por irte? —Mira el reloj y resopla—. Tu madre me va a matar.

—Es tarde, pero por mí no hay problema.

—¿Vamos al despacho?

—Sí, será lo mejor.

Nos dirigimos hacia allí y reviso mi móvil, donde una llamada perdida de Rubén reza en la parte superior.

—Tenemos un par de problemas —comienza diciendo mi progenitor.

—¿Aquí, en Domon?

—Eso parece... Vamos a tener movimientos.

—¿Qué ha sucedido? —le pregunto tomando asiento.

—Leire nos deja. —Se pasa la mano por la frente, cansado—. Han destinado a su marido a trabajar a otra ciudad y se mudan dentro de dos semanas.

—Mierda.

—Sí. Una bien grande. Me gusta cómo trabaja esa chica. Mantiene al día todo el papeleo y es muy agradable. No hay que pedirle nada, porque siempre se anticipa...

—Buscaremos a alguien válido, no te preocupes. Yo me encargo de todo.

—Gracias. Cuando me lo ha dicho, lo primero que he pensado es que tu madre me va a pedir el divorcio si reduzco tiempo del que pasamos juntos para el lío de las entrevistas y todo lo demás.

Agarro la pelota antiestrés de la mesa y la aprieto un par de veces.

—¿Qué es «todo lo demás»?

Él me mira circunspecto y suelta el aire sonoramente.

—Tu hermano Yaro.

—Ya me lo imaginaba... ¿Qué ha pasado?

—Desde que ha empezado el mes, está raro. He intentado hablar con él en dos ocasiones, pero ya sabes cómo es. —Eleva las cejas—. Se parece demasiado a tu abuelo materno.

—Sí.

—El caso es que ha hablado con tu madre esta mañana y le ha pedido las llaves del piso que ahora tenemos libre de inquilinos para unos días.

—¿Del piso? ¿Es que les ha pasado algo en su casa? —pregunto extrañado.

—Se va a ir él solo.

Proceso sus palabras y asiento con la cabeza.

—Entiendo. Tarde o temprano iba a acabar pasando.

—Nunca te ha gustado esa chica —afirma comprensivo.

—Papá, Saori es una mujer que huyó de su país por las necesidades que pasaba su familia y vio en mi hermano a alguien a quien poder agarrarse. —Aprieto un par de veces más la pelota, mirándola al hacerlo—. Es dócil y servicial porque está educada así, pero también es visceral y desproporcionada.

—Eres comedido hasta para hablar mal de alguien.

—No me gusta hacerlo de la esposa de mi hermano, papá, pero ambos sabemos que esa relación no es sana.

—No lo es. Esto lo deja claro.

—No quiero saber qué ha ocurrido entre ellos. ¿Qué va a hacer él respecto a la empresa? Es lo único que me incumbe, porque eso sí me afecta directamente.

—Me ha dicho que necesita un poco de tiempo.

—Bien. Podremos con ello. Sólo espero que, cuando regrese, lo haga habiendo enterrado el hacha de guerra.

—Aunque se parezca a tu abuelo, también tiene genes míos y de tu madre ahí dentro... —Me sonrío—. Confiamos en que salgan a flote, ahora que la vida le ha dado un revés.

—Confiamos... ¿Nos vamos?

—Sí, será lo mejor. —Nos levantamos y salimos tras cerrar la puerta y apagar la luz. Mi padre se pone la chaqueta—. ¿Crees que tu madre me habrá dejado algo de almuerzo?

—Sí, seguro.

—Yo no lo estaría tanto... Llevo sin ir a casa desde hace más de veinticuatro horas.

—Mamá es indulgente, verás como no te tiene en cuenta que te hayas pasado hasta las seis menos veinte de la tarde de un viernes trabajando después de una guardia en el hospital.

Abandonamos el edificio y me monto en el coche, despidiéndome de mi padre y conectando el manos libres. Después de unos kilómetros, busco en la marcación automática el número de Rubén y su voz resuena en el habitáculo.

—Espera... no digas nada —me pide antes de saludarlo—. Necesito saber si recuerdo tu voz o ya la he olvidado por completo.

—Hola, Rubén —suelto sonriendo.

—Tío, ¿se puede saber dónde te metes? —pregunta cordial—. El mundo está cambiando... Mi hermana se pasa el día por ahí cuando antes estaba siempre metida en casa o en la redacción; mi mejor amigo lleva siglos dándome evasivas... ¿Me aconsejas reunir provisiones por si hay una invasión alienígena o un apocalipsis zombi?

—Las provisiones nunca están de más —contesto animado—. ¿Es demasiado tarde para invitarte a una cerveza?

—Nunca es demasiado tarde para eso. Dame un momento.

Espero a la vez que lo oigo hablar amortiguadamente al otro lado del altavoz

mientras reanudo la marcha en un semáforo.

—Parece que los astros se han alineado y Rebeca no va a salir hoy de casa, así que Valentina no se quedará sola.

—Qué bien.

—¿Pasas a por mí?

—Sí. Ve saliendo, en unos minutos estaré en tu puerta.

—Vale, hasta ahora.

Cuelgo y vuelvo a marcar pasado un momento.

—Hola, precioso. Ya sé para qué me llamas, estaba delante cuando mi hermano ha hablado contigo hace un instante.

—Hola, preciosa.

—Qué raro suena que me digas algo así.

Elevo ambas cejas y sonrío.

—¿Es una queja?

—No, sí. Puede... ¿Se lo vas a decir a mi hermano?

—¿El qué, que es precioso él también?

—No, lo de mi pene que escondo entre las piernas... ¿Qué va a ser, Santi? Lc nuestro —contiene la voz.

—No tenía pensado hacerlo.

—Ah, vale.

—Tu respuesta ha sonado decepcionada. ¿Quieres que hable con él?

Aparco en la puerta y dejo el motor encendido, mirando la luz que proyecta la ventana hacia el exterior mientras ella niega a mi pregunta.

—Estoy fuera, sólo quería decirte que te echo de menos.

—Yo también. ¿Puedo salir a comerte la boca un poco y volver a entrar? Así tendría material para alegrar un poco mi tarde...

Me río y la veo asomarse a la ventana.

—Hola.

—Hola.

—Mi hermano está despidiéndose de Valentina —me susurra, mirándome—. Pasadlo bien, ¿vale? Nosotras haremos tarde de chicas, ya sabes... Manicura, pedicura, poner verde a los novios, intercambiar posturas sexuales. Tranquilo, creo que tienes un notable alto en tus calificaciones. Os ponemos nota, ¿sabéis? No... es

broma, pero, si la pusiéramos, seguro que tendrías notable alto.

Niego con la cabeza, divertido, al verla gesticular.

—Rebeca...

Se abre la puerta de casa.

—Dime.

Sale Rubén y le da un último beso a Valentina.

Rebeca continúa en la ventana cuando su hermano se dirige al coche. Antes de llegar hasta la puerta del copiloto, la miro.

—Te prometí que iba a abrirme a ti.

—Lo estás haciendo —me anima—. Poco a poco...

—Te quiero.

Se queda en silencio, con el teléfono suspendido sobre la oreja, mirándome. Su cara, seria e impresionada, retiene mi vista y le sonrío.

—¡Hola! —Se abre la puerta y vuelvo la cara hacia Rubén, que se deja caer en el asiento—. Había olvidado hasta cómo huele tu colonia, macho. Esto no puede pasar más —me regaña paternal, dándome un apretón de manos—. ¿Nos vamos?

—Sí, claro. —Quito el freno de mano y regreso la mirada hacia la ventana, donde vuelve a estar la cortina en el lugar que ocupaba ella hace un momento. Miro el teléfono y la llamada ha finalizado—. Vamos.

Al llegar al local, nos sentamos en una mesa alta y pedimos algo para picar y beber.

—Te veo bien, Santi... Te he echado de menos. —Me palmotea la pierna y coge una patata del plato que nos han servido—. ¿Qué te cuentas?

—Poca cosa... Trabajo y poco más.

—¿Y mujeres?

—Puede.

—No te hagas el interesante conmigo, vamos —me reprende—. Pasaste por una racha un poco escasa y esto me supone una novedad. ¿Hay alguien en especial?

—Sí, hay alguien.

—Y...

—Y quiere mantener un poco el anonimato aún.

—Vamos, no tiene por qué enterarse de que me lo has dicho. ¿Es más que sexo?

Respiro hondo y decido mentir lo menos posible.

—Sí, es más. De hecho, comenzó sin haberlo.

—Uau... —Se ríe—. Eso suena a que te han agarrado bien.

Me río con él.

—Estoy enamorado de ella.

—Toma ya... ¿Y me lo dices así, sin esperar a una segunda ronda? —pregunta jovial—. Me alegro, Santi. Eres un buen tío y te mereces estar en la montaña rusa er la que vivo continuamente desde que estoy con Valentina... Ya verás, es de lo más vigorizante. Te mantienes siempre alerta y expectante, cada día es una nueva y maravillosa aventura.

Se ríe al ver mi cara.

—No me mires así, te hablo en serio. Son capaces de volvernol locos.

—Amén a eso.

—Pero te juro que no cambiaría por nada mi vida ahora mismo.

—Somos afortunados.

—Y ellas también, se han llevado a dos buenos partidos.

Se ríe y seguimos charlando, ahondando en el trabajo de él y contándome cosas de los antiguos compañeros que tuve mientras estuve cubriendo la vacante en su instituto.

—¿Te pasa algo? —me pregunta en un momento dado—. Te noto extraño. ¿Estás bien en el curro?

—No sabría decirte.

—¿Qué ha pasado?

Le cuento lo que he hablado con mi padre esta tarde y le doy voz a lo que he pensado desde que me comentó la situación.

—Valentina sigue buscando trabajo, ¿verdad?

—Sí. Ha hecho un par de entrevistas, pero nada ha cuajado. —Resopla—. Está agobiada con eso. La verdad es que lo está desde que ha empezado el año.

—Pero os va bien, ¿no? Al menos eso he entendido antes.

—Sí, sí. Estamos bien. —Da un trago a su vaso y se echa el largo flequillo hacia un lado—. No sabría decirte, está como rendida en ese aspecto, desganada en general.

—¿Crees que podría interesarle ocupar el puesto de administrativa en Domon?

Él me mira sonriendo.

—¿Hablas en serio? —Asiento—. Joder, claro que sí. Me parece una idea de puta madre.

—Me alegro. Queremos a alguien de confianza.

—¡Ésa es mi chica!

—Espera a que hable con ella, Rubén, no te precipites. No quiero que se sienta en el compromiso de aceptar nada que no quiera.

—Te aseguro que no va a decirte que no —contesta contento—. Si quieres, puedo llamarla y decirle que se una a nosotros para cenar y se lo propones. ¿Qué te parece, tienes planes?

—Es buena idea.

—Yo siempre tengo buenas ideas.

—Bueno, eso es discutible...

Se ríe.

—Eso ha sido un golpe bajo, cabrón.

—Lo siento, acto reflejo.

—Dame un minuto, la voy a llamar.

Marca en su teléfono y espera, sonriente.

—Quizá deberías añadir a tu hermana a la invitación. —Me mira interrogante—. Antes dijiste que no iba a salir y seguro que le hace ilusión compartir este momento con su mejor amiga... Ya sabes.

—Buena idea. —Cambia la cara—. Hola, nena... Sí, todo bien... ¿Qué hacéis?

—Yo siempre tengo buenas ideas —murmuro antes de beber, observándolo mientras habla con su novia durante unos minutos.

—... De acuerdo, pues os esperamos aquí... —Levanta el pulgar y sonrío, alzando mi cerveza antes de beber—. Y yo... Hasta luego.

—Hecho. Pronto estarán aquí, pero todavía nos queda un rato para seguir hablando de esa mujer que te ha robado el corazón. —Se ríe socarrón—. Dime, ¿cómo es?

Sonrío e intento capear sus preguntas sin dar demasiados detalles, hasta que consigo cambiar de tema y terminamos hablando de otras cosas menos comprometidas para nuestra situación. Valentina y Rebeca llegan una hora después y nos vamos a un par de locales más abajo en la misma calle, donde no ponen fútbol y el ambiente parece algo más relajado.

Luego entramos en un restaurante para cenar, nos sentamos y Rubén se marcha al baño. Rebeca aprovecha el momento y se me acerca desde su silla, agarrando mi nuca y atrayéndome hacia ella, para darme un beso que me sabe a poco cuando nos

separamos.

—Qué hambre tengo —me dice lasciva.

Sonrí y le acaricio el labio con el pulgar, dándole un beso más tranquilo y corto después.

—¿Qué tal ha ido la tarde de chicas?

Valentina sonrío mirándonos y vuelvo a dirigir mis ojos hacia Rebeca cuando me contesta.

—Bien, ¿no os han pitado los oídos? —Se ríe—. ¿Qué habéis hecho vosotros? ¿Tarde de machotes mirando culos y comentando la delantera de la camarera?

—Era un camarero... Sólo hemos estado poniéndonos al día y tomando unas cervezas. —Diviso a Rubén saliendo del baño y encaminándose hasta nosotros—. Ahora me toca a mí —me disculpo cuando llega y se sienta—. Vuelvo enseguida.

Me levanto y recorro el mismo camino que él hace unos segundos, entrando en el reducido habitáculo. Saco el teléfono del bolsillo y marco el teléfono de Rebeca. Tras un par de tonos, contesta vacilante.

—¿Sí?

—Estás preciosa.

Se mantiene callada un instante.

—Ésa soy yo. ¿Necesitas algo? He salido a cenar y no estoy sola.

Sonrí.

—Tengo un problema.

—¿Cuál?

—Necesito desesperadamente meterme dentro de ti y decirte lo que siento cada vez que me sonrías.

—Sí... Parece un problema difícil de resolver ahora mismo...

—Rebeca.

—Dime.

—Creo que ha llegado el momento de decírselo.

Silencio...

—Cariño...

—Está bien —carraspea—. Me parece bien.

—No estés nerviosa.

—Vale.

—¿Sabes que te quiero?

—Haces preguntas absurdas —contesta con una sonrisa en la voz—. Espero que nos veamos pronto. Tengo que dejarte, un beso.

Cuelgo el teléfono y sonrío mirando la pantalla que a los pocos minutos se apaga. Después de lavarme las manos, salgo del baño y me acerco a la mesa, donde hablan entretenidos.

—Ya estoy.

—Te he pedido otra cerveza para cenar —me dice Rubén.

—Perfecto.

Me coloco la servilleta encima de la tela vaquera de uno de mis muslos y miro a mi derecha, donde está Rebeca. Ella me sonrío y acaricio su rodilla de forma escueta y encubierta.

Pronto no va a ser necesario que nos escondamos.

—Quería comentaros algo —comienzo a decir, notando que ella se envara—. Después de mucho pensar, me parece que es la mejor decisión que podríamos tomar... pero de momento no es nada en firme hasta que ella no acepte.

Miro a Valentina, que me observa confundida y deja volar sus ojos de mí hacia su amiga.

—Aceptaré —tercia Rubén, convencido.

Rebeca me mira con los ojos abiertos y le sonrío.

—Me va a dar un infarto.

—Y a mí —secunda Valentina.

—Valentina, ¿estarías interesada en trabajar en mi empresa?

Ella me mira incrédula y, cuando procesa las palabras, una sonrisa se abre paso en su cara.

—¿En serio?

—La madre que te parió —murmura Rebeca, mirándome.

—Sí, nena. Es en serio —le dice Rubén—. Necesitan a alguien de confianza productiva y responsable, para que lleve el departamento administrativo de la compañía, y tú eres perfecta para eso. ¿Qué te parece?

—¿Ha sido idea tuya? —le pregunta ella.

—No. Toda la culpa es de Santi. —Le sonrío y ella me mira ilusionada.

—¿Estás seguro?

—Claro. Tendrías que empezar el lunes para que Leire, la chica que tenemos actualmente, pueda explicarte cómo trabaja y cuáles serán tus funciones, si te parece bien.

—¡Me parece fantástico!

Se levanta de su silla y recorre la mesa hasta llegar a mí.

—¿Te puedo dar un abrazo? —me pregunta sonriente.

—No preguntes eso, Valentina... Se lo merece —le contesta Rebeca divertida.

—Ven aquí. —Me agarra del cuello y se pega a mí antes de que pueda levantarme, murmurando un «gracias por todo» que sólo oigo yo—. Eres estupendo. No sabes lo que significa esto para mí ahora mismo...

—Nena, vas a hacer que me ponga celoso...

—Tranquilo, cariño. Estoy enamorada de ti, pero la mujer que lo haga de él va a ser muy afortunada. —Me guiña un ojo al separarse y volver a su sitio.

—Bueno, bueno... Tengo noticias frescas en cuanto a eso —cotorrea Rubén, y yo le niego con la cabeza—. ¿No?

—No, ¿qué? —pregunta Rebeca—. Ahora no nos dejes con la intriga...

Él me mira encogiendo un hombro.

—Nuestro Santi se ha enamorado —canturrea guasón.

—¡No me digas! —le contesta su hermana—. Qué gran noticia. ¿Y cómo es él?

Me mira y yo alzo una ceja.

Será posible...

Valentina aguanta la risa y ella frunce los labios maliciosa, esperando una respuesta. Rubén habla ajeno a todos esos detalles.

—Por cómo me la ha pintado, es un tío con suerte, aunque creo que es igual de discreta que él, porque quiere permanecer en el anonimato.

—¿Es tímida, Santi? —me pregunta ladina.

—No mucho. Mejor deja el tema, Rubén.

—¿Por qué? Se ve que estás enamorado hasta las trancas, no pasa nada por hablarlo, estamos entre amigos... Además, ellas te podrán dar sus opiniones femeninas, que suelen ser valiosas y acertadas, ¿verdad? —les pregunta.

—Claro...

—Madre mía —murmura Valentina, pasándose la mano por la cara.

—Cuéntanos algo de ella, Santi —me pide mi astuta novia.

La miro serio y ella espera mi contestación. Valentina bebe con la mirada puesta en nosotros sin participar en la conversación y Rubén me observa divertido.

—Preferiría dejar el tema para otro momento.

—Vamos, tío —se queja mi amigo—. No te cortes.

—Eso, no te cortes, Santi...

Respiro hondo.

—Es todo lo contrario a mí. Es extrovertida, sincera, divertida e impulsiva. — Apoya su codo en la mesa, hacia mí, y me mira descansando la barbilla sobre su mano, dejando su pelo rojo caer por su cuello—. También es descarada, temeraria y consigue volverme loco. Aún estamos conociéndonos y deberemos mantener alguna conversación más intensa de la cuenta. Me estoy abriendo a ella todo lo que puedo y todavía tiene que saber cosas de mí que son importantes, pero creo que vamos por buen camino...

—Suena bien, ¿verdad? —pregunta Rubén.

—Muy bien —secunda Rebeca—. ¿No nos cuentas nada más?

—¿Y tú?

Mi pregunta la pilla desprevenida y su hermano la mira como si estuviésemos en un partido de tenis.

—¿Tienes algo que contarnos, Rojita?

—Bueno... en realidad sí. —Se recoloca en la silla—. Ya que hoy es el día de las buenas noticias, creo que todos debemos aportar algo.

—¡Me parece una idea genial! Yo tengo una estupenda. —La voz alzada de Valentina reclama nuestra atención. Está nerviosa—. Es algo que no esperaba que ocurriese tan pronto, pero... ¡ya tengo la sentencia de disolución de mi matrimonio!

Mira a Rubén sonriendo.

—¡Estoy oficialmente divorciada!

Él se ríe y la abraza. Rebeca se me acerca aprovechando el momento.

—Nos va a matar...

—Tranquila.

—¿Cuándo se lo vas a decir?

—Después de casi cuatro meses, no tengas prisa, Rebeca. No va a ser fácil para él. Resopla y pone los ojos en blanco.

—Enhorabuena, chica divorciada —le dice a su amiga cuando la pareja se separa.

—Brindemos por eso.

Con el ambiente más relajado, terminamos nuestros platos y pedimos los postres. La mano de Rebeca se acerca a la mía bajo la mesa y me la agarra antes de hablar.

—Yo también tengo algo bueno que contaros.

—Vaya, voy a ser el único que no haya traído una exclusiva preparada —suelta Rubén.

—Déjala que hable —le pide Valentina.

—Yo también he conocido a alguien.

Acaricio su mano y ella me sonrío disimuladamente.

—Admito que ya me olía algo, no te creas... Eso de que ahora te pases cada fin de semana por ahí y estés colgada al teléfono murmurando por la casa activó mis alarmas. —La mira serio—. ¿Estás bien?

—Sí, la verdad es que lo estoy... Lo estamos.

—Necesito conocerlo para saber que te trata todo lo bien que te mereces. No quiero inmiscuirme más de la cuenta, pero ¿entiendes que no estaré tranquilo hasta veros juntos?

—Lo entiendo —le sonrío tranquilizadora—, pero puedes estarlo, me respeta y me quiere.

—Vaya, ya habéis llegado a ese nivel... Vale, eso está bien. El amor es bonito. —Mira a Valentina y le acaricia el cuello.

—Muy bonito —secunda Rebeca.

—Deberíamos organizar algo juntos para conocer a vuestras parejas —propone besando a su novia—. ¿Qué os parece?

—Cariño...

—¿No crees que sea buena idea, Valentina?

—Sí, pero a quien les debe de parecer buena es a ellos. No te embales.

Nos miran y dirijo mis ojos a Rebeca, asintiéndole escueto e infundiéndole valor con una sonrisa.

—Rubén...

—Dime, Rojita.

—Quiero presentarte a mi pareja.

—Oh, vaya. ¿Le vas a decir que venga?

—Ya está aquí. —Él la mira arqueando una ceja, confundido—. Lo tienes enfrente.

Su semblante cambia cuando Rebeca alza nuestras manos unidas y su mente procesa lo que le acaba de decir.

—No.

—Rubén... —murmura Valentina.

—No es verdad —niega rotundo.

—¿Te parece que bromeo? —le pregunta su hermana.

—No puede ser. —Me mira serio, con gesto airado—. ¿Te estás tirando a Rebeca?
¿Ella es de la que me has estado hablando toda la tarde?

—Estoy enamorado de ella.

—Eso no cambia el hecho de que hayas faltado a tu palabra.

—Eso lo cambia todo.

—Rubén —lo amonesta Rebeca—. Baja el tono.

—¿Dónde cojones está la cámara oculta? —brama cabreado—. No me lo puedo creer.

—Pues créetelo y baja el puto tono de una vez —le espeta Rebeca, enfrentándose a él—. ¿A qué viene que te pongas así, eh? Dime, ¿es que acaso te has nombrado el ángel protector de mi virtud o algo por el estilo?

Se levanta de la silla y él hace lo mismo.

—Chicos, estamos llamando la atención de todo el restaurante —informa Valentina algo cortada.

—No ha sido buena idea decírselo aquí —hablo a nadie en particular. Ellos siguen discutiendo cada vez más envarados.

—¿Tú lo sabías? —le pregunta a Valentina, bajando la mirada hasta ella.

—Sí...

—¡De puta madre! —exclama agarrando su teléfono de la mesa—. Lo que me faltaba para rematar la noche.

Se da la vuelta y sale del local a grandes zancadas. Rebeca hace el intento de ir tras él igual de enfadada, pero la detengo un segundo antes de que comience a andar.

—Déjame a mí, por favor.

—Es un gilipollas —impreca—. ¡Gilipollas! —vocea para que él la oiga antes de salir por la puerta del local.

—Cálmate, ¿de acuerdo? Creo que deberíais ir a casa, allí estaréis mejor. — Señalo a Valentina con la cabeza, reparando Rebeca en ella y viendo sus lágrimas

contenidas. Le agarro la cara con las manos y le doy un beso con la intención de reconfortarla—. Tranquila, cariño. Dime que estás bien.

Coge aire sonoramente y cierra los ojos por un segundo.

—Estoy bien.

—Voy a buscar a tu hermano, ¿de acuerdo?

—Vale.

—Si necesitas algo, sólo tienes que llamarme. —Asiente—. Te quiero.

Me mira unos segundos y alza la comisura derecha de su labio.

—Yo también te quiero.

Le sonrío y vuelvo a besarla antes de salir del restaurante tras haber pagado la cuenta y haberme disculpado por el momento que hemos protagonizado.

Cuando salgo, marco el número de Rubén y espero en la acera.

—¿Qué quieres?

—¿Dónde estás?

—No tengo ganas de verte la cara.

—¿Dónde?

—Si por una vez vas a hacerme caso en algo, lo que sería una increíble novedad, déjame en paz.

—Rubén, dime dónde estás de una puta vez —profiero alzando la voz y perdiendo la paciencia.

—A un par de calles del restaurante.

—Coge un taxi y ve a mi piso.

—¿No me has tocado los cojones lo suficiente por hoy, Santi?

Cuelgo el teléfono y respiro hondo, y para ganar tiempo decido parar uno yo mismo y le indico la dirección en la que espero que podamos aclararlo todo. Pocos minutos después de llegar, lo veo detenerse y pagarle al conductor.

Abro la cancela del bloque y espero a que llegue hasta mí. Nos mantenemos en silencio mientras subimos y entramos en el piso.

Él se adelanta y va hacia el baño, dándome unos minutos para calmarme y escribirle a Rebeca para saber qué tal se encuentran ellas. Me quedo más tranquilo al saber que ya están en su casa, pero me pide que Rubén no vaya allí esta noche.

Lo dudo... vamos a tener para rato aquí.

—¿Podemos hablar como personas civilizadas? —le pido cuando pasa por mi lado

en dirección al sofá.

—Soy todo oídos.

—Podrías dejar de lado esa actitud pasivo agresiva por un momento, es importante que me escuches.

—Soy todo oídos —repite con reto en la mirada.

—Está bien. —Me siento y me paso la mano por la nuca—. Desde que conozco a Rebeca me he sentido atraído por ella. Imagino que ya lo sabías..., me conoces. Es una mujer atractiva, con un gran carisma y que en el fondo está muy necesitada de cariño.

—Qué buen samaritano... Puedo estar tranquilo entonces, porque tú se lo estás dando a base de bien, ¿no?

—Rubén, por favor.

—Tío, conozco tus gustos sexuales. ¿Cómo cojones quieres que me tome esto sabiendo que mi hermana va a estar en la misma posición en la que he visto a tías contigo? —vocea.

—No le voy a hacer daño.

—¡Eso no lo puedes saber! —exclama—. Ha sufrido abusos, ya lo sabes, y parece que te dé igual.

—Sabes de sobra que no es así. No me dio igual cuando aún no la conocía y tú te desahogabas conmigo, y no me da igual ahora.

—No lo parece.

—¿Por qué todo el mundo parece no entender la puñetera diferencia? Abre la mente, Rubén. Sabes que no soy un sádico, joder.

—¿Lo sabe?

Me mira serio y me mantengo en silencio.

—No lo sabe —afirma, llegando a esa conclusión tras mi mutismo—. Te va a dejar. No va a ser capaz de estar contigo como tú quieres.

—No sabes lo que quiero.

—¿Es que tus gustos han cambiado en menos de un año? —pregunta irónico—. Vamos, no me jodas.

—Rubén, sólo quiero estar con ella. No ha sido nada intencionado, en realidad ha ocurrido de forma bastante natural. No he orquestado ningún plan para hacer que se sienta atraída por mí ni nada parecido; ha surgido, sin más...

Niega con la cabeza, en silencio, y yo continúo explicándome.

—Lo ha trastocado todo. No puedo mantenerme apartado de ella, es tan simple como una necesidad básica. Se ha colado dentro y te juro que lo he intentado... He procurado mantenerme distante y no ceder.

—Hablas como si ella te hubiese obligado.

Me río desganado.

—No, pero puede ser muy persuasiva, y yo no dejo de ser un hombre.

—Es mi hermana —habla sin estar tan a la defensiva.

—Lo sé.

—¿Por qué te crees que te pedí que te mantuvieses alejado de ella? —pregunta con tono hastiado—. Te conozco desde hace muchos años, Santi. Sé que te llamaba la atención desde que la conociste.

—Es cierto.

—Y conociendo su pasado, aun así, has dejado que ocurra.

—Lo dices como si fuese a repetirlo.

Él me mira y no contesta.

—No me conoces tanto como dices, si piensas que voy a hacerle daño. No has entendido nada en todo este tiempo, si de verdad crees que yo ordeno y ella obedece, cuando la verdadera esencia de todo esto es que ella es quien tiene todo el poder.

—No me des lecciones.

—No lo hago, sólo quiero que seas igual de abierto de mente que siempre, que veas esto desde otra perspectiva. Necesito que recapacites y pienses que no estamos pasando el rato... Entre nosotros han surgido sentimientos ajenos a lo que hemos vivido o hecho en nuestro pasado. Sólo quiero estar con ella, sea de la manera que sea.

—¿Y por qué no se lo has dicho?

—¿Por qué no le dijiste a Valentina lo tuyo cuando tuviste ocasión? —Baja la mirada unos segundos—. Cobardía, temor, preferencias, miedos...

—No metas a Valentina en esto, por favor.

—Rubén, lo has hecho tú en el restaurante cuando le has reprochado no haberte dicho nada de lo que su mejor amiga le había contado en confianza.

Él me mira y cierra los ojos, apretándose el puente de la nariz.

—Joder.

—Lo arreglarás, no te preocupes.

—¿Cómo no voy a hacerlo? He sido un gilipollas con ella.

—Pero te quiere. Os queréis. —Sonríó—. ¿No lo entiendes aún? Ese simple y a la vez descomunal sentimiento lo cambia todo, Rubén. Os queréis y afrontáis los problemas juntos. Os queréis y sois capaces de todo con la ayuda del otro. Os queréis y ya no sabéis volver a estar completos si no es unidos...

—Aunque hables como una tía, admito que tienes razón.

—Decidí comenzar una relación con tu hermana sabiendo las consecuencias que traería ocultártelo. No quería hacer nada para lo que no estuviese preparada... No he hecho nada para lo que no lo haya estado y así va a seguir siendo, pero una de las cosas que me pesan de ello es no haberlo compartido contigo antes y haberte tenido engañado.

—No deberías haberlo hecho.

—¿El qué, enamorarme de ella u ocultártelo?

—Me enamoré de Valentina cuando aún era un adolescente y me volví a enamorar de ella cuando la conocí siendo una adulta. —Dulcifica el gesto—. Soy consciente de que es algo que no se puede evitar, pero creía que teníamos confianza suficiente como para hablar de todo.

—La tenemos, pero ella no quería que lo supieras todavía.

—Y dejaste que se interpusiese su preferencia a ser sincero conmigo.

—¿Y no lo hacemos cada día por la gente a la que queremos? Tener en cuenta los sentimientos del otro e intentar hacer las cosas para las que sabes que está de acuerdo o preparado, así como evitar lo contrario, ¿no?

—Sí, realmente sí.

—Rubén, no quiero perderte como amigo, pero tu hermana es la persona que me hace feliz y necesito que lo aceptes.

—Y si no lo hiciese, ¿dejarías de estar con ella?

—No, no lo haría. No voy a renunciar a Rebeca, pero preferiría no tener que perderte por ello.

—Creo que es la respuesta correcta. —Me tiende la mano.

—Siento habértelo ocultado.

—Disculpas aceptadas. Estarás a prueba unos meses hasta que considere que eres apto para entrar en la familia de manera oficial, grumete —bromea, destensando el

ambiente.

—No hay problema.

—Te veo muy pagado de ti mismo.

—Siempre he sacado buenas notas, ya lo sabes.

Reímos y continuamos hablando como hace meses que no hacemos. Cuando me acuesto en mi cama unas horas después con el sol a escasos minutos de regresar con el amanecer, cierro los ojos satisfecho, sabiendo que estoy un paso más cerca de alcanzar la meta que me supone conquistar a Rebeca... pues, aunque hayamos reconocido nuestros sentimientos, necesito saber que no cambiarán cuando me quede al descubierto ante ella.

Un agradable olor a café me despierta y miro el reloj. Hace apenas tres horas que nos acostamos, pero se ve que he debido de ser el único que ha dormido algo.

—Buenos días —lo saludo con el pijama puesto y la voz algo pastosa, asomándome a la cocina.

—No tan buenos... Valentina no me coge el teléfono.

Exhala sonoramente mirando el dispositivo y lo deja en la encimera, bebiendo un sorbo de café.

—Vaya. —Me acerco hasta la cafetera y me sirvo—. Puede que esté dormida todavía.

—¿A ti te ha escrito mi hermana?

—No. ¿Qué has pensado hacer?

Se apoya en la encimera y se agarra el puente de la nariz, cerrando los ojos.

—Iré a verlas y hablaré con las dos, aunque no sé por dónde empezar. He estado dándole vueltas a lo que hablamos ayer y he ido conectando cosas que en un primer momento me habían pasado desapercibidas...

—Entiendo.

—Abordaré la situación sin explicar nada que Rebeca no sepa sobre ti. No me corresponde a mí descubrírselas.

—Estaba pensando eso mismo.

Bebo de nuevo de mi café y lo miro cuando me pregunta.

—¿Vas a venir?

—¿Quieres que lo haga?

—Por mí no hay problema.

Suelta la taza en el fregadero y se vuelve, dispuesto a salir de la cocina. Con el pomo en la mano, se gira.

—En el fondo me alegro...

—¿De qué?

—De que estés con ella. Sé que he sido un troglodita y me he obcecado con vosotros más de lo que debía.

—No te fustigues por ello, es normal.

—¿Desde cuándo estáis juntos?

—No te puedo dar una fecha exacta. En Fin de Año hubo algo, pero ya te dije que ha sido muy progresivo...

Asiente con la cabeza y sonrío.

—Eres un buen tío.

—Gracias.

—Y tienes un buen par para querer soportarla a largo plazo como pareja. —Se ríe—. No sé si darte la enhorabuena o el pésame.

Me río con él.

—Es una mujer increíble.

—Lo es, y la vas a hacer feliz —afirma sonriendo—. No es una pregunta ni una petición... es una orden.

Sonrío de medio lado.

—Lo puedes dar por hecho.

Capítulo 31

Perdona si te llamo amor

Rebeca

—¿Se puede?

Llamo con los nudillos a la puerta de la habitación de Valentina.

—Pasa.

Abro y la veo hecha un ovillo en la cama, dando la espalda a la entrada. Me tumbo a su lado y la abrazo por la espalda.

—Buenos días. ¿Has dormido algo?

—Un poco —admite—. Estoy cansada.

—Normal, cielo. ¿Quieres que te haga un desayuno rico y reparador?

Se vuelve y sonrío mirándome.

—Rebeca... ¿qué hago con Rubén?

—Pues hablar con él, cielo.

—Ahora mismo creo que le tiraría un florero a la cabeza si lo viese aparecer.

Me río y suspiro, colocándome mirando al techo.

—¿Y qué hago yo con Santi?

—¿A qué te refieres?

—A sus misterios sin resolver.

Me mira arqueando una ceja, interrogante.

—No sé, Val... Estamos mejor. Él se muestra más abierto conmigo, pero creo que hay algo que no me cuenta.

—Deberías dejar de darle vueltas —me recomienda—. Ya lo hablamos anoche y no te ha ido demasiado mal dejando fluir las cosas y que siguiesen su curso sin forzarlas, ¿no?

—Sí... —acepto sin ganas—. Pero, joder, yo qué sé... Le he contado todo lo referente a mí, me he abierto como una puta enciclopedia llena de polillas por el

desuso.

—Y esperas que él haga lo mismo sólo por eso.

—¿No está bien?

—No, Rebeca —me regaña afectuosamente—. Si tú le has contado tu pasado y otras cosas, ha sido porque has querido, nada ni nadie te ha forzado, ¿verdad?

—Verdad.

—¿Y crees que estaría bien que tú lo obligaras a él a hacer lo mismo, si no le sale?

—No...

—Deja que fluya, cielo.

Me besa la mejilla con cariño y sonrío.

—Mi hermano va a flipar mucho.

Resopla y sonrío enternecida.

—Ni se te ocurra abrir la boca... Primero quiero que te pida perdón por haberse comportado como si hubiese salido de una cueva de Atapuerca.

—¡Eh! Ese tipo de comentarios son míos —me quejo divertida.

—¿Sigue en pie lo de ese desayuno rico?

Me siento en la cama sonriendo.

—¡Claro! Date una ducha, que cuando salgas tendrás un banquete digno de un marajajá.

—Maharajá.

—Tu prima en chubasquero... ¿A que me lo como yo?

Se ríe y nos levantamos de la cama, dirigiéndonos cada una a nuestros cometidos. Cuando estoy llevando el bol con cereales a la mesa, suena el timbre. Me extraño, ya que Rubén tiene llaves.

Valentina aparece por el pasillo con el cabello húmedo.

—¿Han llamado?

—Sí, ahora mismo. —La miro extrañada.

—Voy a ver.

Se encamina hacia la entrada. Dejo en la superficie lo que llevo en las manos y la oigo exclamar algo. Cuando me giro y miro en su dirección, la veo llorando a la vez que mira al exterior de la casa.

—¡¿Qué te pasa?! —me asusto—. ¿Qué hay?

Ella balbucea hipando, por lo que no alcanzo a entender nada de lo que dice. Llego hasta ella y asomo la cabeza, pasando una mano por su espalda para reconfortarla. Menudo sofocón tiene, la pobre.

—Ostras. —Abro los ojos asombrada—. ¡Qué barbaridad!

—Sí... —Vuelve a romper a llorar.

Aguanto la risa y le acaricio un brazo.

—Mira, hay una tarjeta.

Me acerco al enorme ramo de rosas rojas que hay sobre en el suelo de la terraza y la cojo. Ella me mira sorbiendo por la nariz.

—¿Quieres que la lea?

Asiente y se abraza a sí misma.

—Está bien. —Abro el sobrecito—. A ver, dice «Algo tan tradicional como regalar rosas y que nunca lo haya hecho con las dos mujeres de mi vida...».

—¿Ya está? —pregunta desilusionada.

—Eso parece...

—El resto quería decíroslo en persona.

La voz de mi hermano nos hace girar la cabeza y lo vemos acercarse a nosotras con una flor más en una mano, en este caso de la misma variedad pero de color rosa intenso. Santi va unos pasos por detrás de él.

Valentina rompe a llorar de nuevo y yo sonrío, pasándole un brazo por los hombros.

—Tengo la suerte de contar con un amigo que, preocupantemente, sabe el significado de cada color. —Mi hermano lo mira y éste sonrío discreto—. Me ha explicado que varían en función del sentimiento que quieras expresar. Las de color rosa sirven para alabar la franqueza o la simpatía de alguien... —Me mira y la tiende en mi dirección. La agarro y la huelo, sonriendo—. También simbolizan la ausencia de maldad o de doble intención. Expresan respeto, aprecio, cordialidad y belleza. Y mientras más fuerte sea el color, más intensos son los sentimientos que se quieren transmitir con ellas.

—Qué bonito —lloriquea mi amiga.

Me río nerviosa y miro a Rubén emocionada.

—Las rojas sirven para expresar amor, pasión y deseo. Deseo carnal y romántico. —Me mira y me guiña un ojo—. Esa parte se la reservamos mejor a Valentina, ¿vale?

—No pondré ninguna objeción.

Nos reímos.

—Es precioso —hipa mi amiga.

—Y enorme... Menos mal que no somos alérgicas —Valentina se ríe nerviosa—. Vamos dentro, aquí hace frío y no queremos que nadie se constipe en este momento, ¿verdad?

Valentina asiente sonriente y entramos en la casa. Santi coge el ramo y lo deja en la mesa de comedor al entrar. Una vez lo hace, se acerca a mí para darme un beso.

—Qué raro se me hace... —oigo a mi hermano a mi espalda. Me giro y lo miro—. Rebeca, quiero disculparme por comportarme ayer como lo hice. Desde que papá y mamá murieron, he adoptado un papel que quizá no me correspondía contigo, pero no puedo evitar preocuparme por ti, aunque eso no justifica mi comportamiento.

—Te entiendo. Tampoco ha estado bien por mi parte habértelo ocultado.

—Yo... me obcequé con la idea de no verte sufrir de nuevo como con tu ex y no vi más allá.

—Quiero dejarlo atrás, Rubén —le digo tranquila—. Quiero superarlo, hacer mi vida. No puedo seguir reviviendo algo que ocurrió y no puedo deshacer.

—Puedes hacerlo.

—Al menos lo voy a intentar. ¿Sabes? —Paso el brazo por la cintura de Santi—. Tienes un amigo que lo mismo vale para ayudarte a elegir flores que para sacar a tu hermana de su cueva de autocompasión.

Él sonríe y lo mira.

—Es un gran tipo.

—Mucho. —Miro al objeto de nuestra conversación y le guiño un ojo. Él me sonríe y me aprieta cariñosamente la cintura.

—¿Puedes perdonarme por haber sido tan capullo?

—Claro que puedo, idiota. Ven aquí. —Contengo las lágrimas y me acerco a él, fundiéndonos en un fuerte abrazo que me pone sensible.

—Valentina te está pegando la llorera. —Sonríe tierno, mirándola.

—Espero que sea lo único que me haya pegado, porque si no...

Me mira interrogante y le hago una señal con la cabeza en su dirección.

—Ve a hablar con ella, anda...

—Te quiero, Rojita.

—Y yo a ti, pelma.

Me da un beso en la mejilla y se da la vuelta, acercándose a Valentina, que se ha pegado al ramo de flores como una garrapata y mira la escena conmovida.

Santi se aproxima a mí por detrás y me pasa los brazos por la cintura, estrechándome contra él.

—¿Tan mal lo lleva? —pregunta, refiriéndose a mi amiga.

—La pelea sólo es una circunstancia agravante de lo que se le viene encima... Hay una causa de exención de responsabilidad a la que creo que puede acogerse de aquí a unos meses...

—Vaya... ¿Jerga penal? —me dice jovial—. ¿Queda mal si te digo que me acabas de poner tremendamente cachondo?

Contengo una carcajada y lo miro de reojo.

—Eso nunca queda mal, pero, antes de seguir entreteniéndonos mientras nos excitamos, observa.

Él me mira curioso y le guiño un ojo, volviendo a centrar la atención en mi hermano y su novia.

—... Has sido un capullo —le dice ella—, y un hipócrita... Ella nos apoyó cuando nosotros tuvimos problemas y ¿qué haces tú? —lo riñe enfadada.

—Lo sé.

—¡No es sólo que lo sepas! Es que tu hermana se merece ser feliz, joder —exclama vehemente—. Lleva meses aguantándonos a nosotros pasear nuestro amor por la casa, soportando momentos incómodos sin quejarse... Y cuando es ella la que nos necesita, tú te pones como te pusiste ayer en el restaurante y encima me echas en cara que no te lo hubiese dicho... ¡No me parece normal!

—Tienes razón... —admite Rubén con cara de pasmo al ver su actitud—. Ya me he disculpado, Valentina... Comprendo que sea tu amiga y que te haya molestado cómo he actuado, y desde luego no tenía derecho a reprocharte algo así, pero creo que estás un pelín más alterada de la cuenta, cariño. Cálmate, por favor.

—¡Estoy calmada! —responde visceral—. Lo estoy, joder... —Hace un puchero— ¡¿Es que no lo ves?!

Rompe a llorar y mi hermano se queda descolocado, mirándome. Me encojo de hombros y él vuelve a prestarle su atención.

—¿Desde cuándo lo sabes? —me susurra Santi.

Giro la cabeza y lo miro elevando una ceja.

—¿Y tú?

—Sólo he atado cabos. Un par de comentarios de tu hermano ayer cuando nos tomábamos una cerveza y el caos hormonal que parece que tiene ahora mismo... Blanco y en botella.

—Mejor no le preguntes a una mujer de mente sucia qué puede ser blanco y en botella.

Él se ríe contenido y sonrío.

—Lo averigüé anoche. Llevo días sin oírlos... ya me entiendes... y al preguntarle sobre ello y si tenían problemas, descubrí todo el pastel.

—Tu hermano no lo sabe aún.

—Creo que se está enterando ahora mismo. —Observo la conversación que mantienen—. Esto es mejor que un culebrón.

—Lo bueno es que no somos nosotros los que estamos discutiendo.

—De momento... No cantes victoria.

Él se ríe y me acerco hasta la pareja.

—¿Rubén? —le pregunta Valentina, preocupada—. Di algo, por favor.

—¿Le has mirado fijamente a los ojos, Medusa? Lo mismo lo has convertido en piedra —bromeo para quitarle hierro al asunto al ver la rigidez de mi hermano—. Rubén, ¿estás bien?

Él me mira y asiente lentamente.

—Sí.

—¿Seguro?

—Creo que sí... —Parpadea un par de veces y mira a Santi, que le sonrío y le da la enhorabuena.

—¿Vuelvo a ser el último en enterarme?

—Tranquilo, esta vez no sabía nada. —Mi chico sonrío—. Enhorabuena, Valentina.

—¡Vamos a ser titos! —chillo eufórica—. ¡Y vosotros vais a ser padres!

—Madre mía.

—Sí, pobre niño, ya lo compadezco...

—Serás... —se ríe, reaccionando al fin—. Joder, ¡vamos a ser padres! ¡Ya lo somos! —exclama tocándole la barriga—. Llevamos siéndolo desde hace semanas y

no teníamos ni idea...

—El milagro de la vida...

Nos reímos y Valentina acaba llorando, maldiciendo el amotinamiento de sus hormonas.

—Debería haber esperado a mañana para decírtelo y así hubiese sido un regalo de cumpleaños perfecto —me dice mi amiga, abrazándome—. Vas a ser una tía fantástica y supermolona.

—Y tú, una mamá estupenda. —Le doy un beso en la tripa—. Que sepas, chiquitín, que la tita Rebeca te va a consentir y te va a dar todas las golosinas que pidas, aunque tus padres luego me echen la bronca. Las tías tenemos inmunidad diplomática, no te preocupes...

—Estoy cagada de miedo.

—Ya decía yo que olía raro por aquí abajo... ¡Es broma! —me quejo cuando me da un pellizco en el brazo al levantarme—. En serio, vais a hacerlo genial, ya lo verás.

—No lo esperábamos, no hemos buscado nada...

—Ley de probabilidad, amiga mía. —Le paso un brazo por el cuello y caminamos hacia el sofá—. Ya sabes eso que dicen de que tanto va el cántaro a la fuente...

—Ahora no va ni al grifo.

Me río por su respuesta.

—Ya llegarán las ganas, no te agobies. Tu cuerpo está cambiando a pasos agigantados.

—Pero he leído que lo normal es que se tengan más ganas, no menos...

—¿Y te extrañas? —La miro riendo—. Eres Valentina fatalidades, ¿qué esperabas? Lo que no entiendo aún es cómo tienes la suerte de tenerme como amiga.

—Qué graciosa...

—Ésa soy yo —le contesto, sonriéndole, y luego le doy un beso.

Capítulo 32

Secretos compartidos

Santi

—Cállate.

—Qué modales... Tu madre pensando que eras un caballero conmigo y mira.

—Rebeca, cállate.

—¿O qué...?, ¿me castigarás?

Me mira arqueando una ceja, desafiante, y sigo tapando el micrófono del teléfono, dejando a mi padre contándome algo a lo que no presto demasiada atención.

—¿Quieres jugar a eso?

—Puede...

La excitación que siento al oírla, tumbada en el sofá en camiseta y ropa interior, queda en evidencia.

—Papá —lo interrumpo—. Te llamo luego, ¿de acuerdo?... Vale, adiós.

Arquea una ceja, acariciando con su pie mi entrepierna.

—¿Estás enfadado? —me pregunta mimosa.

—No tiene gracia.

—Vaya. ¿Quieres que te haga lo que te contaba mientras hablabas con tu padre a ver si así mejora tu humor?

—Tu descarado no conoce límites.

—Y eso te pone cachondo.

Sonrío soltando el aire y negando con la cabeza.

—No te diré que no.

—¿Te cuento un secreto? —susurra.

—Adelante...

—Yo también estoy caliente... —Me río y me levanto mientras habla, acercándome a ella—. Tú que conoces todos los secretos del universo sexual, ¿hay algún tipo de

servicio a domicilio que traiga la solución para este tipo de hambre voraz?

—Seguro que algo habrá... pero tengo una idea mejor. Ven aquí.

La cojo en brazos y, mientras camino con ella a cuestas, se entretiene en devorarme el cuello. Mi polla se aprieta contra mi pantalón y consigo llegar a duras penas a la entrada del pasillo. Ahora mismo mi cuerpo y lo que ella provoca en él no es ni lo prioritario ni lo importante.

La bajo y ella me observa curiosa cuando la giro de cara al armario. Asiento cuando me alza una ceja, interrogante.

Ha llegado el momento...

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—¿Es un regalo más por mi cumpleaños? —me pregunta acelerada—. Pensaba que haberte quedado a dormir ayer en casa y el abalorio nuevo con forma de llave para mi pulsera era más que suficiente, pero no pondré ninguna objeción a esto... —Hago un gesto elocuente con las cejas—. ¡Ah! Vale, por eso la llave...

—Sí, exactamente por eso.

Le sonrío algo forzado y ella señala con la cabeza el armario. Decir que estoy nervioso es quedarme demasiado corto.

Me adelanto y me pongo frente a ella, dándole la espalda. Mira por encima de mi hombro cuando me acerco e introduzco la llave, abriendo las dos puertas de par en par. Observo sus reacciones, no quiero perder de vista su cara...

Su aparente calma no me tranquiliza, pues sé que muy posiblemente preceda a la tormenta. Escudriña pausadamente con los ojos todo el contenido y, después de unos eternos minutos, se gira hacia mí y se cruza de brazos. Le doy tiempo. Me mantengo expectante, aguardando a que hable y se exprese, pero, al ver que sigue escrutándome con la mirada en un silencio que está consiguiendo ponerme de los nervios, tuerzo la cabeza, interrogante.

—¿Y bien...?

Ella cierra los ojos en lo que interpreto como una muestra de exasperación y respira hondo.

—No te lo voy a consentir...

Lo sabía. Su tono serio era simplemente la antesala de la tragedia... ¿Cómo voy a poder seguir mi día a día sin ella? ¿Cómo he creído que podría funcionar?

—Estás en tu derecho.

—No, Santi. Estás en tu derecho, no.

—Es la verdad, lo estás.

—¡Lo estás volviendo a hacer! —suelta mientras me señala iracunda.

Frunzo el ceño confundido y ella vuelve a hablar dejando patente la molestia en su tono.

—¿A qué tengo derecho, según tú? ¿Te crees que por abrirme las puertas del puñetero armario y dejarme ver su contenido ya me tengo que dar por satisfecha? — prosigue sin dejarme hablar—. ¡Meses! He pasado meses esperando este momento, ¿sabes? E imagino que, por la temática del resto de cosas, eso de ahí no es un *kit* para escalar o hacer deportes de riesgo.

—No... no lo es.

—¡Que no me contestes con tres jodidas palabras, Santi! —bufa malhumorada—. De verdad que creía que habíamos superado eso, pero veo que hemos vuelto a la casilla de salida... —Niega con la cabeza repetidas veces, resoplando—. No. No, no y no. No pretendas abrirte a mí y enseñarme esto sin darme una jodida explicación. No me hagas sacar mis propias conclusiones, porque, viendo lo que tienes ahí dentro, puede que no te gusten lo más mínimo. Habla, explícame qué veo y explícate ahora... No me merezco que sigas siendo tan hermético y esperes que me conforme con abrirme un par de puertas.

Proceso sus palabras y asiento, dándole la razón.

—Tienes razón. Lo siento. —Cojo aire—. Todo lo que ves ahí dentro tiene un fin sexual. Básicamente son accesorios que aumentan la excitación y ayudan de una forma u otra a que el juego sea más interesante y placentero —explico con sus ojos clavados en los míos. Señalo un punto dentro del mueble y desvía la mirada unos segundos—. Eso que decías antes es un arnés de suspensión para facilitar posturas y agarres diferentes. También sirve para colgarlo tras una puerta.

—Imagino que no será para enganchar la ropa.

—No. —Sonrío inquieto—. Más bien para colgarte a ti mientras te follo.

Asiente silente y vuelve a mirar, esperando a que continúe. Paseo la mirada por los objetos y voy hablando.

—Algunas cosas no necesitan demasiada presentación. Antifaz para privar del sentido de la vista e incrementar las sensaciones y la excitación, ataduras para la

cama, cuerdas, velas...

—Sospecho que esto no es para cortar la pizza.

Sonrío cuando lo inspecciona en su mano.

—No. Es una rueda de Wartenberg. —Pone una mueca dolorida al presionar sobre su mano y lo agarro—. Depende de la presión que ejerzas sobre la piel, pasa de ser una agradable sensación de cosquilleo u hormigueo... —lo paseo por su brazo sutilmente—... a algo más intenso y lacerante.

Lo vuelve a depositar en la balda y me pregunta en un murmullo:

—¿Te hace falta todo esto para disfrutar?

—Nada de lo que ves ahí es necesario para mí, Rebeca. Puedo estar contigo, y de hecho lo he estado, sin esto. Nada es imprescindible, pero saber qué y cómo utilizarlo puede contribuir a que sea diferente.

—Y más placentero.

—Exacto.

—Y doloroso.

—No necesariamente. —Me observa recelosa. Le sonrío y ella toca otra cosa sin devolverme el gesto—. Eso es un látigo pequeño de colas —la informo, y me mira desconfiada—. También se les llama *floggers*. Los hay de diferentes acabados y materiales. —Lo tomo con la mano y paso los dedos por él bajo su atenta mirada—. A mí me gustan especialmente de este tamaño y número de colas, y de cuero liviano con mango de fibra de vidrio.

—¿Por qué?

—Bueno... —Me tomo un poco de tiempo para pensar—. Hay una parte práctica, sobre todo en la cantidad de tiras y su acabado. A mayor número de ellas, mayor es también la superficie de impacto y más extendida estará la sensación. El resto es más un gusto personal que otra cosa.

Se gira hacia mí, dándole la espalda al mueble y me mira circunspecta.

—No quiero que me hagas daño.

La vulnerabilidad de su voz me provoca que automáticamente la agarre suave de los brazos y le hable afectuosamente rotundo.

—No voy a hacerte daño, Rebeca.

—Pero eso de ahí sirve para ello... —señala con la cabeza—. Todas esas cosas pueden provocar dolor.

—Sí, tienes razón, pero depende de las manos que las utilicen. —Doblo las rodillas unos centímetros para quedar a la altura de sus ojos—. Si no te he mostrado esto antes ha sido porque no quería que sacases conclusiones erróneas, Rebeca. Me conoces, sabes cómo soy o al menos he intentado mostrarte todo lo que pienso y siento. No quiero recrear nada de lo que te ha ocurrido ni hacerte sentir mal, yo no soy así, creo que eso lo sabes más que de sobra... No voy a hacerte nunca nada que no quieras ni para lo que no estés preparada, pero esto forma parte de lo que soy y debía mostrártelo.

—¿Qué eres?

—Soy principalmente, pero no exclusivamente, dominante.

—Necesito que me expliques algo más, Santi.

Su fragilidad me encoge el estómago. Tengo que ser claro con ella, no merece menos de mí.

—Disfruto con la dominación sexual. Me siento satisfecho cuando una mujer me cede su cuerpo y su mente de esa manera.

—Y quieres que yo sea esa mujer.

—No te obsesiones con eso. No es algo que necesite para poder estar contigo ahora mismo; lo que tenga que ser, será, y vendrá cuando estemos preparados, pero quiero que tengas claro que, si alguna vez ocurre, el poder lo seguirás teniendo tú.

—No tiene mucho sentido... Si tú eres el que mandas y yo obedezco, la figura de poder no me suena que sea la que se arrodilla, más bien todo lo contrario.

—Precisamente ese poder es de quien se arrodilla concediéndole el control de la situación al otro, que lo ejecuta. Esa parte, la parte sumisa de la relación, es la clave de todo. Cedes el control, pero no el poder. Hay una gran diferencia.

Asiente, procesando la información.

—¿Podemos volver al salón? —pide cansada—. Creo que necesito sentarme.

—Claro. Vamos.

Cierro el armario. Nos dirigimos hacia allí, se sienta y sube las piernas al sofá, agarrándoselas con ambos brazos. Me pongo a su lado y paso la mano por el respaldo del sofá, mirándola.

—Yo confío en ti.

Le sonrío y acaricio su mejilla.

—Y no sabes lo feliz que me hace que así sea, pero aún tienes dudas sobre todo

esto y es normal. Admito que me esperaba una reacción mucho peor por tu parte al descubrirlo. Estoy sorprendido. Dime, ¿hay algo que quieras preguntarme? Me gustaría saber cómo te sientes, Rebeca.

Traga saliva y me mira ordenando sus pensamientos.

—No puedo dejar de sentir cierto miedo...

—Imagino que es lógico, cariño. Si a la reticencia habitual y a nuestros propios prejuicios le sumamos ese algo más... —Hago un gesto elocuente y ella asiente—. Haber ocultado todo esto me ha estado carcomiendo los últimos meses, pero espero que entiendas por qué lo he hecho, por qué he querido mostrártelo cuando todo entre nosotros estuviese más afianzado.

—Ya... pero has hecho que me enamore de ti sin conocerte completamente... —Encoge un hombro—. ¿Qué pasará si no puedo continuar, si no soy capaz de hacer nada de lo que tú necesitas?

—Lo que necesito principalmente es estar contigo, Rebeca. No te estoy pidiendo que cambies tu actitud conmigo. Estoy enamorado de ti, no tendría sentido que te convirtieses en otra persona...

Asiente una sola vez sin mucha convicción y observa la punta de sus pies.

—¿Has provocado dolor a alguien alguna vez?

—Sí, pero ha sido consentido y acordado; de hecho, fue más bien una petición directa. Yo no encuentro placer en ello más allá del que la persona con la que estoy en ese momento sienta. No soy masoquista... No sé la imagen que tienes formada en la cabeza, aunque me puedo hacer una idea.

—¿Eres tú el amigo al que hizo mención Rubén cuando le ocurrió lo de Valentina y Jack?

Su pregunta no me coge desprevenido y asiento.

—Sí, se refería a mí.

—Entonces eres amo. Practicas BDSM.

—No exactamente. Déjame que sea yo quien te explique lo que me gusta y no saques conclusiones precipitadas. No soy el ideal popular turbio y cruel, o almibarado y dulcificado, que parece venir a la cabeza de la gente de hace un tiempo para acá cuando se mencionan esas siglas.

—Entiendo.

—Ya sabes algunas de las cosas que he probado y entre ellas, para saber lo que

me gusta y lo que no, he practicado algunas que me han provocado mucho placer y otras que no me lo han avivado en absoluto. Que sea dominante no quiere decir que no pueda cederte el mando; en absoluto lo paso mal cuando eso ocurre, como habrás podido comprobar.

Le sonrío y ella asiente, devolviéndome la sonrisa de forma escueta.

—Rebeca, yo no quiero a una mujer sumisa porque le encuentre placer a verla andar de rodillas detrás de mí, ni tampoco lo encuentro en humillarla. No quiero ser tu dueño. No quiero que vayamos ni delante ni detrás el uno del otro, sino al lado.

—Eso suena bien.

—Sí, pero quiero que entiendas que eso es lo que me gusta a mí, que no es ni mejor ni peor que lo que practican otras personas. Lo sumamente importante, te guste o no algo, es que todo lo que se haga sea de mutuo acuerdo y sabiendo dónde están las fronteras que no se deben cruzar; todo lo que no siga esa regla es una aberración y puede provocar daños irreparables. Yo nunca te haría daño. —Me mira comprensiva y afirma con la cabeza, reconociéndose en mis palabras—. Quiero hacerte una pregunta. ¿Desde cuándo creías que yo era la persona a la que se refería tu hermano?

—No sé la fecha exacta —se encoge de hombros—, pero después de las Navidades, aunque creo que siempre he sospechado algo del armario.

—Lo que me asombra es que, con tu impulsividad, no hayas preguntado antes de forma directa.

—En el fondo creo que sabía que no estaba preparada para saberlo... ¿Te cuento algo?

Asiento y ella se recoloca, cambiando de postura.

—Cuando me llevaste a hacer puenting, creía que iba a ocurrir algo relacionado con esto...

Sonrío comprendiendo por fin su actitud ese día.

—¿Puedo ser totalmente sincera contigo?

—¿Desde cuándo me preguntas algo así? Pues claro, Rebeca. No espero otra cosa de ti.

—Me puse muy cachonda al imaginarlo.

Una espontánea carcajada escapa de mi garganta. Me recompongo y la miro animándola a continuar. Después de la tensión que hemos vivido, siento esta confesión como un soplo de aire fresco.

—No te voy a negar que, por un momento, mientras me tenías con los ojos tapados, se me encogieran ciertos orificios... El salto fue un alivio para mí finalmente, pero creo que lo habría intentado de haberme mostrado algo relacionado con este mundo.

—Porque confías en mí.

—Y porque me pones como una moto.

Río abiertamente y ella pone los ojos en blanco ante la obviedad de su respuesta.

—Cuando llegue el momento, lo intentaremos juntos.

—¿Y cómo sabrás cuándo es?

—Lo sabremos.

Resopla.

—No puedes estar tan seguro, Santi.

—Rebeca, si hace cuatro meses alguien te hubiese dicho que estarías manteniendo esta conversación conmigo, tu pareja, un dominante sexual que tiene un armario lleno de perversidades, ¿qué habrías pensado? ¿Te hubieses sentido preparada para algo así en ese instante?

—No, supongo que no.

Saco de mi bolsillo una de las cintas japonesas que he guardado antes de venir hacia el salón y se la muestro. Le agarro las manos y se las uno, esperando su consentimiento antes de continuar. Le hablo mientras dejo que mis dedos acaricien la piel de sus muñecas, pasando la tela por ellas lentamente.

Ella me observa en silencio.

—No habrías estado preparada, al igual que tampoco podríamos habernos acostado la primera vez si no hubieses guiado tú el momento, si no hubieses decidido cómo y de qué manera ocurría.

—Nuestra primera vez... —Sonríe nostálgica.

—Bajo ningún concepto podría haberte atado las manos como ahora mismo, privándote del libre movimiento de ellas, ¿verdad?

Traga saliva, desvía sus ojos de los míos en un par de ocasiones y le guiño uno cuando intenta separarlas, sonriendo nerviosa.

Me levanto y le tiendo mi mano, invitándola a ponerse a mi lado. Cuando la tengo pegada a mi cuerpo, me acerco a su cuello y le beso el trozo de piel que hay debajo del lóbulo de su oreja.

Ella se estremece y le susurro.

—Si lo hubiese hecho y después te hubiese postrado en el suelo, sobre tus rodillas y tus antebrazos enlazados, con el trasero bien levantado para mí, expectante y a mi merced, ¿qué crees que hubieses dicho?

—¿Dónde hay que firmar...?

Contengo la risa y me relamo los labios.

Ella sigue el movimiento de mi lengua con interés.

—¿De verdad crees que hubieses dicho eso entonces? —Niego e imita mi gesto—. No. No habrías estado preparada... Rebeca, ponte de rodillas, por favor. —Me mira y, tras permanecer unos segundos dubitativa, lo hace con mi ayuda—. Eso es, así.

Me tomo un momento para observarla en la postura que le he descrito hace un instante y percibo cómo tiembla. Paso mi mano por su columna vertebral en una caricia lenta y le hablo pausado mientras continúo el descenso por su espalda hasta pasar por su trasero y tocar sus pliegues, húmedos.

Ella ronronea.

La presión a la que está sometida mi polla empieza a resultar dolorosa y es momento de ponerle remedio.

—Como te decía, no habrías estado preparada para esto... pero ahora mismo no has puesto ninguna objeción a ello ni has sentido miedo, ¿verdad? Eso es porque sabes que nada malo va a pasarte si me cedes el control. Porque sabes que te quiero y que nunca te haría daño... Y es normal que estés nerviosa, cariño, de lo contrario no sería natural, pero en el fondo te mueres de ganas por probar lo que somos capaces de hacer juntos, ¿me equivoco?

—Santi...

Sonrío por su tono.

—¿Quieres que te folle y haga contigo lo que me apetezca, Rebeca? ¿Me cedes el control para ello?

Tras unos segundos, asiente y se mueve, ondeando su precioso culo ante mí con el movimiento.

—Hazlo —me ordena.

Me muerdo el labio inferior y alcanzo con mi mano su cachete, pellizcándolo y sobresaltándola con ello.

—¿Preparada, cariño?

Su voz, afectada y expectante, me hace sonreír al contestar.

—Sí... nací preparada...

Capítulo 33

Dirty dancing

Rebeca

—¿Podéis acabar ya? Me muero de hambre...

—Preciosa, últimamente siempre te mueres de hambre.

—No es culpa mía, este niño parece no tener nunca suficiente. —Valentina se acaricia la prominente barriga cariñosamente mientras le contesta a Rubén—. Javier... espera un poco a que papá y el tito Santi terminen de montar el armario, cielo.

Sonrío abriendo una nueva caja y sacando el contenido de ella para colocarlo en la estantería.

—¿Quieres que vayamos a casa y comes algo? —le pregunto.

—Como salga a la calle con este calor, me derrito. ¿Cómo pueden ser casi las ocho de la tarde y seguir haciendo esta temperatura? —refunfuña, tirada en el sofá—. Siento no ser de demasiada ayuda, pero como dé un paso más voy a eclosionar como un huevo...

—Estamos en agosto, ¿qué esperas?

—Y aún me queda casi un mes para soltar esta barriga que me pesa dos toneladas —lloriquea—. Qué ganas de que salgas de ahí, peque.

—No tengas prisa, nena, aún queda tiempo —le dice mi hermano acercándose para beber agua, con el torso descubierto y sudoroso.

Busco a Santi con los ojos y me lo como con la mirada. Él repara en mi escrutinio y me sonrío de medio lado. Oigo a la pareja conversar y me acerco hasta mi moreno macizorro.

—¿Cómo puedes estar tan bueno que ni sudado me pareces menos apetecible, bombón?

—Estoy sometido a un riguroso entrenamiento cada día. —Me sonrío y me guiña un ojo—. ¿Cansada?

—Depende de para qué. —Me arrimo a él y paso ambas manos por la cinturilla de su pantalón—. Si es para que siga abriendo cajas de la mudanza y coloque cosas en el nuevo nido de amor de estos dos, sí, mucho... pero si me propones un poco más de entrenamiento, puede que me queden energías.

Su sonrisa se ensancha y beso su marcada mandíbula, sintiendo su barba en mis labios.

¡Cómo le queda la barba, madre mía!

—Quiero que hagas algo: ve a tu casa y coge del cajón de mi mesilla una bolsa azul. —Posa su mano en mi culo y lo amasa mientras habla—. Dentro encontrarás algo que quiero que te pongas antes de volver. Lo demás tráelo contigo... y no tardes.

Elevo una ceja, intrigada y excitada por su tono. ¿Qué perversión maquinará hoy?

—Qué suerte la mía porque se hayan mudado sólo a cuatro casas de distancia. —Sonríó—. ¿No me das ninguna pista?

—Sólo te diré que hoy tengo pensado algo muy interesante para cuando estemos solos... algo para lo que estás preparada...

Gruño eróticamente.

—Eso suena muy pero que muy atractivo, moreno.

—Ve —me palmotea el trasero cariñosamente—, no me hagas esperar.

—Mandón.

Le sonrío y le doy un beso en los labios, para excusarme luego con la pareja, que apenas me presta atención, enfrascados como están en una riña doméstica sobre cómo han de colocarse los libros en la estantería...

Salgo apresurada de la casa y me dirijo calle arriba a la mía, sintiendo el sudor pegarse a mi piel al abandonar el frescor del aire acondicionado. Entro en la que se ha convertido en nuestra habitación desde hace unos meses, pues, aunque no dormimos siempre juntos, sí que se han ido incrementando el número de noches que compartimos. Saber que mis compañeros de convivencia se mudan supone cierto alivio... Ha habido días en los que hasta a mí me ha dado cierto reparo mirarlos al encontrarnos en el desayuno por el concurso de golpes de cabecero que ha habido entre las dos habitaciones la noche anterior.

Abro el cajón y observo su interior, dando pronto con la bolsa que me ha comentado. Dejo caer su contenido sobre la cama y alzo las cejas, curiosa, viendo dos cajas con imágenes bastante reveladoras de su finalidad.

Me meto en el baño y sigo las indicaciones, colocándome la pieza y comprobando la comodidad de llevarla en mi cuerpo. Recojo las pruebas del delito y vuelvo a introducir la otra caja en la bolsa, saliendo de la casa con paso rápido e impaciente.

—Ufff... Vamos, abre.

Llamo con los nudillos de nuevo a la puerta, ya que el timbre aún no está arreglado, y Valentina aparece como si se hubiese merendado a Montserrat Caballé con vestido y todo, a paso lento y resoplando.

—¿Adónde has ido?

—A casa —contesto escueta y paso por su lado como una exhalación.

Ella murmura algo a lo que no le presto atención y llego hasta Santi, que está dejando el taladro encima de una escalera.

—Toma. —Le tiendo la bolsa, agitada.

Me agarra de la cintura y me besa intensamente, introduciendo su lengua en mi boca buscando mi respuesta. Gimo entrecortada y me entrego por completo rendida a él. Suelta mis labios de su ataque y se acerca a mi cuello, mordiendo el lóbulo de mi oreja luego.

—¿Lo llevas puesto? —murmura apasionado.

—Sí.

—Muy bien; dame un momento, tengo que ir al baño.

Asiento con la cabeza observando cómo se dirige hacia donde ha dicho. Estoy tan caliente que podría derretir vidrio en mi entrepierna, ¡madre mía!

Al cabo de un momento sale y se acerca a mí, depositando en mi mano un dispositivo con varios botones parecido a un mando a distancia en miniatura. Lo observo y dirijo mi mirada hacia él, esperando una explicación que no tarda en llegar, en tono contenido y despreocupado, como si la cosa no fuese con él... ¿Cómo lo hace, el maldito? Yo estoy atacada.

—Eso que ves ahí está conectado al anillo de electroestimulación que me he colocado rodeando la base y por detrás de los testículos. Con cada botón va una intensidad de descarga.

Lo miro arqueando una ceja, asombrada.

—¿Estás de broma?

—No.

—¿Te has puesto un cacharro que te va a dar descargas en pleno ciruelo?

Él contiene la risa y me mira divertido.

—No te preocupes, no me vas a freír... Está pensado para estimular sólo las terminaciones nerviosas, no es tan extraño como piensas.

—Ya, no sé cómo no lo regalan con los puntos del súper, es tan normal... —ironizo poniendo los ojos en blanco.

—En sí no provoca ningún placer extremo... Puede pasar de unas simples cosquillas a una estimulación algo más intensa, pero saber que lo controlas tú, que no estamos solos y que yo domino el tuyo —saca un pequeño mando con dos botones en forma de flecha—, es muy morboso.

—A mí no me vayas a dar descargas.

Se ríe excitado.

—El tuyo es un vibrador interno, un huevo; te va a mantener alerta y, ¿quién sabe?, quizá te guste y todo.

—¿Un huevo? Pues será de avestruz, porque el tamaño... no sé yo... —Comienzo a dudar, pero doy un respingo al sentir un zumbido dentro de mi cuerpo que me activa y me hace mirarlo con interés—. Oh...

—Sí, oh... ¿Te gusta?

—No está mal. —Tuerzo la cabeza, inspeccionando el mando que aún mantengo en mi mano—. Nada mal.

Pulso el botón con el número uno y Santi sonrío, entrecerrando los ojos mirándome.

—Tengo que ir a ayudar a Rubén y acabar lo que falta. No quiero tardar en irnos a casa.

Compruebo su pasividad y subo al número dos mientras habla, sin mostrar ningún signo de sentir nada. Pulso el tres y lo miro interrogante.

—Esto no funciona...

—Sí lo hace. —Coge mi mano libre y la pone discretamente en su paquete, apoyándola en su miembro cimbreante, que se contrae en pequeños espasmos cada escasos segundos. Está muy duro.

Le miro lobuna y aprieto la mano en torno a él, ronroneando.

—Voy a seguir —señala a mi hermano y la tarea pendiente—. Juega todo lo que quieras. —Me sonrío y me da un beso corto pero sucio.

Lo sigo con la mirada y me acerco a Valentina cuando se ponen a trabajar,

sintiendo el runrún suave e intermitente que el aparato provoca en mi interior.

Es interesante...

Saco del bolsillo de mis pantalones cortos el mando de él, escrutándolo con la mirada. Parpadea una lucecita en el número tres y me siento tentada a subir de número a ver qué pasa. No puede estar tan pasivo, ¿no? Yo he sentido lo que esto le provoca y tiene que ser intenso...

—Rebeca —me llama despreocupado. Lo miro interrogante a unos metros de él en el salón con la atención de Valentina puesta en nosotros—. Te gustará saber que, todo acto, conlleva su consecuencia...

Sus labios se curvan en una mueca perversa y tengo que agarrarme al respaldo del sofá donde está mi amiga, de la impresión al cambiar intensamente el ritmo del zumbido dentro de mí.

—Joder...

—¿Qué ha querido decir con eso?

—No sé —murmuro consternada, apretando los muslos.

—¿No sabes? —me pregunta mirándome inquisidora—. ¿Estáis bien?

—Sí, bien.

Me mira arqueando una ceja y bajo la mirada, apretando el número cuatro y mirándola de nuevo, forzando una sonrisa. Espío de reojo a Santi y lo veo sonriendo, apoyado en la estantería, conteniendo su rostro.

Joder, qué dominio tiene de su cuerpo, el jodido.

—Aquí pasa algo —sospecha Valentina cuando cierro los ojos al sentir que incrementa un poco más la vibración.

Todo acto tiene su consecuencia...

Yo subo y él hace lo mismo.

Joder, la madre que me parió, voy a mojar los pantalones.

—¿Estás bien? Vas a desintegrar el cojín como sigas apretando, Rebeca —me dice mi amiga, confusa.

—¿Qué? —pregunto mordiéndome el labio.

—Que si estás bien.

—Sí. Sí... sí... —resoplo y me retiro el pelo de la cara, acalorada. Miro a Santi y lo veo en cuclillas, trabajando en algo sobre el suelo lentamente y con pausas.

Sonrío.

A fin de cuentas no es de piedra y la contención tiene un límite...

—Tienes cara de guarrona mirándolo —me dice Valentina a mi lado—. ¿Qué estarás pensando?

—Eres una puñetera mosca cojonera —me quejo resoplando excitada y mirándola—. Tengo cara de guarrona porque estoy al borde de correrme en tu nuevo salón. Deja de preguntar.

—¿Qué? —Me mira alucinada.

—Que dejes de hacer preguntas, joder —murmuro con la boca apretada al ver a los dos acercarse.

—¿Cómo están mis chicas preferidas? —Mi hermano pasa por mi lado y me da un beso en la mejilla para ir hacia Valentina y sobarle la barriga, besándola en los labios—. Vamos a dejarlo por hoy, estamos cansados.

—Vale —contesta su novia con la mirada aún asombrada—. Está bien.

Santi se me acerca por detrás y me abraza, apoyando su erección en mi trasero y apretándose contra mí. Mi culo sale a su encuentro en un acto reflejo y disimula besando mi mejilla.

—¿Queréis que pidamos algo de cenar y lo comemos aquí? Ya que va a ser la primera noche que durmamos en la casa, podríamos inaugurarla, aunque aún queden cosas por montar.

—¡No! —contesto vehemente.

—Será mejor que nos vayamos a casa —añade Santi—. Estamos agotados y mañana tenemos que prepararlo todo para el viaje.

—Sí, deberíais iros a casa y terminar por hoy. —Valentina me mira, elocuente—. Se os ve cansados...

—Si necesitas ayuda mañana para hacer la maleta, me avisas —le digo cuando recojo mi bolso y rebusco mi móvil entre tanta caja vacía.

Cuando doy con él, me acerco hasta la puerta, donde Santi me espera después de haberse despedido.

—¡Hasta mañana, chicos! —nos dice Rubén, abrazando fraternal a Valentina.

—Buenas noches.

Mi voz se pierde al cerrar la puerta y quedarme al lado de Santi escuchando su tono grave y erótico.

—Como no pares ahora mismo, voy a follarte encima de ese seto y me va a dar

igual que te oiga todo el vecindario.

—Por Dios... —cierro los ojos excitada y saco el mando de mi bolsillo, pulsando el botón de apagado después de considerar la posibilidad de que cumpla con su palabra.

—¿Te lo has pasado bien? —me pregunta recolocándose el paquete en el pantalón de forma sutil.

—Sí... —lo miro interrogante—. El mío no ha parado.

—Lo sé.

—¿No lo vas a detener?

—Aún no.

—Joder, Santi. Estoy a punto de dejar reguero como los caracoles al andar.

Él aguanta la sonrisa y me agarra de la mano, comenzando a caminar.

—Vamos a ir a casa a ensuciar un poco más esa boca tan cochina que tienes, y vamos a hacerlo a mi manera.

—Está bien, pero no corras tanto, es difícil andar con esto a tope...

Hace caso omiso de mi petición y entramos en la casa casi a la carrera. Cierra con llave y vuelve a coger mi mano entre la suya, llevándome al ventanal del salón y abriendo la cortina y la cristalera de par en par, por lo que entra la brisa caliente.

Elevo una ceja, interrogante, cuando me sienta en el alféizar de la ventana y me abre las piernas.

—¿Qué haces?

—Ahora lo verás.

—Ya estamos...

—Rebeca. Escúchame bien, porque, si tengo que repetirlo una segunda vez, tendrá consecuencias y, créeme, no van a ser agradables para ti.

Mis ojos se abren incrédulos por su tono y sus palabras, y una pizca de terror cruza por ellos.

—No voy a hacerte daño. Hay formas mucho más interesantes de castigarte que provocarte dolor, no tengas miedo.

—Confío en ti.

—Gracias. —Lleva su mano a mi mejilla y me levanta la cabeza hacia él—. Sólo por hoy te diré lo que pienso hacer contigo, así sabrás en todo momento lo que te espera y podrás estar tranquila.

—Sólo por hoy...

—Sí.

—Está bien. —Me muerdo la lengua, que me pica dispuesta a soltar algún comentario jocoso, pero su expresión y la tensión de su cuerpo me hacen callar—. Te escucho.

—Te voy a desnudar completamente y te voy a sentar de nuevo ahí, donde estás. Después vas a quedarte quietecita y vas a verme a mí haciendo lo mismo y luego haré contigo lo que me apetezca. Sólo dependerá de ti si quieres que alguien oiga lo que pasa aquí dentro o no. La ventana va a permanecer abierta en todo momento.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Eso no es una respuesta...

Su mano agarra mi coleta y hace presión, inclinando hacia arriba mi cabeza y apresando con su mano mi barbilla. Sus gestos, aunque firmes, no me provocan ningún daño; por el contrario, me excitan aún más... Ese halo de supremacía es hipnótico.

—Sé que esto es nuevo para ti, créeme que soy consciente de ello y por eso voy con pies de plomo contigo, pero hoy no vas a hacer lo que quieras. —Sonríe negando—. No, hoy no. Hoy vas a ser obediente y vas a dejarte en mis manos, porque yo sé lo que quieres. Porque conozco tu cuerpo y lo que te gusta. Porque llevo meses viéndote revolverte debajo, encima y frente a mí. Sé lo que necesitas, Rebeca, y voy a dártelo.

—¿Y tengo que estar callada y sólo asentir cuando tú lo digas?

—No. Puedes hablar todo lo que quieras, pero no cuestionas lo que te digo o hago. —Pasa su lengua por mis labios lascivamente—. Y recuerda que la ventana va a permanecer abierta...

—¿Puedo pedirte algo? —le pregunto consumida.

—Sí, claro que puedes.

—Apaga ese maldito cacharro, por favor.

Su carcajada en respuesta a mi cara y mi voz resuena en el exterior de la casa y me levanta, desnudándose sin prisa pero sin pausa, admirando mi cuerpo bajo la luz escasa que entra de la calle.

—Entonces, ¿no te ha gustado el juguete? —pregunta divertido, subiendo y bajando la potencia con el mando en su mano cuando ha vuelto a sentarme en el alféizar de la ventana, totalmente desnuda y con las piernas abiertas—. Tu cuerpo no dice lo mismo.

Estás chorreando.

Pongo los ojos en blanco y sonrío afectada.

—Es interesante, pero agota.

Él me sonrío a su vez y lo apaga, para luego sacarlo de mi interior, produciendo un húmedo sonido de succión. Lo sube a la altura de mi cara y me mira malicioso.

—¿Mejor?

—Podría decirse que sí —dudo expectante.

Él lo apoya a mi lado y se desnuda, tal y como había anunciado antes. Observo todos sus músculos contraerse cuando se agacha para quitarse los pantalones y dejar al aire sus anchos muslos prietos.

—¿Qué haces? —le pregunto al ver que se retira y se apoya en el respaldo de una silla a un metro de mí, mirándome.

—Úsalo

—¿Qué...?

—Ya me has oído —señala con la cabeza en la oscuridad y miro a mi lado, donde él apunta—. Úsalo, Rebeca.

—¿De dónde has sacado a Ale? —le pregunto atónita, agarrando a mi olvidado amigo a pilas.

—No creo que quieras que nos paremos ahora a charlar sobre dónde lo he encontrado, ¿o sí? —Se cruza de brazos y me mira interrogante.

—Quieres que me masturbe con mi consolador delante de ti —afirmo, y el asiento una sola vez.

No sé por qué, y menos después de todo lo que hemos hecho desde que estamos juntos, pero hacerlo así me resulta más incómodo por la intimidad que supone. Es Ale, por el amor de Dios... No sé cómo no se quemó tiempo atrás del uso.

Me mira en silencio y puedo sentir el aura de poder que emana de cada uno de sus rasgos y su postura. Miro su cuerpo y su erección más que dispuesta, esperando paciente, como su dueño, a que le toque su turno.

Sonrío y me llevo el consolador a la boca, lamiéndolo lasciva bajo su atenta mirada. Contengo un sollozo cuando lo meto dentro de mí y presiono el botón de encendido. Estoy demasiado sensible después de haber tenido el vibrador dentro de mí tanto rato.

Los fascinantes ojos de Santi me miran entrecerrados y su deslumbrante cuerpo en

tensión se mantiene en una falsa calma. Todo en él está en alerta mientras me observa interesado al contener los gemidos que me provoca el dildo en mi interior.

Parece un depredador esperando el momento idóneo para atacar a su presa...

Llevo mi dedo a la base del juguete y presiono, por lo que noto el zumbido del anexo adosado vibrando sobre mi clítoris.

Gimo entrecortada y curvo la espalda, utilizando mi mano libre para agarrarme al borde del improvisado asiento. Un aire caliente entra por la ventana y sopla mi sudor, recordándome dónde me encuentro, pero, lejos de cohibirme, me siento más deseada y atractiva que nunca bajo sus ojos.

El gruñido que escapa de su pecho cuando comienzo a escalar el orgasmo lo lleva hacia mí y agarra mi cuello por detrás, atrayendo mi boca hacia él para besarme encendido.

Se agacha a coger algo del suelo que no había visto antes y estira sus brazos hacia arriba, lanzando algo que interpreto como un trozo de cuerda plana por encima de la barra de la cortina. Agarra mi mano derecha con las suyas, cerrando alrededor de mi muñeca una correa de piel, y realiza el mismo trabajo con la izquierda, para dejar ambas suspendidas algo más arriba de mi cabeza.

Coge el consolador que había estado reteniendo con su pierna en mi interior y toma el control, subiendo la intensidad de la vibración y la rotación interna del dildo. Gimo y me retuerzo, moviendo las manos en su confinamiento de las alturas. Su lengua y sus labios reclaman cada recoveco de mi cavidad y se bebe mis gemidos al comenzar a correrme, sintiendo los espasmos contraer mi cuerpo entero y sus dedos apresar mis pezones y apretarlos entre ellos potentemente. Su boca baja y repasa con la lengua mis lubricados pliegues, lamiendo mi orgasmo mientras me recupero, aún a su merced.

El movimiento de su lengua contiene una fingida languidez que pronto cambia, imprimiendo más intensidad y velocidad. Lloriqueo su nombre, pero él no se detiene; sabe que me está gustando demasiado porque mi cuerpo se lo dice.

Aprieto mis manos la una contra la otra, aferrándome a mi agarre y clavándome las uñas en las palmas cuando siento de nuevo la excitación crecer en mí previa a un nuevo orgasmo. Su boca succiona mi clítoris una y otra vez y el sonido que provoca resulta estruendosamente erótico.

Percibo movimiento en la calle e intento contener los gemidos, pero su ataque se intensifica frenético, por lo que tengo que morderme el brazo para acallar los gritos

que me provoca una nueva culminación.

Abro los ojos otra vez al sentir que tira de mí y me recoloca, apoyando mi trasero más al borde y, sin más preámbulos, acaba clavándose en mí sin protección de por medio por primera vez.

Lo miro interrogante, pero su movimiento enardecido, seco y fuerte, me hace olvidar hasta dónde me encuentro y grito en cada embiste, olvidándome por unos largos minutos de todo y lo que podría conllevar no bajar el volumen... Él no se queda atrás y gruñe con cada nueva acometida de forma varonil y fuerte, animándome a hacerlo de nuevo cuando vuelve a sentir que me aferro a su tallo con mis músculos.

—Voy a correrme... dentro de esos... —coge aire sin dejar de penetrarme—... labios inflamados por mi boca.

—Sí... sí... sigue... —jadeo—. No pares...

—Eres perfecta... —murmura sin resuello—. Eres la mujer de mi vida...

Mi cuerpo tiembla de la cabeza a los pies por la intensidad del momento. Lleva una mano a una de mis muñecas sin dejar de embestirme y la libera. Me aferro a él con esa mano, clavándole las uñas en la espalda cuando siento que un nuevo orgasmo me atraviesa, más intenso que los anteriores.

Mientras me desgarró por dentro al llegar a mi clímax, él continúa su bombeo casi colérico, apretándose contra mí y manteniéndose unos segundos enterrado en mi interior.

Gime entrecortadamente y siento los espasmos de su eyaculación muy dentro, muy hondo.

Su cuerpo pierde la tensión al terminar. Acaricio su nuca y el nacimiento de su pelo algo más largo mientras sonrío exhausta y jadeante.

—Estás loco.

—Por ti, sí —susurra sonriendo.

—No hemos usado protección.

—Lo sé. Te he avisado.

—Pensaba que te referías a los otros labios —comento divertida—. ¿Es que no te importa la posibilidad de verme como Valentina de aquí a unos meses?

—Y a ti, ¿te importaría? —Sonríe, retirándose de mi interior.

—Definitivamente, estás loco.

—Vístete, cariño.

Me da un beso en el cuello cuando termina de desabrochar la muñquera que faltaba y recoge su ropa, colocándola sobre el sofá para comenzar a vestirse.

—¿Tienes prisa? —le pregunto al verlo terminar desde la misma posición y tan desnuda como antes.

—Alguna, sí. ¿Quieres salir a la calle así? —Aprieta una sonrisa en sus labios—. No sé yo si tus vecinos van a aguantar verte meneando ese cuerpo delante de sus ventanas después de haberte oído mientras te follaba.

—No tengo fuerzas... —resoplo.

Se acerca y me pasa la blusa de tirantes, ancha y blanca, por la cabeza sin haberme puesto el sujetador. Cuando lo voy a agarrar, él lo retira de mi alcance.

—No te lo pongas. Me gusta que se te marquen los pezones en la tela y se transparente su color tostado.

—¿Y que me vean los demás?

—Soy yo quien los disfruto, que miren cuanto quieran... —Me apresa el pezón por encima de la tela y aprieta con los dientes.

Sonrío y niego con la cabeza. Sí. Definitivamente loco, pero yo no estoy mejor, porque salgo de casa tal y como me ha dejado él al vestirme... sin ningún tipo de ropa interior.

Capítulo 34

Mi chica

Santi

—¿Adónde vamos? —me pregunta al montarnos en mi coche—. Pensaba que nos quedaríamos aquí a dormir. Estoy muerta... tanto, que no tengo ni hambre.

Pongo el intermitente para incorporarme al escaso tráfico de las once de la noche de un miércoles y pongo algo de música.

—Vamos a mi piso. ¿De verdad no tienes hambre?

—Ni una pizca... ¿Necesitas algo de allí? Al ver tu maleta en mi casa creía que lo habías traído todo —comenta apoyada en el respaldo, cerrando los ojos.

—Sí, algo se ha quedado pendiente. —Bosteza—. Duérmete si quieres, Rebeca. Te aviso cuando lleguemos.

Se reacomoda en el asiento, echándolo un poco hacia atrás, y murmura un «gracias» somnolienta. Su respiración se ralentiza al instante y se torna más profunda.

Paro en un semáforo y vuelvo la vista hacia ella. Sonrío y aparto parte del pelo que le cubre la cara. Repaso su perfil, ahora tranquilo y sosegado, con esa nariz tan pequeña en punta que le confiere dulzor a su rostro.

Es tan bonita... No puedo estar más orgulloso de lo que ha logrado en estos pocos meses, relegando sus fantasmas al más recóndito y oscuro recoveco de su interior.

Desde el principio ha sido así, siempre me ha sorprendido, y me temo, para bien, que lo seguirá haciendo.

Reanudo la marcha y, cuando aparco delante de mi edificio, acaricio su mejilla y beso su cuello.

—Cariño, ya hemos llegado.

—Cinco mil minutos más...

Sonrío y salgo del coche.

—Vamos... —La agarro, sacándola de su asiento y cargándola—. Agárrate a mí,

eso es.

Consigo llegar a la puerta de mi piso y la apoyo en el suelo; se abraza a mi cuello y se cuelga de mí como un koala. Sonríe caminando con ella al abrir y decido posponerlo todo hasta mañana. Ha sido un día demasiado largo con el trabajo, terminar la mudanza de Rubén y Valentina, y el añadido de la excitación y el momento en su casa. Comprendo que no pueda más, yo mismo estoy agotado...

La acuesto en la cama, sacándole los pantaloncitos y la blusa por el mero placer de saberla desnuda a mi lado y, tras ir al baño, me acuesto con ella, que automáticamente se acurruca a mi lado y gime gustosa.

—Te quiero —murmura.

—Y yo a ti, Rebeca.

Cierro los ojos y no recuerdo nada más hasta que horas después siento un reguero de besos por mi pecho desnudo en dirección descendente.

Mantengo los ojos cerrados, dejando que haga a su antojo.

Va bajando y besa el espacio que recorre, concentrándose en mis testículos por unos segundos, succionando uno y metiéndoselo en la boca de manera ociosa. Con la lengua, resigue el camino de mi erección, dedicándose a lamer la punta e introduciendo la lengua unos milímetros en la abertura de la uretra.

Retengo el impulso de mis caderas cuando se la mete en la boca y comienza a succionar suave, pero mi mano viaja sola a su cabeza y acaricio su pelo.

—Buenos días —hablo envuelto en la nebulosa del placer y del sueño.

—Mmm... —masculla—. Hola, perdona... Me enseñaron que es de mala educación hablar con la boca llena.

Me sonrío y le devuelvo el gesto, atrayéndola por la barbilla hacia arriba, besando sus labios.

—Sigue con lo que estabas haciendo, sólo quería mi beso de buenos días.

—Te lo estaba dando... —Me guiña un ojo y vuelve a reptar, rozando su cuerpo con el mío en el descenso—. Tú disfruta, moreno.

—No te voy a rebatir eso.

Me muerdo el labio inferior cuando succiona ávidamente dispuesta a que pierda el control demasiado pronto y no cesa hasta que lo consigue unos minutos después, recibiendo en su garganta toda mi esencia.

—¿Has dormido bien? —me pregunta al subir y ponerse a mi lado, abrazándose a

mi costado.

—El despertar ha sido mejor.

—Me quedé grogui anoche, estaba totalmente reventada.

—Ya, me di cuenta. —Le sonrío y beso su nariz—. No te preocupes, es normal. Fue un día agotador.

Nos mantenemos en silencio un rato, escuchando la respiración del otro.

—No tengo muchas ganas de ir a ninguna parte este fin de semana —comenta sin ganas—. Sé que una vez allí seguro que lo pasaremos bien, como el año pasado, pero preferiría quedarme aquí contigo, solos.

—¿Te estás convirtiendo en ermitaña, pelirroja? —Me río, mirándola.

—Muy gracioso.

—Seguro que lo pasaremos bien... es el cumpleaños de tu hermano y no puedes faltar. —Beso su nariz—. Ya se me ocurrirá algo para divertirnos los dos, sabes que tengo ingenio.

—Me debes un polvo delante de la chimenea.

—Cierto.

—¿Ésa es otra de las cosas que harás por primera vez y conmigo? —me pregunta mimosa.

La agarro y la atraigo hacia mí, volcando su cuerpo sobre el mío y sentándola a horcajadas encima de mi pelvis. Ella se refriega lentamente sobre mi lánguida erección, que vuelve a revivir poco a poco con su roce.

—Puede que algo más, incluso algo que vamos a hacer hoy te aseguro que no lo he hecho nunca.

Me sonrío ilusionada.

—¿El qué?

—No seas impaciente. Primero acaba lo que has empezado hace un instante con tanta fricción.

Le sonrío seductor y ella se ríe.

—¿Un completo? —Agarra mi miembro con una mano, guiándolo—. Te va a salir caro, corazón.

—Estoy dispuesto a pagarlo.

Deja caer su cuerpo sobre el mío, empalándose y moviendo las caderas. La siguiente hora y media la pasamos encontrando diversas formas de hacernos perder la

razón, pero el hambre apremia y terminamos improvisando con lo poco que tengo en la nevera entre escasa ropa.

Al acabar, Rebeca se echa hacia atrás en el sofá, saciada de comida.

—Deberíamos ir a casa. Tengo que hacer mi equipaje y pasarme a ver si Valentina necesita ayuda con sus cosas.

—Para eso está su novio...

—¿Y crees que a su novio le va a decir que no olvide meter la crema de las hemorroides en el neceser? —Se ríe sonoramente—. No conoces a Valentina... ella no es como yo.

—Y por eso me enamoré de ti y no de ella.

—Espero que por otras muchas cosas... —se encela.

—Te las podría hasta enumerar.

Me acerco a ella y le beso un hombro, y ella se deja hacer al moverse y exponerlo mejor.

—Haz algo por mí —le ordeno contra su piel.

—¿Ya pones la voz?

La miro interrogante.

—¿Cómo?

—Sí, cada vez que te pones en plan dominante, cambias el timbre de tu voz. Es más grave, más erótica... Me pones con sólo oírte. Lo mismo hasta podría correrme si únicamente me dijese guarradas al oído.

—Tendremos que comprobarlo —exploto la voz, más forzado, y ella se ríe.

—¿Qué quieres que haga? —me pregunta dócil.

—Ve a tu armario favorito y coge una caja gris que hay en la tercera balda.

Ella alza las cejas.

—¿Aún no te has quedado satisfecho? —Resopla—. Siento decirte que tengo todo lo de ahí abajo como la paellera del Fairy de grande, necesito una tregua...

Suelto una carcajada y ella me sonrío, asintiendo para darle mayor credibilidad a sus palabras.

—Ve, por favor.

Se levanta y camina, y yo hago lo mismo unos segundos después, siguiéndola sigiloso por el pasillo. Coge la llave que hay sobre el techo del armario, estirando su cuerpo y dejando a la vista sus largas piernas una vez puesta de puntillas, ajena a mi

escrutinio.

—A ver, a ver... —Curioseas dentro, sacando un antifaz nuevo—. Qué bonito...
¿Dónde...? ¡Aquí estás! —murmura para ella misma.

—Ábrela.

—¡Joder, qué susto, Santi! —Se gira sorprendida—. Te voy a poner un cascabel, como a los gatos. Me va a dar un infarto un día de estos con tus entradas en escena tan silenciosas...

—Adelante —la apremio con un gesto de cabeza.

Ella vuelve a apoyar la caja en la balda y abre la tapa, encontrándose con una caja más reducida en el centro de pequeño tamaño, rodeada de capullos de rosas.

Se queda quieta y muy estirada contemplando el interior, sin tocarlo.

—Tú también merecías que te regalase rosas rojas —le digo, desde atrás.

Ella no me mira y se mantiene envarada.

—¿Y esto?

—Ábrelo.

—¿Seguro? —me pregunta, dándome la espalda.

—Sí. Ábrelo.

Lleva sus manos a la cajita y no me pasa desapercibido el temblor de las mismas. Abre con cuidado, conteniendo la respiración, y sonrío.

—Oh, qué bonito. —Su voz contiene una nota de desilusión—. Un nuevo abaloric para la pulsera.

Lo coge y se gira, mirándome y forzando una sonrisa.

—¿Te gusta?

—Sí. Es precioso. —Lo agarra y me lo tiende para que se lo coloque. Mientras lo hago, ella contiene el gesto y mantiene el tipo.

Le hablo al terminar de colocárselo.

—¿Sabes el motivo de que sea un lazo?

—No. La verdad es que a los anteriores sí les encontré sentido. —Lo admira, llevándose la muñeca a la altura de la cara—. El copo de nieve, por la noche en la que quise que hiciésemos un muñeco de nieve con la arena de las macetas porque no había nevado... —Se ríe nerviosa—; la llave, por el armario y todo lo que conlleva... pero estoy perdida con éste.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? Nada —falsea un tono despreocupado—. Me encanta. Muchas gracias, cariño.

Se acerca y me besa escueta, sin mantenerme la mirada.

—¿Recuerdas cuando mi madre te contó lo de nuestros nombres?

—Sí, claro —responde y luego aguarda.

—Tu nombre también tiene su significado. —Meto la mano derecha en el bolsillo de mi pantalón—. ¿Quieres saberlo?

—Sí... —Titubea al ver que me agacho—. ¿Qué haces, Santi?

Contengo el nudo que tengo en la garganta y la miro desde abajo, con una rodilla anclada en el suelo frente a ella. Agarro su mano y la noto fría y temblorosa.

—Llevo toda la vida buscando cosas que me permitiesen liberarme...

Se lleva la mano libre a la boca y me mira con los ojos brillantes.

—Oh, Dios mío...

Sonrío. Trago saliva y retomo el discurso.

—Llevo toda la vida buscando cosas que me permitiesen liberarme y dejar salir lo que tengo dentro. Nunca había prestado atención a mis sentimientos más allá de lo que cada momento me hacía apreciarlos... pero un día llegaste tú. —Le sonrío y sus ojos se curvan, mostrando la sonrisa que oculta su mano—. Y, desde que te vi, supe que algo había ocurrido aquí dentro, porque, aunque tú misma estuvieses rota en ese momento, conseguiste recomponer lo que en mi interior no estaba completo...

Sus lágrimas comienzan a salir y me contagio, sintiendo el escozor previo.

—Antes no sabía ponerle nombre... ahora sé que estoy locamente enamorado de ti, porque eres la interpretación más fiel del amor. Eres alocada, dulce, deslenguada, sincera, divertida, picante... Y el amor es así, así es cómo lo siento cuando te miro, cuando te beso y te siento a mi alrededor de todas las formas posibles.

Solloza sonriendo y seca sus lágrimas con la mano libre, mirándome atenta cuando saco la cajita de mi bolsillo.

—Rebeca significa lazo o unión... —La abro y le muestro el anillo de su interior—, y me encantaría que esa unidad, ese vínculo cerrado con un nudo, fuese de todas las maneras posibles...

Le sonrío apretando los labios y respirando hondo.

—Rebeca, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí... sí, claro que sí. —Asiente, y rompe a reír entre lágrimas, agachándose a mi

lado y abrazándome llorando—. Es una locura y me encanta.

—Te quiero, cariño.

—Y yo a ti. —Sorbe por la nariz cuando la separo y le coloco el anillo—. Eres la compensación perfecta en mi vida... y te quiero como nunca jamás pensé que sería capaz de hacerlo.

—¿Eres feliz, Rebeca?

—Tremendamente feliz, Santi —afirma con una amplia sonrisa, y me besa—. Muy feliz.

Epílogo

Los reencuentros demuestran que la vida sigue su curso, que todo sigue evolucionando, errando y acertando, exprimiendo cada segundo o dejándolos pasar sin demasiado entusiasmo, pero viviendo al fin y al cabo. Es quizá en esos momentos, cuando retomas contacto con personas que hace tiempo que no ves, cuando recaes en cuánto has avanzado en el camino que recorres.

Así lo sentía Rebeca en su interior, dándose cuenta, con todos los que formaron parte de ese mismo evento sólo un año atrás, que su vida ya no era ni por asomo lo que había sido... Tal vez contase con las mismas personas a su alrededor en ese momento exacto, puede que alguna más que suplía las bajas de quienes habían declinado la invitación al cumpleaños de su hermano, pero todo lo demás había evolucionado.

¿Eso era la vida, al fin y al cabo?

Santi hablaba animadamente con Rubén y Fernando, de pie al lado de la mesa del comedor, riendo despreocupado y dejando patente, al menos para ella, la transformación que poco a poco iba lográndose en su carácter con el paso del tiempo. Quizá originado por el contacto tan íntimo y diario con una persona extrovertida y llena de vitalidad como ella, puede que de forma algo obligada para poder encajar más en la realidad de ellos dos juntos como pareja, pero Rebeca sabía que Santi ya no era el mismo, al igual que ella.

—Rebeca, ¿dónde estás? —le preguntó Valentina a su lado.

Ella volvió la vista y sonrió, aún algo abstraída.

—Estaba pensando...

Valentina abrió los ojos fingiendo alarma y Rebeca puso los suyos en blanco al verla.

—¿Estás enferma? —Contuvo la sonrisa—. No se me ocurre otra razón para que estés tan callada mientras piensas y no sueltes todo lo que te pasa por la mente...

—Estaré madurando —se cachondeó.

—Nos hacemos mayores. Fíjate, yo a punto de convertirme en madre; tú, de

casarte...

—No es sólo cosa nuestra, no te preocupes. —Señaló con la cabeza—. Fíjate en los demás.

Así lo hicieron, repasando uno a uno a los que ocupaban el salón.

Qué curioso el paso del tiempo que, por mucho que se empeñe, no siempre logra deshacer relaciones bonitas y sinceras.

Qué extraordinaria la naturaleza humana y sus vínculos.

Excepto las bajas de Hugo y Mónica, todos estaban allí un año después, en el mismo sitio y con la misma finalidad, celebrar el cumpleaños de Rubén y tomarlo como motivo para reencontrarse. Lo que no sabían en ese instante era que esa reunión se convertiría en un ritual que llevarían a cabo cada año durante los siguientes de su vida, añadiendo nuevos y pequeños miembros a ellos.

Clara, la chica miedosa y retraída que un año atrás había sorprendido a todos dándole forma a una relación salida de la nada con Fernando, otro de los amigos de Rubén que pasaba el fin de semana con ellos, se había convertido en una mujer segura de sí misma no sólo en personalidad, sino en su forma de expresarse y vestir. Atrás quedaron los vestidos holgados que ocultaban una figura que no era exactamente la de líneas esbeltas que marcaban los cánones de belleza. Ahora lucía prendas que se ceñían en las partes exactas donde realzar las curvas que su bonito cuerpo tenía. Reía sinceramente a algún comentario que había hecho Roxi, que en esa ocasión había acudido acompañada de su pareja, Nuria, con la que las cosas iban bien. Desde que se habían manifestado sus sentimientos, mantenían una relación amorosa abierta, donde las dos habían puesto sus condiciones y ambas estaban de acuerdo en todos sus términos.

En el sofá hablaban acaramelados Gisèle y Luis, otro de los nuevos emparejamientos que se habían formado hacía relativamente pocos meses, y parecía bastante bien avenidos. El nexo de unión entre ellos, sin lugar a dudas, había sido Clara, pues Gisèle, que era su prima, viajó a España tras acabar los estudios y así conoció a Luis, un amigo de ésta, que había roto una relación de varios años y no estaba pasando por su mejor momento. Su vínculo se fue cocinando a fuego muy lento, casi inexistente, pero poco a poco fueron sintiendo cosas el uno por el otro y hacía menos de un mes que habían decidido comenzar algo sin ponerle nombre. Lo que sí quedaba patente era que había mucha complicidad entre ellos y las miradas resultaban

más que elocuentes.

En el bando de las parejas acababan el recuento Rebeca y Santi, así como a Valentina y Rubén. Estos últimos siempre encontrarían especial la casa que en ese momento los acogía, pues era donde habían iniciado su relación y justo ese mismo día cumplían su aniversario de pareja. Curiosa la vida que, sólo un año después, los tenía a la espera de su primer hijo, Javier... La barriga de Valentina, a punto de estallar, no dejaba lugar a dudas sobre lo cercano del momento.

La hermana de Santi, Nasha o, como le gustaba llamarse, Sara, se había unido al fin de semana rural y compartía anécdotas y curiosidades sobre su estancia en Londres por trabajo. Tenía dos satélites, muy diferentes entre sí, orbitando a su alrededor, ambos igual de interesados en sus explicaciones.

Lolo, por un lado, la miraba codicioso con sus ojos algo saltones. Su forma de ser llamativa, poco oportuna y con un humor demasiado intenso había quedado patente desde el primer momento. Darío era el otro oyente, pero él se mantenía más comedido, aunque manifestando el mismo grado de interés. Éste, siguiendo la invitación de su jefa de sección, Rebeca, había aceptado pasar con ellos esos días y la verdad era que estaban resultando ser más positivos que lo que en un principio había esperado... incluyendo el momento en el que se reencontró con su casi conquista, Roxi.

Entre las bajas de ese año se encontraban Hugo, hermano de esta última y que no había podido ir debido a un viaje de trabajo, y Mónica. Ella fue la ausencia más celebrada, pero no por crueldad ni maldad, sino por saber lo especialmente insoportable que podía resultar la rubia en dosis mayores a unos pocos minutos.

—Eh, Lolo —lo llamó Roxi—. Cuentan las malas lenguas que tuviste un*affaire* con la Barbie... ¿Es verdad?

Él desvió su atención de la conversación que continuaba desarrollándose entre Darío y Nasha y atendió la pregunta que le habían formulado. La irritación que le había producido saberse fuera de ella quedaba compensada por ser el centro de atención del corrillo formado por los demás.

—¿Con Mónica? —Sonrió jactancioso, mostrando sus grandes dientes de caballo—. Sí. No pudo resistirse a mi encanto y acabó coladita por mí.

—¿Y dónde la has dejado? —pregunto Rebeca.

—Ah, no. Ya no estamos juntos. Le vino grande mi masculinidad...

—Me parece que más bien era mucho pan para tan poco chorizo —señaló Roxi a su entropierna, provocando las risas de los demás.

—¡Ni el chorizo le gustaba! —se quejó.

—La llevaste a tu pueblo a pasar unos días a casa de tus padres, ¿no? —le preguntó Rubén, conociendo parte de la historia por la fuente femenina.

—Ah, sí. —Se sentó al lado de Valentina, pagado de sí mismo—. Pero esa chica no está hecha para el campo... Le tenía miedo hasta a las gallinas, ¿os lo podéis creer? Menos mal que le salió trabajo y tuvo que marcharse en plena matanza. Mi primo se molestó un poco cuando se fue corriendo como si le hubiese picado un alacrán, pero, cuando salieron unos buenos jamones de crianza, se le pasó.

—¿Estás seguro de que le salió trabajo? —preguntó Rebeca, incrédula—. Me parece que más bien se fue huyendo despavorida al ver tantas vísceras y cochino abierto en canal...

Él se encogió de hombros y le dio un trago a su cerveza, sin contener el gas al subirle por la garganta en forma sonora.

—El problema es suyo... ella se lo pierde.

—Sí, sin duda. Ha dejado escapar una joyita —murmuró Valentina, asqueada.

—Oye, cielo. —La miró él jocoso—. Con esa barriga que no te puedes ni mover, ¿a quién le has dejado este año la tarea de enseñarnos hasta el cordoncito del tampón en la piscina? Qué momento más memorable aquel, ¿eh? Se te vieron hasta las intenciones...

Recibió varias protestas repugnadas por su comentario y una colleja de Rubén.

—No te pases ni un pelo, Lolo —le advirtió sin perder la cordialidad—. Que el disgusto por la roncha que dejó Mónica en tu tarjeta de crédito no va a ser nada en comparación con lo que te voy a hacer como vuelvas a meterte con mi chica.

Valentina le sonrió y miró a Lolo a los ojos.

—No quieras conocer la mala leche que se puede gastar un cuerpo tan pequeñito como el mío gracias a esto. —Se señaló la barriga.

—Tranquila, fiera... —se defendió, levantando los brazos y riendo nervioso—. Vengo en son de paz.

Continuaron charlando animadamente, poniéndose al día entre ellos hasta la hora del almuerzo. Al recoger la mesa, Rebeca se sentó al lado de Valentina en la tumbona y ésta la miró, hinchada y acalorada.

—No puedo más... Me duele todo el cuerpo y estoy llena, pero esto está de muerte —refunfuñó, mordiendo un trozo de bizcocho y emitiendo un sonido de profundo placer.

—¿Te lo estás comiendo o fecundándolo? —Se ríe cuando su amiga casi se atraganta—. Por cierto, ¿has visto cómo se estaba comiendo la novia de Luis el marisco? Parecía que le estaba haciendo las ingles brasileñas a las gambas, qué barbaridad...

—A mí me ha venido genial... Estaba a su lado y, en el tiempo que ella se comía una con cuchillo y tenedor, yo ya me había zampado tres. —Se secó el sudor de la frente con la mano y resopló.

—Chica lista. Oye, ¿por qué no te das un bañito en la piscina? Quizá así te sientas mejor.

—Lo he pensado, pero la única opción que encuentro viable es dejarme caer e ir rodando como una croqueta hasta el borde.

Rebeca se ríe sonoramente y Valentina resopló cansada.

—Creo que tengo agujetas, me duele todo el cuerpo.

—Eso se llama resaca sexual, amiga —le dijo la pelirroja—. Que después de llevar meses sin darle una alegría al molusco, ahora te resientes.

—¿Y tú cómo sabes...?

Rebeca hizo un gesto retórico con los ojos.

—¿Te doy detalles? La cara de mi hermano en sí es sinónimo de que anda bien relajado. Tú no te habrás fijado en eso durante este tiempo, pero parecía como si hubiese estado chupando limones fuera de temporada, el pobre.

—No me digas eso —se lamentó, poniéndose una mano en la cara.

—Ya se le ha pasado, no te preocupes. Ahora parece que anda superligero, como en los anuncios de compresas.

—Llevo dos días desafortunada...

—¿Sí? —le preguntó divertida.

—Ni te lo imaginas. Antes lo he violado en el baño de la planta de abajo y no me preguntes cómo he podido hacer algo así en mi situación —puso una mano en su barriga— y en un espacio tan reducido, pero he terminado dos veces... No sé qué me pasa.

—Lo mismo ya se han acabado los siete años de mala suerte que te dieron al

romper la cadena del Messenger. —Se rio al ver el gesto obsceno de su amiga—. Eso es mi sobrino —le habló a la barriga—, que como buen hombre está empezando a hacer de las suyas incluso dentro de ti.

—Calla. —Hizo una mueca de asco—. No digas eso, que es mi hijo.

—Ah, perdón. No sabía que iba a nacer sin pilula y con un cuestionario relleno para la entrada en el seminario.

—Vete por ahí.

—Mira, precisamente por ahí viene tu maromo. —Lo señaló con la vista—. ¿Quieres que os deje solos para que puedas dar rienda suelta a tus hormonas?

Valentina se mantuvo callada, comiéndose con los ojos a Rubén, que avanzaba hacia ellas sonriente y ajeno a lo que se le avecinaba.

—Ataca, fiera —le murmuró a su amiga, levantándose y caminando en dirección a su hermano. Cuando llegó a su lado, éste ralentizó el paso y Rebeca le habló con voz comedida—. Ahí la tienes, a punto de saltarte a la yugular. Ha sido milagroso que no se te haya convertido en pasa...

Él la miró reprobatorio y sonriendo.

—En esta familia no se pueden tener secretos.

—¿Secretos? —bufó guasona—. Lo tuyo no era un secreto, era un clamor popular. Te has pasado todo el embarazo más seco que la cañería de una pirámide.

—Y tú has mantenido la marca familiar en su sitio. —Se rio al ver la cara de Rebeca—. No me mires así, no sois las únicas que habláis entre vosotras.

—Seguro que te sientes orgulloso de tu hermana —se cachondeó—. Estoy dando lo mejor de mí.

Él soltó una carcajada y le revolvió el flequillo, dándole un beso en la mejilla antes de continuar hasta donde se encontraba su pareja, quien lo miraba intensamente.

Rebeca prosiguió su camino y entró en la cocina, encontrándose a Santi charlando con su hermana, apoyado en la isla del centro.

—Hola, Rebeca —la saludó Nasha—. ¿Qué hacías ahí fuera con este calor?

—Estaba hablando con Valentina, que la pobre está que no se puede mover ya.

—Hola —saludó Darío entrando con un par de botellas vacías de cerveza—. ¿Sabéis cómo nos vamos a repartir para dormir?

—Pues aún no lo hemos hablado —dijo Santi—, pero es cuestión de organizarse. Hay siete habitaciones, cuatro de ellas con camas de matrimonio, y somos cinco

parejas, así que la que queda se podría ir a la habitación con dos camas unidas.

—Y tres solteros —dijo Nasha mirando a su hermano—. Yo puedo dormir en la habitación pequeña.

—¿Y dormir yo con Lolo? —planteó Darío, alarmado—. Por favor, apiádate de mí...

—¿Qué propones? —planteó sonriendo.

—Deja que él duerma en ese dormitorio y tú y yo compartimos la habitación doble —dijo resolutivo.

—¿Estás ligando con mi cuñada, Darío? —le preguntó Rebeca divertida, sintiendo los brazos de Santi, desde atrás, abrazándola por la cintura y pegando su erección a su cuerpo.

—Eso, ¿estás ligando conmigo, Darío?

—¿Te molestaría?

—No, en absoluto.

—Pues, entonces, sí —le contestó acercándose a ella conquistador.

Ella puso la mano en alto y le sonrió.

—Que no me moleste que ligue conmigo no quiere decir que te lo vaya a poner fácil, figura... Para seducir a un Domènech hay que tener algo más que un poco de labia, ¿verdad, cuñada?

—Amén —contestó Rebeca jovial.

Santi, desde su espalda, le alzó la mano y el anillo de su dedo anular brilló, captando la atención de los dos. Rebeca movió el dedo, estudiándolo desde varios ángulos con una sonrisa enamorada en la cara.

—Deberías haber comprado dos —intervino Darío.

—¿Dos? Tú compra el tuyo cuando te llegue el momento —se quejó la pelirroja—. No seas oportunista y te aproveches del buen gusto de mi prometido...

—No es para mí, es que ése lo vas a gastar de tanto mirarlo.

Darío sonrió de medio lado y, junto con Nasha, salieron de la cocina hablando despreocupadamente, dejando solos a la pareja.

—¿Quieres que vayamos a descansar un poco? —le preguntó Santi, dándole la vuelta y poniéndola de frente a él.

—¿A descansar? —indagó pícaro.

Él le agarró el trasero y, amasándolo con los dedos, le besó el cuello.

—Ésa es la versión oficial; la extraoficial es que me apetece abrirte de piernas en la bañera y hacerte gemir sólo para mí.

—Ésa me gusta más, dónde vas a parar. —Le besó los labios, encendida, y él acarició su cuello.

Abandonaron la cocina conteniendo las ganas de correr por los pasillos hasta llegar a su dormitorio y cerraron la puerta apresurados. Entre besos llegaron a la cama y Santi la separó de su cuerpo, abriendo la bolsa que había llevado con él.

—¿En serio te has traído eso? —le preguntó Rebeca mirando el contenido.

—Nunca se sabe qué armas se van a necesitar en la guerra —contestó él sonriente, volviendo a acercarse a ella para besarla.

—Vaya, has tenido hasta gracia...

—Contigo tengo mis momentos. —Le guiñó un ojo.

Antes de que les diese tiempo de retomar lo que habían dejado recién empezado, un gran alboroto les hizo separarse y mirarse extrañados.

—Valentina...

—¡Valentina!

Los dos hablaron a la vez y salieron del dormitorio a la carrera, bajando los escalones para llegar al salón; allí todos se amontonaban alrededor del sofá, donde Rubén, con todo el cuerpo en tensión y a punto de perder los nervios, había depositado a su pareja.

—¡¿Qué pasa?! —preguntó Rebeca alarmada, acercándose a ella—. ¿Qué te pasa, cariño?

El gesto contraído de Valentina y la humedad de su pantalón dejaba claro lo que ocurría. Había roto aguas y así se lo hizo saber Rubén a todos con voz temblorosa y sin separarse de ella. Santi se apartó unos metros para sacar su teléfono del bolsillo y llevandoselo a la oreja tras haber marcado en él.

—¿Estás bien? —indagó Rebeca, conteniendo el miedo que le daba la situación. Valentina alzó una ceja y resopló.

—He estado mejor —refunfuñó—, pero tranquilos, me da tiempo a llegar al hospital. En las clases de preparación al parto nos dijeron que podían pasar horas hasta que el bebé llegara. Incluso podíamos darnos una ducha y... —Se quedó callada al sentir una fuerte contracción y su respiración se tornó dolorosa.

—¡Nos vamos ahora mismo! Olvídate de esa ducha —le dijo Rubén al borde del

ataque de nervios.

Santi se acercó por detrás y le puso la mano en el hombro, calmándolo y retirándolo del centro neurálgico de la atención, donde todos querían ser útiles y daban ideas para sobrellevarlo, basadas en vivencias ajenas o información teórica. Ninguno se daba cuenta de que lo que le hacía falta a Valentina era calma y tranquilidad para afrontar las duras horas que se le venían encima.

—He hablado con mi padre. Tranquilo —lo calmó, sonriéndole—. Todo va a ir bien.

—Estoy muerto de miedo —admitió Rubén a su amigo.

—No vamos a dejar que nada malo le pase, ¿de acuerdo? —Éste asintió—. Voy a desalojar esto.

Rubén volvió a asentir y observó cómo su hermana y su amigo se ponían manos a la obra y despejaban el salón en pocos minutos. Se acercó a Valentina, que resollaba en el sofá con una nueva contracción y lo miró alterada.

—No te voy a dejar acercarte a mí en una eternidad —protestó cansada.

Él sonrió y le acarició la sudorosa frente.

—Está bien, nena. No te tocaré nunca más.

—Javier —le habló a su barriga—, comprendo que quieras hacer acto de presencia un día tan importante como hoy para tu padre y para mí —le dijo mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas—, pero aún te quedaban tres semanas para salir... Los abuelos no llegan de Badajoz hasta la semana que viene, todavía tengo que terminar un par de cosas en el trabajo... —Santi negó sonriente con la cabeza—. Y menos mal que tu tía es tan maniática y organizada que llevo tres meses con la bolsa de emergencia preparada en el maletero, pero tu habitación aún no está acabada...

—Shhh, tranquila, nena. —Rubén le acarició la barriga, tensa y dura—. Todo va a ir bien. No te preocupes por nada que no sea nuestro niño.

—Duele.

—Me encantaría pasar por ti este dolor, pero no puedo, así que dime qué quieres, qué necesitas...

—Sólo quiero que acabe y todo vaya bien, y sé que para tenerlo en brazos sano y a salvo aún falta mucho.

Rebeca se acercó a ellos con Santi unos pasos por detrás.

—Buenas noticias —les dijo sonriente, pero se le congeló el gesto al ver a su

amiga tener otra contracción, cada vez más seguidas—. El padre de Santi va a mandar un helicóptero para llevaros al Clínico en menos de quince minutos.

—¿Sí? —preguntó Rubén a su amigo y éste asintió—. Gracias a Dios... —murmuró asustado.

—Anda, tonta... —la animó Rebeca, poniéndose de rodillas a su lado—. ¿Ves como tú también vas a volar en helicóptero como la de Grey? —Valentina se rio entre lágrimas—. No es como el Charlie Tango, pero con un poco de suerte alguno de los sanitarios estará como un tren...

—Yo nunca tengo suerte... —lloriqueó, y los tres que la acompañaban sonrieron cariñosos.

Siguieron las indicaciones que Ricardo, el padre de Santi, les había facilitado y en menos de tres horas Valentina estaba en pleno trabajo de parto muy bien atendida y acompañada en el hospital. Rebeca y Santi se miraron en la sala de espera y sonrieron.

—¿Crees que a mi hermano le habrá dado algo ahí dentro?

Él sonrió y le agarró la mano.

—Podrá con ello.

Tuvieron que pasar casi dos horas más hasta que un miembro del personal del hospital salió a avisarlos de que Javier había nacido sano y con ganas, y que su madre estaba todo lo bien que se esperaba tras un parto.

—¿Y el padre? —preguntó Rebeca.

—Está exultante —contestó la enfermera—. Le ha costado trabajo soltar al niño para que lo revisase la pediatra.

Todos se rieron y se dieron la enhorabuena, abrazándose. Santi no soltó a Rebeca de la mano en ningún momento y, cuando entraron a conocer a su sobrino, largo rato después, no pudieron contener ninguno de los dos las lágrimas de felicidad.

—Por cierto, han llamado tus padres para que sepas que han adelantado el viaje. Llegarán dentro de unas horas —le informó Rebeca a Valentina—. Es precioso —añadió cuando Santi lo tenía en brazos, dormido—. Parece un muñeco, tan rubito y sonrosado.

—Es tan bonito como su mamá. —Rubén besó el pelo de la madre de la criatura, que miraba la escena cansada y feliz.

—Os queda genial —murmuró Valentina.

—A él le queda bien cualquier cosita que se ponga, es la percha... —comentó divertida y abrazó a Santi por el costado, observando a su sobrino embelesada.

Él se acercó el pequeño a la cara y besó el gorrito que cubría su cabeza.

—Bienvenido a la familia, Javier —le susurró.

Rebeca sonrió y miró a su amiga, que le guiñó un ojo cómplice y feliz, abrazada a la vez a su pareja.

Después de unos minutos acariciándose y besándose, Santi la separó de él y la miró intensamente.

—Dime de nuevo lo que me dijiste anoche después de volver del hospital.

Rebeca bufó, molesta por la interrupción.

—¿No podemos dejarlo para luego? Esto me interesa más. —Alargó la mano hasta llevarla a su entrepierna y presionar el bulto que se marcaba en ella.

Él se retiró y la miró arqueando una ceja.

—Está bien... —claudicó—. Santi, aunque nunca hubiese imaginado que serías el hombre de mi vida, todas mis teorías se han quedado en nada al conocerte de verdad y saber lo que escondes dentro de ti. —Le sonrió cuando él la miró tierno—. Quiero casarme contigo y, si no me lo hubieses pedido tú, lo habría hecho yo, y también quiero ser la madre de tus hijos... Ya sabes —añadió espontánea—.... aspiro a un equipo de fútbol, así que hay que ir poniéndose pronto a ello.

—No bromees con eso —la regañó cariñoso.

—No lo hago, hablo en serio. Javier ha despertado mi instinto maternal. —Asintió con la cabeza—. ¿O es que esperas otra cosa de la loca de tu futura esposa?

—Loco me tienes a mí.

—Es que soy irresistible. —Sonrió, acercándose a él y metiendo las manos bajo su jersey.

—Lo eres. —Beso su mandíbula—. ¿Me quieres?

—Te amo.

—Pues coge de mí todo lo que quieras, porque me tienes a tus pies, Rebeca.

Ella sonrió y cumplió con su orden diligentemente, pues si algo había aprendido desde que estaba con Santi era que, con él, lo mejor venía tras un mandato.

Porque la verdadera felicidad no reside en lo que se tiene, sino en lo que se es, en lo que se siente y otros provocan, en las sonrisas que nacen en las entrañas y toman forma en los labios. La verdadera felicidad es el resultado de las veces que se cae para después levantarse y en los apoyos sinceros y desinteresados con los que se cuenta para ello...

Agradecimientos

No sé si es lo correcto, pero tampoco me importa demasiado. Me gustaría dar las gracias, en primer lugar, a mis chicos... Valentina y Rubén llegaron los primeros. Con ellos perdí el miedo y eché a volar, descubriendo a Valentina con todos sus errores y aciertos, dejándome engatusar por Rubén y su zalamería, pero siendo auténticos y sintiéndolos parte muy importante de mí. Ahí fue cuando entendí el significado de *hijo literario*... Porque duele mucho, casi tanto como con un hijo, cuando alguien dice algo malo sobre ellos, y sus caídas son también las tuyas.

Sobre todo, gracias a los que han sabido esperar casi dos años a que retomase la secuela de Rebeca y Santi, de la que apenas os di unas pinceladas y sé que os dejó con la miel en los labios. Habéis sabido ser pacientes y entender que, cuando su novela tan sólo llevaba unas escasas páginas y supe que iba a ser mamá, les pusiese una mordaza y los encerrase en el armario hasta nuevo aviso.

¡Ay, el armario! Santi ha sido un gran enigma, ¿verdad? Lo ha sido tanto para vosotras como para mí. Me ha costado incluso más que a Rebeca sonsacarle las cosas que quería contar de él, conseguir que se abriese a mí y me dejase narrar su interior... pero estoy satisfecha con el trabajo que hemos conseguido juntos. Creo que él también, al menos así me lo demuestra al sonreírme mientras nos despedimos. Y Rebeca... uf, Rebeca. Ella ha sido siempre sumamente especial. Desde que hizo acto de presencia como un personaje secundario en la historia de Valentina, supe que tendría que dejarla volar en algún momento, porque su personalidad y su carisma no merecían otra cosa. Tengo claro que a Rebeca la amaréis o la odiaréis... no va a dejar lugar para medias tintas. Porque Rebeca es libertad y a la vez limitación, es frescura y locura, descaro, bondad y miedo. Rebeca es un personaje que me ha ganado por completo y que me ha hecho sentir tanto durante todo el tiempo que se ha pasado relatando a voz en grito en mi cabeza, algunas veces cosas demasiado soeces incluso para ella, que no sé cómo voy a poder permitir que se emancipe y que empiece su vida sin que yo esté presente, pero si algo ha heredado de su creadora es la positividad y el no rendirse nunca, así que pondré todo mi empeño en dejarles su espacio, aunque me guardo el derecho de volver a espiarlos en alguna ocasión, cuando la morriña no me deje continuar.

Volviendo al mundo de los vivos, me gustaría aplicar el dicho de que el orden de los factores no altera el producto. Mi producto es un «gracias» en mayúsculas a todos vosotros...

A mi marido Fran, por volcarse en crearme un espacio sólo para mí en casa donde encerrarme a contar las historias que me mantienen a veces tan en mi mundo; sé que me apoyas, aunque a veces te desespero que no te preste demasiada atención porque ellos ocupan mi cabeza... Gracias a mi hija Paola y su costumbre de dormir su par de horas de siesta en las que mamá aprovecha y aporrea el teclado. Gracias a la *señor* Ché por cuidarla en la guarda y concederme así esas horas de escritura que tanta falta me hacen.

A mis voces de la conciencia, Virginia Jiménez y Rachel Bachs. Ellas han sido mis pepitas grillas particulares y han hecho que no me salga del redil, que ésa es otra de las facetas que ha heredado Rebeca de mí, pues muchas veces necesitaba que volviesen a encauzarme para no perderme en el camino. A mis lectoras cero, María Ferreira, Estrella Serans y Valme Montoya, porque sus visiones y aportaciones han sido mucho más que útiles. ¡Gracias a vosotras cinco! Esta historia es en parte un poquito vuestra también, no podría haber elegido mejores madrinas para mis chicos.

A mi madre, que me inculcó el placer por la lectura, y al resto de mi familia, que aunque algunos no me lean sé que están sumamente orgullosos de mí sólo con el hecho de verme feliz y cumpliendo mis sueños.

Gracias a mi editora, Esther Escoriza, que ha tenido toda la paciencia del mundo conmigo porque sabía que necesitaba esa pausa por las circunstancias, para volver a retomarlo con fuerzas renovadas cuando estuviese preparada, y gracias también por tus sinceras palabras en referencia a esta novela y confiar en mi talento presente y futuro.

Un gracias enorme a todas las blogueras y lectoras que me han apoyado y ayudado durante todo este tiempo, recomendándome a otras personas y dándome sus visiones de mi novela. A mis chicas de la tertulia romántica Sevillana, que se vuelcan en cada lectura que emprenden y no dudaron ni por un segundo en darme sus sinceras

opiniones de Valentina, ayudándome a crecer. También quiero agradecerse a todas las escritoras de romántica de antes y de ahora, porque, con sus historias, me evado, y estaré feliz si algún día consigo parecerme un poquito a vosotras. ¡Arriba la romántica!

Y, sobre todo, gracias a ti, lector... Sin ti esta historia seguiría plasmada en un papel o puede que únicamente en un archivo digital, pero, gracias a que le has dado una oportunidad, les has dado vida a sus personajes durante unas horas. Los has dejado formar parte de ti, reírte con ellos, odiarlos, llorar, sonreír, enamorarte, enfadarte... Lo que sea que hayan provocado ha tenido sentido, porque quiere decir que han estado vivos en tu interior, y no podría estar más agradecida de que me hayas elegido para acompañarte en tu lectura.

Gracias, de corazón.

Biografía

Maca Ferreira nació un frío mes de diciembre de 1985 en Sevilla (España) y es la pequeña de su casa, aunque casi siempre ha sido la primera en todo.

Felizmente casada con su marido y su hipoteca (con esta última no tan felizmente), vive en un pueblo del Aljarafe sevillano acompañada de su marido, sus mascotas, su preciosa hija, Paola, y su bebé, Álvaro, los grandes motivos que la hacen sonreír cada día.

Independiente, metódica y algo impulsiva, estudió gestión administrativa y marketing comercial, y ejerce en ambas ramas desde que comenzó su carrera laboral.

Lectora empedernida y, durante muchos años, bloguera y reseñadora, utilizó su blog para dar a conocer su faceta de escritora compartiendo uno de sus relatos. Gracias a los mensajes de apoyo y de ánimo que recibió, siguió escribiendo, hasta que en mayo de 2015 se animó a autopublicar su primera novela, *Descubriendo a Valentina*, que más tarde se reeditó en el sello Zafiro.

Conquistando a Rebeca es su última publicación, pero en su cabeza ya existen otras historias que comienzan a correr por sus dedos, y promete que pronto regresará para hacernos reír y disfrutar.

Encontrarás más información de la autora y su obra en sus redes sociales y en su página web, donde además podrás leer algunos de sus relatos de manera gratuita:

<https://www.facebook.com/maramacbel>

<http://maramacbel.wixsite.com>

Referencias a las canciones

Viva la vida, Copyright: © © 2008 Parlophone Records Ltd, a Warner Music Group Company, interpretada por Coldplay. (*N. de la e.*)

Conquistando a Rebeca

Maca Ferreira

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© fotografía de la autora: archivo de la autora

© Maca Ferreira, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2018

ISBN: 978-84-08-19416-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!



Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte